Alba Carballal

Bailaréis sobre mi tumba



Recorre la historia reciente de Galicia y parte de la historia contracultural de todo un país —el nacimiento de la conciencia ecologista, la llamada «movida viguesa», la ruta del Bakalao en la Valencia de los años noventa— a través del destino de tres personajes oriundos de un pueblo de las Rías Altas, para quienes el chapapote marcará unas vidas atravesadas por sus propias tinieblas familiares.

Recorre tres décadas salpicadas de petróleo y música pop, en cuyas páginas se refleja cómo las grandes catástrofes medioambientales no solo comprometen el futuro político y económico de un país, sino que son capaces de condicionar las existencias minúsculas de quienes las sufren de cerca.

Alba Carballal

Bailaréis sobre mi tumba

ePub r1.0

Titivillus 21-11-2023

Título: *Bailaréis sobre mi tumba*
Alba Carballal, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Alejandro Narden, que entiende que estar es la mejor forma de quedarse. Esta costa bañada en chapapote también es tuya.

A mis abuelos, Toño Carballal y Marga Díaz, Pilar Domínguez y Antonio Gandoy, por mostrarme lo que quiero y lo que no quiero ser.

En recuerdo de Aida Cela, siempre cerca. Sus virtudes te pertenecen, los defectos son cosa mía.

Te degollaré con un disco afilado
de los Rolling Stones o de los Shadows,
te tragarás la colección de cassettes
de las Shangri-Las o de las Ronettes.
Y bailaré sobre tu tumba,
Ah, shu duebu, shu duhuá.

I

NO MIRES A LOS OJOS DE LA GENTE

ANDROS PATRIA

Yo creo que la memoria tiene una misteriosa fuerza de gravedad. Siempre nos seduce. Siempre nos atrae. Por eso, los que viven recordando pueden vivir en el frágil tiempo presente. En cambio, los que no tienen memoria no viven en ninguna parte.

PATRICIO GUZMÁN

No mires a los ojos de la gente,
me dan miedo, siempre mienten.
No salgas a la calle cuando hay gente,
¿y si no vuelves?, ¿y si te pierdes?
(…)
Quédate a mi lado,
no te marches más…

GOLPES BAJOS

FOTOGRAFÍA N.º 13

Se esconden del gentío tras el capó levantado del Seat 133 del cacique, la última y fría anochecida de 1978, en el punto en el que el callejón del Norte se funde con la plaza mayor de un pueblo vestido de banderines azules y mástiles, perforados de carcoma, sin barco en el que izarse. El olor a Nochevieja —los centollos aún por cocer, el peltre adobando el cordero— barniza, con su espesor caliente, los adoquines ya vacíos de pisadas que cercan la fuente del peregrino. Como cada año, son más de las ocho y el jolgorio aún no ha terminado. El Apalpador ha negociado una tregua con la lluvia, la barra de la taberna está vacía de manos recias y las supersticiones de la tribu se concentran en forma de hoguera, o dentro de un recipiente de barro cocido que resplandece en añil sobre el frío aluminio horizontal, o en los ojos de los niños, o en los ojos de los pocos hombres que un día fueron niños. En la plaza asoma el nervio de quien espera el milagro cotidiano del regreso: el mar aún no ha hablado, pero la lujuria de los bailes de juventud se recrudece, y las abuelas toman en brazos nietos ajenos, y los viejos cuentan historias ciertas solo a medias que les sirven para sobreponerse a las ausencias complementarias de los hijos y la memoria. La mala fortuna, en una aldea que coquetea desde sus albores con el mito del eterno retorno, se hace carne a través del primogénito del Arrexó —nariz ganchuda, cuerpo recién hecho—: único varón de una ristra de seis hermanas más jóvenes, obligado a cumplir los anhelos de un padre anciano, maricón de pueblo, qué mala vida le espera, ay, qué pena. Pero el muchacho —medio escondido por la cuenta que le trae, tan guapo que da rabia— continúa su particular búsqueda de Long John Silver bajo la cremallera desabrochada y la tela vaquera que cubren, como el capó del coche del cacique, la anhelada blanca densidad del forastero griego, o georgiano, o de algún otro país con ge que el primogénito del Arrexó —dientes permanentes, corazón de leche—

no sabría situar en un mapa mudo; y consigue así permanecer ajeno todavía a otra densidad futura, negra y brillante esta, que en altamar empieza a abrir un camino transitable para sus nimias posibilidades de volver a nacer.

DON'T LEAVE ME HANGING ON THE TELEPHONE

Durante muchos años, la abogada ambientalista Aida Celanova siguió afirmando que había sido la intuición, y no el oído, lo que la había despertado la madrugada de la primera catástrofe de su vida. En cualquier caso —y dejando a un lado la escasa fiabilidad de los recuerdos de juventud—, lo cierto es que, para cuando su tío hubo dejado el auricular en un precario equilibrio sobre la base del teléfono, ella ya estaba en el salón, preparada para recibir malas noticias.

—¿Pasó algo?

—Es el hijo del Arrexó. Por las horas que son, y teniendo en cuenta que para llamar tienen que ir hasta Valdoviño, debe ser grave.

La imagen de María Jiménez enseñando las piernas refulgía en el televisor, y un botellín de Estrella Galicia a medio beber, dejado con descuido a los pies del sofá, le bastó para deducir que Lolo Celanova, el hermano pequeño de su padre, aún no se había acostado. Desde la Ciudad Vieja, que varios metros más abajo se extendía hasta perder su nombre en una maraña de edificios de reciente construcción, los ecos de los borrachos que celebraban haber sobrevivido a 1978 inundaban la estancia, amortiguados por los serpenteos de las callejuelas y por los cuatro pisos, sin ascensor mediante, que separaban su buhardilla del portal. Antes de atender la llamada de la penúltima persona que esperaba escuchar al otro lado, a Aida le dio por pensar en su padre, y se preguntó si la dura discusión de cuatro meses atrás habría albergado las últimas palabras que le escuchase pronunciar: *e non volvas, filla de puta.*

—Sin paños calientes, Xairo. ¿Quién murió?

Mientras aguardaba una respuesta, calibró las posibilidades. Su madre aún era muy joven, pero los nervios de la separación podían haberle jugado una mala pasada. Que su padre tenía afición por el aguardiente no era un secreto: era el único médico de la aldea, y sus

paisanas lo agasajaban casi a diario con licor café casero y pescado fresco, con la misma devoción que las llevaba a rezarle rosarios a san Pedro cada madrugada o a llenar de flores la ermita de San Mamede en agosto. Sin embargo, solo Lolo, Aida y su madre sabían que los ojos de don Cosme —san Cosme— se volvían amarillos por las noches.

—No murió nadie, Aida, mira que eres bruta. Por lo menos nadie que conozcamos. Pero deberíais venir. Hubo una explosión en el mar.

—¿Cómo?

—Reventó un barco. Por lo visto es un petrolero griego, y dice la nieta del Bieito que ya encontraron algún fiambre.

—¿Falta alguien?

—Que yo sepa no, y me tendría enterado. Don Cosme está atendiendo a los más afectados.

—¿Pero no estaban todos a salvo?

—Pues según lo mires, Aida. Dice mi padre, que estaba faenando, que el agua está cubierta de crudo. Se va a quedar la aldea entera mano sobre mano. Te digo yo que algún pescador prefería que se lo llevase la marea.

—Reúne a la gente en la plaza y tranquiliza a los viejos, Xairo. Vamos para allá. ¿Tú estás bien?

—Como nunca. Te cuelgo, que tengo cristo.

Si Aida hubiese sido capaz de leer entre líneas, la memoria no la habría traicionado aquella larga noche de piedra en la que Xairo volvió a asomarse, muchos años más tarde y por última vez, a las tinieblas de un mar sin agua.

GORDA

Tú lo sabías, gorda. Lo sabías y aun así me obligaste a volver. No sé si no te dio la puta gana de ponerte en mi pellejo o no supiste, pero el caso es que las cartas estaban boca arriba con el cabrón de tu padre. Y luego está lo del buga: cero grados, ni frío ni calor, tres meses parado en la calle después de la primera hostia. Vaya, que a quién coño se le ocurre, que la pobre máquina no quería ni arrancar. Qué le vamos a hacer, gorda, está en tu naturaleza: a ti siempre te interesaron más los grandes problemas que las epopeyas de bolsillo. ¿Qué más daba que no me hablase con mi hermano si alguien tenía que rescatar a la aldea de un puto buque en llamas? Poco importó que estuviera borracho, que el año ya hubiese empezado mal, que me diera pánico conducir después de lo que pasara, porque mi sobrina tenía que salvar a sus vecinos del abismo de la precariedad. Una rayita y a correr, ¿no? Tampoco el pobre Xairo tuvo culpa de nada, pero lo pagó, nen, vaya si lo pagó: su armario era una cárcel, y a la vista está que no era lo suficientemente grande como para que pudieses arreglar el mundo desde dentro. Él, pese a todo —pese a ti—, prefirió salvarse. Muy lícito, teniendo en cuenta sus circunstancias. A ti, gorda, nunca te hizo falta entender que la realidad no es abstracta, ni que bajar al barro de la concreción implica que los problemas te puedan arañar la cara. Traducción: que un padre quiera un hijo pescador y no conciba uno maricón, como si los dos términos fuesen antagónicos. Manda carallo con el Arrexó. Pero los viejos, ya lo sabes, a veces son viejos antes que padres. Xairo decidió que se largaba a Vigo unas horas antes de que petase el barco, mientras se comía la boca con un marinero griego que por hache o por be aquel día se quedara en tierra. Esto me lo contó meses más tarde, el Xairo, una noche que me lo encontré en el Ruralex vestido de mujer y rodeado de peña. También me dijo que aquella fuera la primera vez, ¿sabes? Con un rapaz, quiero decir. Bien sé que vosotros tuvierais algo ahí

atrás, cuando él dejara de estudiar, y que a tu padre le entraran los siete males de pensar que su niña iba a acabar con el del Arrexó. Me acuerdo, me acuerdo. Yo todavía estaba en la aldea perdiendo el tiempo con la Charo, la del medio del Xoubas. Aunque ya sabes que a mí la que me ponía era la pequeña suya, Lauriña, pero la pobre, como yo, se perdió por el camino. Se quiso pasar tanto de moderna que la última vez que la vi iba de meska hasta las cejas, ya no hablaba gallego y con la tontería esa de recordar viejos tiempos me la follé en el coche camino de Spook. A ella también le perdí la pista, como a ti, gorda, como al Xairo, como a todos los colegas, como a tu padre antes de que todo se fuera al carallo. Manda truco con el doctor: Lolo, te estás pasando; Lolo, ponte a currar; Lolo, deja de meterte; Lolo, esto; Lolo, aquello. Como si don Cosme fuese perfecto, como si él no tuviese vicios ni el hígado a punto de reventar. Una vez ya me infló las pelotas, claro, y ese día le monté un pollo guapo y me piré de allí y ya no fui más hasta que se hundió el *Andros Patria* y tú me obligaste a volver, Aida, porque no me pusiste una pipa en la chola pero poco te faltó. Siempre se te dio mandar, rula, y me consta que todavía lo haces de puta madre. ¿Pero sabes qué te digo? Que a pesar de todo lo que pasó después, hice dabuti alejándome de Compos, del ático y sobre todo de ti, aunque eso cuando me abrí no lo sabía, claro. Fue lo más jodido, coger las riendas y aceptar aquel curro de mierda en Valencia, gorda. Te eché de menos unos meses, no te voy a mentir. Luego las adicciones ya fueron otras. Seguramente por eso acabé como acabé, fiándome de aquel capullo, cayendo en la trampa de alguien más espabilado que yo, pegándomela otra vez. Así y todo no me arrepiento, aunque no te lo creas. Nunca estuve más vivo que aquellos años. Te lo juro, Aida, mereció la pena por mucho que ahora tú sigas por ahí salvando ballenas y bosques y yo me pudra en una tumba casi anónima al borde de la CV-500.

EN MI PUEBLO, SIN PRETENSIÓN, TENGO MALA REPUTACIÓN

Los escasos cincuenta minutos que tardaron Aida Celanova y su tío en llegar a la aldea, en aquella primera noche de 1979, tuvieron mucho en común con el tiro de cocaína que Lolo se metió justo antes de volver a coger el coche por primera vez tras el accidente: pasaron veloces, tensos y callados. La fachada de Santa Eulalia —la iglesia fea y hecha a trozos donde ambos habían recibido la primera comunión, donde los padres de Aida se habían casado más de veinte años atrás y donde cada otoño todavía se oficiaba una misa llena de flores por el aniversario de doña Carmen— se dejó ver al fondo de la carretera justo antes de que el viejo Simca 1200 que Lolo había ganado en una timba empezase a renquear. Aida respiró: aunque apenas encontraron un par de camiones en el trayecto, y aunque antes del choque su padrino había sido un conductor habilidoso, los últimos meses de convivencia habían sido lo bastante esclarecedores como para intuir el efecto que la combinación de nervios, coca y cerveza podía llegar a tener sobre él.

—Frena un poco, Lolo, coño, que ya se te está quejando hasta el carro.

—¿Este? Es chatarra, Aida, y ya está en las últimas. Ya viste antes que no quería ni arrancar.

—No sé qué prisa tienes para manejar así.

—¿Manejar? Desde que te acuestas con el Videla ese hablas como si hubieras nacido en la Pampa, che.

—Déjate de coñas, y no lo llames así. Ya sabes por qué se vinieron.

—Lo sé, lo sé. Me lo has contado doscientas veces. ¿Y sabe don Cosme que retozas con un exiliado político? Lo digo porque si sigues hablando como él se va a pispar a la primera.

—No pienso dirigirle la palabra.

—¿A tu padre? Anda ya, gorda. Te doy dos días.

—Y no me digas gorda.

—Qué mala hostia que tienes.

A Aida le bastaron tres kilómetros en silencio —los que recorrieron desde la iglesia de la carretera de Valdoviño hasta que el coche se detuvo en la calle del Ferrol, aledaña a la plaza mayor de la aldea— para afianzar su determinación con respecto a don Cosme: actuar como si nada hubiese sucedido la noche en que su madre se fue de casa sería como haber combatido un incendio para luego claudicar ante los escombros. La calle olía como el puerto de Coruña: pescado, malas hierbas y salitre. En menos de tres meses los guijarros de los bordes se habían levantado, como si el mar hubiese decidido dirigir su tenaz erosión contra aquel empedrado de andar por casa, y Aida se preguntó dónde estaría aquel pescador flaco de nariz torcida que la había besado después de preguntarle quién era Kropotkin. El humo de las hogueras se recortaba contra el cielo, casi desafiando su propia naturaleza difusa. Tras ellos quedaba el primer atisbo del Atlántico. Lolo tiró del freno de mano en cuanto la rueda de delante se montó con dificultad sobre un adoquín rebelde, y la repentina muerte del motor les permitió escuchar el murmullo endeble de la plaza. Cuando bajaron del coche no había nadie esperándolos: Aida siempre había sido optimista en exceso con respecto a la relevancia de su papel en una comunidad que cada vez la extrañaba menos. Ya era noche cerrada, cerca de las cuatro de una madrugada de invierno, y la oscuridad se tragaba un camino vacío de farolas. El ruido de dos yonquis discutiendo en la penumbra le devolvió a Aida la nostalgia por un universo extinto, pero no tan lejano: el deambular postergado de los primeros días tras el cambio de hora, una turbadora sensación de falsa libertad y la alegría oscura de las manos de Xairo sobre las plantas de sus pies. Una pequeña comitiva de hombres surgió de la plaza mayor, alertada por el último estallido de un vehículo que ya no acompañaría a su dueño en más excursiones al extrarradio de la ley. A la cabeza, don Cosme los adivinó sin llegar a verlos del todo.

—¿Qué carallo hacéis aquí? ¿Ya venís a tocarme los huevos?

Aida no quiso ni supo contestar.

FOTOGRAFÍA N.º 7

Las plantas de sus pies son irregulares al tacto como sus dos siluetas anárquicas, casi antisimétricas, lo parecen entre sí: el primogénito del Arrexó —nariz como de Urtain, torso espigado y descubierto, pantalón vaquero roto a la altura de una de las rodillas en un desafiante gesto de soberbia— masajea con sus manos curtidas a base de redes y escamas los dedos de la hija de don Cosme —melena nórdica, o más bien celta; vestido azul estampado de soles que le encargó a un amigo de Londres; hombros descalzos, pies desnudos—, cuya espalda descansa sobre la arena mientras él la toca con los ojos cerrados, imaginando quizás otras texturas pertenecientes a otros cuerpos, un deseo particular cubierto por la bruma genérica que busca un camuflaje eficaz: la novia perfecta. Llevan tatuada en su breve ADN en común la excitación postiza de los amores proscritos, esa rebelión frágil que solo se comprende antes de tiempo. Y sin embargo, las huellas dactilares del flaco prefieren la ceguera. Sigue subiendo hasta los tobillos y no encuentra ni un solo vello. De pronto, el cielo se nubla y aunque él no lo ve, sus ojos gradúan la claridad al trasluz de los párpados en reposo; parece que el veranillo quiere acabar, que el refranero, humano, tiene prisa por imponerse sobre los caprichos naturales. El chaparrón lo pilla desprevenido, pero a ella no: lo coge por las muñecas y tira hacia sí, lo desequilibra y le obliga a volver a mirarla. El conjuro se desactiva pero la tormenta arrecia, un rayo ilumina desde atrás el rostro de la muchacha, sus inconfundibles rasgos de mujer en efervescencia, y el trueno posterior le sirve como excusa para recuperar la oscuridad: entonces ella se incorpora, empapada, y le muerde el labio más fino, el de arriba, buscando a ciegas el porqué de sus fintas, pero al final se encuentran, juegan, se hunden y sus respiraciones se quedan en suspenso, con los hombros casi en contacto, como aguardando la traca final de unos fuegos artificiales de feria; y el primogénito del

Arrexó se extravía por un instante en preguntas que todavía no se sabe responder: si los pies planos de Santiago serán igual de rugosos, si los dedos tuertos del primo del Xurel lo agarrarían con la misma fuerza, si las llagas de la boca de Lolo sabrán también a menta.

LO SIENTO, MI AMOR, PERO YA ME CANSÉ DE FINGIR

Sabía dónde vivía, quién era su marido, cuántos hijos había tenido y qué parte del cuerpo le dolía después de las madrugadas en la lonja de Ferrol, pero no recordaba haber escuchado nunca su nombre de pila. A la Xurela le pasó lo mismo que a casi todas las viejas de la aldea: al casarse, su identidad se diluyó en una economía relacional primitiva, más proclive a los clanes que a los individuos. Por eso, la noche que por primera vez tuvo que dirigirse a ella en un contexto de intimidad sobrevenida, Aida no fue capaz de llamarla Asunción después de besarle las mejillas.

—Qué alegría verla. ¿Cómo van esas lumbares?

—*Cala, nena, que nunca me doeran tanto. Viñeches pasar as festas*?

A Aida no se le escapó la intención de la pregunta. La Xurela nunca había sido una persona maliciosa, pero por allí las horas pasaban a cámara lenta; y la información sobre los asuntos personales de los vecinos era un capital jugoso —por escaso e inaccesible— que la comunidad valoraba: propiciaba la conversación y aceleraba el ritmo de los relojes. Que el médico se hubiese separado fue un acontecimiento tan insólito en la aldea que enseguida pasó a formar parte de la mitología de la tribu. Aida intuyó que, durante los meses que había estado fuera, el asunto habría recorrido la barra de la taberna, la pila del lavadero, la fuente de la plaza y los hornos de piedra de las cocinas antes de asomarse al barranco gastado de los labios de Asunción.

—Pensaba quedarme en Compostela, pero me enteré de lo que pasó y al final me vine a echar una mano.

—*Déixate, rapaza, que iso é cousa de homes*.

Sobre una de las mesas de plástico rojo que el tabernero había sacado a la plaza, además de un mantel descolorido, una cadena de cuentas de madera y un cenicero, la Xurela había colocado un transistor. Su antena recogía del salitre las tres cosas que las

mujeres mayores más estimaban: las historias de amor por entregas, la información sobre las mareas y el horario de los entierros. El aparato era pequeño y pesado, y su sonido, impreciso como el del Atlántico; pero Asunción no podía calcular cuántas horas de compañía le había regalado en las últimas décadas la onda media. Entre los escombros del ruido blanco —más bien gris—, Aida distinguió una voz de fuego que le cantaba a un querer oxidado.

—Na radio xa a chaman a máis grande. E cantar canta, ollo, pero pra min que saíu algo pelandrusca.

—¿La Jurado? Pero si está casada con el boxeador.

—Si, moito casar e logo mira que cousas di nas cancións. Estará contento o coitado do home.

—Qué cosas tiene. Eso qué tendrá que ver.

—Mira, pequena, eu xa deixo visto moito. Vou botar un rosario. Se queres facer algo, reza comigo.

Pero Aida ya no estaba allí, frente a aquel hule con agujeros y aquel recipiente vacío de colillas, ni frente a aquel transistor a pilas que empezaba a oler a cobre quemado. Ella, como la mujer que se confesaba en las ondas, también quería gritarle al mundo que tenía un amor callado callado. El suyo no era un romance nuevo, sino una historia inveterada en su piel desde siempre, de esas que solo se entienden en las ciudades sin fin de las películas o en las aldeas de veinte casas y un bar. Quiso que se enterase Videla, es decir, Román; y el resto de sus compañeros de la facultad, su madre y su tío; y todos los demás. De tanto que lo deseaba, se lo habría contado hasta a su padre. Pero Xairo, ya saben, espigado, nariz como de Urtain, el pescador pescado al que le había echado la red en el puerto, ya estaba en otra guerra, y ni siquiera le sostuvo la mirada desde el fondo de la plaza. Y la Xurela, que no mentía cuando afirmaba que ya había visto mucho, esa mujer de nombre olvidado que sabía más por meiga que por vieja, fulminó el hechizo sin más ceremonia.

—O Arrexó pequeno dixo antes que mañán mesmo marchaba pra Vigo. Nena, faime caso: lisca ti tamén deiquí. E se podes, non volvas.

MARICÓN

¿Cómo lo hiciste, maricón? Ojalá vinieras a contármelo. De todos los de la aldea, y te diría que de todos los tíos que conozco, fuiste el que mejor se lo montó: ni estudios inservibles para el hijo de un pobre pescador sin más redes que las de su barca, ni trabajos esclavos en los que irte muriendo por fascículos, ni ataduras sentimentales con una familia que ya no te quería, ni gaitas en vinagre. No sé cómo pudiste desapegarte así, cómo conseguiste desaparecer de la aldea sin dejar ni una pista que seguir para encontrarte, pero me lo puedo imaginar: la incomprensión constante radicaliza hasta al más manso. Y te lo dice uno que, aun muerto, de desprecios algo sabe. Mira, Xairo, no te lo voy a negar: cuando me enteré de que te largaras, sentí alivio. Uno menos. Y, por si fuera poco, eliminado de la partida por bujarra. No te lo tomes a mal, entiéndeme, yo siempre te tuve aprecio, pero con el Videla tenía suficiente competencia. Pensarás que estoy colgado, o enfermo, o que lo que necesito es un buen polvo, pero si alguien puede entenderme es el marica de la aldea: igual que tú no puedes evitar que se te ponga dura con los mozos, yo no podía controlar las ganas de follarme a mi sobrina. Llevo años enterrado, casi una década, y el deseo todavía no se fue. Te juro que nunca lo comprendí: que de alguien como mi hermano, un tipo asqueroso, ruin, un cabronazo, vamos; que de él y de la combinación de sus genes, que son los míos, con los de la estirada de su mujer pudiera nacer Aida, con su aroma, con su carácter, con su lasciva mala baba, es un misterio que se ha venido a la tumba conmigo, sin respuesta. Pero bueno, Xairo, vamos a dejarnos de caralladas y cuéntame tú, que la curiosidad me está matando otra vez. ¿Dónde andas? ¿Sigues en Vigo? Te puede sonar a cuento chino, porque es raro de cojones, pero te juro que, al final, la decisión de pirarme también yo tuvo mucho que ver contigo, con ese valiente —o cobarde, eso ya según lo vea cada uno— que se largó el primero.

Serás invertido y todo lo que quieras, pero los huevos que le echaste, macho, eso no tiene nombre. Manda truco con el mayor del Arrexó, un fenómeno, tú, y mira que parecía que nunca rompieras un plato. No se lo digas a nadie, maricón, pero estabas bastante bueno de mujer. Te sentaba bien el cuero. ¿Alguna vez te puse cachondo? Anda, tonto, seguro que sí, que yo en el pueblo hasta no era de los más feos. Aquel día, el del Ruralex, fue la última vez que nos encontramos. Entonces me contaste que al marinero del *Andros Patria* no lo volvieras a ver, que muchos de sus compañeros murieran y que él se volvió a algún otro puerto que la resaca no me permitió recordar con precisión. Él también se abrió, pero a ti te salvó el culo, nunca mejor dicho, ¿eh? ¿Qué fue de ti después, Xairo? ¿Sigues vivo? Ya sabes que yo me la pegué con el buga, pero por mucho que lo repitan no se va a volver cierto: a mí no me mató ni la velocidad, ni la meska, ni el bakalao, ni la Destroy. ¿Y tú? Dime, ¿caíste en la fariña? De aquellas era muy fácil en Vigo. Bueno, y lo seguirá siendo, que hay cosas que no son tan sencillas de cambiar. Espero que no picaras, que tuvieras bastante con el travestismo y con el alcohol; y si caíste, espero al menos que lo pasaras de puta madre, que aparcases el tema antes de cagarla del todo, que te salieses a tiempo y que ahora, cuando pienses en la coca, solo te venga a la chola un recuerdo adulterado de lo que fue la felicidad. Ojalá te arrejuntaras con un buen chaval, un sarasa guaperas que te petase bien el culo, y que seáis felices con vuestro vicio. Ojalá, Xairo, que te forrases con aquel negocio de doblar películas al gallego que me contaras, aunque dudo mucho que te pagasen bien por semejante gilipollez. Ojalá estés bien, maricón, de verdad te lo deseo. Y ojalá, sobre todo, que nunca volvieras a verla.

WHAT SEEMS TO BE IS ALWAYS BETTER THAN NOTHING

La segunda mañana de 1979, Aida no vio el chapapote. Se despertó temprano, con su amiga Petra abrazada a su espalda, y apartó sin demasiados miramientos el hombro sobre el que había llorado hasta las tantas la noche anterior, después de que todos los demás —su padre, Lolo, Xairo; hasta la Xurela, la mesa de plástico y la radio— desapareciesen de su lado. Todos excepto ella, la única chica de la aldea que se había resignado a ser escudera, nunca protagonista, de una historia cuyo centro de gravedad, con Aida cerca, siempre estaría desplazado. No le hizo falta calzarse para recorrer la pedregosa maraña de callejas que unía la casa de Petra con el muelle: sus pies, aunque lisos, todavía estaban entrenados para una aldea sin ningún contacto en el Concello que se acordase de asfaltarla. Se detuvo en el muro de sillares tras el que se amontonaban tantas barcas como pescadores había en el pueblo. En otras circunstancias, a sus pies se habría podido ver la rudimentaria losa de hormigón que hacía las veces de embarcadero y que solía permanecer descubierta hasta que los hombres iban regresando, uno a uno, de la lonja. Desde donde estaba, Aida alcanzaba a vislumbrar la hilera de anclas echadas y, a su derecha, el acantilado desde el que tantas veces se había dejado caer. Sin embargo, prefirió mirar al frente y buscar, entre los escasos vaivenes de un mar en huelga, una prueba fehaciente que la convenciese del desastre.

Había llegado a sus oídos que seis pesqueros coruñeses ya estaban afanados en limpiar las manchas de fuel. También había escuchado que pronto llegarían otros dos barcos de apoyo desde los astilleros de Bilbao, que el vertido había alcanzado las cincuenta mil toneladas, que a esas horas de la madrugada ya habían aparecido dos cuerpos y que el número de desaparecidos superaba la veintena. Durante los meses siguientes recortaría las páginas relacionadas con el *Andros Patria* de todos los periódicos que

fueran cayendo en sus manos, *La Voz, el ABC, El País, La Vanguardia*, hasta de algún fanzine de la asociación ecologista de su facultad; escucharía las noticias de la *SER, de Radio Nacional, de Radio Cadena Española*, a la espera de algún dato que perfilase la magnitud de la tragedia; vería las mismas imágenes repetidas mil veces en la televisión, en la primera, y en la segunda, y otra vez en la primera y de nuevo en la segunda. Aida necesitó toda esa información superpuesta para ser capaz de convencerse, íntimamente y *a posteriori*, de que el naufragio había tenido lugar a diez, a veinte, a treinta millas de su casa y no en Grecia, o en Noruega, o en Cabo Verde; porque sus ojos aquella mañana, pese al empeño que pusieron, no encontraron mar adentro otra negrura aparte de su propia tristeza.

La prensa, la radio y la televisión narraron el petróleo, los peces muertos y la crisis económica, y ella se lo creyó igual que se cree en los teoremas matemáticos, en los expertos, en los Reyes Magos, en los profesores universitarios, en la palabra de un padre o en los milagros de la Virgen de Lourdes: mediante un acto de fe. Aida no vio el chapapote aquella mañana, pero se lo contaron los viejos, las instituciones y los medios, y eso le bastó. Pero en la SER no emitieron en directo la bronca que hizo llegar a las manos a Lolo y a don Cosme, que eran hermanos solo porque no les quedaba más remedio; en la segunda no pasaron las imágenes de Xairo bajándose del coche de un desconocido, ambos perjudicados por el alcohol y las dudas, frente a un garito de la rúa Loriga viguesa; *La Voz de Galicia* no fotografió el orgullo de su madre, asomada a la ventana de la Bieita, mientras sumergía su mirada en la melena rubia de su hija, que era universitaria, casi abogada, que sería todo lo que ella no pudo; y, desde luego, ningún fanzine se detuvo a medir el diámetro del vientre de su amiga Petra. Quizá por eso, por falta de cobertura mediática, a Aida se le escaparon muchas cosas a comienzos de 1979; y quizás ese fue el motivo de todo lo que vino después: lo único que sacó en claro de aquella breve vuelta a la aldea fue una conciencia ecologista incipiente, bruta y a medio cocer. Aunque ella entonces no se percató, ese embrión plantado en sus tripas por azar terminaría por orientar su vida. Sin embargo, y como pasa con todas las casualidades, nunca la explicaría.

Aida tampoco supo, cuando escuchó un claxon prestado y se

giró mientras su tío la llamaba a gritos por la ventanilla, que aquel había sido el rato de mayor calma de su juventud. Caminó en silencio, tranquila por última vez, abrió la puerta del asiento trasero, se tumbó con las piernas en alto y cerró los ojos. El arranque del motor fue premonitorio: después de aquel rugido, todo se aceleró.

FOTOGRAFÍA N.º 15

La noche transcurre a la velocidad de los cuatro coches aparcados en la esquina ciega, horadada, medio sepultada por el desnivel que la separa de la avenida principal, que protege el Satchmo Jazz de las miradas entrometidas de algunos vigueses decentes. Es martes, pero eso importa poco. De los flancos del local, ocupados por sendas puertas de garaje, sale de tanto en tanto algún vehículo despistado, lento, sonámbulo, con un dueño al volante que parece haber olvidado comprobar las manecillas del reloj antes de salir de casa. El primogénito del Arrexó —nariz como de Urtain, imberbe, maleta de cuero a rastras— balbucea una pregunta que su acompañante, por sordera etílica o por desidia, nunca llega a responder. Al entrar, sus dientes rechinan, se enervan, muerden su propia lengua. El escenario del fondo y las mesas dispersas están vacías de público que se apiñe, que vocifere, que llene el lugar de humo y manche las paredes de sudor. Tres mesas de barbudos con sus respectivas novias escuchan, con interés fingido, interminables improvisaciones de saxofón y cuerda. Al primogénito del Arrexó le cuesta parpadear, porque ese bar no es, no puede ser, la tierra prometida. La libertad soñada se desdibuja entre médicos, arquitectos y profesores universitarios, extraños por desconocidos y por ajenos, que comentan el recital, simulan comprenderlo, alimentan la ficción de que los tres penenes saben tocar, la ficción de que Vigo es el Harlem y no la ciudad industrial más fea de un país que ni siquiera conoce el sabor de la democracia madura. Los músicos castigan con su furia sin pericia a una colección de oídos entrenados para hallar virtud en el despropósito, pero los suyos mantienen la sensatez: el primogénito del Arrexó será maricón, y estará borracho, pero no es imbécil. Los aplausos agudizan la mentira, y la inundan con el sopor borboteante de una luz tenue que espanta al visitante ocasional y lo sumerge en el eco de sus propias migrañas. Desde lejos, a través del pasillo que lo separa de

la barra, el descarado bostezo de quien aparenta ser un marinero en manga corta lo alcanza como una promesa de camaradería abriéndose paso a través de la vanidad dominante. Cuando se encuentran, ninguno parece terminar de fiarse. Sus prejuicios invisibles, alimentados por años de pesadumbre contenida y malas decisiones tomadas sobre la marcha, se levantan entre ellos como verjas echadas por la desconfianza de sus propias tropas, arrastran la actitud de quien resiste, desintegran cualquier atisbo de complicidad, descartan posibles tragos compartidos y, al cabo, pronostican silencio. Pero el ruido termina y el primogénito del Arrexó —rostro de *ring*, cuerpo de esgrima— escucha una voz esquiva cuando se apaga el concierto, una voz grave, redonda, sin duda pillada en un renuncio, que pronuncia demasiado alto cuatro palabras tajantes, sinceras, inoportunas: *Vaia merda*. Son Bibiano. Las luces del Satchmo Jazz se encienden y se los ve apurar sendas copas igual que si la garganta se les hubiese desanudado, como dos viejos amigos que se reencuentran tras años sin verse, como dos golfos capaces de cambiar todas las noches de una ciudad mediocre solo con mirarse.

¿QUÉ HACE UNA CHICA COMO TÚ EN UN SITIO COMO ÉSTE?

La mano de Aida hizo girar la llave en la puerta del ático, y el movimiento de la cerradura fue el último disparo que escuchó antes de que llegasen hasta su dormitorio los ecos de la revuelta silenciosa que don Cosme había hecho germinar en Lolo. Aquel sonido la asustaba cada dos por tres, sobre todo cuando volvía a casa de madrugada después de alguna noche de jarana y rocanrol; y en las contadas ocasiones que se quedaba a esperarla al otro lado, su tío siempre se reía de su sobresalto. El dos de enero de 1979, sin embargo, los dos estaban al mismo lado de la puerta; y el chasquido no impresionó tanto a Aida como asomarse al piso desvencijado y casi vacío en el que ya se había acostumbrado a convivir con Lolo, una versión más joven, más libertina y menos rígida de su propio padre. El parecido físico entre ambos era asombroso: apenas los separaban quince kilos y sus respectivas propuestas estéticas, opuestas hasta en la hebilla del cinturón.

Regresar a aquel hogar atípico después de su primera vuelta a la aldea significó para Aida cuestionarse, por primera vez desde que se mudara a Compostela, qué estaba haciendo ella en ese piso inhóspito, con un compañero de viaje que no le correspondía, en aquella ciudad de estudiantes y peregrinos en la que la pertenencia se pagaba a un precio fuera de su alcance. Durante su corta estancia en el pueblo, que nunca habría tenido lugar de no haber sido por el hundimiento del petrolero, descubrió la facilidad con la que cualquiera puede volverse un forastero en su patria chica. El desarraigo conocía el camino de ida, pero no el de vuelta: en Macondo, las madres no salen a recibir a sus hijas a la plaza; los padres de Comala, aunque sigan vivos, no son capaces de demostrar afecto; y los vecinos de Ítaca tienen muy mala memoria para las caras de los desertores. Ni siquiera Petra, que la había acogido en su casa y la había puesto al día de las habladurías que corrían por la aldea, había sido capaz de contarle a su amiga lo caro que le había

salido su desliz con el Loiracho. Cuatro meses habían sido suficientes para que casi todo su entorno la desterrase, muchos sin pretenderlo, a la extraña categoría de personaje secundario.

El sofá no era muy grande. Aun así, ocupaba casi la mitad del espacio disponible en la sala de estar del ático de su tío. Aida apartó un par de cascos de cerveza que se habían quedado sobre el asiento, se tumbó y dejó, larga como era, que sus pies colgasen por fuera del reposabrazos, consciente de que la culpa no volvería el mueble más confortable. Lolo, en cualquier otra circunstancia, le habría pedido que le hiciese un hueco en el sofá, le habría acariciado el pelo, habría tratado de consolarla, pero el segundo día de 1979 prefirió cerrar tras de sí la puerta del único cuarto que había en el apartamento. Aida, por cansancio acumulado y sobre todo por falta de información, no le dio la importancia que tenía a un gesto que, interpretado a la luz de todas las cosas que su sobrina no sabía, podría haberle revelado lo suficiente como para cambiar el sentido de la decisión de su tío. Pero Aida nunca supo que el piso en el que vivían en realidad le pertenecía a su padre; que era don Cosme quien le permitía a su hermano ocupar el ático a cambio de su protección, de su cuidado, de su ojo avizor; que desde el principio fue el doctor quien le pasaba a Lolo el dinero suficiente para que llenase la nevera y le financiase a su sobrina, sin mencionar jamás a su benefactor, los gastos propios de cualquier universitaria de buena familia. A Aida nunca le faltó de nada, y por eso, cuando su tío se encerró en la habitación en lugar de sentarse a peinar su melena rubia con los dedos, no supo hacerse las preguntas adecuadas.

Todavía no había conseguido que el sueño la venciese cuando el teléfono la sobresaltó. Sin levantarse del todo, se incorporó unos centímetros y estiró el brazo para acallar el aparato, y la voz de Román al otro lado del cable le devolvió el sosiego que el soniquete había logrado arrebatarle. El chico le felicitó el nuevo año, se interesó por el accidente del petrolero y por su familia, le dijo lo mucho que la había extrañado, hizo, en definitiva, todo lo que se espera de un amante con aspiraciones. Pero Aida estaba muy lejos de allí, en la plaza de una aldea cubierta de crudo, sumergida en los ojos esquivos de Xairo, a quien no volvería a ver en tres años largos, índigos, escarpados. Pese a sus tanteos, Videla se quedó sin conocer los entresijos de estas cavilaciones: alguien, pensó Aida, tendrá que

absorber todo el deseo que me sobra.

—Che, ¿venís al campo de la facu o querés descansar?

—¿Hablaste con alguien?

—Creo que estarán algunos de los verdes, y seguro que quieren que les *contés* lo del Andros. Pero a mí con que estemos los dos nomás me vale.

—Deja que me vista y en media hora estoy allá.

—Dale, che. Te veo en la escalera.

Cuando el auricular emitió la señal de que Román había dado la conversación por terminada, ella ya se había incorporado. Sin hacer ruido, entró en el cuarto para quitarse unas prendas que todavía conservaban un ligero aroma de sal y humo. Con las prisas, no se percató de que su tío solo fingía estar dormido, y ni siquiera lo miró antes de volver a la sala. Si Aida hubiera sabido que esa sería la última oportunidad que tendría de ver la cara de Lolo, puede que se hubiera detenido un instante; quizás, y solo quizás, habría tratado de congelar en la memoria los rasgos de un rostro que ya nunca dejaría de buscarla.

CABRONAZO

Solo te dejé el ojo a la funerala, pedazo de cabrón, y ahora me arrepiento de no haberte matado. Nunca pensé que fueras a llegar tan lejos con tus aires, doutorciño, y mira que tenía datos suficientes como para que no me pillase por sorpresa, años y años a mis espaldas aturando tus caralladas. Pero tú siempre lo consigues, ¿no? Abraiarme, digo. A mí y a todos, claro: Cosme, Cosmiño, don Cosme, el escogido por pai para seguir sus pasos, el ojo derecho de doña Carmen en la escuela, el más repeinado, el más gilipollas. Pero yo sí sabía que eras un cabronazo. Lo aprendí a la fuerza casi el mismo día que salí por la cona de tu madre, la primera vez que intentaste dejarme sin aire. Cosas de rapaces, dijo *nai*, como siempre que quisiste joderme. Manda truco: eres el hijo de puta más grande que me encontré y resulta, ya es mala hostia, que eres mi hermano. Te reconozco que hasta fue enternecedor que intentases pegarme, meu pobre. Casi siempre me ganaste en todo, pero hay dos cosas en las que soy más hábil que tú: con las manos y con las mujeres. Además, en todos los años que no supiste de mí me dio tiempo de sacarme un doctorado en hostias como panes, nen, aunque creo que eso ya lo comprobaste por tu cuenta. ¿También le zurrabas a tu mujer? Cuéntaselo a tu hermanito. No creo que tuvieras los huevos de ponerle la mano encima con Aida en casa. Luego… ya es otro cantar. ¿Por eso te dejó, cabronazo? Ay, Cosmiño, Cosmiño, yo nunca supe muy bien lo que pasara con la Marisol, pero así y todo me alegro de que te dejase. Mira que era sosa la pava, vamos, un muermo, parecía hecha a medida para soportar toda la mierda que el santo don Cosme quisiera echarle encima. Contra todas mis apuestas, hasta ella terminó por abrirse, y tu hija nunca te perdonará que la dejases sin nada cuando se piró. De hecho, Aida es la única en la aldea que te tiene calado. No se parece a su madre, la gorda, ella es brava como un carneiro. Igual por eso me pone tanto. ¿Qué? No te escandalices, meu. Será hija

tuya, tranquilo, que nadie lo duda, pero desde luego no lo parece. Para mí ella es todo lo que tú nunca fuiste: un origen, una familia y un refugio. Por eso me largué del ático sin decirte nada, para protegerla del mierdas de su padre. También de mí, no te lo voy negar, pero sobre todo de ti, de tus neuras, de tu juego sucio, de tu vigilancia enfermiza a través de mis ojos. Me dejaste que compartiese piso y cubierto con Aida a cambio de que fuese cómplice de tus movidas, pero pronto empecé a desearla, diría que hasta a quererla, y entonces el precio a pagar se volvió demasiado alto. Lo supiste muy tarde, cabrón, jugué bien mis cartas y por eso tu hija pudo terminar la carrera sin volver a dirigirte la palabra. Sé que después de la hostia que te di en la aldea no volviste a llamar, ni siquiera en horario de clase, para recordarme otra vez que dependía de tu caridad, que yo era un pobre hombre y tú, más ruin de lo que me imaginara cuando acepté aquel trato. Pero tampoco me habrías encontrado, Cosme, nadie te habría descolgado el teléfono porque me piré de Santiago y ya no volví, pero lo que cuenta es que nunca más me exigiste que te contase detalles de la vida de Aida que le pertenecían solo a ella. Aun así, y eso es verdad, ni un mes faltaron los *cartos* para tu hija. Sí, has oído bien, para tu hija, porque yo no me quedé nada, miñoca, ni un solo duro. Yo no soy como tú, yo soy legal, aunque por mis venas también corra la sangre de pai. En menor proporción que en las tuyas, eso está claro. No llegué a decírtelo, pero cada día te pareces más a él. Y yo, de *fillos* de tres mil putas como vosotros, no quiero ni la hora. No solo me fui del ático por Aida: también me abrí porque te odio. Lo mismo la palabra es muy grande, pero no sé explicar de otra forma mejor que no soportaba vivir bajo un techo tuyo, ni comer un grano de arroz pagado con tu dinero. Durante ese tiempo le pasé a tu hija hasta la última peseta y dejé que siguiera su camino sin mí, sin mi devoción y sin la mirada inquisidora de su padre tras la mirilla. A la vista está que la rapaza se apañó. ¿No estás orgulloso, Cosmiño? Pues deberías. Igual que no deberías olvidar mientras vivas que Lolo, el pequeño, el hijo aborrecido por pai, lo supo casi todo sobre el cabrón de su hermano. Ni tampoco que por eso ahora está muerto.

NOMBRAS TÚ MI NOMBRE COMO JAMÁS LO DIJO UN HOMBRE

—Lo de las ballenas fue distinto, Alberte, no me jodas. De aquellas sí que tuvo sentido sacar el *Rainbow*.

—Claro que fue distinto. Con esto murió gente, neniña, no sé si te enteraste. Currelas, además, marineros igual que nuestros padres, y por encima, a miles de kilómetros de su casa.

—Más bien igual que los míos, porque *teu pai* desde la cátedra no se moja el culo, me parece.

—Lo que quiere decir Sof es que esto ha sido accidental, che.

—Eso es. No seas parvo, Al. No es lo mismo que unos hijos de puta se dediquen a asesinar ballenas, y que todavía puedan hacerlo de forma legal aquí al lado, como aquel que dice, a que se hundiera un petrolero griego que venía de Irán y llevaba crudo para Holanda. Fue una putada, y nos tocó aquí, pero por mala choupa.

—¿Choupa? Coño, Sof, no me seas barallocas, que parece mentira.

—No pensarás de verdad que alguien hundió el *Andros* queriendo.

—Para mí fue el huevón de Videla, o igual Franco desde la tumba, vos sabés que a esos no les llega el agua al tanque…

—Déjate de lerias, Román, que esto va en serio. Lo de la casualidad y la mala suerte ya nos lo tragamos con el Urquiola, y así nos va. Cien mil toneladas, ojo, que quedó Betanzos que daba pena verlo. ¿Y ahora otra vez? Que no, hostia, que no, que el mundo no funciona así y vosotros sois unos ingenuos por pensarlo. Y lo de las ballenas está muy bien, ¿pero y las personas qué? ¿Y nuestros vecinos? Es la segunda vez en tres años que nos revientan un barco a unas millas de casa y nos lo emporcallan todo, varios muertos, los peces envenenados y los pescadores sin faenar durante meses, por no hablar de los vertidos de bidones, que son radiactivos, joder, ¿tú sabes lo que es eso? ¿También es choupa? Y

nos los echan a nosotros, claro, qué casualidad, ¿no?, porque esto no pasa en los puertos franceses, ni en Alemania; ni tampoco en la Costa Brava o en el Manzanares, que los madrileños tienen aquello que da asco y allí por no haber no hay ni una lamprea; pero no, allí no, esto solo pasa en Galicia, terra de panocos, porque aquí mean por nosotros y aún decimos que llueve. Parece que ya no nos acordamos de la que liaron los de Greenpeace en Alaska, *vaia se cambiaron o conto*, y no hace tanto de aquello, ojo, pero es más cómodo no echarle huevos. Ya verás, que cuando menos lo veamos venir reventamos todos, *dígocho eu*. Pero bueno, Sofía, tú a lo tuyo, el *Rainbow* mejor lo dejamos para los cetáceos.

—Siempre te crees que tienes razón, ¿no?

—Por desgracia, acostumbro a tenerla.

—Eso os lo deben enseñar los profesores yankis en las universidades privadas. Pues el discurso te habrá quedado de puta madre, rapaz, pero ya me dirás qué carallo hacemos para evitar el naufragio de un buque que ya se hundió.

—Hundido ya sé que está, carallo, hasta ahí llego, pero decir que por eso ya no se puede hacer nada es echar balones fuera. Mira, Sof, me voy callar, pero desde que te metiste a Derecho pareces Adolfo Suárez.

—Denle, amargos, no se entrompen, que no vale de nada.

—Para empezar, podríamos escuchar lo que tienen que decir los pescadores que están mano sobre mano en las aldeas.

—Y esos coitados qué nos van a contar, Alberte.

—Pues lo que sea, Sofía, *collós*, lo que les dé la puta gana. O lo que necesiten. Que desde el 68 ya pasaron unos añitos, ¿oíste?, y lo de arreglar los problemas del proletariado desde la universidad les salió regular.

—¿Y a quién le quieres preguntar primero entonces? ¿A los proletarios que dan clase en la facultad de Letras o a los de Geografía e Historia?

—Pues a Aida.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A Aida, Sof, a Aida, que la tienes delante desde hace horas y todavía ni la miraste.

—Ah. A Aida. Es que como no habla, pensé que era muda.

—Tú a esta ni caso, Aida… Aida, qué nombre, ¿no? Suena a

despedida.

—Uf, rapaza, hazme caso: cuando Alberte se te ponga poético, lisca. Y tú, Videla, a ver si te espabilas, que de tan parvo que eres no te das cuenta de que este pájaro te quiere levantar la moza.

Sofía se puso en pie y, antes de desaparecer entre los árboles, bajó las escaleras de la facultad de Derecho al trote. Aida no se despidió de ella, más por desubicación que por desdén, y antes de arrancar a hablar, antes de contarle a Alberte todo lo que sabía sobre el *Andros Patria*, una torpeza desconocida la avisó de que la lengua se le había dormido: hacía muchos años que no pasaba tanto tiempo callada.

FOTOGRAFÍA N.º 32

El primogénito del Arrexó —cuerpo ahora de anguila, rostro barbado, misma nariz de jab jab *cross*— proyecta la voz frente al espumillón del micrófono de un estudio que ocupa una entreplanta cochambrosa de la rúa Príncipe, un estudio modesto pero pionero en una ciudad inclinada y sucia que sigue sin parecerse a ningún suburbio de Manhattan, y la ficción con forma de *western* que defiende con la boca termina por difuminarse con su propia realidad. El técnico levanta el brazo, en un gesto universal aprendido por ambos en una sala de cine, en las imágenes mil veces reproducidas de la última grabación de los Beatles o en una de las cintas, qué sé yo, del *show* de Johnny Carson que los dos tomaron prestada, en algún momento de la década de los ochenta, del mismo videoclub con tendencia al horror vacui que hace esquina en la rúa Florida; y ya en el aire, así dicen todos los del gremio, en el aire, aunque cada una de las frases que él lea se vaya a grabar para superponerla luego a la figura en movimiento de un bandido serio, malhablado, rápido con las pistolas, de algún pueblo de arena perdido en medio del lejano Oeste; pero ya en el aire, con una luz roja y puntiaguda en la retina, el primogénito del Arrexó —voz de adulto, conciencia de niño— se aleja de la barra del Satchmo, de las tres guitarras de Novoa, de los números siempre atrasados del *Tintimán*; se olvida de un lápiz de ojos compartido con una periodista cocainómana en el baño de un garito encharcado; huye de la protección de Bibiano en la noche viguesa, otro mundo que ahora le pertenece por derecho propio pero que, de nuevo, es áspero con los hombres que no se jactan de aspirar a convertirse en el gallo de pelea más camorrista del corral. *Por cada voute esfolar vivo, heite aforcar coas túas tripas* se esfuma un todos los ahorcados mueren empalmados, por cada mueca impasible en el rostro de Eastwood desaparece un salto espídico de Costas; por cada

trama repetida una y mil veces, el sombrero de ala ancha, el saloon, la horca, se diluyen todas las noches repetidas una y mil veces, el concierto en Salesianos, la copa en el Manco, la raya en el baño del Hanoi, el concierto en el Satchmo, la birra en el Black Ball, el sexo en la oscuridad del Ruralex, el concierto en Castrelos, el transformismo en el Kremlin, la primera luz al salir del Vanitas. Con el láser colorado todavía en la frente, el primogénito del Arrexó —cuerpo enjuto, acento grueso— comprende que todas sus noches pasadas caben en un solo día, y que todos sus días futuros se alargarán mientras queden hombres buenos, hombres feos y hombres malos.

GOODBYE STRANGER, IT'S BEEN NICE, HOPE YOU FIND YOUR PARADISE

Algunas décadas después, desde un despacho de secano en una tercera planta de la calle Comandante Zorita de Madrid, la abogada ambientalista Aida Celanova rememoraría una y otra vez, tratando con ello de desterrar la culpa, aquella madrugada en que su tío Lolo la obligó a crecer. Cuando se quedó sin nada que contarle, la niña Aida no quiso despedirse de Alberte, aquel militante ecologista diez años mayor, formado en las mejores universidades estadounidenses, que había puesto todo el encanto de sus bucles morenos, de sus modales de buena familia y de su mirada de poeta de medio pelo en prácticas al servicio de una conversación que pronto tornó en monólogo. Pero antes de invitarlo a subir al ático que su tío había abandonado, sin más solemnidad, un par de horas atrás; antes incluso de que Román, el tenaz Videla, el amante exiliado por un recuerdo primero y por un capricho después, renunciase a cualquier esperanza de asilo sentimental que hubiese podido albergar durante los meses anteriores; Aida habló como no lo había hecho jamás: sin paliativos, sin resistencias y sin misericordia.

No merecería la pena, en el contexto de una prosa que se sirve de la fragmentación para agilizar en lo posible el transcurso de la trama —doy por hecho que, a estas alturas, ustedes ya se habrán dado cuenta—, pormenorizar los detalles que Aida le proporcionó a su futuro novio sobre su vida en la aldea. A esta narradora moderna le bastará aquí, con el propósito que nos ocupa, reseñar que fueron muchos y de muy variada relevancia. Todo lo que él no le contó a ella, sin embargo, les resultará de lo más útil para desbrozar el terreno, fértil pero todavía en barbecho, del porvenir del relato. Alberte, en su tentativa de mostrar primero lo mejor de sí, obvió ciertas minucias que, por otra parte, podrían haber resultado de interés para una potencial receptora de su afán conquistador: se le pasó hablarle a Aida de aquella novia primigenia a la que ni

siquiera acompañó a abortar, tampoco le mencionó el percance que propició su expulsión inmediata de una de las facultades más pijas de la Ivy League ni, por descontado, trató de explicarle su particular concepción del amor libre, que —tal y como él lo entendía— solo funcionaba cuando era unidireccional. Tampoco le anticipó —y, siendo justos, ¿quién podría haberlo hecho?— que dejaría de quererla, más pronto que tarde, a bordo del Pleamar; ni que la plantaría casi diez años después de bajarse del buque y poco tiempo después de adoptar con ella a una niña a la que nunca llegó a llamar hija.

Todavía sentada frente al escritorio en su oficina de la capital, Aida Celanova pensó, desde la amargura inerte que proporciona la experiencia, en lo distinto que podría haber sido todo. Volvió a sentir los dedos hábiles de Alberte colándose sin permiso bajo su camiseta de *Don't Make a Wave* —¿en qué piso de alquiler la habría olvidado?, ¿le seguiría sirviendo tras tantos litros de chapapote y de culpa sabor vainilla?—, exactamente igual que a lo largo de los ocho tramos de escaleras —¿o eran nueve?, ¿tanto hacía que no se asomaba por allí?— que elevaban su ático de la rúa Caldeirería. Los naufragios, por contradictorio que parezca, no siempre suceden al nivel del mar, y aquel fue el proyectil que desencadenó el suyo. La abogada, que ya superaba los cuarenta, concluyó que ninguna de las cosas que le habían pasado a la niña que había sido hasta aquel momento contaba —ni la separación de sus padres, ni lo del *Andros Patria*, ni siquiera la despedida a la francesa de Xairo—, y que el punto cero de su vida, el origen de abscisas y ordenadas, podía situarse con precisión en aquella noche a medio hacer. Fecha: enero de 1979. Lugar: Compos. Altura: cuatro pisos a pie. El acta de replanteo, levantada con rapidez estenográfica por una caligrafía que le resultó familiar, estaba pegada en la nevera; y Aida Celanova todavía no comprendía cómo pudo verla a pesar del calentón.

> Aidiña: Me salió un curro en Valencia y al final marcho para allá. No te dije nada, que ya sabes que las despedidas nunca se me dieron. Perdóname. Te llamo cuando pueda (por ahora no sé dónde pararé), y no te preocupes por los gastos, que te sigo mandando *cartos*. Tú estudia lo que puedas, sal de troula,

cuida el ático (me fío de ti) y cuídate tú también. Nos vemos pronto, gorda.

P. D. Ya sé que no hablas con él, pero por si las moscas: no le cuentes nada de esto a tu padre, que me metes en un cristo.

LOLO

La mujer sacó la nota de un cajón. Estaba intacta, con su cerco con forma de lata de cerveza y el Gracias *pola súa* visita legible sobre la doblez, igual que el día que la encontró: las servilletas de bar no envejecen. Al releerla, Aida Celanova deseó hacia atrás, que es la manera más fácil de que un anhelo se vuelva improductivo. Deseó que Lolo hubiera seguido en el sofá cuando Alberte empujó la puerta, o habérselo encontrado en la cama, ella ya sin camiseta pero también sin nota alguna entre los dedos; deseó retrospectivamente un comentario cargado de retranca y celos, un polvo más, un desconocido con el que jamás se enredaría, la inevitable discusión doméstica posterior. Deseó incluso haberse acostado con Alberte sin haber visto la servilleta, encontrarla luego, pasar el duelo sola. O que la Aida que un día fue hubiera escogido subir a la buhardilla a Román —desterrado dos veces, primero por Videla y después por ella misma— en vez de a Alberte, el cabrón que aprovechó la ausencia de su tío para quedarse en el ático, para okupar su espacio y diluir a su sobrina en sal y tiempo. Seguro que ustedes ya lo habrán deducido a partir de los hechos referidos hasta esta página, sin necesidad de que ninguna narradora moderna se lo confirme, tal y como sucede en las buenas novelas: a Aida Celanova nunca se le dio muy bien enamorarse.

CUÑADA

Qué parviña fuiste siempre, cuñada. Ya apuntabas maneras de moza, cuando todavía no emparentáramos y andabas tola por mí. ¿Te pensabas que no me decatara? Mujer, si se veía a kilómetros, en la aldea lo sabíamos todos. Además, la Bieita y los secretos nunca maridaron bien. Pero no te tortures, que si no te hice caso no fue por ti. Bueno, qué carallo, sí que fue por ti. Lo que te faltaba a estas alturas es que te siguieran mintiendo hasta los muertos, con lo que tuviste que aturarle a mi hermano. La verdad es que no me hacías gracia. Ya sabes que a mí de siempre me gustaron más cativas, menos hechas, como vuelta y vuelta; y también un poco más espabiladas, no te lo voy negar. Más fieras, vaya, justo como tu Aida. Tú es que siempre fuiste bastante burriña, Marisol, qué le vas a hacer ya. Y al final no te quedó otra que conformarte con Cosmiño, ¿es o no es? Visto desde fuera tampoco era mal partido, aunque yo intenté avisarte antes de que no me quedara otra que llamarte cuñada. ¿O no te acuerdas de lo que te dije en el puerto, el día aquel que pariera la Xurela? Miñaxoia, aún pensarías que fuera un arrebato de celos. Pero todos creyeron que pegaras un braguetazo de carallo, y tu madre quedó encantada, ¿no? De ver a su *filla* casada con el rapaz que heredara nombre y oficio del santo don Cosme, digo. No había más que verle la cara el día de la boda, y todo lo que se pavoneó aquellos meses con las otras paisanas. Manda truco. Si tuviera adivinado dónde te estabas metiendo… coitadiña. Casi fue mejor que se quedara en el sitio cuando le dio el chungo, hazme caso, que *una nai es una nai*. Mejor que la rematara un ictus antes que la pena. Pero dime una cosa, cuñada. ¿Cómo pudiste aguantarle todo? Todavía hoy, y ya llevo unos años comido por las *miñocas,* no doy crédito. Y eso que siempre fuiste un poco *paioliña, de rapaza* ya se te veía. Así y todo lo flipo, nen. Y no me digas que fue por Aida. No cuela, Marisol. El amor no tiene nada que ver con el miedo, eso te lo puedo jurar por mis muertos todos.

Me costó entender que te quedaras con él, pero luego, cuando largaste, todavía fue más jodido comprender cómo te diera por irte. Llegó un punto en el que ya pensábamos todos que no serías capaz de salir de ahí. Hasta la Bieita, que mira que te lo dijo y te lo repitió, Mariquiña, mándao a pastar, Mariquiña, *non llo poñas tan sinxelo, Mariquiña, aquí tes a túa casa, para cando queiras deixar de facer o parvo con ese fillo do demo, oíches*? Buenos amigos no te faltaron. Y Aida también estaba de vuelta de todo, ya viste cómo te defendió cuando ese cabrón te la quiso jugar. A esa rapaza ya no hay que protegerla más que de sí misma, que por cierto, bastante tiene. Imagino que el orgullo sería uno de los motivos, ¿no? Para mandarlo a tomar por culo, digo. Me refiero al orgullo por tu hija, que bien sé que del propio, por lo menos de aquellas, te quedaba poco. Pero verla así, tan libre, tan adulta, y con los *collós* que le echó contra su padre… Sin rodeos, Marisol, ¿te pegó? ¿Te llegó a poner la mano encima? Aunque casi prefiero que no me cuentes nada, que por muchas ganas que me quedaran ahora ya no puedo reventarle la chola. Ya lo sé, *parva. Que ogallá lo tuviera matado antes*. Pues no sería porque no lo intenté, vive Dios que no. Pero del camándula ese ya no quiero saber nada, ¿oíste? Cuéntame de ti, parviña. ¿Cómo te lo montaste desde que me abrí a Valencia? ¿Sigues en casa de la Bieita o te arrejuntaste con otro? Que el Raposo te andaba detrás bien lo sé, ya de rapaz lo intentara, que casi me parte la boca una vez que se barruntó que andábamos juntos. Un poco bruto, el Raposo, aunque buen chaval. Algo justito, pero con buen fondo. Mil veces mejor que mi hermano, abofé que sí. Y quedó soltero de tanto esperarte, para vestir santos, como se dice de las mozas. ¿Volvió a buscarte o ya se cansara de ti? Ojalá te quisiera todavía, *meu pobre*. Un marido pescador no viste tanto como un médico, ¿es o no? Pero te salió rana el doutorciño. Bueno, a ti y a todos. Pero por él también existe Aida, cuñada, y solo por eso mereció la pena todo lo que vino luego. Esto lo digo desde fuera, claro, que hablar es gratis, pero fijo que tú lo piensas igual. Vi cómo la mirabas en el puerto, cuando el *Andros*, el día que el Lori me dejara el buga para volver a Compos. Espero que estés guay, cuñada. Tampoco es que merecieras algo mucho mejor, pero sí un poco.

QUIERO IR CONTIGO A JUGAR UN RATITO

Cuando la avioneta en la que viajaba Félix Rodríguez de la Fuente se estrelló en los alrededores de un poblado esquimal de Alaska, el mismo día que cumplió cincuenta y dos, todavía quedaba más de una década para que el coche de Lolo hiciera lo propio en una carretera secundaria de la costa del Mediterráneo. Aida Celanova, que para entonces ya hacía meses que había claudicado ante la urgencia de Alberte por compartir el ático de su tío, se enteró de la noticia a través de la pantalla del mismo aparato que en los últimos meses había retransmitido para ella la victoria electoral de la UCD, con Adolfo Suárez a la cabeza, la inauguración de la Real Academia Galega, la muerte de Sid Vicious, la renuncia de las pretensiones territoriales de Mauritania en el Sáhara Occidental, el Nobel de la Paz de la madre Teresa y hasta un puñado de atentados de la ETA. Menos atención obtuvo en los informativos la lucha de los ecologistas contra los balleneros en las costas gallegas, aunque tras el chute de adrenalina que supuso la adhesión forzosa de España a la Comisión Ballenera Internacional durante el año anterior y con el tema del *Andros Patria* ya medio enterrado, por mucho que Alberte insistiese cada día en reflotarlo, era este asunto el que ocupaba sus horas muertas, el que llenaba las asambleas de las escaleras de la facultad y en el que depositaba, sin que el chico pudiera hacer nada por evitarlo, lo mejor de su inteligencia.

Aún faltaban un par de años —bastantes menos que para el accidente de Lolo— para que alrededor de diez mil personas, reunidas en el puerto de Vigo, recibiesen con vítores a un *Pleamar* fletado por el *Sirius* de los ecologistas y otros dos pesqueros gallegos. Ese día Aida y Alberte saludaron desde la cubierta juntos, cansados y felices, o eso parecía; y Xairo, que desde el muelle fundía su aplauso con el de la multitud, decidió que sería mejor dejar las cosas como estaban. Tuvieron que pasar un par de años más para que Aida Celanova, ya abogada y con unos cuernos sobre

la frente que combinaban regular con su rol de líder, se pusiera un traje por primera vez en su vida para firmar los estatutos de Greenpeace España. Pero todo esto, como podrá el lector imaginar, la Aida del 14 de marzo de 1980 aún no lo sabía; igual que tampoco supo, durante los años posteriores que aquel televisor estuvo encendido mientras se acurrucaba en el sofá junto a un Alberte que fingía quererla, que el acento que le hablaba desde dentro del aparato con la cara de Clint Eastwood tenía la nariz torcida, como de Urtain, por cuyo perfil abrupto tantas veces habían escalado sus expectativas.

Aida se entristeció mucho por la muerte de Rodríguez de la Fuente. Para una niña nacida en 1960, Félix era un miembro más de la familia: en concreto, el tío idealista que llenaba de anacondas, de lobos y también de pájaros la cabeza de los críos. Alberte, diez años mayor e instruido fuera de España, no lo entendió; y, como su imaginación era demasiado estrecha para que en ella cupiese la educación sentimental de nadie más, achacó el arrebato emocional de Aida a la sensiblería femenina, esa que impide a las mujeres racionalizar sus instintos y dirigir su pensamiento hacia los temas importantes. Eso era, según Alberte, lo que estaba destrozando desde dentro un movimiento tan incipiente que por no tener no tenía ni nombre. Las hembras humanas, con su amor por las ballenas, estaban consiguiendo desviar la atención del que debería ser el verdadero centro de cualquier revolución social: la lucha consciente contra un sistema económico que dejaba al sector primario a su merced a la primera de cambio; y que, por su propia naturaleza, hacía pagar el pato siempre a los mismos. Aquella fue la primera vez que discutieron en serio, porque también fue la primera que, después de meses escuchando sus bravuconadas en silencio y tras una carcajada particularmente cruel, Aida se enfrentó a él.

—¿Que se estampó en Alaska, el muy gilipollas? Pues que se joda. Mejor allá que aquí, que logo siempre nos toca a los mismos recoger hasta la mierda que cae del cielo.

—Mira que eres miserable. ¿Por qué te tienes que burlar de todo? ¿De verdad te hace gracia?

—No, si aínda tendré que pedirle perdón al neno de papá ese. Mexan por nós e temos que decir que chove.

—Yo ya no puedo más con tus paranoias y tus mierdas, Alberte.

Como esto siga así voy a terminar volviéndome para la aldea.

Alberte se levantó del sofá como si el asiento hubiese empezado a arder bajo sus nalgas, y sus gritos se debieron de escuchar, como poco, tres plantas más abajo. El oído de Aida, pegado contra su voluntad a la boca de él, empezó a palpitar.

—Mira, nena, por mí puedes irte al carallo. Y que te ature tu puta madre. Si sigue viva, claro, porque ni eso sabes.

Algo se rompió después de aquello, como decían las radionovelas cursis, pero no fue el amor: fue el ego de un hombre. Ahora, en los albores de los años veinte de un siglo que para Aida estaba por venir, lo sabemos; y por mucho que las narradoras modernas del mañana interrumpamos nuestro discurso monolítico para juzgar el ayer con las gafas del hoy, en realidad apenas hemos cambiado. Pero al menos ahora partimos con ventaja, porque las escritoras contemporáneas que nos quitamos la careta somos conscientes de que ni siquiera los aliados del futuro han dejado de explicarnos cómo tenemos que vivir. Ahora sabemos que Aida jugó sus cartas lo mejor que pudo, y también que los cambios de paradigma son como carreras de tortugas a las que las mujeres, hambrientas, jaleamos desde la meta, aunque lo único que queramos de ellas sea echarlas a la sopa en cuanto lleguen.

Con el cadáver de Félix aún caliente, Aida no pensó en volver a la aldea, pero tras el portazo de Alberte la aldea pulsó el timbre de su ático de Santiago. Petra, con una criatura en brazos, observó sus mejillas húmedas desde el umbral.

FOTOGRAFÍA N.º 21

A la rúa Lepanto le falta una mano, en concreto de pintura, y para compensar el desasosiego que provocan los desconchones y las grietas, las luces del Manco nunca se apagan. El primogénito del Arrexó —jaqueca de martes, mirada de escombro— observa el Scalextric como quien asiste a la decadencia de un imperio: sin ganas, pero con la fascinación del que mira algo por última vez. Desde su ventana, a diferencia de lo que ocurre en la puerta del garito, puede mirar al monstruo de igual a igual, como a un hermano de hormigón también incapaz de detener su caída. La sombra que proyecta la gran lengua encementada anula el amanecer a pie de calle, y al primogénito del Arrexó —falda de cuero, labios terracota— no le agradan las cosas a medio hacer: ni siquiera el alba le sirve si no culmina. Por eso sabe, no puede ignorarlo, que el Scalextric se ve mejor desde su piso que desde la ceguera de la rúa Lepanto; porque sus ojos, también hormigonados de rímel y *eyeliner*, acostumbran a situarse a la altura de los engendros. Y piensa, ellos, y traga el humo, ellos son hermosos, y chupa una colilla apenas existente, ellos son frenéticos, y la pisa contra la baldosa de una cocina de alquiler, ellos están dentro, y se pone una mano en la cabeza, parecen los pijos de Madrid, y se sujeta la tortura, ellos no comprenden, y se acerca al fregadero; Bibiano, y abre el grifo, jamás verá valor en una retirada a tiempo, y se frota la pintura con agua y lavavajillas; y Costas, y los ojos le escuecen, ese gilipollas, y se sienta en un sofá cojo, por muy guapo y macarra que sea, y se lamenta en horizontal, todavía no sabe lo que es la oscuridad. Bajo el Scalextric vive una sombra, igual que en el maquillaje de sus párpados inferiores; y ambas —y eso es lo que Bibiano no entiende, lo que Costas no entiende, lo que Novoa y Rosa y Alberto no entienden, lo que Germán entenderá algún día— ocultan un boquete. El timbre interrumpe sus cavilaciones con dolor y él grita, y maldice, y escupe; pero tras la mirilla no lo aguarda

ninguno de la banda, ni un borracho que termine durmiendo la mona en el suelo por culpa de la dichosa pata del sofá. Es una de la aldea. Una que andaba con Aida. Con un bulto vivo entre los senos. La puerta no se abre y el timbre no vuelve a sonar: los dos saben que las quimeras y los brindis al sol no son negocios aptos para el largo plazo. No pudieron escoger su vida, pero ambos la defienden; y Petra debió haberse figurado antes que el primogénito del Arrexó —cara de ángel, carácter de mierda— nunca madruga, porque tampoco se acuesta.

BABY, I LOVE YOU

—¿Qué tiempo tiene?

—Va a hacer nueve meses.

—Joder, ya lleva fuera lo mismo que estuvo dentro. ¿Y cómo se llama?

—Lolo.

—¿Lolo?

—No, no. No te asustes, que no se llama como el padre. Más quisiera yo, pero es del Loiracho.

—¿Te gustaría que fuera de mi tío?

—¿Del hermano del médico? ¿Estás de broma? *Quen mo dera*!

—Ya.

—En realidad me valdría cualquiera antes que ese miñoca, Aida, pero me parece que de esta vez no emparentamos.

—¿Y a él le pareció bien?

—¿A quién?

—Al Loiracho. Lo del nombre, digo.

—El Loiracho no sabe nada.

Desde un ático medio vacío de Compostela, y después de más de un año sin poner un pie allí, Aida Celanova dejó que su amiga la condujese de nuevo hasta la plaza de una aldea que, más a causa de un olvido voluntario que del transcurrir natural del tiempo, empezaba a tornarse ficticia para ella. Pudo escuchar otra vez cómo el agua corriente y las voces de las viejas se entreveraban en el peculiar rumor de la fuente del peregrino, cómo el tabernero posaba el aparato de radio mal sintonizado sobre un mantel particularmente andrajoso y cómo, por su culpa, su madre no dejaba de llorar. El día en que Aida vio los ojos de Petra incrustados en el rostro de aquel bebé pensó que el mundo volvía a desplegarse para ella, y que su vida se había paralizado en el momento en que decidió marcharse. Fue aquella identidad de rasgos, mucho más que los años de amistad que cargaban a sus espaldas, lo que descorchó

la botella de los interrogantes. Así fue como Aida Celanova se enteró de que Petra se había ido del pueblo antes de que su vientre la delatase, fingiendo haber encontrado un buen trabajo en una inmobiliaria de la capital.

—Pero… ¿cuándo?

—Pocos días después de que marcharais vosotros.

—¿Y cómo te fue en Madrid?

—No fui a Madrid a nada, Aida, que pareces *parva*. Vengo de Vigo.

—¿Qué se te perdió a ti en Vigo, luego?

—Primero encontré un trabajo en Pontesa, en las cerámicas.

—Sí, bien sé.

—Eso me duró hasta que ya no aguantaba de pie. Ahí tuve que liscar de la fábrica, claro, pero entre el pellizco de *cartos* que tenía apartado y que el casero no se atrevió a echarme del piso con el rapaz recién nacido, pues aguanté unos meses, argallando como pude.

—¿Y volviste a la aldea?

—*Aínda no volví.*

—¿Desde aquellas?

—Desde aquellas. Como tú, por cierto.

—Lo mío no tiene nada que ver, Petra, no me jodas. Que tú has tenido un hijo, cona, y no lo sabe ni tu madre.

—Ni que tu madre supiese mucho de ti.

—*Non me quentes*.

—Yo no caliento nada.

—Bueno, ¿y entonces qué haces aquí?

—Me enteré de que vivía en Vigo uno de la aldea y fui a pedirle el favor, pero ni me abrió la puerta. Así que cogí el monbús y aquí estoy.

—¿Qué favor?

—Necesito que te quedes con el *rapaz* unos días. Tengo que volver a la aldea.

—Olvídate, Petra. Tienes que decirles la verdad.

—*Nin tola*, Aida. No me quiero casar con el Loiracho. Ni que tenga nada que decir de mí o de mi hijo.

—¿Y qué se te perdió a ti ahora en la aldea?

—*Meu pai.*

Aida comprendió y no le hizo más preguntas.

JIPI

No te conozco, jipi. Nunca te vi la cara, ni pude olisquear esa mata de pelo grasiento, y aun así te odio. *Diríache máis*: pensar en ti me provoca más arcadas que el banquete de las *miñocas* con las que comparto domicilio, pero el asco que me das es diferente al que siento por mi hermano. Al final, el suyo es fruto de la experiencia, de décadas podridas *ó seu carón*, aturando su pestilencia. De tu mierda solo me han llegado los ecos, claro, y tamizados por la distancia, por los kilómetros, por los pocos colegas que me quedaron en Compos; y, *aínda* así, aun con el segundo filtro de la muerte diluyéndolo todo, te odio con una intensidad desconocida para el hombre vivo que fui y, abofé, también para el hombre muerto que soy. A mi gorda no habrá gilipollas que la destruya mientras viva, ¿estamos? Mientras viva ella, quiero decir, aunque tú lo mismo todavía no sabes que yo ya estoy criando malvas. Malnacido, *fillo* de papá *e* de tres mil putas, no tienes ni pajolera idea acerca de las cosas que nos vuelven humanos, no sabes lo que es el amor, ni el dolor, ni desde luego la necesidad. Para ti todo es un juego, nen, porque nunca necesitaste que la vida fuera otra cosa. Y yo estoy muy a favor del *black jack*, del cinquillo y hasta de la ruleta rusa, pero con Aida ni flores, ¿*oíches*? Ya me enteré de que al final te dejó, o la dejaste tú a ella, que para el caso lo mismo me da, y de que a mi gorda tu *game over* la dejó partida en dos. No por ti, bien lo sé, pedazo de cabrón, sino por esa *rapaza* que ya era suya, jipi de mierda, y que tú le encalomaste al echarte atrás y dejarlas solas cuando ya no había margen de maniobra. También sé la que le organizaste en la aldea a la pobre Petra, que aquel día a falta de una existencia jodiste tres, ¿no? La suya, la del Loiracho y la de ese pobre raparigo que se llama como yo. Hay que ser *remendafoles* para hacer lo que hiciste, jipi, más maricón que uno de la aldea que anda travestido por Vigo adiante. Los cobardes siempre lo hacéis

igual, ¿no? La liais cuando no hay escapatoria, cuando ya es demasiado tarde para reaccionar. Cuando el daño es irreversible. *Fillo* de puta, así *fodiste* a la Petra y así *mancaste* a Aida, la reventaste por dentro y yo no pude hacer nada porque ya estaba muerto, joder, muerto y enterrado en una cuneta sin lápida que me identificase ni *nai* que me llorase. La impotencia es desear arrancarte los ojos y echarlos en un *caldeiro* y no poder. Nunca me había sentido tan muerto como cuando me enteré de lo que le hicieras a Aida, *fillo do demo*, eso no se le hace a nadie, la dejaste tirada justo cuando le hacías falta, en el momento más duro, con una hija en común. *A quen se lle conte… non o cre*. Y todavía tienes el cuajo de ir de perdonavidas, de colega, de aliado de las mujeres que pasan por tu cama. Qué asco, jipi, qué puto asco. Cuéntame, miñoca, ¿fue porque la niña no era vuestra, porque no la pariera ella? ¿O tendrías hecho lo mismo si la biología la tuviera maldecido con tu pelo piojoso, con tus dedos largos, con tus dientes amarillos? Mala chispa te escalce. Del galopín escaparías, pero *xúroche* que de mí no te libras. Es una mágoa que el infierno no exista, porque no conozco a nadie que lo merezca más que tú. Pero *as meigas habelas hailas, ¿oíches?*, y te las voy mandar todas, que ya las tengo compradas en el más acá. Alguien tendrá que proteger a Aidiña de sus propias decisiones. Qué mal escogió siempre, coitada, mira que irse contigo con Videla ahí, muerto de deseo y con un amor limpio, una compañía estable, un respeto tierno en el fondo de la retina. Hay que joderse con la gorda, pero en algo tenía que haber salido a su tío, ¿no crees, jipi? Y mira que eso se ve de lejos, cona, y mira que Román nunca fue santo de mi devoción, aunque eso es porque ninguno que se acercase a ella me gustaba; pero Videla sí que era un *home*, un exiliado de verdad y no en una universidad extranjera *chea de fillos* de papá, con problemas de verdad, no como tus mierdas de niño consentido, tus caprichos, tu maldad antojadiza. Ella elegiría del revés, pero yo no voy fallar. Parece ser que desde aquí te puedo joder vivo, y no dudes de que lo haré. Meigas, Santa Compaña, mal de ollo, trasgos y hasta la mismísima Virgen, el inframundo entero estará movilizado hasta que consiga destruirte. ¿No eras tan jipi? Pues entonces fijo que esta mierda te aterra.

EVERYBODY'S GOT A HUNGRY HEART

Recordará el lector —o tal vez no, porque desde aquí me resulta imposible adivinar con qué atención sigue cada uno de ellos esta retahíla de peripecias— que en el último capítulo hasta el momento de los encabezados con la letra de una canción de la época, titulado «*Baby, I love you*» —¿cuántos la habrán escuchado?—, apenas me despego del paternalismo propio de la omnisciencia. Decimonónica, de pronto: sin duda, mi profesora de lengua de la ESO se habrá llevado una alegría. Los diálogos, por su parte, me descargaron en esa ocasión de toda la responsabilidad en lo relativo a la construcción de los antecedentes. Pero ¿no es justo eso lo que tantos buscan desde la primera página?, ¿no es un lector lo mismo que un *voyeur*, que un cotilla de conversaciones ajenas, sin contexto, en el autobús, que un espectador cualquiera del *Sálvame Deluxe*? Si quien está al otro lado es inteligente, habrá respondido a esta cuestión con un sí rotundo, y ahora estará preguntándose por qué coño he vuelto, si es que acaso me creo el Guadiana, si es que me las quiero dar de moderna. La realidad es más sencilla que todas esas movidas —Ockham, como siempre—: no quiero resultar pelma. De vez en cuando, por muy entrometida que sea la narradora que le ha tocado en gracia a esta novela —a saber, yo—, también es bueno permitir que el relato se oxigene y que los hechos avancen por su cuenta, especialmente cuando no tengo nada que decir. Lo resumió muy bien aquella vacaloura hasta las cejas de LSD en el *Xabarín Club*: «*Do que non se pode falar, o mellor é sempre calar*». En cualquier caso, y le guste o no al lector tiquismiquis que me habla al oído mientras escribo, él y todos los demás ya están donde quería: a través de un simple diálogo, han empatizado con dos mujeres cuyo concepto de bienestar se sitúa en lugares distintos; están armados con datos suficientes como para seguir la trama, pero con menos de los necesarios para que la novela se me estropee; y,

por si esto no fuera suficiente, el filete ha salido jugoso, tierno y en su punto. La sangre es Petra, volviendo al pueblo sin hijo ni presente que mostrar; la ternura es Aida, empantanada en Santiago con un bebé de meses, embelesada con sus dedos y sus uñas a medio hacer; y el punto de la carne son dos hombres: un novio, el de Aida, receloso, haciéndole al crío carantoñas falsas pero verosímiles, y un padre, el de Petra, organizando su propio funeral.

—Alberte, ¿crees que algún día…?

—Algún día. Seguro.

Petra no volvió en muchos muchos días, y, cuando al fin lo hizo, fue para no volver en muchos muchos años. Mientras la muerte de su padre se iba acercando al pueblo como un rumor de buitre blanco, en el ático se escuchaba cada vez más alto el timbre del teléfono, que aguardaba agazapado como un pulso latente en el tirabuzón del cable incluso cuando el niño no lloraba y todo estaba en silencio. Petra llamó cada día. En clave, para que la telefonista de Valdoviño no pudiese irle con el cuento a nadie de la aldea, le enviaba información a su amiga y preguntaba por su hijo: esta temporada no está habiendo casi percebes, le repitió a Aida tarde tras tarde, para dejarle saber que al Loiracho no lo había visto ni de lejos, ni siquiera cuando, en el puerto, los hombres de mar pisan tierra con la faena terminada; ¿y las vistas desde el ático de Compos?, y Aida, con un amor en la garganta que no le correspondía, contestaba invariablemente que las vistas, que lo que eran las vistas, estaban preciosas; ¿y tu padre?, y el toma y daca saltaba al fin al terreno firme de la información desclasificada; pues mi padre mal, Aidiña, cualquier día va, y mira, don Cosme será lo que quieras, pero si no es por sus remedios contra el dolor te digo yo que este ya se tenía quitado de en medio; y Aida elucubra porque no puede hacer otra cosa, madia leva, pastillas y alcohol, que mi padre con eso todo lo arregla.

Las horas posteriores a la llamada, con pequeñas variaciones más propias del *jazz* que de la rutina, transcurrieron una y otra vez de manera similar: el hambre de teta de Lolito —nombre de *influencer*, cuerpo de goma, si se me perdona la intertextualidad— tras barruntar la voz de su madre al otro lado, su llanto largo, la nana de Aida, postiza pero efectiva, la monotonía de su arrullo, las ganas frustradas. Solo hicieron falta dos semanas para que Alberte,

guiado por un hambre distinta, buscase en las Páginas Amarillas del año anterior el teléfono de, qué sé yo, algún bar llamado A Frouxeira.

—*Quen é*?

—¿Es Valdoviño?

—*Será, logo. Que foi*?

—La Petra, la del Xabo, tiene un hijo de nueve meses. Es del Loiracho, pero la muy puta no le dijo nada.

Este es un gran atraso de la era digital: el botón rojo en la pantalla nos impide recordar que, al colgar un teléfono de los de antes, todavía se escuchaba el peso de la culpa.

FOTOGRAFÍA N.º 26

La mezcla de crucifijo y baquetas es incongruente, casi ficticia, como lo es también un sonido ajeno a cualquier clase de nostalgia, y el retrato de Clint Eastwood que cuelga del gotelé profetiza un mañana de sobriedad y espumillón que él jamás ha imaginado. El hijo del Arrexó —cuerpo de culebra, ritmo de fariña— se golpea un catálogo de músculos desconocidos, nuevos para una concepción aún limitada de su cuerpo, contra las aristas de otras alimañas dispuestas a que de la fricción broten, a un tiempo, el fuego y las cenizas. Lo ven subirse al escenario del colegio Salesianos —americana punteada, camisa blanca por fuera, pantalones de cuero que no se ajustan por falta de carne a la que pegarse— no solo él y el resto de la tropa, que tiran octavillas al aire a cambio del refugio que ofrece el sudor extraño, sino también algunos religiosos desde el púlpito de sus prejuicios. Sin embargo, en un contexto en el que casi todo puede pagarse con velocidad, Germán no necesita prenda alguna para presentarse: tras unos instantes desorientado, el aullido sale desnudo de su garganta para frenar el mundo. La noche arranca y Vigo, por una vez, es una máquina funcionando a pleno rendimiento, como nunca, ni siquiera cuando eran nuevas, llegaron a funcionar las de los astilleros. El año del Mundialito, del Estatuto de Autonomía, del secuestro de Quini y, sobre todo, el año del golpe de Estado —de los tricornios, de los tiros en el Congreso, del se sienten, coño— termina, como todas las catástrofes, con un ritual expiatorio. Pero el punk del «no future» y las crestas engominadas ha encallado en otra costa, todavía más al norte, y a través del océano que las baña a ambas, pero que también las separa, el espíritu del movimiento se tamiza; y por el puerto de Vigo solo entra una bruma irreverente que las bandas locales interpretan a golpe de retranca y botas de pesca. Miguel, Julián y Alberto se subyugan, desde el privilegio del escenario y la protección de sus instrumentos, al último en llegar. Germán, sin

otras armas aparte de su grito de exterminio, hipnotiza a un respetable que cada vez lo es menos. Son novatos y se les nota, pero el hijo del Arrexó —cuerpo de tuberculoso, oído de tísico— sabe distinguir las nueces del ruido. Antes de perder el control con la penúltima raya se guarda uno de los panfletos que reparte en el bolsillo de la chupa. Sin fecha, sin horarios, sin más datos que el nombre del grupo: Siniestro Total. El hijo del Arrexó todavía no sabe, no puede saber, que en pocos años cualquier información que acompañe a esas dos palabras resultará redundante. Mientras restriega su entrepierna contra otros cuerpos de hombre que leen con ingenuidad espídica un deseo animado por la cocaína, al hijo del Arrexó le taladra las orejas un estribillo dedicado a un líder espiritual islámico, y le da por pensar en aquella chica de la aldea que se atrevió a tocarle la pirola con una criatura en brazos. Esa puerta —el hijo del Arrexó lo recuerda bien— nunca se abrió. Puede que algún día tenga un hijo. O puede, lo más probable, que no.

DEMASIADO TARDE PARA COMPRENDER

Ni siquiera los golpes frenéticos en la puerta del ático consiguieron despertar a Lolito, que de haber sido un cachorro canino habría identificado el aroma de su madre desde la cuna. Quien sí se irguió fue su madre postiza, a quien el oído se le había aguzado al extremo desde que su compañero de piso tenía menos de un año. Tan solo unos meses antes los mamporros de madrugada habrían vaticinado una noche de juerga, debates estériles —por teóricos en exceso— entre una jauría de universitarios encendidos y tercios retornables de cerveza que nunca volverían a la fábrica. Pero esa vez la voz superpuesta a los golpes no portaba un acento de tango, y ninguna risa se aventuró a sentarse en el sofá antes que su propietario.

—Abre, *filla* de mil putas.

—¿Petra?

—Que abras, hostia.

Ni el accidente de Chernóbil, ni los bombardeos de Markale ni el huracán Katrina conocieron una furia similar a la que atravesó la sala en cuanto Aida Celanova abrió la puerta del ático en el que, como ya habrá deducido el lector, estaba sola por primera vez en meses. El kilómetro cero de la violencia fue la angustia de una mujer a la que un desgraciado —para Petra, con el rostro de Aida y para Aida, aún sin rostro— le había robado el derecho de enterrar a su padre, el deseo de tener una familia y la ambición de conservar, pese a todo, una aldea a la que volver. Petra regresó a Santiago con un cardenal en el ojo izquierdo que se extendía hasta el borde de la mejilla, y también con un sambenito injusto que colocarle a su único hijo por encima del babero. En jerga contemporánea: una hostia en la cara y un carné de bastardo.

—Esto no te lo perdono en la vida.

—Petra…

Aida Celanova le tocó la cara y, con el sentido del tacto depositado en la yema del dedo, adivinó el dolor palpitando en el

morado. Petra tardó un segundo en apartarse, pero cuando lo hizo fue tan brusca como si los dedos de su amiga quemasen.

—Saca daí.

—Eso es una hostia. ¿Fue el Loiracho?

—Como si no lo supieras, malnada.

Desde este siglo es muy fácil defender que la cultura impuesta, justo la que no elegimos, a veces nos impide elegir. Parirás a tus hijos con dolor, envidia de un pene que nunca fue, anatómicamente incompleta, antojos y enredos, te vas a quedar para vestir santos, cosa malamente carnal, y matarme contigo si te mueres, un crimen pasional, si un niño te trata mal eso es que le gustas, egoísmo, contra natura, instinto maternal, el verdadero amor de tu vida, un hijo te completa como mujer, diez o doce frases repetidas un número suficiente de veces bastan para que la estafa piramidal se perpetúe incluso en el vientre de la menos proclive si, por accidente, alguien nos coloca un bebé en brazos. Pero el raciocinio de Aida no llegó tan lejos cuando al fin se produjo la mitosis de lo que nunca debió unirse. Loliño, como si hubiera comprendido, lloró cuando su madre lo cogió y trató de acunarlo, y la división celular continuó su camino en las tripas de Aida. No quería que el bebé desapareciese, no ahora, no tan pronto, y desde luego no de aquella manera. El llanto del niño disolvió para ambas cualquier conato de cuestionamiento acerca de lo sucedido: Alberte no estaba en el ático y tampoco en la ecuación. Si se hubiera dado cuenta, Aida Celanova lo habría tenido mucho más sencillo para adivinar todo lo que vendría después, aunque es probable que ni así hubiera sido capaz de evitarlo. Nos quejamos las narradoras modernas de los problemas asociados al anarquismo relacional, pero debemos ser francas con nuestras lectoras: el poliamor es una bagatela frente a la ceguera que provoca el enamoramiento de toda la vida.

—Petra, joder, para de una puta vez. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

—Te mato, ¿oíste? De esta no libras. Y ya dejé dicho en la aldea que vivías aquí con un langrán en pecado.

—¿A dónde te vas a llevar a Loliño?

—También a tu padre. Case tolea.

Petra calmó la inquietud de su bebé ofreciéndole, como pudo, un pezón vacío al que agarrarse. Después, con el niño aún recién

enganchado, se largó. Aida se quedó de pie y sintió, de pronto, que las piernas le pesaban en lugar de sostenerla; porque sin crío que acunar, sin amiga que consolar y sin explicación que tratar de comprender no le quedaban más pertenencias que una cierta presión en los muslos, un novio ausente y cero sospechas. En aquel momento, sin embargo, el hombre al que extrañó fue otro: por primera vez desde que su tío se fuera a Valencia, Aida Celanova quiso volver a ser ella la niña vulnerable, la pequeña, la llorona; y que el otro Lolo, el mayor, estuviera allí para arrullarla.

VIDELA

Aún estás a tiempo, Videla. Bien sé que ahí atrás la dieras por perdida, cuando el jipi te adelantara por la derecha y Aida te dejara tirado en el arcén, especialmente desde que la tonta de la Petra le encasquetase al niño ese que se llama como yo. Pero tienes que aprender, Román, tienes que decatarte de que a los buenos la vida les jode, eso pasa en la Pampa y en Madrid y hasta en las Rías Altas, carallo, que de bueno que eras parecías medio parvo. A ti el amor se te caía a cachos del rostro desde el día que la conociste, Videla, a la gorda, digo. No lo puedes evitar, desprendes bondad, la vas repartiendo, la desperdicias como si fuera un don corriente, como si no fuese algo tan infrecuente como el talento o el carisma. Y de esas dos cosas, mal que nos pese, el jipi todavía va sobrado. *Ou non*? Yo me fui el día que me decaté de que si no me gustabas era por celos. Si llego a saber que esa misma noche iba a aparecer el imbécil ese por el ático y que tú te ibas a rendir a la primera de cambio, en cuanto el jipi le metiera sus guedellas grasientas entre los muslos, me hubiera quedado. Vive Dios que me quedaba, Videla. Con la gorda no se juega, o por lo menos antes no se jugaba. Ahora yo estoy muerto y el jipi no, y por eso tienes que echarme un cable. Bien sé que tú eres buen rapaz, no como ese malnado. Tan buen rapaz que nunca pude odiarte, pese a que te metieras en la cama con ella, y eso es mucho decir. Un susto, Videla. Un buen revulsivo, un chupito de licorca del malo que le quite las ganas de volver por otra. Ese *fillo* de puta te jodió la oportunidad con la gorda, y ya viste que con Aida por las buenas no hay nada que hacerle. Como de bueno eres parvo, Romanciño, hasta intentaste un par de veces que saliese de ahí ya no por ti, sino por ella. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que el jipi no es trigo limpio, que lo ve hasta un exiliado, carallo. Y ahora con lo del rapaciño lo dejó bien claro. Pero la gorda tiene cona, ¿eh? Como se le meta algo en la chola, como para llevarle la contraria. Y el jipi supo sorberle el seso,

Videla, pero tú le gustabas de verdad, te lo digo yo, que de mujeres aún te entiendo algo, y tú a Aida le molabas mucho más que el otro gilipollas. Pena que no vieras cómo hablaba de ti, cómo le brillaban los ojiños cuando contaba todo lo que le pasara a tu familia cuando os vinierais, con qué pasión casi militante se negaba a presentarte a mi hermano, a *seu pai*, de la pura vergüenza que le daba que la relacionases con semejante cabrón. Ella no lo supo, pero te quiso más que al maricón de la aldea, y mira que el Xairo la marcó de por vida. Lo que pasa, Videla, es que la gorda ama por intuición, pero es incapaz de identificar el amor; igual que un pájaro vuela sin mirarse las alas. Aida nunca supo elegir bien, ¿sabes? En eso salió a su tío: tanto ella como yo tenemos una capacidad innata para cagarla, para cegarnos, para empecinarnos en seguir la ruta que menos nos conviene. ¿Te llegó a dejar, Román, o solo desapareció? ¿Cuántas veces la llamaste? Espabila, joder. ¿A dónde te vas a ir, a estas alturas? Lo del otro Videla acabó en Argentina y tú quedaste aquí, porque está en tu naturaleza comprometerte con las causas que asumes como propias. ¿Es o no? Además, tu casa ya no está en un país que sí, es mejor que antes, pero que no te extraña. Piénsalo, nen. Aquel no tiene por qué ser el único régimen que remate por las bravas si le botas *collós*. La dictadura del jipi no es tan distinta, como tampoco lo era la de Franco de la que, a pequeña escala, ejercía el doutorciño en mi familia. Yo no puedo ayudarla, Videla, y las *miñocas* se me salen por las cuencas de unos ojos que ya ni saben llorar. Hacelo por la Evita, che, o por las madres de la plaza de Mayo, o por Alfonsín, o por las Malvinas. Como si lo hacés por Diego Armando, pibe, pero hacelo. Nunca se me dio imitarte, ¿viste? Ni muerto me sale, y mira que tuve años para practicar. No tengo derecho a pedirte nada, con la de veces que intenté que la gorda te dejase, pero necesito un aliado en la tierra que se lo ponga fácil a las fuerzas del más acá. Que serán sobrenaturales, pero sin un puño cerrado con el que partirle los dientes al jipi se quedan algo cojas. No le tienes que pegar si no quieres, aunque si le *zoscas* me alegraré. Ojalá lo mataras de una hostia. Aunque lo veo difícil, porque tú nunca tuviste ni media.

NO QUIERO LEER MÁS REVISTAS NI QUIERO FUMAR

—¿Sabes cuánto te quiero?

Siempre pasa igual: cada episodio miserable desencadena, en el ánimo de quienes tienen la mala fortuna de sentir remordimientos, en torno a una semana de comportamientos expiatorios; y, en aquellos que no saben lo que es la culpabilidad, por lo menos una década de disimulo. Alberte pertenecía —al lector avezado no hará falta aclarárselo— al segundo grupo, pero sus años de purga, que acabaron tras la explosión del *Mar Egeo* e hicieron naufragar a su novia por partida doble, se vieron jalonados por una serie de perturbaciones de su absolutismo, casi siempre propiciadas por un despertar transitorio de Aida Celanova, que indefectiblemente, y más pronto que tarde, volvía a caer en el letargo. Como narradora moderna que me ha tocado ser, nada me complacería más que presentar un personaje femenino cuasi heroico, consciente de su propio calvario y capaz de plantarle cara a una adversidad que, en su caso particular, tenía los bucles morenos y el rostro aguileño de un hombre a quien hoy tildaríamos de maltratador pero que, en los primeros compases de 1981, no era más que un pobre muerto de amor carcomido por los celos. Pero la realidad fue un poco distinta —las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así, que diría el mejor narrador del siglo pasado—, y si bien sería injusto negar que Aida Celanova tuvo algunos momentos de lucidez a lo largo de su cautiverio, mi posición no elegida de cronista omnisciente me obliga a reconocer que estos fueron más bien escasos y discontinuos. Pese a todo, existió en este periodo un punto de inflexión, uno en concreto, que sí nos permitiría recrearnos a las narradoras modernas en una nueva versión de la resistencia pacífica de Penélope, o del arrojo de Defred, o de la libertad ácrata de la Maga. Y ese, y no otro, es el que voy a contar, porque para eso soy una narradora moderna y feminista que relata, en esencia, lo que le da la gana. Pero no nos

adelantemos: soy consciente de que quien esté al otro lado, que no por ser lector estará menos sometido que el resto de los occidentales a las leyes de la economía de la atención, estará más familiarizado con el clifanger que con la paciencia, y si adelanto el final, es estadísticamente más probable que cierre el libro sin terminar el capítulo.

—Hombre, saber, saber… Mejor dímelo tú.

Para valorar con justicia la excepción, conviene conocer la norma. Tras el regreso de Alberte al ático, y después de un breve periodo de duelo por la pérdida de su amistad más duradera y por la despedida forzosa del segundo Lolo al que quiso de verdad, el restablecimiento de la rutina se apareció ante Aida como el único baluarte posible contra su tristeza. Alberte supo suplir sus carencias con un empalague artificial y con horas de atenciones: cualquier chico listo sabe que la receta para que las aguas vuelvan a su cauce siempre tiene como principal ingrediente el paso del tiempo, y de ese, por desgracia para nuestra Adela contemporánea, él tenía a puñados. También tuvo en cuenta que el cariño, por falso que sea, acelera la curación, y supo dosificarlo en consecuencia y rascar con la uña, de vez en cuando, el borde de la herida: a ningún manipulador le interesa que las costras abiertas terminen de cicatrizar; porque una dosis moderada de dolor y dependencia —esto nos lo hemos aprendido al dedillo las narradoras del siglo XXI— puede llegar a ser un narcótico de primer orden.

—Más que tu madre, más que Petra al cativo…

En el segundo aniversario del hundimiento del *Andros Patria* —es decir, la última velada de 1980—, Alberte celebró la Nochevieja con su familia, y su novia, por descontado, no entró en sus planes; por lo que Aida estaba sola cuando el teléfono de la mesa del salón, al igual que había sucedido en 1978, quebró el silencio a coro con los borrachos de la rúa Caldeirería. En aquella ocasión, sin embargo, no fue la voz de *western* de Xairo la que escuchó al otro lado, y nadie le anunció a través del cobre otro naufragio aparte del de sus propias expectativas. El error de Alberte fue no comprender a tiempo que si el dolor es un narcótico, la soledad, cuando la compañía es mala, suele sentarle al organismo mejor que una anfeta de las buenas. El titubeo de su madre en el auricular, después de dos años en los que Aida Celanova apenas

había pisado la aldea, liquidó un aletargamiento que, sin Alberte cerca, era menos potente.

—¿Quién es?

—Soy tu madre.

Marisol, en cuanto hubo aplacado los nervios, tuvo claro qué botón presionar, justo el mismo que ella tuvo silenciado tantos años. Por la primera conversación adulta de sus vidas desfilaron, medio desnudos, el pasado, el presente y el futuro: hablaron de lo bien que estaban ambas sin el yugo de don Cosme sobre el pescuezo, y de cuánto y qué poco se parecían el médico y su hermano; del picapedrero del Raposo, un pescador que rondaba a Marisol desde los quince, y de lo poco que necesitaba justo ahora otro hombre, con lo bien que estaba, y Aida sonrió al imaginarse a su madre haciéndose la difícil por primera vez en su vida; del crudo, que dos años después apenas empezaba a dar tregua a los pesqueros; de la movilización ecologista incipiente que comenzaba a gestarse en la aldea y del Arrexó pequeño, que debía de andar en Vigo, y que decían las malas lenguas que se había vuelto sarasa, bujarra, maricón, y Aida que qué va, que si lo sabría ella, y Marisol que al menos estaría viviendo su vida y no la de otro, ¿*entendiches*, nena? Y Aida que sí, que entendía. O, se confesó a sí misma, que al menos empezaba a entender.

—Bueno, tú no me hagas mucho caso, y estudia, sobre todo eso. *Feliz ano logo, filla*.

Todo salió según su madre había previsto: sin el influjo de Alberte y ante la confirmación explícita de que en la aldea estaban cambiando las cosas, Aida Celanova resolvió que había llegado el momento de volver a meterse en líos.

FOTOGRAFÍA N.º 40

A diferencia de los párpados caídos de Fran, de su tripa incipiente gestada de botellín en botellín, de su medida tibieza, la mirada del primogénito del Arrexó —rostro añejo, cuerpo de rapaz— todavía conserva la particular intensidad con la que filtran la luz los ojos que han visto mucho. Detenidas sobre la *chaise longue* de un sofá gris, incómodo, recién estrenado, sus piernas se atreven a quejarse, y el hormigueo que asciende por ellas y que a ratos se torna en dolor no es síntoma de ninguna enfermedad, sino el recordatorio constante de que ellas también conocieron otros tiempos. Si mejores o peores es algo que su brazo izquierdo, inmerso en el proceso de acostumbrarse al tacto poco acolchado del hombro derecho de Fran, no tiene claro, pero el primogénito del Arrexó —cuerpo de exbailarín, alma de drag— sabe que la somnolencia solo se detiene con la muerte o con la vida. La elección entre los dos finales, con Fran al lado, es sencilla, y la muerte dulce se vuelve un placebo insatisfactorio, pero efectivo, contra la tentación omnipresente de la huida. La domesticación puede ser voluntaria, pero el arrepentimiento no, y sus dedos viajan por las cejas de Fran, siempre tan bien vestido para ir a la gestoría, tan adaptado al estándar masculino, tan del Celta, tan poco marica para lo maricón que es, y se detienen en la punta de su nariz, redonda, rotunda, y luego en sus labios, que dominan un lenguaje del amor que suena natural en su artificio, aprendido de Hollywood, y luego agarran su barbilla en un gesto ya universal, pero también ficticio, de ternura, como si adaptar la convención romántica heterosexual fuese la única vía hacia la redención, el único final feliz posible para una pareja de desviados que ni siquiera tienen claro si conocen el amor, pero que se conforman con fingir conocerlo. Su novio se lo encontró de día y no sabe de sus noches, pero el primogénito del Arrexó —nariz de fajador, corazón de estilista— está harto de verse obligado a pelear siempre en el *ring* del rechazo. Por eso escoge

otra lona, la nostalgia, para su última —su derradeira— contienda, consciente a la fuerza de que aquellos a quienes marcó como sus iguales, los inadaptados, los raros, los del Angara, los del paro y la reconversión naval, los de los malos tiempos para la lírica, los del boikot al sistema castrador, son lo suficientemente modernos como para considerar un divertimento la desobediencia implícita en sus medias de rejilla, pero no tanto como para equiparar su opresión, escrita con la letra mayúscula de la normatividad urbanita, con el drama del sarasa de una aldea cualquiera. El fallo estratégico del primogénito del Arrexó —pómulos de yonqui, espíritu de superviviente— fue dar por sentado que el combate, en el cuadrilátero de la ciudad industrial más fea que conoce, no estaría amañado.

ES MEJOR QUE SIGAS TU CAMINO

La segunda vez que Aida Celanova regresó a la aldea tras su marcha a Santiago —a bordo primero de un autobús del que se bajó en Coruña, luego en el último asiento de una carraca renqueante que la dejó en el puerto de Valdoviño y, por último, entre cajas de mejillones, en el coche de uno de los pocos pescadores que tenían la fortuna de acudir cada mañana a la lonja sobre ruedas— lo hizo sola, sin un Alberte que, muy alejado del entusiasmo de su novia, trató de impedir su marcha vaticinando por activa y por pasiva el fracaso de cualquier acción fruto de su idealismo. Sin embargo, y para variar, en aquella ocasión en su tierra sí había alguien esperándola, aunque por entonces ellos ni siquiera lo supiesen. Cuando Aida alcanzó a ver las mesas de plástico rojo que jalonaban el borde oeste de la plaza mayor de un pueblo en el que cada vez quedaba menos gente —tras cuyas casas bajas tantas veces había visto ponerse el sol, casi el último de la cuadrilla, en las primeras noches de estío y redes cortadas—, las halló todas vacías salvo una, o más bien dos —pegadas entre sí y cubiertas por un hule agujereado de tabaco—, y en torno a ellas se agolpaban los pocos chavales que todavía estaban condenados a galeras. Aida, que se esperaba tal recibimiento menos que ellos, los contó con los dedos, y se percató de que a su mano derecha todavía le sobraba el meñique para encarnar la ausencia del Loiracho. La hija del médico se descalzó y sus pasos, tras ese gesto, se volvieron más firmes.

—*Habería que facer algo máis*.

—*Pos pra eso xa sabes onde hai que ir*.

—*Eu non podo deixar de faenar. E menos ca que está caendo*.

—¿Qué hay, chicos?

—*E ti que fas eiquí*?

La joven que pronto se convertiría en la abogada ambientalista Aida Celanova, en el poco tiempo que llevaba en la universidad, ya había aprendido que para hacerse respetar por los hombres lo mejor

era parecerse a ellos, camuflarse entre sus costumbres y reproducir sus vicios. Cogió una silla vacía de la mesa más cercana, la puso del revés y rodeó el respaldo con las piernas abiertas. Un gesto de cabeza bastó para que el chico más flojo, uno al que todos llamaban el Toxo, le acercase la picadura y el papel de liar: tras la primera calada, su presencia regular en aquellas reuniones masculinas se naturalizó.

Los pescadores enseguida quedaron subyugados por las formas de una mujer a quien, pese a su evidente falta de una sustancia tan valorada por el grupo como era la testosterona, se le empezaba a notar —en su vocabulario extenso, en su blusa de hombre a medio abrochar, en su velocidad de respuesta— un entrenamiento duro en ciertos ruedos que ellos, a causa de sus propias carencias, reverenciaban. Bourdieu, Sontag y Marcuse compartieron tertulia durante días, a través de los resúmenes de sus libros inventados por una muchacha con ínfulas que por entonces no había leído a ninguno de los tres, con otros iconos pop que ella sí conocía bien, pero que en la aldea resultaban igual de exóticos: nunca antes los vinilos de Dylan habían sonado tan alto como lo hicieron en el tocadiscos que el del medio del Bieito consiguió a través de un mozo de descarga del puerto coruñés. Pero en aquellas reuniones no solo se hablaba de filosofía y música: también se trataban asuntos importantes. Así fue como Aida Celanova confirmó que su primer amor vivía, fuera ya del armario pero con todos los trapos puestos, sobre la barra de un garito vigués de nombre moscovita. También se enteró de que el epicentro del ecologismo —*the place to be* para cualquier aspirante a activista, que diría una narradora digital— se había desplazado desde la playa de Riazor hasta la de Touro, y que por entonces era en el pueblo pesquero de Santa Uxía de Ribeira, y no en Coruña ni en Vigo, donde atracaba el único barco de toda Galicia, un pequeño palangrero, que había recogido el guante revolucionario de Greenpeace. En el fondo, pensó Aida, el océano es el mismo; pero la letra pequeña de la historia tardaría poco en mostrarle que, pese al propósito noble que los hermanaba, ni el *Sirius* y el *Xurelo* ni sus tripulantes eran iguales.

—*¿Y por qué no vais*?

—*Porque a min o veleiro deportivo faime falta pra pescar, non te fode.*

—Si quieres que tus hijos puedan seguir pescando esto es más urgente, Toxo.

—*Para que os meus fillos pesquen primeiro teñen que xantar*.

Al anochecer, cuando sus colegas de taberna salían a faenar y no podían verla, Aida Celanova se sentaba a esperarlos en un bolardo del muelle, lejos de la orilla, y allí disfrutaba durante horas del silencio, por fin elegido, y del rumor frondoso que descendía desde la fraga, mirando distraída a través de las algas de sus pestañas las luces que, a lo lejos, le chivaban en qué posición y a qué distancia se encontraban sus camaradas. También miraba hacia arriba: el mantón de estrellas, casi invisible desde Compos, que fue testigo de la muerte de su abuela; la serenidad poco contagiosa de una luna que, el día de la separación de sus padres, estaba más llena; la oscuridad hermética que llenaba el poco espacio disponible entre su cuerpo y el de Xairo. La última noche, Aida recordó ochenta carreteras secundarias, una docena de camisetas empapadas, la letra de un himno punk, puertos inmensos y ciudades tan bellas como contaminantes, y se dio cuenta de que todos esos recuerdos todavía no existían. Esa misma mañana, con la sonrisa triunfante de quien sabe que todo va a salir mal, se lo dijo a los demás.

—Pues si no vais vosotros tendré que ir yo.

Y se fue.

PIRADA

La verdad es que estás algo pirada, pero yo también. Estamos hechos de la misma pasta, *ti e mais eu*, digo. Y no me refiero a los huesos y al pellejo, que en eso abofé que nos parecemos todavía más, aunque en mi caso la escualidez sea genética y tú te la hayas ganado a pulso. ¿Cuánto tiempo trabajamos juntos, rula? ¿Cinco años? ¿Seis? ¿Diez? Aquí abajo la memoria me falla más que cuando estaba vivo, y mira que en su día hice méritos para perderla del todo. Bueno, pues en todas esas noches no me *lembro* de verte comer. A tu cuerpo le llegaba con lo otro, ¿no? Qué pena, miñaxoia, qué pena. Mira que me gustaste cuando te vi el día que llegaste a Valencia, detrás de la barra de aquella discoteca inmensa. No digas sábado, di Fuel. Lémbraste? Tú qué te vas a acordar. Me parece que, con todo lo que te metes desde hace unos años, ya no te puedes acordar de nada. Pues está tapiada por todas partes, la Fuel, digo. Una mágoa, tía. Barraca sigue abierta, pero no sé si irá nadie ya. Molaba más cuando aliñabas tú las copas, con ese acento british de Gandía, ese top minúsculo y esas ganas de agradar. Pero lo que más me encantaba de ti, pitiña, lo que de verdad te hacía irresistible, era todavía más sencillo: no eras Aida. Durante una época con eso me tendría bastado, aunque también te digo que luego tendrían llegado los problemas. No sé si en aquel momento ya estabas pirada. Creo que no. Dende logo, parecías inofensiva. Y sigo pensando que lo eras: matar me mataste, pero nunca fuiste peligrosa. Eras un peligro, eso sí. Mira que eché noches y noches mirándote, sin tener ni puta idea de qué decirte para que me mirases de vuelta. Si fuera hoy, sabiendo todo lo que pasó luego, solo te diría una cosa: pierde cuidado, rapaza, que te perdonaré cuando esté muerto. Aunque nunca me diste mucha bola, la justa para que los cuatro polvos que echamos, los dos pasados de vueltas, tuviesen alguna gracia, lo pasamos bien en la sala. Fuiste una compañera de curro dabuti, nena. Mi socio era un cabrón, sí, pero en otras peores me tengo

visto, ¿*oíches*? Además, tú sabías torearlo mejor que nadie. Estaba *toliño* por tus huesos, el muy camándula, se le veía a diez kilómetros. Yo sé que no te gustaba un carallo, pero a él sí que lo salvaste, ¿verdad? *Fixeches ben*: siempre hubo clases, rula, y yo no tenía más que rascarle. En el trullo te preguntarán que si estabas pirada, y a ver, algo de razón tendrán, pero yo te entiendo perfectamente. Bastante tuviste con tus movidas. Solo hiciste lo que tenías que hacer, es más, *aínda* te subo la apuesta: yo habría hecho lo mismo, y justo por eso te perdono. Bien sé que ni quieres mi perdón ni lo necesitas, como tampoco te hizo falta nunca la aprobación de nadie. Si en algo te pareces a la gorda es en que las dos tenéis caralla. Aún *me lembro* de las gafas rosas aquellas tan feas que llevabas, que no te dejaban ni ver, y de las bambas enormes rellenas de bolas de calcetines, que si llegas a salir más hortera a la cona de tu madre le tendrían puesto luces de neón. Pero yo sí que lo necesito, rula. Perdonarte, digo. Al final es una forma como otra cualquiera de explicarme por qué todo salió mal. Tú solo hiciste lo que tenías que hacer y lo hiciste bien, abofé que sí. Un trabajo limpio, sin un cable suelto ni una marca de llave, y mira que yo andaba siempre con la mosca detrás de la oreja. Pero aunque fueras una profesional de la muerte en diferido, tú no me mataste. Es decir, sí que me mataste, nena, eso es así aquí y en la China popular, tampoco seamos ingenuos. Lo que quiero decir es que tú no tuviste la culpa, o por lo menos no toda; por muy pirada que estés no fuiste más que una pieza minúscula, la más débil de todas, de un engranaje que ni tú ni yo comprenderemos nunca del todo. Las adicciones, eso sí, son jodidas, bien te lo sé. Lo que tú hiciste por la fariña no es nada al lado de lo que yo llegaría a hacer por Aida si me tuviese quedado en Compos un minuto más. Queda tranquila, e acouga, que yo no soy ningún chivato. Y tu jefe tampoco te va a delatar, *aínda* que sea por la cuenta que le trae. Qué subnormal, tía. Y qué mala pata hemos tenido tú y yo con nuestros respectivos vicios. Pero tú no te agobies, rula, que talento, por mucho que te cachara la pasma, te sobra. Esos frenos, te lo digo yo que de esto entiendo aunque no esté tan pirado como tú, estaban niquelados.

WHO'LL BE THE LONELY ONE?

—Me voy a Ribeira, mamá.

—Pues menos mal que antes de largar pasaste a verme, *filla*.

Traducción: por qué justo ahora, que al fin has conseguido desapegarte de ese cabrón, que habías vuelto a casa, que te tenía cerca, por qué ahora y por qué así, a dónde, y sobre todo por qué, *filla*, por qué, te tienes que ir a ninguna parte.

—Estuve a mil por hora, ya lo sabes. Es difícil organizar a todos estos langranes.

—¿Y el curso, Aida?

Traducción: con lo que me costó, *filla*, con lo difícil que me lo puso tu padre para dejarte ir sola a Santiago, que hasta tuvo que mandar a tu tío de vigilante jurado, y con lo bien que lo estabas haciendo, cona, que aunque no os habláis no le quedaba más remedio que seguir mandándole *cartos* a Lolo porque en el fondo, muy en el fondo, teu pai también está orgulloso de su hija la que estudia para abogada, por qué, Aida, por qué tienes que aparcarlo ahora, si eres tú la elegida para salir de esta aldea de mierda por la puerta grande, si eres tú la primera mujer de la familia que tiene la posibilidad de medrar, de escapar, de ser en libertad, al fin, todo lo que su madre nunca fue.

—Hay cosas más preocupantes que el curso, *nai*. Que nos van a llenar la ría de bidones radiactivos y parece que lo único que te importa es la nota de Civil.

—A mí solo me importas tú, *filla*.

Traducción: a mí solo me importas tú, *filla*.

—Pues no te angusties tanto, que ya sabes que yo en septiembre siempre cumplo.

—¿Y el Lolo cómo está, luego?

Traducción: sé que se ha ido, lo sé, lo veo en tus ojos cuando te pregunto por él, Aida, *filla*, que a ti nunca se te dio mentir, y

además conozco a tu tío lo suficiente como para anticiparme a sus movimientos, como para saber a ciencia cierta que él de su hermano no quiere ni agua, ya se lo dejó bien claro el día que le partió la cara, que de perrito faldero el Lolo no sirve, pequena, en eso saliste a él, y por eso te quiero tanto a ti y por eso todavía sigo, después de tantos años, enamorada hasta de su sombra.

—Como siempre, supongo. Tampoco hablamos tanto.

—Ya. ¿Y el novio ese que dicen por ahí que tenías?

Traducción: mira bien lo que haces, Aidiña, vete con mil *ollos* que el Alberte ese es un *fillo* de papá con aires, pero *é todo fume*, te lo digo yo que bien lo sé, *filla*, que a este perfil de rapaz ya me lo conozco, ¿o te crees que es casualidad que a tu padre le parezca bien que seas la comidilla de la aldea?, vives con un mozo en pecado pero eso no le importa un carallo, no mientras a cambio pueda colocarte un marido a su gusto, es decir, uno como él, uno que te ate en corto y que controle por él todos tus movimientos, uno de casa rica, de esos que piensan que el mundo es suyo, Aida, pero *dígoche* algo ahora que *aínda* estás a tiempo: quienes piensan que todo les pertenece no hacen excepciones con las mujeres.

—Yo no tengo tiempo para novios, mamá.

—¿Entonces te vas sola a Ribeira?

Traducción: sé consciente, *filla*, de que te vas sola a Ribeira, porque ese cabrón va a la suya y nada más, ¿*oíches*?

—¿Sola? No. Yo voy con todo.

Aunque muchas narradoras modernas no queremos ser madres, e incluso aunque aquellas con voluntad reproductora se las ven y se las desean para sortear la precariedad sistémica con la única ayuda de sus deseos, casi todas venimos con un título de traductora —madre-hija, hija-madre, nivel C1— incorporado de serie. Sin embargo, en algunas ocasiones no nos hace falta tirar de estos conocimientos para que nuestros lectores comprendan lo que sucede, entre bambalinas, en la mente de nuestros personajes. Por ser más concreta: la abogada ambientalista Aida Celanova, incluso antes del inicio de su larga y brillante carrera profesional, ya utilizaba las palabras con una precisión pasmosa. La gorda siempre dice —y esta es otra de las capacidades que heredó de su tío— justo lo que quiere decir.

FOTOGRAFÍA N.º 1

Cuando ve salir de la escuela a la hija de don Cosme —peto vaquero, sin un solo rasguño; dos coletas celtas, o más bien norteamericanas; pies planos, ojos eléctricos—, el primogénito del Arrexó —color de melocotón, dedos de alambre— lleva varios minutos preguntándose, agarrado bien fuerte de la mano de su padre, qué harán ahí dentro los niños que no pescan. Los cantos que contrapesan la única canasta de un patio sin líneas de salida y tampoco de meta tienen un perfil demasiado accidentado como para rebotar en la fuente del peregrino, y el aro posee un halo de óxido que revela por qué bajo su sombra ya no queda red alguna. El niño alza la cabeza para observar una estructura de hierro agrandada por su mirada cándida, y el error de paralaje, inevitable desde su perspectiva, le impide vislumbrar que las redes que determinarán su vida serán otras. Eso es algo que todos los viejos de la aldea saben desde antes de su nacimiento, pero al primogénito del Arrexó —nariz diminuta, dientes de leche— solo le importa una red: la que la telilla protectora de la mochila de la hija del médico forma sobre su plumier de niña rica. La luz de las farolas se apagó hace una eternidad, o por lo menos lo que un rapaz aburrido considera una eternidad, y el sol, ya despierto, sigue envuelto en un pijama de nimbos grisáceos. Al ver a su amigo, la cría echa a correr en su dirección, pero los pies dóciles del niño piden permiso antes de emprender carrera alguna. El padre se arrepiente de su concesión casi al instante, en cuanto sus dedos de cinquillo y escamas dejan de sentir la ternura ingrávida de la carne de su carne, de la sangre de su sangre, del destino que ninguno de ellos ha escogido compartir. Ante la hija del médico se abre un árbol de posibilidades que solo le pertenece a ella, pero el primogénito del Arrexó —presente monótono, futuro pegajoso— se atreve a asomarse tras sus ramas cuando la niña le comunica que ella, de mayor, va a ser jefa de bomberos. Ante la pregunta —¿y tú?— el niño responde —yo,

inventor— y la mano abierta del Arrexó —*ti cala a boca*— se estampa contra una mejilla de existencia tan breve que apenas conoce la violencia. El muchacho empieza a sentir despacio el calor azulado, como llenando un vacío somnoliento y repentino bajo su mandíbula, y el rubor y la persiana automática en los ojos le impiden al primogénito del Arrexó —piel de bebé, fantasía moribunda— leer su propio futuro en la palma abierta y enrojecida de la mano de su padre: *máis me doe a min, meu fillo, máis me doe a min*.

CREO QUE A NADIE LE GUSTA EL NACER PARA PERDER

Han pasado cuarenta años desde que la Fosa Atlántica dejó de ser el vertedero nuclear del mundo, pero todavía hoy se calcula que la radiactividad acumulada frente a las costas gallegas, en bidones de acero que nadie vigila, es siete veces mayor que la de Chernóbil. Las narradoras modernas sabemos lo que sucedió en Chernóbil, pero los tripulantes del *Xurelo* hicieron lo que hicieron sin haber oído hablar nunca antes del reactor 4, y por eso su gesta pionera, inacabada pero fértil, tuvo, si cabe, más mérito. Esta digresión es en parte un tirón de orejas, pero sobre todo es una disculpa anticipada. Un personaje salido de mi imaginación está a punto de introducirse sin permiso entre las costuras de un episodio real de nuestra historia reciente: la incursión en el océano de un pequeño palangrero que con su fracaso puso el primer ladrillo de la lucha ecologista contra el abandono de residuos nucleares en las aguas de Galicia. Sin embargo, Ánxel, Camilo, Amador, Juan, Ciprián, Francisco, Gonzalo, Manuel y Manolo, Xurxo, Xosé, Xesús, Enrique y Roxelio son los catorce nombres propios que conjugaron la hazaña del *Xurelo* en masculino plural, y por eso es probable que la irrupción literaria de Aida sea injusta. La brava tripulación del *Xurelo* en ningún caso merece ser deslegitimada, y dada la tendencia en alza entre derechas e izquierdas posmodernas de —me disculparán el coloquialismo— cogérsela con papel de fumar, querría descargar aquí y ahora a todos estos señores de cualquier conato de responsabilidad: este párrafo, este capítulo e incluso este libro entero, pese al trasfondo común basado en hechos reales que los atraviesa, no son más que vulgares ejercicios de ficción, en virtud de cuya naturaleza bastarda esta narradora también posmoderna, como diosa suprema del universo por ella creado, se reserva para sí la potestad de explorar la —sin duda ínfima— probabilidad existente de que, entre todos los espárragos que jalonan esa ensalada testosterónica, hubiese una sola mujer, solo una, capaz de

contribuir con el lustre de su inteligencia y el tesón de su juventud a un proyecto ecologista por entonces todavía en pañales. Las narradoras modernas sabemos que las hubo, y que las sigue habiendo, aunque no siempre se las vea —Cristina, Sara, Yayo, Marta—, y solo por eso merece la pena que la gorda se juegue el tipo en los capítulos que siguen: lo hará por ella y por todas sus compañeras.

Que Aida llegó por primera vez a Ribeira a mediados de 1981 es, pese a todo, tan cierto como que en septiembre de ese mismo año, al avistar dos buques holandeses que tiraban bidones de basura radiactiva al mar, a los tripulantes del *Xurelo* no les quedó más remedio que darse la vuelta; tan cierto como que, cuando esto sucedió, ella no iba a bordo. Un verano, con sus tormentas y sus chapuzones, fue suficiente para organizarlo todo. La advertencia de Greenpeace a los políticos gallegos y el ofrecimiento de todos los medios a su disposición para detener el desastre había colocado sobre el tablero de juego la posibilidad, antaño impensable, de un boicot a los vertidos: un boicot de verdad, un boicot con buque, con buque insignia, y no un juego de críos a bordo de pesqueros de medio pelo. Para la universitaria rebelde Aida Celanova, con sus veinte años a cuestas y ni una sola decepción en su carné de militante novata, ningún plan hacía aguas. La abogada ambientalista en la que llegaría a convertirse recordaría un millón de veces, desde un despacho de secano en una tercera planta de la calle Comandante Zorita de Madrid, con ternura pero también con rabia, los tropecientos viajes exprés a Santiago, con salida programada media hora antes de la clase de Mercantil y vuelta después de la de Eclesiástico; el curso acelerado de pesca con palangre; las conversaciones a cobro revertido en su inglés macarrónico, el único del que disponían, desde el teléfono del puerto; los exámenes sin dormir, los cincos raspados; la resaca —la del mar y la propia—; los pasos amplios, de un metro palmo arriba o palmo abajo, para medir a ojo la eslora del *Sirius*; el ambientazo propio de un Depor - Celta, los nervios como de final de Copa de Europa, las ganas de Maracanazo.

—*Veña, rapaces, que o temos feito*.

—*E se os de Jreenpeace non veñen*?

—*Malo será, digo eu.*

El primer asalto, como no hará falta recordarle al lector atento, no salió como los tripulantes del *Xurelo* esperaban. La verdadera decepción para ella, sin embargo, llegó antes que la derrota en altamar y revistió otra forma, sin duda más cruel y probablemente también más real. Los días previos a que el palangrero zarpase del puerto de Ribeira merecen, por la sucesión de mezquindades que terminaron por dejar a Aida Celanova en tierra, un capítulo aparte; y el pacto de verosimilitud implícito requiere que ninguna narradora contemporánea se inmiscuya con sus juicios de valor en el devenir natural de esta parte del relato, por muy ficticios —o no tanto— que sean sus mimbres.

FILLO

Me imagino que a estas alturas no hará falta que te aclare esto, *meu fillo*, pero la verdad es que no existes. Es una jodienda, chavaliño, pero es lo que hay. Yo tampoco existo, abofé que no, qué le voy a hacer ya, pero por lo menos existí, aunque ahora mis vecinas las *miñocas* y las raíces me obliguen a conjugarme en pasado. Así y todo, a mí antes de cascarla me dio tiempo de aprender un puñado de lecciones que serán una mierda, rapaz, no te digo yo que no, pero que me sirvieron para entender que estar vivo no tiene nada que ver con el trabajo, que las grandes palabras siempre son de mentira y que la meska es cien mil veces más inocua que la oxitocina. Tú no sabes nada, *meu fillo*. Como decía tu abuela, a saber a Salamanca, porque tú no existes ni existirás nunca, y eso es muy triste para alguien tan pequeño. Ya sé que por poder podrías tener la edad de la gorda, no hace falta que me recuerdes con tu simple inexistencia lo vellos que vamos los que nacimos al borde de los cincuenta, pero me da igual. No existes, rapaz, así que yo llevo este timón, y yo te imagino pequeño, siempre pequeño. No en la universidad, ni poniendo copas, ni salvando cetáceos y plantas como la rabuda de tu prima. Será porque yo en vida llegué tarde a casi todo, *meu filliño*: llegué tarde al mundo, cuando mis padres ya no esperaban otro cativo; tardé demasiado en incorporarme al antifranquismo, al socialismo y a todos los ismos que se me cruzaron por delante; no me di demasiada prisa en conocer el amor y no te puedes ni imaginar lo tarde que llegué a la Ruta Destroy. Así que, puestos a imaginar, ¿por qué carallo iba a llegar pronto a esa vaina de ser padre? Ya. Por esmorgante, dices. Porque tu padre, aunque tú nunca vayas a existir y yo no exista ya, nunca dejará de ser un descerebrado. Pues mira, no. Te imagino con ocho, nueve, como mucho diez años, porque yo ni por esas te tendría engendrado pronto. *Teu pai, ya te irás decatando, fillo*, es de combustión lenta.

Por no saber, ni siquiera sé quién podría ser tu madre. Igual la Charo, o mejor su hermana Lauriña, la pequeña del Xoubas, o la pirada de mi compañera de curro, sí, esa misma, la que me argalló en los frenos e hizo que me esnafrara contra el quitamiedos en aquella curva. Hasta podría ser Aida, si me da la gana. Lo bueno de que no existas ni se te espere es que te puedo poner su pelo loiro, su cara de gato callejero, su mismita mala hostia. Esto es mejor que la movida moderna esa de la selección embrionaria, porque yo sí puedo elegir tus características con un 100 % de probabilidades de éxito, y por eso, aunque no existas, sé que eres un galopín, que te flipan los coches de Fórmula 1 y que no te pareces en nada al cabronazo de mi hermano. Pero volviendo al tema, *meu neno*, también es posible que tu madre esté tan muerta como yo, que jamás nos cruzásemos y que por tanto tu imposibilidad ya sea total, que no quede ni siquiera un resquicio de esperanza para la fabricación de un medio hermano que se te dé un mínimo aire. ¿Lo has pensado, rapaz? Tú que vas a pensar, si por no estar no estás ni muerto. Pero aunque no existas, filliño, supongo que debería contarte algo sobre *teu pai*. Aunque eso es un poco difícil, nen, porque ni yo mismo supe nunca gran cosa de mí. En los años que conseguí mantenerme con vida no se me conoció vocación, ni pasión desmedida por nada. Tampoco fui un gran adicto, ni siquiera a las drogas. Me encantaría fardar y decirte que fui un médico, o un abogado como la gorda, pero la realidad es que solo sobreviví, de un trabajo cualquiera a otro. Me gustaba la troula, sí, pero tampoco fui nunca un pasado de rosca. Las mujeres, con moderación. No era muy guapo, ni muy alto, ni muy nada: ni siquiera muy hijo de puta. Mi identidad fue intercambiable con la del resto de la humanidad. Nada me hizo singular, *dígocho eu*, aunque hubo dos cosas que le anduvieron cerca. Aida es la primera, y no sé si eso me vuelve un pederasta, un incestuoso o las dos, no sé si ella sería motivo suficiente para que los servicios sociales vinieran a buscarte y no me dejaran verte nunca más. Como no existes, nunca lo sabremos. La segunda, y es importante que te lembres de esto, es que igual que Robinson fue un futbolista sin talento, yo fui un padre sin hijos. Al menos él, recontra que sí, encontró la manera de llevarlo con dignidad.

HOY PUEDE SER UN GRAN DÍA, PLANTÉATELO ASÍ

En función del producto que la fábrica conservera A Cerqueira esté envasando en ese momento, la zona vieja de Santa Uxía unos días huele a percebe y otros, a mejillón. El 23 de septiembre de 1981, el puerto de Ribeira olía a percebe. Si atendemos a la relevancia mediática que ese aroma tuvo en las múltiples notas de prensa, programas de radio y noticieros televisivos que mencionaron el nombre del pueblo a lo largo de la semana siguiente, nos daremos cuenta de que el dato no resultó especialmente significativo para la opinión pública. Sin embargo, en el contexto de esta novela es pertinente decir que la abogada ambientalista Aida Celanova lo rememoró con nitidez muchos años después, desde la sede de Greenpeace en una tercera planta de la calle Comandante Zorita de Madrid, el mismo día que una carta oficial le comunicó que había perdido otro barco, el segundo de su vida. A diferencia de este último —una embarcación metafórica compuesta a partes iguales de culpa y papeles notariales—, el primero que zarpó sin ella sí que tuvo nombre, misión y aspecto de barco. Lo que sucedió en altamar a bordo del palangrero me la refanfinfla, pero si tenéis curiosidad, una búsqueda simple en Google os dará la respuesta. El sesgo presuntamente radical de esta narradora moderna, pese a todo, no perdona, y la vivencia de la única tripulante de pleno derecho del *Xurelo* que se quedó en tierra, justo la que nadie más relatará, es la única que me interesa.

Cuatro días antes de embarcar, Aida y sus compañeros empaquetaron y cargaron víveres, combustible y útiles de navegación. Tres días antes, ella sola sustituyó todas las cuerdas y amarres por otros nuevos, y comprobó el estado de lanchas y salvavidas. Dos días antes, se sentó al lado de la centralita del puerto y no pegó ojo en toda la noche, por si acaso al contacto de Esquerda Galega en Greenpeace, que llevaba ya una semana sin dar señales de vida, se le ocurría telefonear. Un día antes, guardó tres

mudas arrugadas y un chubasquero en una mochila de loneta, respiró y llamó a su madre. Durante las cinco horas previas a que el barco hubiese abandonado la seguridad del muelle, Aida estuvo allí plantada, esperando el regreso diario de los marineros sobre el borde de un murete tapizado por el musgo, como dándole a entender al cosmos que si los otros chicos eran capaces de trasnochar justo antes de salir a mar abierto para detener los vertidos de un buque holandés, ella también podía. Sin embargo, y pese a sus intrépidas intenciones, el océano no devolvió buenas noticias para la aprendiz de activista. Cuarenta minutos antes de soltar amarras, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas, el macho alfa de aquella manada de lobos de mar le trasladó la última palabra de la tripulación: Aida Celanova no viajaría con ellos. Ni las explicaciones peregrinas del patrón del *Xurelo* —que la intentaron convencer de que un barco sin sistema alguno de comunicación con el exterior necesita una persona de confianza en tierra—, ni la merecida pataleta de la muchacha, ni la posterior conversación telefónica con Alberte sirvieron para diluir el espesor de la contaminación que empapó de cólera una conciencia feminista cargada de sensatez, pero de tal egoísmo que nunca antes se había manifestado en voz alta.

—¿Cómo fue, rula?

—Ya atracó el *Xurelo*. Por lo visto los cabrones de Greenpeace nos dejaron tirados.

—Ya te lo dijera.

—Me importa un carallo, Alberte. No me dejaron embarcar.

—*E logo*?

—Por lo visto una cona a bordo no les venía bien.

—Pues a mí me tendría venido de puta madre.

—Vete a la mierda.

—No te vuelvas *tola*. Son hombres de mar, Aidiña. ¿Qué esperabas?

—Un mínimo de decencia, eso esperaba.

—A *eses* no hay universidad que los arregle.

—No eran todos marineros, Alberte. Iban periodistas. Y políticos, encima de Esquerda Galega.

—¿Y quiénes te crees que eran los del 68, *miñaxoia*?

—Mira, no tengo el cuerpo para monsergas.

—No seas rabuda, Aida, que no es para tanto.

—Tengo que colgar. Adiós.

—Eso solo se les dice a los…

Aida colgó antes de averiguar a quiénes no se les dice adiós, aunque el fantasma de un hombre que llevaba años muerto para ella se le apareció, en forma de tripulante arrepentido, para recordárselo. El chico pasaba de los treinta, pero sus rasgos de parvulario fueron capaces de engañarla hasta que advirtió en sus ojeras un cansancio en vías de volverse crónico. Su nombre poco importa, y menos aún su profesión: si era pescador o juntaletras en un periódico, la verdad, no dice nada acerca del hombre tras la máscara laboral. Más reveladoras fueron sus palabras, sobre todo la primera: perdóname. Tras la disculpa llegaron las promesas, y la muchacha se preguntó si tenían algún valor: lo vamos a volver a intentar, Aida, no sé cuándo, pero esta vez sí va a venir el *Sirius*; y cuando sea, te lo juro por mis muertos todos, tú embarcas conmigo aunque sea lo derradeiro que haga en la vida. Por último, ante el reproche teñido de denuncia social de la chica, el descargo: no fue porque seas una piba, Aida, hostia, parece mentira; lo que pasa es que llamó tu padre y nos cagamos por la pata abajo.

FOTOGRAFÍA N.º 30

Inmerso en el centelleo metálico de los focos que, celofán mediante, contornean su presencia de neón para luego sumirlo en una lobreguez impúdica, liberadora, a juego con la velada, el primogénito del Arrexó —plataformas de infarto, tempo de taquicardia— se mueve entre la multitud con la ingravidez que solo se alcanza en las noches nevadas y en algunos sueños raros. El muchacho dirige la cabeza hacia el fondo del local, en busca de un horizonte ficticio que le ayude a descansar la vista, y es ahora cuando observa la aproximación ligera del galán calvo mirándolo a los ojos, encontrando su lengua entre los labios antes de tiempo, dibujándole una sonrisa boba a cada zancada, como si fuese la primera vez que dos viejos amantes se citan en la barra de un bar y fingen que no se conocen. Él no puede saberlo, no todavía, pero las Martens de imitación del rapado sobre la pista de baile no son más que el último trecho, la bajada desde el Monte do Gozo después de avistar la catedral, de un recorrido también sagrado para alguien que empezó varias noches atrás, justo cuando Novoa le invitó a subir a la tarima mientras otros, a una distancia física prudente y a una distancia intelectual insalvable, acariciaban sus puños americanos bajo la mesa. Pero el primogénito del Arrexó —nariz como de Urtain, tabique como de Charlín— no huele el peligro, ni siquiera parece ser capaz de imaginar que el peligro, en la ciudad industrial más fea que conoce, también puede ser de verdad. El guiño de pestañas siempre precede a otro tipo de guiño, piensa el chico, y sin embargo el pelado se detiene unos metros antes de lo previsto para tocarse con el pulgar el comienzo de su ausencia capilar, tan fuera de lugar entre el inventario inacabado de tupés, melenas y crestas. La cruz tatuada en negro vertical sobre una frente más marchita de cerca de lo que prometía desde lejos le hace al fin comprender; pero como en esa canción vetada en el Manco, ya es demasiado tarde hasta para eso. La reacción natural del

primogénito del Arrexó —rímel gótico, terror glam— es también contra natura: sin darle tiempo al falso galán para que concluya la misión que su tribu le encomendó, se abalanza sobre su espalda y le obliga por un instante a besar el suelo con la hebilla de los tirantes. Cuenta hasta uno, hasta dos, hasta tres, hasta ocho, pero aunque la tensión del silencio sustituye ya la decadencia de los focos, el auxilio no llega y el muchacho no es capaz de llegar hasta diez. El primer contacto con el hierro no le duele menos por haberlo visto llegar, pero hay otro acero mucho más cruel perforándole el oído, fulminándole el hígado, apaleándole la cabeza: la mansedumbre con la que sus supuestos iguales —los inadaptados, los raros, los del Angara, los del paro y la reconversión naval, los de los malos tiempos para la lírica, los del boikot al sistema castrador— acatan el veredicto, callan lo que jamás callarían por uno de ellos y, al cabo, otorgan. El calvo prosigue con su recital y él se queda inmóvil, con la nariz aún más hinchada y el corazón delator palpitando sobre el alicatado del Manco, percibiendo aún en la planta de los pies el peso yermo de unas plataformas que ya no volverán a alzarlo.

HOLA, MI AMOR, SOY YO TU LOBO, QUIERO TENERTE CERCA PARA VERTE MEJOR

Es habitual que las elipsis narrativas, en literatura, se utilicen como método de ahorro creativo para escritores vagos. Cada uno de los lectores que me ha acompañado hasta este punto del relato tiene, faltaría más, la potestad para decidir si cree o no lo que esta narradora moderna quiere mostrarles sobre su forma de trabajar: mi único aval ante ellos, ante vosotros, son unas costuras que he tratado de mostrar desde el principio. La omisión que sigue, que comprenderá más de un año en la vida de Aida Celanova, nace única y exclusivamente de la rabia. No es que en ese periodo no le sucedieran cosas dignas de ser contadas, ni que su periplo pueda resumirse en una línea; es solo que el enfado me obliga a caer en la precipitación. Sería deshonesto fingir, con una prosa decimonónica, limpia y lineal, que estoy bien, que nada de lo que le haya sucedido a mi protagonista me afecta o que sigo interesada en los meses previos a la debacle. Es posible que os lo cuente en otro momento, si hay tiempo y viene al caso, aunque no tengo nada claro que eso vaya a pasar. Como decía uno de los mejores libros que las narradoras modernas leímos de niñas, esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

Los motivos del cabreo, sin embargo, sí que importan: basta que una se tome las molestias de diseñar un personaje anacrónico, pionero, resiliente, para que al final termine por decepcionarla. Es lo malo de las narradoras modernas, que aunque sabemos de casi todo —aprendemos a lidiar con una depresión mirando vídeos en internet, nos apañamos para disfrazar la tristeza de odio, somos capaces de ver el mundo en llamas sin apenas inmutarnos y, aunque la precariedad nos consuma, en Instagram hasta parece que vivimos de escribir—, hemos perdido la capacidad de controlar a nuestras criaturas. A nosotras, por mucho que vayamos de libertarias, nos gustaría que hicieran lo que querríamos que hicieran, o por lo

menos lo que nosotras haríamos en su lugar, o como poco —si cabe más fácil— lo que nos gustaría pensar que nosotras haríamos en su lugar. Aunque nuestra propia naturaleza —híbrida, experimental, procesual, que diría un cursi— nos impulse a soltar las riendas, y por mucho que pretendamos ser nosotras quienes superemos a Emma Bovary, a Demian y hasta a Arturo Belano, la posmodernidad también tiene un límite: un sistema moral autoimpuesto con el que incluso nuestro método de trabajo termina por colisionar. En este punto, la pregunta es obvia: ¿cómo conciliar lo que debemos contar con lo que no nos queda más remedio que contar? La respuesta, un hit de nuestro siglo: malamente. La única coherencia posible reside en la renuncia, y por eso es menester tomar partido por una de las dos opciones y dejar la conciliación para los políticos de centro y los funcionarios. En mi caso particular, la única vía que funciona es la segunda: soy de izquierdas, pero nunca me ha gustado que me digan lo que debo hacer. Así que, mal que nos pese a mí y a mis convicciones, Aida le gana esta partida a la corrección política, y luego la vida le pasará por encima a Aida. Por lo visto, así funciona la vaina.

El desencanto, en cualquier caso, es independiente de cualquier otra consideración ética o literaria manada de la voluntad, y como el único remedio que el alma humana encuentra contra ella es dejar que fluya, todavía no sé qué pared —la quinta, la séptima— es la que tengo que romper para hacer lo que estoy a punto de hacer. Joder, Aida, así no. ¿Qué clase de referente quieres ser para las mujeres de tu futuro, de mi presente, si permites que un maromo de pelo grasiento se plante en Vigo, diez horas antes de la gran gesta en la que llevas un año currando, y se suba al carro —al barco— como si el mérito fuese suyo? Que el pavo ya no es que tratase de embarcar —que lo consiguió—, sino que también intentó, a tus espaldas y por todos los medios a su alcance, que tú te quedases papando moscas en el muelle. No me lo puedo creer, colega. ¿De verdad no lo ves? Y por si fuera poco, en lugar de plantarte y echarle ovarios por tu cuenta, dejaste que fuese otro maromo B —más guapo, eso es cierto— quien, con toda su buena intención, pero colocándose por encima de ti al erigirse como tu salvador supremo, iniciase una negociación —¡UNA NEGOCIACIÓN!— con el maromo A para convencerlo de que te dejase —ÉL A TI, AIDA, TÓCATE

EL COÑO— acompañarlos en su hazaña de machos. ¿En qué momento se volvió el héroe, Aida? ¿Qué cojones pasó para que interpretases el simple ejercicio de tu derecho a participar en la detención de los vertidos como una victoria de un señor que, con su magnánima generosidad y su astucia suprema, luchó para concederle el capricho de zarpar a la princesa? Acompañada, eso sí, del gilipollas de su príncipe azul, que por mucho que el maromo B lo quisiera desbancar de su puesto de alfa, entre bomberos no se pisan la manguera, ¿es o no? Es que me pinchas y no sangro, Aida. Te juro que trato de empatizar, que procuro comprender que de pequeña te enseñaron que hay que ser agradecida con los señores que interceden por ti, aunque lo hagan con intenciones ocultas que tú ves venir desde lejos o por quedar ante su entorno como el ídolo feminista del momento, que debes sonreír y llevarte la mano derecha al corazón por mucho que en la tripa te bulla otra cosa, una cólera a la que no sabes poner nombre pero que en nada se parece a la gratitud. Puedo llegar a entenderlo. Pero lo peor de todo, lo más grave, lo más hiriente, es que después de todo esto, después de que te permitiesen embarcar a regañadientes y con la condición de llevar una lapa pegada al culo, luego te propone lo que te propone y tú vas y le dices que sí. No me jodas, Aida, por ahí no paso. No es justo, tía, ni para ti ni para nosotras. Estoy de mala hostia, y no me sale de las narices que se me pase. Y anda, a ver si procuras de una puta vez que dejen de llamarte gorda.

GORDA

Estás colgada, gorda. Pero colgada de verdad. Que sí, que tú siempre hiciste lo que te salió del papo, eso no hace falta ni que me lo recuerdes, que ni siquiera el cabrón de tu padre era capaz de evitarlo cuando intentaba atarte en corto, pero es que esto ya pasa de castaño oscuro. Y no te estoy hablando de la pedrada del *Xurelo*, ni de lo del *Pleamar*, que en esas movidas tuyas de jipis yo ya ni me meto; aunque si quieres mi opinión, rula, ya me dirás a quién carallo se le ocurre subirse en una mierda de palangrero, que por riba parecía que a la mínima se iba a partir por la mitad, para intentar detener un puto buque holandés. Ya te contesto yo, gorda, que tú parece que no te decatas: solo a la inconsciente de mi sobrina. Lo caralludo de todo esto es que la jugada os salió medio bien y todo, tócate os *collós*. A ver, bien sé que la primera excursión del *Xurelo* fue regular, que los muy gilipollas casi vuelcan, y por riba esos burros no te dejaron embarcar, pero a la segunda fue la vencida, aunque fuese un año más tarde, ¿ou non? Menuda la que liasteis, nena. Debiste heredar la flor en el culo de don Cosme, que nunca se mereció la suerte que tuvo desde bien cativo. Pero toda esta película me la trae al pairo, gorda, solo jodería: mientras puedas, haz lo que te salga de la cona con tu tiempo y tu talento. De hecho, de aquellas todavía estaba vivo y te vi por la televisión, pero estaba de resaca y no quise joderte tu momento con una llamada inoportuna de tu tío el fugitivo. Y lo peor es que en ese momento no le di ninguna bola a esa mata de pelo grasiento que llevabas pegada a la chepa sobre la cubierta del Pleamar, pero si llego a saber lo que vendría después, Aidiña, si la caja tonta me llega a haber chivado lo que ese jipi de mierda te estaba diciendo al oído en medio de toda esa euforia y todos esos aplausos, te juro por mis muertos todos, que también son los tuyos, que me tendrías vuelto a ver mucho antes de que la pirada me trucase los frenos y el buga se me estampase contra aquel falso quitamiedos. No dudo de que, como

siempre, al final tendrías hecho lo que te diese la puta gana, rula, pero al menos podría haber impedido que te reventaras el resto de tu vida sin escuchar antes una bronca como Dios manda, por mucho que te la echase la piltrafa de hombre que yo era entonces. Hay que estar loca, Aida, pero como una puta cabra, para hacer lo que hiciste, para decirle que sí a ese imbécil después de todo lo que te dejaba hecho. Aunque no te culpo, gorda, o por lo menos lo intento: desde aquí se ve todo mucho más claro, también mis propios errores, pero a cambio esa sabiduría adquirida es inútil, porque ya es demasiado tarde para casi todo. Menos mal que tu potra providencial hizo su trabajo y al final pasó lo que pasó, porque si no llega a ser por esas… ya me dirás lo que tendría sido de esa cativa. A la pobre casi le tendría sido mejor quedar en China, o en Taiwán, o allá de donde carallo la sacaseis. Por muchos genes que compartamos, tú y yo somos muy distintos, gorda. En esto, y siento decírtelo así, te pareces mucho más a tu padre. ¿Que de qué hablo? Mira, después del primer accidente a mí no me quedó duda ninguna: me tendría encantado tener *fillos*, pero yo no valgo para padre. Ningún cativo se merece una vida como la que yo podría tenerles dado a los míos. El maricón, *abofé* que sí, también se decató a tiempo, aunque fuese a costa de ver arder Vigo con él dentro. Pero tú estás hecha de otra pasta, ¿verdad, nena? A ti te la suda pasar por encima de cualquiera con tal de darle el gustazo a la niña boba que fuiste. Pero los sueños, Aida, al igual que los antepasados, solo son cadenas disfrazadas de voluntad. Menos mal que tardaste lo suficiente en enterarte de lo de tu padre, que si no lo mismo te plantabas en la aldea otra vez para honrar la memoria del mayor hijo de puta de su historia. Tú funcionas así, gorda, por arroutadas. No sé de qué me extraño: fue siempre lo mismo. Pero mira, igual hasta fue mejor para la cativa, ¿no? Al principio sería raro, una china en una aldea de Valdoviño, pero ya sabes que la gente del pueblo al final se hace a todo. No me jodas, sobrina, no me jodas. Manda truco con la *filla* de don Cosme. A veces estás tan loca que de verdad pareces suya, gorda. Y te juro que no es ningún cumplido.

¿Y SI NO VUELVES?, ¿Y SI TE PIERDES?

—*It's time to go back.*

—Q*ue di este langrán agora*?

—Que deberíamos volver. Parece que lo del chaval de Greenpeace se está poniendo feo, Alberte.

—*Por min coma se o afunden.*

No todo el mundo estaba de acuerdo en la primera asamblea con traducción simultánea inglés-gallego que tuvo lugar en la cubierta del *Sirius*. Para los tres pesqueros, el momento de la retirada llegó después de ver cómo los activistas de Greenpeace, con un *savoir faire* que los volvía casi profesionales del boicot oceánico, consiguieran que el Schedolborg dejase de lanzar bidones por la borda y pusiese rumbo a puerto. Este triunfo sería el germen de uno mucho mayor, apuntalado en tierra y negro sobre blanco, que les daría la razón a los ecologistas también en los papeles mojados que rigen las instituciones internacionales. Pero la victoria no salió gratis: la abogada ambientalista Aida Celanova nunca pudo olvidar esos tres bidones radiactivos que cayeron, uno detrás de otro, sobre la zódiac más cercana al casco del carguero. Ni la amenaza de multa por parte del Gobierno holandés, ni los cabos con los que aquellos hombres ataban sus manos y su destino al de sus lanchas, ni la fuerza dolorosa de las mangueras a presión, ni la admiración por Pilar y Ánxeles —las dos mujeres que esta vez, a diferencia de ella, sí iban a bordo del *Xurelo*—, ni siquiera la imagen del marinero vigués que, escoltado por un tripulante del *Sirius*, logró bloquear con su cuerpo una de las grúas del Schedolborg, impactaron tanto a Aida como el primer bidón que, como una orca sumergiéndose con estrépito en el mar, se llevó por delante a un muchacho. Sus compañeros reaccionaron y el chico sobrevivió, pero sus heridas fueron lo suficientemente graves como para que la asamblea paralizase la reivindicación, el carguero diese la vuelta y

Aida se pusiera de parte de los de Greenpeace incluso antes de saber que la expedición, para los pesqueros gallegos, había terminado. A Alberte, sin embargo —y pese a haber sido el último en incorporarse a la tripulación del Pleamar—, ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de reservarse su opinión, opuesta a la del resto, hasta echar amarras.

—Moito buque insignia, pero logo sodes uns cagáns.

Llegados al fin de la primera parte —que dirían Los Piratas—, y sabiendo que no tendré más opciones de comunicarme con mis lectores hasta que otro personaje tome el relevo de Aida Celanova, creo conveniente interrumpir el relato, aunque sea por un párrafo, para contarles una última intimidad: este capítulo, por primera vez desde el naufragio del *Andros Patria*, estaba encabezado por otra canción, una versión de un tema de David Bowie a cargo de la banda madrileña Parálisis Permanente. PODEMOS SER HÉROES UN DÍA NADA MÁS. ¿Cómo les suena? Sospecho que bien. Mantuve las dos opciones sobre la mesa hasta el último momento, no crean, pero al final, como tantas otras veces en mi escritura, la forma terminó por vencer al fondo; y la rotundidad de una estructura circular bien definida se ha llevado el gato al agua frente a la épica semántica y el moderneo simbólico. Para eso una —con todas sus inseguridades y otras mierdas propias de su edad y género— pretende ser una narradora contemporánea, sí, pero con un ojo y dos ovarios puestos en la eternidad. Dicho esto, ahora sí, continúo.

El puerto de O Berbés, al igual que la ciudad que lo acoge, es feo pero funciona; y Aida Celanova no llegó a comprender si todos los barcos que los esperaron en el cabo de Home para escoltarlos hasta la dársena de A Laxe sirvieron para acentuar la magnitud de su gesta o para distribuir la densidad de miradas que la multitud congregada en el límite noroeste de Vigo esperaba poder dedicarles. Los aplausos, en cualquier caso, tienen el superpoder de resonar a la vez, amplificados, en los oídos de todos y cada uno de sus receptores. Quizá fue eso, el calor sobrevenido de la ovación, lo que propició que Aida dijese que sí cuando Alberte, rodeándola por la cintura como si la proa del Pleamar y la del Titanic fuesen la misma cosa, le propuso que tuviesen un niño juntos. Bien visto, en algo sí se parecen: en ambas comenzó a gestarse un naufragio.

En un arrebato peliculero, y antes de despedirme de ella para

siempre, confesaré la verdad: el cambio de canción a última hora esconde un fondo tramposo. Por muy moderna que quiera ser esta narradora del siglo XXI, es mentira que el volantazo responda a una cuestión meramente estructural. La realidad es que la futura abogada ambientalista Aida Celanova, sin siquiera llegar a barruntárselo, nunca había estado tan perdida.

FOTOGRAFÍA N.º 53

Con un álbum de fotos marca Kodak entre las manos —tan mal imita el cuero que el patrón de las arrugas se repite a cada palmo—, el primogénito del Arrexó —piel de cartón, recuerdos de polipropileno— juega, entre la multitud que se agolpa en el muelle, con la ventaja que le regalan sus centímetros de más. El puerto de Vigo observa, a través de varios cientos de pares de pupilas ciegas de lágrimas, la llegada de ese puñado de hombres que les han hecho entender algo que ya sabían, pero los ojos del muchacho no centellean, porque no buscan a ningún hombre. Al encontrarla a ella, al igual que sucede con los perros cuyos dueños vuelven a casa, las orejas se le afilan, la cola se le levanta, el hocico se le humedece y los pies avanzan sin otro plan que el instinto universal de alcanzar la comunicación sin lengua, de que el contacto visual ladre por sí solo y diga sí, discúlpame, sí, yo también te quise, sí, a mi manera, todavía, sí, tu padre ha muerto. Pero toda conexión necesita una toma de tierra para que la descarga atmosférica no cause estragos, y a la hija de don Cosme —camiseta mojada, naufragio en seco— se le olvida desviar el rayo cuando otros la están mirando. Pobre cativa, o mejor, ya la llamaré mañana, o mejor aún, lo mismo ni se entera, hace años que no lo ve, por qué, para qué: en el fondo intuye que su reacción instintiva de salir a buscarla tiene que ver, más que con ella, con él mismo. Por eso el primogénito del Arrexó —chupa de aviador, delgadez de culpa— la mira sin verla, no del todo, y su imaginación limita las posibilidades de significado de aquel abrazo por la espalda, de aquellas palabras dichas al oído, medio crudas, con un acento de sal que él no escucha pero que adivina —por la coleta de él, por sus gafas de intelectual de exportación, por sus maneras de vida resuelta tan parecidas a las de ella—, de aquel vello erizado por algo que, por mucho que no lo sea, se parece bastante a la suerte. El chico quiere gritarle, pero ni separa los labios; quiere lanzarle las fotografías, pero se queda

quieto. En cualquier caso, ella no escucha y tampoco ve. Antes de cerrar un cuaderno que no volverá a abrir en décadas, el primogénito del Arrexó —nariz de Urtain, corazón de Coppini— saca un bic del bolsillo interior de su cazadora y escribe, con la dificultad que entraña pintar sobre el plástico resbaladizo de las fundas fotográficas, el último verso del primer soniquete que se le pasa por la cabeza: quédate a mi lado, no te marches más.

II

COMO ME VES TE VERÁS

MAR EGEO

el romanticismo no pudo gestarse un martes
el paisajismo inglés solo pudo ocurrir en fin de semana
una tarde tranquila de William Leech no puede ser
sino una tarde de sábado ociosa y rápida
absolutamente nadie pintaría el Argenteuil un miércoles
ni a Hopper le pudo inspirar el atardecer de los lunes

lo que importa de verdad ocurrió siempre
tan lejos de los días hábiles

CARLOS CATENA CÓZAR

Tú me miras sin sonreír,
yo sonrío sin mirar.
Tengo mucho que decir
te conviene estar atento:
aún me puedes encontrar
sin orejas ni nariz
en postes de electricidad
y en frascos de veneno.
En cien años estarás
sonriente como yo.
No te pongas a temblar.
No hay solución.

Siniestro Total

UNA TORRE

1992

Un borrador del convenio a medio redactar. Un buque encallado, otro, a las cinco de la madrugada. Un marinero novato que nunca había puesto las manos sobre un timón. Una hija que hace meses que camina, pero que aún duerme. Una llamada telefónica. Las prisas, siempre las prisas; y el colo al que están condenadas las niñas de los padres que se despiden a la francesa. Un *déjà vu*, mierda, otra vez no. Una mañana que llega antes que ella. Una rotura que suena a explosión. Una alfombra de fuel en llamas flotando sobre el mar despierto a deshora en una costa con galerna que, en el invierno del 92, no esperaba tal festival de cámaras y helicópteros. Una herida abierta, o mejor dos: la que parte el cielo en trozos claros cada vez más pequeños, al menos en comparación con las nubes de humo que lo atraviesan; y la que, más de un año después, todavía supura un líquido amarillento que impide cicatrizar el mal carácter de la única hija de don Cosme. Un año marcado por unos metales olímpicos de forja todavía demasiado reciente, una resaca de gloria que termina por las bravas, una ciudad portuaria que aún no ha dejado de mirar hacia la otra punta del país y que, de golpe, se ve obligada a curarse un ombligo infectado. Una madre, claro, una madre; no hay hija, por abandonada que esté, que no la tenga, que no la haya tenido. Una nieta sin abuelos conocidos que, por si no lo saben, ya hace meses que camina, aunque no sepa muy bien hacia dónde. Un año solas ya, cómo pasa el tiempo, Mei, y qué rara es la vida cuando te quiere joder. Una hija propia, ¿cuánto de propia? Una naricilla puntiaguda, unas manitas arrugadas, unos ojillos afilados. Un parecido imposible y, sin embargo, manifiesto. Un antiguo amor que no porta nostalgia sino, como casi siempre, malas noticias. Una caja tan pequeña que resulta ridícula, a todas luces insuficiente para contener los recuerdos salvables del hombre que más la quiso. Un

muerto: Lolo, el inmortal. Quizás, quién sabe, el segundo Lolo al que jamás volverá a ver. Una colección de palabras que, para la única hija de don Cosme, no tienen sentido por sí mismas ni guardan relación entre ellas, por muy evidente que le pueda parecer el relato a cualquier observador externo: accidente, velocidad, carretera, autopsia, Valencia, meska, comarcal, tragedia. Un abrazo que pincha, que abrasa, que duele por partida doble. Una propuesta en firme. Una mejilla húmeda, la de la única de las dos que ha comprendido, aunque sea por instinto, que algo no va bien. Una torre de dos milenios, en lo alto de una pequeña colina, presenciándolo todo. Y, por supuesto, ningún padre.

NO SÉ QUÉ AVENTURAS CORRERÉ SIN TI

El día que la abogada ambientalista Aida Celanova visitó por primera vez la tumba de su padre, el futuro fiambre Manolo Celanova —quien algún día descansaría cerca de la sepultura de su hermano— empezó a cavar la suya. La marcha del relato me exige, en este punto, abandonar a un personaje duro y frágil, lleno de recovecos aún por explorar, para pegarme como una vulgar ladilla al trasero de un maleante de medio pelo con inclinaciones incestuosas. Todavía soy una narradora moderna y, por descontado, aspiro a dejar y no a ser dejada. Sin embargo, este cambio de perspectiva, *a priori* voluntario, se me hace cuesta arriba. La culpabilidad anida en mis entrañas y, con cada tijeretazo del teclado, se multiplica como los granos de arroz sobre el tablero de ajedrez en aquella leyenda popular: cómo abandonarla ahora, frente a un panteón de aldea, después de haber compartido con ella las mieles de la protesta, de la empatía, de la sororidad; cómo dejarla y largarme con semejante espécimen, con un hombre que, por mucho que a algunos les hayan parecido simpáticos determinados comportamientos que no le tolerarían a su sobrina, constituye una muestra bastante representativa de todo lo que está mal en el mundo.

Permitir que mi mirada omnisciente y sabelotodo —no es lo mismo ser que estar, que diría un trovador madrileño— desplace su eje de acción desde el Atlántico al Mediterráneo es lo que en judo se conoce como *sutemiwaza* o técnica de sacrificio. La metáfora es buena, se lo prometo, aunque la haya saqueado de las aficiones deportivas del narrador consorte: desplazar el propio cuerpo hacia una posición de desventaja deliberada, hacerlo rodar bajo el peso del otro con un sentido ético que, en el silencio del *dojo*, se torna también estético, es lo más parecido que se me ocurre a la inmolación que para esta narradora contemporánea supone apearse de un punto de vista más favorable. O, al menos, de uno que admite

más matices.

Para empezar, y pese al hipocorístico que emplea su espectro cuando habla en primera persona, en adelante me referiré a él como Manolo. Les pido disculpas por adelantado por la pedantería, pero al igual que Max Aub dejó dicho que uno es de donde hace el bachillerato, uno también —dejando aparte a quienes dan cuerpo a la T del colectivo— se llamará toda la vida con el nombre que su madre le gritaba por la ventana a la hora de la cena. Además, casi nunca conviene hacer mucho caso a los muertos. Manolo Celanova. Holgazán profesional. Jugador de chica. Más tarde empresario, quién lo habría dicho. Un hombre, por mucho que quisiera seguir jugando a ser un crío, empujado a la independencia por un deseo que sus principios consideraban impropio, mucho más que por la necesidad que suele gobernar la vida de quien nunca ha dado un palo al agua: don Cosme sabía recompensar las traiciones sostenidas en el tiempo.

Valencia, Pinedo, La Eliana. Miles de coches con el tubo de escape trucado que devolvían al mundo, multiplicada al menos por diez, la contaminación que la abogada ambientalista Aida Celanova había conseguido eliminar de la partida. La mescalina mal sintetizada y rebajada con cafeína —un carro, o más bien un coche trucado, al que Manolo pronto se subiría— le regaló a la peregrinación del *tuning* y el volumen un hermoso nombre: Ruta Destroy. La negación del futuro siguió viva muchos años, pero los chamanes eran otros, y fue la música de baile la que sirvió como catarsis y como catalizador. El punk seguía vivo, pero las guitarras y las crestas se habían transformado, en este escenario mediterráneo cuyos vericuetos Manolo pronto se tatuaría en el cerebro, en mesas de mezcla y cabezas rapadas. Soy consciente de que el bakalao me salvará. Gracias a él esta narradora moderna sobrevivirá a la faena que supone abandonar a una mujer perdida para perseguir a un imbécil: sin duda, el sonido será lo más bello de este viraje hacia una costa que un día fue blanca y al siguiente ya era de todos los colores.

Al futuro fiambre Manolo Celanova, a diferencia de su sobrina, no le habría importado que las ballenas se hubieran extinguido. Los bidones, bajo el régimen impuesto por sus cortas entendederas, solo podían contener alcohol, y los únicos barcos que algún día llegaron

a interesarle —aunque pronto dejaron de hacerlo— descargaban exclusivamente de noche. El escaso espíritu idealista que aún conservaba cuando vivía en el ático de Compostela se lo merendaron cuatro largos años de sueño pobre y excesos mecanizados. Sin embargo, fue el estresante trabajo de camarero de discoteca el que se llevó por delante hasta el último folículo piloso de su cabeza: pronto las chupas de cuero que jamás abandonó empezaron a quedarle mejor, y su aspecto le ayudó a espantar a cualquier jipi que quisiera traspasar el umbral de su templo. Lo primero, la etiqueta rigurosa: chándal demasiado pequeño, gafas de sol alargadas, un arete en la oreja izquierda —en la derecha es de maricas—, el melón a cero y el velocímetro a doscientos.

Ya que la estructura de la narración me fuerza a abandonar a su suerte al mejor personaje de esta novela para ver morir al peor, al menos intentaré que el relevo se haga con dignidad. El día que la abogada ambientalista Aida Celanova visitó por primera vez la tumba de su padre, el futuro fiambre Manolo Celanova visitó una nave abandonada entre arbustos en los alrededores de una ciudad salpicada de palmeras. Casi a la vez, ambos dijeron: es aquí. Después de que aquel hombre encorbatado le mostrara el interior de la nave industrial, dejar el trabajo fue pan comido. Lolo —por esta vez transigiré en llamarle así— tenía casi todos los defectos posibles, pero a diferencia de su sobrina, solo una vez, una en toda su vida, se comportó como un cobarde.

LA RECONVERSIÓN

Con tanta reconversión naval y tantas gaitas en vinagre, a una le da por pensar que tampoco es para tanto, y que todas nos reconvertimos día tras día en muchas cosas. Por hablar de algo, mirad esta revista. Envuelta en plástico como si fuera una barra de chóped esperando tras el vidrio del ultramarinos Maruxa. ¿Qué va a ser luego? Cuarto y mitad. ¿Qué me estás vendiendo, Maruxiña? Mírame que sea bueno, que es para los nietos. Nosotras seica vendemos cultura, que pesa más que la mierda que sueltan las tripas de todos los cerdos de Pontevedra por san Martiño y por encima no es ni la mitad de nutritiva. Pues menuda *porcallada* de negocio. Si no os convence, que lo puedo entender, dejad el *Resque* en el kiosco y miradme a mí.

Reconvertida a mi pesar cada mañana en la voz grave y marimacha que me da de comer. En fin. Al final, es lo de siempre. La reconversión de Vigo nos gusta a cachos, porque por lo visto las chimeneas contaminan y en los astilleros pagan de pena, pero así y todo estamos mejor ahora que antes. Con las otras reconversiones pasa parecido. Que sí, lo que tú quieras, a nadie le chista despertar el lunes, *aínda* terminando de curarse de la última esmorga en el Kremlin, para soltar caralladas por la boca delante de un micrófono lleno de mugre. Condenado, traidor, *porco*, Xudas. Ven aquí. *Onde vas? Baixa do cabalo se es home*. Pues no, no lo soy del todo, aunque me puedo reconvertir. Mejor eso que tirar noche tras noche por una red vacía de *peixes*.

LA DEPENDE (HOY, LA RECONVERTIDA)
O RESQUEMOR N.º 0

EN SU CINTURA HAY MÁS BALAS QUE EN TODO UN ARSENAL

La reforma se prolongó durante casi un año, el último tramo de la vida del futuro fiambre Manolo Celanova en el que estuvo sobrio más de tres días seguidos. Las obras duraron por partida doble, porque fueron duraderas en el tiempo y también duras para unas manos que se llenaron de callos y de cortes. Pronto, su dinero se acabó. Aunque la discoteca ya estaba a medio hacer cuando la compraron, y aunque las cuatro perras que había juntado del menudeo de mescalinas le habían regalado, al desaparecer de debajo de su almohada, una situación ficticia de ruina económica —mal puede arruinarse quien nada tiene—, lo cierto es que fue su socio quien puso la mayor parte del dinero: Manolo bastante tuvo con no naufragar él mismo. El socio, un empresario valenciano de la edad de don Cosme cuyas relaciones con la élite política de la ciudad eran como su panza —sin duda existentes ambas, pero no tan grande esta como simulaba adherida a su cintura escasa, no tan importantes aquellas como parecían al salir de su boca corrupta—, era exactamente lo que podría esperarse de las alianzas de un camándula como Manolo: otro sinvergüenza, si cabe, mayor.

Lo último que colocaron las manos envejecidas —no sabemos si por la paleta y la llana o por una intuición premonitoria— del futuro fiambre Manolo Celanova fue el cartel sobre la puerta doble que daría acceso a la pista de baile. El neón esmeralda no hizo justicia al nombre de la discoteca hasta que, muchos años después, se apagó para no volver a iluminar jamás las cuatro letras negras que Manolo propuso, pero no escogió.

—Ni puta idea, pero tiene que tener cojones, Adolfo. ¿Entiendes?

—Entender es de maricones, o eso dicen, así que no me preguntes mariconadas.

—¿Radar?

—Eso suena a control policial. Y aquí la pasma no entra, Lolo.

—Éxtasis, y a tomar por culo.

—Ni de coña. Ya te dije que no queremos polis infiltrados cada puta noche.

—¿Crema?

—Demasiado blando. Pero van por ahí los tiros. El nombre se tiene que impregnar en un montón de cerebros medio destruidos, Lolo. Tiene que ser algo pegajoso.

—Pues ponle Fuel, no te jode.

—FUEL.

—Olvídate.

—Me gusta.

—Adolfo, no me jodas. Mi sobrina es abogada de los de Greenpeace. Si se entera, me fusila.

—¿Pero no vive en Santiago?

—Supongo que seguirá allí.

—¿Y cómo coño se va a enterar?

—Que esa se entera, Adolfo, que tú no la conoces pero es muy larga.

—A ver cómo te lo explico, Lolo. Que no hay más que hablar. He metido muchos millones en esta mierda y lo que piense la zorra ecologista esa me lo paso yo por el forro de los huevos.

FUEL. Un dibujante de cómics diseñó para la ocasión, a cambio de veinte o treinta pirulas, una tipografía hecha a base de goterones que hoy se expondría en el Matadero de Madrid, pero que entonces no se parecía a nada que ninguno de los dos socios hubiera visto antes. La dichosa palabra refulgió en verde cada noche, sin excepción, durante los ocho años siguientes, en las retinas cada vez más castigadas por el éxtasis y las ráfagas estroboscópicas del futuro fiambre Manolo Celanova; y cada noche, sin excepción, vio en ella los ojos de Aida, que no eran verdes, pero casi. La madrugada que su futuro, de un delicado color negro petróleo, al fin llamó a la puerta de su Peugeot 205 recién adquirido, los faros de su propio coche iluminando un muro cubierto de zarzas le devolvieron un último fulgor también aceitunado.

UN FARO

1991

Un eterno retorno. Tu aldea es una mierda, rula, qué quieres que te diga. Un arrebato de curiosidad que termina por no ser tan buena idea como parecía. Explícame qué conas querías ver aquí, Aida. Una hija que debería caminar, pero que aún no camina. Esta pequena es medio parva, te lo digo yo, que los chineses aquellos del orfanato nos la dieron mal adrede. Un faro que no parece un faro. ¿Viste lo que le están haciendo a Punta Frouxeira, nena? Una construcción a medias. No está rematado, pero ya se ve que esto no va a ningún lado. Como esta rapaza, que ni caminar sabe. Una propuesta estética alejada de lo que se espera de un faro en tierras un día colonizadas por el Imperio romano, de un cabo en las Rías Altas, de la única nieta del médico ya fallecido de una aldea minúscula pegada a Valdoviño. A quien se le cuente no te lo cree, y se atreven a decir que es un faro los *fillos* de tres mil putas. Una hija que no parece suya, entre otras cosas porque debería caminar, es verdad, pero aún no camina. Si fuese mía, si se me pareciera aunque fuese un anaco, ya estaría corriendo. Una nieta sin abuelos conocidos que, como el faro, todavía está a medio hacer. ¿Qué tendría dicho tu padre de esto, miñaxoia? Pues que toleaste, qué iba a decir. Una madre, porque todas las hijas, incluso las que están a punto de ser abandonadas por segunda vez en su breve vida, tienen o han tenido una madre, y esta madre en concreto es una madre que lo intenta, una madre que dice venga, mi amor, ven con mamá, una madre que no se cansa de esperar el milagro, Mei, mi niña, mira lo que tengo aquí para ti. Que pares ya, Aida, carallo, que no hay *xeito* de que esa cría arranque. Un faro, como todos los faros del mundo, con vocación de funcionar, de cumplir con su cometido, de servir de orientación nocturna para los navegantes exactamente igual que cualquier otro, pese a su aspecto, pese al anda, *que cousas, non pareces de eiquí*, pese a que los vecinos, los pescadores, las

percebeiras y hasta los forasteros que nunca antes habían pisado la aldea se tengan que acostumbrar a mirarlo por las mañanas y ver en su sombra de paralelepípedo algo más que su diferencia. La verdad, ya estoy harto de moderneces. ¿Por qué no podemos tener un hijo nuestro, pero nuestro de verdad, nacido por la cona de su madre, como los de todo el mundo? Un padre que —él sí— fue postizo desde el principio. Nos estamos equivocando, Aida. Esta niña no es nuestra. O, por lo menos, mía no es. Una hija que se yergue, tambaleante, y coloca un piececillo delante del otro, hasta tres veces seguidas, antes de que sus labios toquen de nuevo la hierba, en un conmovedor pero fallido intento por retener aquello que debería dar por garantizado. Manda truco con la chinesa de los *collós*. Un padre que pronto dejará de serlo. Yo me piro, rula, que no os aturo más.

LIVE IS LIFE (NANÁ NANANÁ)

La inauguración habría sido perfecta si no hubiera sido porque al socio del futuro fiambre Manolo Celanova se le daba demasiado bien disimular. Lo cierto es que FUEL pronto se convirtió en el mayor repositorio de mescalinas de la CV-500, sobre todo cuando estas pirulas patrias empezaron a escasear y fueron paulatinamente sustituidas por cocaína, MDMA o speed —cuántos de nosotros, incluso en los aparentemente descreídos años de la posmodernidad, vivimos gracias a los siempre penúltimos románticos—, pero la discoteca de la que el hermano de don Cosme era a un tiempo socio y empleado también emuló a otras más antiguas en su espíritu alegre, espídico, angustioso: en el fondo este nuevo punk no fue más que otro intento desesperado de resistencia ante una omnipresente lógica capitalista que de jueves a domingo cercenaba —y todavía hoy cercena— cualquier posibilidad de vivir fuera del horario marcado, como diría un poeta millennial, por el angosto calendario de los días hábiles.

Pese al abismo casi ontológico que me imposibilita simpatizar desde mi tiempo y mis circunstancias con el empresario de la noche Manolo Celanova, aquí sí que me quiero detener, porque incluso desde el punto de vista de una narradora contemporánea que ha surfeado todas las olas del siglo XXI —o por lo menos las occidentales— es evidente que el mismo sesgo informativo *mainstream* que perdonó y casi que les rio las gracias a los cachorros del movimiento antisistema punk no fue capaz, en los albores de la década dorada del neoliberalismo, de hacer lo mismo con la Destroy. ¿Por qué el punk ha pasado a la historia con una legitimidad que se le niega a la Ruta? ¿Es un simple signo de unos tiempos que, si mirabas bien, ya se veían venir? ¿Clasismo disfrazado de objetividad? ¿Una mezcla de ambas cosas, quizás? Malos tiempos, los que ocupan estas páginas, para las esdrújulas. Ni lírica, ni éxtasis, ni máquina: solo estigma.

Y si algo hay que reconocerle al futuro fiambre Manolo Celanova es que fue él quien lo pensó todo: la frecuencia de las ráfagas de luz que, osadas, marcaban el ritmo de la danza; el *disc jockey*, aficionado pero con licencia de montador de discos, que permaneció como residente en cabina durante los dos primeros años; los conciertos de bandas *one hit wonder* y de grupos a los que, de haberlos pillado unos meses más tarde, FUEL no habría podido pagar; el color negro con estudiados chorretones de pintura de las paredes; los proveedores de todo tipo de sustancias, de legalidad y peligrosidad variables; los discos, los precios, los vasos de tubo. Excepto el nombre, todo. Adolfo, por su parte, se limitó a esperar el instante oportuno para empezar a rentabilizar la inversión.

El momento de llenarse los bolsillos no le llegó al socio de Manolo Celanova el mismo día de la inauguración, sino que todavía tuvo que esperar más de un lustro para asestar el golpe definitivo. Sin embargo, aquella sí fue la primera vez que recibió la señal de que sus cálculos aproximados eran correctos, y de que, tal y como había previsto, san Cucufato, san Cucufato, más pronto que tarde tendría una soga atada alrededor de las pelotas de unos cuantos peces gordos de la clase política valenciana. Aunque no será esta narradora moderna quien justifique los actos que terminaron desembocando en el *desafortunado accidente*, lo cierto es que, aunque Manolo Celanova también lo vio, y también sonrió ante su desentono involuntario, no reconoció al tipo al que Adolfo miraba con ansia y, por tanto, tampoco fue capaz de comprender sus intenciones. Fue su ignorancia, y no un corazón limpio, lo que salvó al futuro fiambre de pasar a la Historia —o al menos a esta historia— como un pedazo de cabrón además de como un imbécil.

Entre un grupo numeroso de chavales, y sobre todo de chavalas, destacaba por sus carencias un hombre enratonado, enjuto y cuyo atuendo —traje de oficinista, corbata de opositor a judicatura— le hacía discordar casi más que sus canas. Además de por la ropa, quedaba expulsado de la campana de Gauss de la normatividad por la edad, por la estatura y por una serie de características físicas que mi férrea militancia en contra del *body shaming* me impide describir con mayor precisión. Desde su anonimato, bailó sin gracia muchos sábados después de aquel, y los dos socios lo vieron

abandonar la pista en dirección a los baños con unas y con otros. Jamás fue a una sesión de domingo, y Manolo sospechaba que sus planes en día santo tenían más que ver con comulgar ante Dios Padre con su señora y sus tres hijos. Adolfo no lo sospechaba: lo sabía, y también supo qué hacer con esa información. Creo que Lolo —esta vez sí, por una vez, Lolo— nunca perdonó a su socio por semejante cerdada, aunque tampoco podemos estar muy seguros de esto.

LA MODA

Vuelven las hombreras, se encumbra el cuero negro hasta en los soportales del Berbés (e mira que en Vigo, fora deles, non escampa nunca) y el látex envuelve incluso las caderas de *Lady* Di por obra y gracia de la moda. Sin embargo, la pasarela de París tiene las patas mucho más cortas que la Cindy Crawford, e incluso aquí, por muchas faldas escocesas que se calcen en el Manco los Coppini, Novoa y compañía, sigue habiendo ciertas cosas que endexamais están a la última. Las abuelas de luto, por ejemplo. O los currelas de la Peugeot. Otros, como los skinheads y sus cabezas rapadas, o los trapos mixiricas que visten los peitolobos de los principitos herederos, tienen su puesto asegurado en el altar de las últimas tendencias. La verdad es que tampoco me fue tan mal en el reparto: las maricas como yo pocas veces estamos de más. Todavía damos cierto caché a cualquier fiesta moderna, un colorcillo, *un qué sei eu*. Nembargantes, si tienes el *Resque* entre las manos después del absoluto fracaso del primer número ya sospecharás que una es más bien anticuada, o seica es más exacto decir que una está chapada a la antigua. *Que lle imos facer*… En tiempos de maricas yo prefiero seguir siendo lo mismo de toda la vida. A saber: *o fillo máis vello do Arrexó*. Marica no, maricón, que suena a bóveda. Los ahorcados que mueren empalmados, por muy de moda que se pongan, no me terminan de interesar. Miguel Costas, aunque haya aprobado con nota su examen de macho, no me la pone tan dura como Boy George.

LA DEPENDE (HOY, LA ANTICUADA)
O RESQUEMOR N.º 1

BAILA PARA MÍ COMO TÚ SABES

—Tenemos que coger a alguien.

—¿Para qué?

—De ingeniero naval, no te jode. Pues para que ponga copas, Lolo, para qué va a ser.

—Olvídate. Ni que fuéramos sobraos, meu. Además, las copas ya las pongo yo.

—Sí. Ese es el problema.

—¿Cómo?

—Mira, chaval, es mejor que a partir de ahora te dediques solo a… la gestión musical. Y a las relaciones públicas, por supuesto.

Tras la apertura del local, el socio del futuro fiambre Manolo Celanova no tardó ni un trimestre en proponer una ampliación del personal. Sin tener esta narradora moderna muchos conocimientos sobre economía de empresa —mi tendencia casi siempre fue pensar que sus preceptos coqueteaban más con el chamanismo que con la ciencia—, podría decirse que se lo vio venir, pero lo cierto es que cualquier persona no instalada en la dictadura de los números rojos se habría percatado de que, si bien la discoteca pagaba con holgura un par de sueldos decentes, no estaba teniendo el rendimiento económico esperable de una inversión de su envergadura. Las melopeas constantes de Manolo, por descontado, no eran el principal motivo de que la cosa no terminase de arrancar; pero su tendencia a regalar copas a diestro y siniestro a partir de un determinado momento de la noche no era un comportamiento que contribuyese a mantener el negocio a flote. Así las cosas, Adolfo echó cuentas; y los números le chivaron que un salario mínimo de 40 000 pesetas al mes supondría bastante menos para las arcas de FUEL que lo que Manolo se gastaba —y lo que dejaba de ganar— a fuerza de convites.

—Pues tú sabrás, pero te encargas, ¿eh? A mí no me encalomes el marrón. Era lo que me faltaba ahora, vamos, tener que perder mi

tiempo para encontrar a un tonto que no se drogue.

—Eres tú el que le vas a tener que enseñar, así que más te vale que me eches una mano si no quieres pasarte las noches del próximo mes amargado.

El futuro fiambre Manolo Celanova era vago, pero en ningún caso su holgazanería podía competir con su nivel de exigencia con respecto a sus compañías. Para un hombre que odiaba a la gente en general —y a quien las personas en particular tampoco le hacían mucha gracia—, la perspectiva de pasarse treinta noches como treinta lunas tratando de inculcarle algo en la mollera a una persona que no fuese de su agrado suponía un sufrimiento poco menor al que le provocaría exiliarse en Guantánamo. Por eso eligió pasarse dos jornadas —completas, pero solo dos— entrevistando parguelas. Los descartes automáticos de Manolo Celanova no deberían suscitarnos un interés especial en el marco de esta narración: baste mencionar que entre ellos se contaban aspirantes a *disc jockey* que nunca antes habían visto una mesa de mezclas de cerca, camareros de chiringuito playero con más de treinta años de experiencia a quienes la dichosa crisis había dejado sin trabajo, menores de edad de uno y otro sexo que se habían escapado de las cálidas enaguas de mamá para ver la ya mítica FUEL por dentro y, *last but not least*, una ristra de muchachos tan guapos que sin duda eclipsarían su propio y cada vez menos obvio atractivo. Por eso, cuando en la tarde del segundo día una muchacha morena, de figura esbelta y con una mandíbula tallada a cincel por el mismísimo Fidias atravesó la pista con gracia, la desesperación de Manolo hizo que sus dudas se disipasen al instante, sin que la candidata hiciese nada por merecerlo.

—¿Cómo te llamas?

—Marta.

—¿Marta qué más?

—Marta a secas.

—Pues espero que conserves la garganta igual de seca.

—No bebo. Engorda.

—¿Qué sabes hacer?

—Fui bailarina de la Compañía Nacional de Danza, pero no era lo suficientemente buena y al final me echaron. Nunca me dieron beca, así que también fui gogó en una discoteca del centro de

Madrid, para pagarme el piso.

El empresario de la noche Manolo Celanova no pudo anticipar una respuesta diferente, para esta pregunta rutinaria, a las majaderías que le habían dicho los otros quince candidatos: una contestación sincera, pero cargada de un reflujo biliar antiquísimo. Ante el silencio del hombre que la observaba como a su única oportunidad de escurrir el bulto, Marta empezó a mover el cuerpo de una manera que él no había conocido, porque en 1985 YouTube aún no existía y Manolo no sabía, no podía saber, quién había sido Tórtola Valencia. La reacción del socio minoritario no tuvo nada que ver con lo sexual, sino que nació de una forma mucho más sofisticada de fascinación que rayaba en la hipnosis o en el viaje astral. Aunque no había música, Marta bailó como si su cuerpo fuese un púlpito desde el que mostrar el camino a los avasallados; y, bajo el efecto de su danza, ambos cerraron un trato aquella tarde de martes en la que el futuro fiambre Manolo Celanova empezó a morirse un poco.

UN AEROPUERTO

1990

Una niña de importación que pronto debería empezar a andar. Una escalerilla que pisar con pies de plomo, sobre todo con un ser tan frágil intentando amarrarse a un pecho vacío de expectativas y nutrientes. Una pista desconchada, un bache, un par de líneas de pintura que ya ni se ven. Dos transbordos, dos, responsables últimos de su extenuación. Un mosqueo no demasiado grande, pero persistente, que si la pequena no lleva la ropa que le enviamos, que si los críos crecen muy deprisa, que si cuánto tiempo más te vas a hacer la loca, que si qué dices, Alberte, que si los chineses de los *collós* nos timaron, Aida, que pareces parva, que si eso me da igual mientras mi hija, será nuestra hija, esté al fin aquí, que si ni que te llovieran los *cartos* del cielo. Una terminal pequeña y sin apenas pasajeros, pero llena de hombres y mujeres que jamás se han subido a un avión, *Deus me libre de semellante idea, iso é todo cousa do demo*. Una puerta automática que al fin se abre ante los cientos de pares de ojos que esperan, que llevan décadas esperando. Un vuelo directo desde Caracas que ya ha aterrizado, y los hermanos de un lado y del otro de la puerta, de la posguerra, del charco, los unos con maletas, los otros con empanada de liscos, meu, que vello vas, y esa clase de alegría desbordada que tan poco abunda en el mundo. Un padre, o la sombra de un padre, al que la felicidad ajena le crispa los nervios. Este país está lleno de camándulas. Una madre que no ha parido, porque todas las hijas, también las que durante unas horas tuvieron otra madre y todavía están aprendiendo a ser retoños deseados por otra, tienen una madre, y esta madre en particular es una madre que escoge serlo, una madre que piensa no te preocupes, corazón, que mamá no va a permitir que ningún gilipollas te amargue la vida, mira todo esto, ruliña, aprende lo importante que es volver a casa, porque cada uno es de donde es,

Mei, y tú eres de aquí, porque ese nombre tan bonito que no te puse pero que volvería a ponerte suena a ríos, a fontes, a regatos pequenos. Una nieta que en pocas semanas debería arrancar a andar, pero que se quedará sin abuelos paternos antes de dar su primer paso. Un arco verdoso que las protege a ambas del último chaparrón de abril y unas alas replegadas que, vistas desde la cristalera, parecen de juguete. Un pensamiento raro: hace mucho que no se hunde nada. Un aeropuerto con pocos destinos disponibles. La intuición de que, para Mei, ningún sitio es todavía un hogar.

FOR ME AND YOU, MY PART-TIME LOVER

Gracias a la contratación de Marta, el futuro fiambre Manolo Celanova pudo dedicarse al fin a lo que de verdad se le daba bien. Delegar las tareas más rutinarias en otros para poder hacer en exclusiva aquello que mejor se nos da forma parte esencial del más peligroso de los dogmas millennials: el del éxito individual y el crecimiento personal. Sin embargo, a principios de 1986 ni los jóvenes ni los no tan jóvenes habían caído todavía en la trampa de la ultraproductividad, y ya hacía muchos años que el jugador de chica Manolo Celanova había dejado de buscarse a sí mismo en vocaciones ajenas al alcohol o a la jarana. Por su parte, y pese al engrosamiento de la caja que había supuesto su incorporación a la plantilla de FUEL, Marta no se quedaba atrás. Ella no bebía y apenas comía, porque opinaba —seguramente con un buen criterio que esta narradora moderna nunca ha sido capaz de hacer suyo— que sus caderas flacas de bailarina en paro —así se refería a su situación, como si poner copas no fuese currar, como si nada ajeno a las puntas y los pliés pudiese ser considerado un trabajo de verdad— no se mantendrían en su sitio a base de calorías vacías. Las pirulas y las rayas, al contarse por gramos, conectaban más con su personalidad. También iba más con su rollo el ejercicio físico, aunque desde que había dejado la Compañía Nacional eran otras compañías —en concreto la de Adolfo, pero también algunas esporádicas— las que la ayudaban a mantener la forma desde la barra de la discoteca, la trastienda o los baños, que eran su especialidad. Pese a carecer de datos concretos sospecho, por el estado en el que solía terminar sus turnos, que en su cama no hacía nada aparte de dormir.

Desde el estrado moral que proporciona el tiempo, cualquier narradora contemporánea defendería el derecho de Marta a acostarse con quien le viniese en gana y, a poder ser, tantas veces como le permitiese su cuerpo; pero entonces no todas las personas

eran tan misericordes con el deseo ajeno: al final fue la calificación de puta la que se llevó el gato al agua. Puta por acostarse con unos y con otros, pero sobre todo puta por acostarse con su jefe, por sentir una atracción sexual genuina por un hombre mayor que ella, gordo y *a priori* poco apetecible; y también puta por aprovechar su propio deseo, que era real, para ganarse un supuesto trato de favor con el hombre que le pagaba las habichuelas. Aun así, y pese a todos los rumores que corrieron por los lavabos —pese a lo que pudiera inferirse, más en los de señoras que en los de caballeros—, esta situación jamás redundó en un aumento de su salario.

A estos dos hoy los consideraríamos algo así como una pareja abierta: ni ella renunciaba a otros hombres por Adolfo ni, por descontado, él lo pretendía. A las infidelidades masculinas, en fin, nunca ha sido necesario ponerles nombre. A ambos les parecía bien el trato tácito que pronto se estableció entre ellos, y a ambos les proporcionaba placer. En cualquier caso, y califiquemos a esta pareja como lo hagamos —no sé si son pareja quienes no quedan fuera de su puesto de trabajo y, pese a ello, reproducen todos los clichés asociados al amor romántico excepto el de la fidelidad: qué difícil, de verdad, qué agotador, nombrar las cosas desde una postura posmoderna—, fue solo sexo y a la vez algo más que sexo, y estuvo bien que así fuera. A riesgo de que todas las narradoras de mi generación caigan sobre mí, hace tiempo que rumio la idea de que ahora llamamos poliamor a lo que casi nunca es mucho más que un miedo, de raíz profundamente neoliberal, a establecer con alguien una relación tan profunda que sea capaz de anular la obsolescencia programada asociada a las emociones fuertes. Al menos ellos sabían que lo suyo no duraría para siempre, y por eso podían sostener un *ménage à trois* conceptual al alcance de pocos elegidos: follaban, estaban enamorados y también follaban con otros.

Las normas, en cualquier caso, siempre estuvieron claras, sobre todo porque no eran muchas. A saber: nada de otras mujeres si él no estaba delante y a su socio ni tocarlo. Estos acuerdos llegaron a oídos del futuro fiambre Manolo Celanova y él, como varón de su estirpe que demostró seguir siendo, desde ese momento hizo todo lo humanamente posible y también lo moralmente imposible porque Marta terminara mirando de frente a su entrepierna. Ella no quería,

claro que no quería, porque tenía un trato con el hombre de quien estaba enamorada y porque el hermano pequeño de don Cosme cada vez se parecía más a él, no en el físico, que tendía más bien a encajar en el tipo de barrigón tísico, sino en lo cabrón que se estaba volviendo, y por eso ella no quería, claro que no quería, porque a Marta le gustaban los cabrones, pero solo los que lo eran con todos excepto con ella.

El perdedor de mus Manolo Celanova, cuyo historial de fantasías prohibidas —recapitulemos— ya contaba con un episodio de incesto frustrado por un sentido de la ética que le impidió hacer daño a quien quería, dio rienda suelta con Marta, ante la ausencia de vínculo, a sus caprichos de violador en potencia. Ella no lo hizo por dinero, o no exactamente, y desde luego no fueron ni una atracción inexistente ni el morbo por lo prohibido lo que propició que Marta a secas terminase por acceder, de mala gana, a las pretensiones sexuales del empresario de la noche, quién lo habría dicho, Manolo Celanova. Sin embargo, y como reza un anuncio de cuando esta narradora moderna no llevaba ni una década sobre la faz de la tierra, hay cosas que el dinero no puede comprar: cuando Marta alzó la cabeza hacia el hombre que más asco le daba en el mundo la primera vez que el futuro fiambre Manolo Celanova eyaculó en su boca, supo que el suministro gratuito de la sustancia que ya necesitaba y que su mísero salario no le permitía adquirir era la única justificación de sus privilegios. Ya saben. La coca es mi negociado. Para todo lo demás, Mastercard.

LA FELICIDAD

Desde que Margaret Tatcher y Ronald Reagan cortan el bacalao (con C) a uno y otro lado del charco, ser feliz parece obligatorio. La felicidad, con el neoliberalismo campando a sus anchas, se vuelve angosta, y el derradeiro camino que conduce hasta ella está patrocinado por los curas de aldea, por Halcón Viajes y por los apartamentos en Torrevieja de Mayra Gómez Kemp. Este *Resquemor* con mayúscula que compraste en el kiosko, o que igual robaste al despiste, no es nada comparado con el que se escribe con minúscula. Por qué no decirlo: estamos hartas. Caímos en la trampa del mercado malo, donde ninguna de estas páginas envolverá mañana un congrio de diez kilos. Dicen las viejas que nunca *choveu* que non escampara, pero a veces se les olvida que *quen ten cú, ten medo*. Por eso hasta los maricones olvidamos y callamos. De premio, ni medio ojo morado y una tarde de compras en El Corte Inglés. La única novia que tuve, coitada, decía de mí que tenía nariz de Urtain, pero siempre se le olvidaban los puños. Igual por eso no duramos, lo mismo ese fue el verdadero motivo por el que me crucé de acera sin paso de peatones y sin mirar, con los ojos fijos en el paquete de un marinero. Pero mis puños siguen aquí, y sueltan hostias como lubinas salvajes, que para algo crecí pescador, y dicen lo que parece que ni los sarasas podemos decir, que la felicidad no existe porque solo existe el tiempo. El bakalao (con K) lo sabe: el único futuro posible pasa por prenderles fuego a las horas no laborables.

LA DEPENDE (HOY, LA INFELIZ)
O RESQUEMOR N.º 2

MARTA TIENE UN MARCAPASOS

Durante casi cuatro meses ocultó el embarazo sin demasiados problemas. A finales del cuarto, sin embargo, ni siquiera las camisas flojas —sin nudo en el ombligo— tan impropias de su atuendo habitual pudieron seguir disimulando lo evidente. Si Marta a secas y la abogada ambientalista Aida Celanova se hubieran conocido a mediados de 1986, con un simple intercambio sin monjas de por medio habrían sido capaces de arreglar varias vidas de golpe: la de un hijo no deseado, la de una madre que desearía a cualquier hijo, la de al menos una decena de padres en potencia, incluso la de un gilipollas que habría preferido que su futura hija no tuviera los ojos rasgados y, sobre todo, la del futuro fiambre Manolo Celanova, que sin saberlo la estaba perdiendo en vivo y en directo. Sin embargo, las dos mujeres no coincidieron hasta muchos años más tarde y, cuando al fin se vieron las caras, un vidrio de seguridad separaba las únicas dos realidades que sí llegaron a materializarse. En la decimosexta semana de gestación de Marta, lo único que esta compartía con Aida —sin siquiera saber de su existencia— era que el mismo hombre, al que una despreciaba y la otra echaba en falta, había deseado sus cuerpos con la misma intensidad, pero desiguales resultados.

La vasectomía que Adolfo se había realizado tras divorciarse de su primera y única mujer le convirtió en el único candidato a padre bastardo que podía descartar tal posibilidad. Pese a ello, y contra todo pronóstico, el socio mayoritario de FUEL —jugador de grande— tomó una decisión motivada no por su enamoramiento de Marta —que, preconicen lo que preconicen algunos psicólogos baratos, en su caso duró bastante menos de los cuatro años de rigor—, ni por un repentino ataque de responsabilidad afectiva capaz de desordenar sus prioridades, sino a causa de algo menos romántico, pero mucho más preciado para él: las expectativas económicas que había depositado en sus chanchullos inmobiliarios. Su hijo, a la

fuerza putativo, encajó en su imaginación como la bandera de un enorme castillo de Lego: aunque fue la última pieza en hallar su lugar en su plan maestro, y pese a que la construcción se sostenía a la perfección sin su concurrencia, el feto que Marta estaba gestando y que pronto tomaría sus apellidos se posó sobre sus corruptelas futuras, ya planificadas, y las despojó del único riesgo que, a su juicio, llevaban aparejadas: el de terminar entre rejas.

—Pero no sé si es tuyo.

—Me da lo mismo.

—¿De verdad?

—Tal y como nos lo montamos tú y yo, podía pasar. Ahora toca apechugar, Marta, no hay otra.

—Pero yo no quiero apechugar, Adolfo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Decir que te han violado o coger un vuelo a Londres?

—No puedo mantener a un niño. Lo sabes de sobra. Eres tú quien me paga la miseria que cobro.

—No te preocupes. Yo me encargo. Cógete un permiso y descansa, que nuestro primer hijo no se va a gestar solo.

Manolo Celanova, que estaba al tanto de la cirugía de la que su socio presumía —al tiempo que aprovechaba para exagerar su virilidad— cada vez que se le presentaba la ocasión, no dijo nada, porque hacerlo habría supuesto reconocer su traición ante Adolfo —la clásica traición entre bomberos que se pisan la manguera al disputarse los favores sexuales de una hembra era la única que podía reconocer quien nunca había considerado la posibilidad de que existiese un sujeto deseante, en este caso no deseante, a quien no le colgase nada entre las piernas—, y sabía, o creía saber, que ese sería el fin de FUEL. Si el futuro fiambre Manolo Celanova hubiese sido lo suficientemente avispado como para atisbar la trampa tras el cartón, la muerte no habría salido a su encuentro aquella breve noche de metal que su sobrina Aida trataría de reconstruir, varios años más tarde y sin ningún éxito, entre las sombras de un mar hediondo.

OTRO REACTOR

1989

Vandellós. Un incendio. Una central nuclear. Un doble *déjà vu*. Una nieta, aún de nadie, que ni camina ni debería caminar. Una palabra que se reproduce en bucle en dos cabezas a la vez: lejos, lejos, lejos, lejos; y aunque en una suena a angustia, en la otra suena a oportunidad. Un reactor, otro, distinto al que sacudió al mundo tres años atrás; este mucho más cercano, pero también tres grados más frío, aunque sobre la temperatura exacta del desastre la única hija de don Cosme aún no tiene, no puede tener, ninguna certeza. Cizalla, bomberos, silencio informativo. Vecinos, pocos, fuera de sus casas. Vecinos, la mayoría, mirando plácidamente un televisor que no les cuenta el peligro que corren. Un telefonazo durante la cena. Un guiso de ternera, el primero de la temporada de frío, abandonado a su suerte sobre una mesa mal puesta. Papeles, manuales llenos de leyes y fechas, teclas, suspiros. Café mezclado con cocacola. Tres-putos-grados. Una pregunta impertinente que revienta cualquier conato de concentración. Oíste, rula, ¿de verdad crees que este es el mejor momento para meternos en ese cristo? ¿Con la morea de trabajo que tienes? Piensa en la cría, Aida. Unos oídos que, por pura supervivencia, cancelan el ruido sin necesidad de auriculares. Minutos tensos, horas frustrantes, días tenaces. Decenas de supuestos, casi todos fatales, colocados por escrito, uno detrás de otro. Tres grados, solo tres, que separan una hipotética fusión del combustible de un accidente menor. Tres grados, solo tres, salvan los muebles de una hoguera que habría arrasado con más de un país. Una madre, porque no hay niña, por kilómetros que la separen de la suya, que no tenga una madre; y esta madre es una madre que resiste, que aguanta carros y carretas, que sufre cada centímetro que esa hija lejana, que también tiene madre aunque no lo parezca, crece lejos de su protección. Un reactor estrepitoso. Un reactor callado. Tres años, tres grados, de diferencia. Un muro

metafórico, pero tangible, que separa dos voluntades encadenadas bajo el mismo techo por un deseo que ya no comparten. Un muro de hormigón y símbolos, en una ciudad por cicatrizar que la única hija de don Cosme jamás ha pisado, que todavía parece eterno pero que caerá en veintiún días: justo el tiempo que necesita un cuerpo humano para acostumbrarse a las cosas.

NEVER GONNA GIVE YOU UP

De bebé, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo —cojan aire— un maxi-cosi otro cochecito a contramarcha leche en polvo poca teta un chifonier lleno de bodis nuevos camisetas diminutas zapatitos minúsculos que se quedaban pequeños solo con mirarlos una cuna barrotes altos colcha de soles lunas estrellas un móvil de los de antes no un *smartphone* un móvil colgante con música planetas astronautas estrellas a juego con la colcha un sonajero de plata que nunca usó un sonajero de plástico que mordía a todas horas una torre de pañales desechables que nunca se terminaba tres biberones para agua para leche caliente para leche fría potitos de marca nutribén que dicen que son los mejores aceites toallitas cremas para el culo frascos de nenuco un peine suave terrones de azúcar por lo menos ocho chupetes aunque solo le gustase uno el más viejo el más roñoso un tenedor de plástico una cuchara de plástico un plato de plástico un vaso de plástico una trona desde la que aprender a chapotear con la vajilla de plástico un termómetro para el culo un termómetro para la temperatura del agua una bañera con patas que también servía de cambiador siete baberos uno para cada día de la semana dos gorritos tejidos a mano patucos manoplas una manta un saco un arrullo una mochila porteadora peleles ranitas quitababas un oso de peluche que fue más grande que él varios años un conejito de peluche un patito de peluche un mapache de peluche que era una marioneta un jabón especial para su piel sin curtir un botiquín lleno de cremas crema del sol pomada para rozaduras pomada antibiótica zumo de naranja a sorbitos un walkie un andador un caballito marca chicco azul blanco naranja una alfombra de carreteras rotondas césped una nani que le hablaba en inglés nunca en español nunca en valenciano dos pijamas de franela uno con ositos otro con cohetes mordedores una alfombra educativa muñecos de trapo un piano de mentira muchas ganas de llorar.

De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo —ármense de paciencia— un telescopio. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo una Game Boy. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Power Ranger con cabeza giratoria de color verde. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Tamagotchi. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un barco pirata de Playmobil. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Power Ranger con cabeza giratoria de color negro. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo una maleta repleta de piezas de Lego. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo la mansión de Pinypon. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo la mansión de Casper. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Power Ranger con cabeza giratoria de color rojo. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo la colección de *Los Cinco* del Círculo de Lectores. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo siete Action Man. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un pijama de las Tortugas Ninja Adolescentes Mutantes. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Power Ranger con cabeza giratoria de color rosa. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Scalextric. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo más de veinte cintas VHS de películas Disney. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Flubber. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo una figura de acción de Krilin. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Power Ranger con cabeza giratoria de color amarillo. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un coche teledirigido. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo el Cocodrilo Sacamuelas. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo La herencia de tía Ágata. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo el Robot Emilio. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un libro de pintar de *Space Jam*. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un camión Turbo Fire. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo la cinta VHS de *Rex, un dinosaurio en la ciudad*. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Magic Copier. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo una equipación completa del Valencia

Club de Fútbol. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo un Power Ranger con cabeza giratoria de color azul. De crío, el primer y último hijo de Marta y Adolfo no tuvo muchos amigos.

El primer y último hijo de Marta y Adolfo tuvo muchas cosas de bebé y muchas cosas de crío: su padre postizo se encargó personalmente de ello. Malcriarlo formaba parte de su estrategia para volverse imprescindible sin estar presente, sin convivir con él, sin apenas conocerlo. A Marta, dada la naturaleza de su relación anterior a su embarazo, no le pareció un modelo de paternidad alejado de sus parámetros habituales. Fue así como la figura del padre proveedor y ausente tomó acomodo incluso en el modelo de familia menos convencional de la época: los tentáculos del patriarcado, a nada que una se despiste, todo lo rodean y todo lo estrujan. Todas las cosas que tuvo de bebé y de crío —y también todas las que no tuvo— fueron determinantes para que el futuro fiambre Manolo Celanova, desde su lecho de muerte con ruedas, fusionase los ojos del primer y último hijo de Marta y Adolfo con el color —que no era verde, pero casi— de los de Aida.

LA MOVIDA

Chupas de cuero bueno que ningún currito jodería aposta por muy de moda que estén las tachuelas, pelos de colores imposibles de mantener con una jornada laboral de doce horas diarias, telas brillantes que *miña nai* no se compraría ni para hacerse el vestido de madrina en la boda de las seis hijas a las que todavía mantiene, películas donde los maricones pintamos algo, esmorga de lunes a domingo: la movida está en Madrid, y solo existe para quienes se la pueden pagar. Ya te digo yo que en Vallecas no se andan con gaitas. En Vigo lo más que tenemos es un esqueje mal regado de la otra, un espejismo cutre adaptado para los petos de los *fillos* de la reconversión y el chapapote. Si os gusta más llamarlo así, lo de aquí es más alternativo. En el *Resque* encontraréis quien diga que la movida de la ría es superior a la de la capital, que Madrid se escribe con V de Vigo y otras gilipolleces del estilo, pero como Franco está muerto y en los ochenta hasta una travesti puede decir lo que le salga del carallo, yo solo cuento la verdad: lo del Manco y el Kremlin es una barallocada. Una es muy leída y muy viajada, y a quien ha leído, ha visto y ha oído no se la cuela *ninguén*: si a lo de Madrid lo llaman la Movida, a lo de aquí le deberían llamar la Parada. La Parada porque, si no la azuzan los cuatro de siempre con sus parvadas, se detiene; la Parada porque está llena de parados sin máis nada que facer que montar barullo mientras sus padres, porque ellos sí que no saben estar parados, salen a faenar.

La depende (hoy, la Parada)
O Resquemor n.º 3-4

EN EL LÍMITE DEL BIEN, EN EL LÍMITE DEL MAL

El primer marido de Hannah Arendt —si no saben quién es, búsquenlo en Google: esta es mi pequeña venganza antipatriarcal— explicó, a raíz de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, que la desproporción entre un acto y sus efectos malignos —por ejemplo, entre apretar un botón y que una bomba mate a 200 000 personas— es tan bestia que los seres humanos no somos capaces de trazar un vínculo de causa-efecto que nos conmueva. Sin ser yo otra cosa aparte de una narradora moderna endiabladamente inteligente, se me ocurren al menos otras dos maneras de que se produzca lo que Günther Anders —la pedante, una vez más, ha vencido a la feminista— llamó «el desnivel prometeico»: que lo que provoca el perjuicio sea tan sistémico y su solución pase por un cambio en el comportamiento de tantas personas a la vez que nos parezca que nuestra propia contribución al problema es insignificante —para qué voy a reducir mi consumo energético si, para qué voy a comer menos carne si, para qué voy a preocuparme por el coltán de mi *smartphone* si, para qué voy a dejar de currar en negro si— o, más perverso si cabe, que entre nuestro acto y sus consecuencias medien tantos pasos intermedios que sencillamente no acertemos a vincular el uno con las otras. En este último supuesto, ¿tiene algún límite la responsabilidad individual? Como narradora contemporánea pacifista, ecologista, antirracista y animalista que soy, me encantaría responder a esa pregunta con un no rotundo, pero lo cierto es que la honestidad intelectual que me caracteriza me obliga a pensármelo dos veces.

Lean conmigo el siguiente hecho, sin duda digno de condena legal y repudia social: «Un hombre mata a su hermano y el asesinato triplica su fortuna». Ahora, desgranemos juntos los hechos. Pongamos que un médico de aldea se divorcia de su mujer —por decirlo todo, pongamos también que la maltrataba—, con la que lleva media vida. Pongamos que la separación lo pone en boca

de todo el pueblo. Pongamos que es alcohólico. Pongamos que su exmujer lo denuncia. Pongamos que jamás ha movido un dedo en casa y, por tanto, no sabe cocinar, no sabe planchar, no sabe quitar las manchas de aguardiente de las camisas claras. Pongamos que tiene una hija que todavía estudia en la universidad y que, aunque va para abogada, se ha metido a ecologista, que vaya usted a saber. Pongamos que su hermano no da un palo al agua. Pongamos que tiene dos hipotecas a su nombre. Pongamos que el dinero, aun así, con divorcio y todo, con mujer de la limpieza y todo, con estudiante de Derecho a su cargo y todo, con hermano parásito y todo, con propiedades y todo, le alcanza, pero las viejas de la aldea empiezan a murmurar que ya no va tan elegante como antes, la tendera le cuenta a las clientas que la moza que lo atiende solo compra pollo y los cortes más baratos del cerdo, el cura le dedica una petición en misa de doce, roguemos al Señor.

Pongamos que las noticias vuelan. Pongamos que a un empresario de Noia le viene bien un contacto en las Rías Altas. Pongamos que la familia de nuestro hombre fue más poderosa de lo que es, y que de aquella solera él todavía conserva los contactos. Pongamos que lo que necesita el de Noia es justo eso, contactos, porque dinero tiene mucho y de dudosa procedencia. Pongamos que un alcalde siempre conoce a un diputado, y un juez siempre tiene un alcalde de mano. Pongamos que la magia existe por un rato, y se llama recalificación urbanística. Pongamos que el empresario de Noia contrae una deuda con él, y decide introducirlo en el negocio. Pongamos que él acepta, siempre como facilitador, eso sí, con las manos bien limpias. Pongamos que, desde ese día hasta su muerte, jamás vio un fardo. Pongamos que, en uno de sus negocios, conoce a un empresario valenciano. Pongamos que es un embaucador profesional. Pongamos que se caen bien y la amistad fluye, o eso piensa el médico. Pongamos que, por el camino, ganan dinero. Pongamos que al médico, de pronto, lo asolan las dudas, y las comparte con su colega. Pongamos que le da miedo hacer algo mal y mandar al garete su reputación. Pongamos que el valenciano aprovecha la coyuntura para atacar. Pongamos que, ante la pregunta de si tiene algún familiar sin reputación alguna que poder jugarse, el cerebro del médico proyecta automáticamente la imagen de su hermano. Pongamos que ese hermano no tiene hijos, ni mujer,

ni ganas. Pongamos que, por no tener, no tiene ni un trabajo. Pongamos que el valenciano le ofrece matar dos pájaros de un tiro. Pongamos que aparece alguna oportunidad inmobiliaria y la pones a su nombre, le dice, ¿qué es lo peor que podría pasar? Pongamos que nada. Pongamos que, además, tu hermano podría trabajar conmigo: voy a abrir una discoteca. Pongamos que este terreno, precisamente este, está pegado a mi nave, y sé de buena tinta que pronto será urbanizable. Pongamos que un amigo del ayuntamiento nos arregla los papeles sin necesidad de que se entere nadie. Pongamos que te pasa algo, Dios no lo quiera, pero pongámonos en lo peor: si tu hermano se quedase con la finca, su heredera natural sería tu hija. Pongamos que, si le pasa a él antes, recuperarías la inversión tú, su familiar vivo más cercano. Pongamos que el médico, cautivado, accede. Pongamos que el amigo del ayuntamiento lo deja todo atado y bien atado para que, si ambos hermanos faltan, el propietario de la finca pase a ser el valenciano. Pongamos que hay trato, firma y todo lo demás. Pongamos que el teléfono del ático de Compos no para de sonar hasta que el futuro fiambre Manolo Celanova, con una resaca de campeonato y la culpa instalada en el cogote, descuelga. Pongamos que el resto de la historia, si no la conocen, se la pueden imaginar. Pongamos que, para cuando su hermano se la pega y su fortuna se triplica, don Cosme ya lleva casi una década muerto.

Pongamos que un hombre mata a su hermano sin pretenderlo, pero sin hacer nada por evitarlo. ¿Cuánto tardaríamos en cancelarlo en la tercera década del siglo XXI? ¿Qué grado de culpa le atribuiremos? Desde el más absoluto ateísmo se lo digo: quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

UN ORFANATO

1988

Un bebé sin nombre, uno más entre tantos; en concreto, el último en ser depositado en una cuna que antes de su llegada ya acogía más criaturas de las que su endeble estructura de madera humedecida estaba dispuesta a soportar. Un bebé sin nombre, otro que también, igual que el anterior y el anterior al anterior, había tenido la poca vergüenza de presentarse ante el mundo con los genitales equivocados; aunque para saber eso, si estás aquí, no necesitas retirarle el paño mojado de la cintura. Una colección de telas mugrientas que nadie se preocupa de lavar. Un rectángulo inmenso, o eso le parecen sus cincuenta metros cuadrados a la única hija de don Cosme, plagado de cunas, de más cunas, de cunas apiladas sobre otras cunas con unos cuantos barrotes seccionados para tener la remota posibilidad de sacar de allí a alguna criatura que unos eventuales pirados europeos quisieran llevarse muy lejos. Y el hedor. Una petición por señas. Una madre, porque no hay criatura, por mucho que para ella no haya ni un nombre guardado en un cajón, que no tenga una madre; y esta madre es una madre dispuesta a colaborar con el diablo, una madre que porta bolsas de plástico llenas hasta las asas de patucos de colores, de bodis con corchetes, de pañales occidentales que contravienen todos y cada uno de sus principios ecologistas, una madre que todavía no conoce a su hija pero que sabe a ciencia cierta que tiene una, que está aquí, con ella, en esta habitación que algunos consideran de la muerte y que ella prefiere llamar, en un arranque cursi, de la vida. Una desconocida de ojos rasgados que mueve la cabeza de un lado al otro, muy despacio. Un pulgar cuya yema se atreve a restregarse contra la de su índice, en un gesto transoceánico, con los tres dedos sobrantes bien pegados al puño. Un hombre que parece no estar pero que está. Un hombre que se niega a sacar la cartera de un bolsillo que le duele más que los principios que esgrime frente a la

desconocida. Una mujer, o más bien una madre, desesperada. Bolsas de comida. Polvos de talco. Bidones de leche en polvo. Billetes, también billetes, que la hija de don Cosme extrae de la funda de su pasaporte. La promesa de que no serán los últimos. Unos brazos ajenos que seleccionan una criatura al azar y la marcan con los radios del timón de la fortuna. Una niña mecida por su madre legítima. Un universo, uno enterito, que cabe en esta habitación. Un padre postizo que exige escoger al cachorro más fuerte de la camada. Una mancha en la mejilla derecha que convence a una madre que ya era madre de esa mancha antes siquiera de haberla visto. Un hombre que transige por satisfacer su instinto posesivo: por lo menos así sabremos que es la nuestra. Unos brazos, antes dadores, que ahora quieren arrebatar. Un espasmo automático. Un terror repentino. ¿Pero no nos la llevamos? Creo que no funciona así, rula. Una pregunta, la última antes de que la hija que al fin tiene vuelva al hedor y a la humedad. ¿Cómo se llama? La respuesta improvisada de una funcionaria que no comprende esa lógica occidental de nombrarlo todo antes de tiempo, antes de que la supervivencia haya sido garantizada. Mei. Eme. E. I. Tres letras, dos de ellas diptongadas, que prometen otra tierra, una distinta, en la que tampoco se estilan los hiatos. Un breve forcejeo. Un nudo en la garganta que ya nunca se irá. Una nuez que traga saliva en una garganta, otra, al fin desanudada.

CONTROLA

El futuro fiambre Manolo Celanova dio la bienvenida al año en el que su existencia se ralentizó —antes de acelerarse una última vez— al ritmo que marcaba la música electrónica. Quienes coparon la pista de baile de FUEL durante la primera madrugada de 1992 no dejaron de bailar para comerse las uvas, pero puede que más de uno, a lo largo de la noche, cumpliera con la tradición metiéndose una raya por campanada. Aunque por aquellas fechas el bakalao ya había adquirido la mala reputación que lo acompañaría durante toda la década, la realidad es que ninguna otra banda sonora habría sido capaz de sintetizar —nunca mejor dicho— el espíritu del 92 en España. Les invito a que busquen en Spotify una lista de reproducción de la Destroy, suban el volumen, se descalcen los pies, se calcen en los ojos unas gafas de sol con filtro rojo en los cristales y le den al *play*. Como narradora contemporánea, consciente justo por eso de mis propios límites, me decepcionaría que en este punto hayan decidido seguir leyendo en lugar de abandonarse a la mákina, con la que esta novelucha, por buena que termine siendo, nunca podrá competir. En serio, paren. Hagan lo que tengan que hacer y después respóndanme o, aún mejor, respóndanse a sí mismos: ¿podrán algún día igualar semejante intensidad? La respuesta fácil es no. La difícil, bailen conmigo.

La libre circulación de trabajadores españoles en la Comunidad Económica Europea. Controla. La Asamblea Regional de Cartagena en llamas. Controla. *Sister Act*. Controla. ETA en Madrid. Controla. La Operación Bidart. Controla. El Fútbol Club Barcelona. Controla. La Copa de Europa. Controla. Maastricht. Controla. El caso Filesa. Controla. El proyecto de ampliación del Museo del Prado. Controla. El hundimiento de la nao Victoria. Controla. *Amantes* de Vicente Aranda. Controla. El servicio doméstico migrante. Controla. El asesinato de Lucrecia Pérez. Controla. La ley Corcuera. Controla. La guerra de los Balcanes. Controla. El Partizán de Fuenlabrada.

Controla. Curro. Controla. Chayanne. Controla. La Expo de Sevilla. Controla. El incendio del Pabellón de los Descubrimientos. Controla. Blanca Fernández Ochoa. Controla. La explosión en una fábrica pirotécnica de Huelva. Controla. Sailor Moon. Controla. El AVE entre Madrid y Córdoba a trescientos kilómetros por hora. Controla. Blink-182. Controla. Bosnia independiente. Controla. El triple de Djordjevic. Controla. *Reservoir dogs*. Controla. El Primero de Mayo. Controla. Manifas multitudinarias. Controla. La madre de una narradora moderna en potencia en el paritorio. Controla. Los kurdos contra el ejército turco. Controla. Motín en Alcalá-Meco. Controla. El primer fracaso de Hugo Chávez. Controla. El sida. Controla. Iosu Expósito. Controla. El cáncer. Controla. Camarón de la Isla. Controla. Una discoteca al fin rentable. Controla. Paco Pil. Controla. La masacre de Maraghar. Controla. La antorcha olímpica de paseo. Controla. El primer año sin Mercury. Controla. La peseta devaluada. Controla. El Banco de España. Controla. Los tipos de interés. Controla. Una bengala en Sarrià. Controla. El pecho de un niño. Controla. La Gran Recesión. Controla. La Lupe. Controla. OTAN, de entrada sí. Controla. Fermín Cacho. Controla. La fuga de Pablo Escobar. Controla. El Dream Team. Controla. FUEL siempre abierta. Controla. Planeta rico en tecnocombustible. Controla. Choques tribales en Ghana. Controla. La resaca de la reconversión industrial. Controla. Ibercop. Controla. Los mineros leoneses. Controla. La primera marcha negra. Controla. Los disturbios raciales en Los Ángeles. Controla. El Mario Kart. Controla. La corrupción inmobiliaria. Controla. *Instinto básico*. Controla. Agassi. Controla. El suicidio de Urtain. Controla. Donación de órganos. Controla. Primeros del mundo. Controla. Cuestión de honor. Controla. La tercera vía. Controla. *Balas blancas*. Controla. Fidel Castro en Oleiros. Controla. Fraga desatado. Controla. Un brindis por la independencia y el progreso de Cuba. Controla. La llama olímpica en el arco de Rebollo. Controla. Indurain otra vez. Controla. Patitos de plástico en la bañera del Pacífico Norte. Controla. La mafia italiana. Controla. Dos arrepentidos. Controla. Bill Clinton. Controla. *Automatic for the people*. Controla. Drogas y velocidad. Controla. Un coche más estrellado en la CV-500. Controla. Una autopsia que nunca se llegó a hacer. Controla. Un leve seguimiento mediático. Controla. Una tumba anónima al borde de una carretera

secundaria. Controla. Un informe médico: hasta las cejas. Controla. La Destroy, una vez más en el punto de mira social. Controla. Siniestro Total. Controla. *Bailaré sobre tu tumba*. Controla. Y, al final, el *Mar Egeo*. Controla.

LA BELLEZA

Espejito, espejito, ¿quién es la travesti más bella del reino? Yo no, *acouga un pouco*, que eso ya lo sé. Mis rasgos no me acompañan en la senda de la belleza típica cuando voy vestida de mujer. De hombre tampoco, abofé que non, pero estas cejas pobladas y esta nariz torva cuadran algo mejor en un rostro masculino. O, por lo menos, eso es lo que me dice mi experiencia, compuesta a partes iguales de lo leído en el papel cuché y lo vivido en los baños de todos los tugurios de ambas márgenes de la ría. Las márgenes, también los márgenes, eso es, ahí está el meollo. Pillar el *Tintimán* no importa tanto como estar en el rollo, pero hayas adquirido este *Resque* de manera legal o ilegal, solo con que lo tengas ya me llega para saber que algo de márgenes sabrás. En cualquier caso, guapo no creo que seas. Ni guapa. Los guapos están en Madrid, o en Barna, los más próximos en la Coru, neno, fingiendo que tienen todo el dinero y el poder que su cara bonita de Regional Preferente parecía reservar para ellos antes de que la vida les hiciera decatarse de que hay bellezas que juegan en otras ligas. Yo no me las apañé mal: si pudierais *botarlle un ollo* a mi historial de conquistas, me faltarían dedos en las manos y dedas en los pies para vacilar de ligues estratosféricos. Pero los guapos pertenecen a otro mundo, uno en el que ni los feos ni las feas podemos poner un pie sin hundirnos en purín. Los guapos, los de verdad, siempre dicen buscar algo distinto. Pero al final, manda truco, siempre se van.

LA DEPENDE (HOY, LA TRAVESTI MÁS FEA DEL REINO)
O RESQUEMOR N.º 5

FUNDA UN HOGAR EN EL QUE NUNCA REINE MÁS REY QUE LA SEGURIDAD

—No hay más remedio, Lolo.

—Anda, déjate de caralladas.

—¿Caralladas? ¿A ti lo de la semana pasada te pareció una carallada, como tú dices?

—Joder, Adolfo, pero eso fue en Madrid.

—¿Y qué te crees, que aquí no hay pirados? ¿O que a esos mismos hijos de puta de Madrid no les presta el coche su papá para venirse de farra? Valencia está de moda, nen, para lo bueno y para lo malo. Cuanto antes lo asumamos, mejor.

—Además, esa chica…

—¿Esa chica qué, Lolo?

—Con no dejarlos pasar, solucionado. No hace falta que nos gastemos un pastizal en gilipolleces.

—Es decir, que para ti la solución consiste en pedir el DNI. Pero no para comprobar que sean mayores de edad, no. Para comprobar si son dominicanos.

—Bueno, si son dominicanos no, coño, tú también lo cuentas de una manera… Más bien si son de aquí.

—¿Y los alemanes pasan o no pasan? ¿Y los ingleses, que son los que más pasta se dejan en copas?

—Mira, sabes perfectamente de qué estamos hablando.

—Claro que lo sé. Y si tuvieras dos dedos de frente, tú también lo verías. No nos queda otra.

—Hay que controlar más la puerta, nada más.

—Claro. Pues mira, ya te encargas tú de decirle a Roberto, que por si no te has dado cuenta es negro como el petróleo, que les pida el carné a los que vea así como más tostaditos por el sol.

—Coño, Adolfo, que no es eso. Con que compruebe que nadie lleva armas me conformo.

—Genial. Ya estoy viendo el titular. Grupo de extrema derecha

mata a sangre fría a un portero de discoteca cubano en la puerta de uno de los templos de la Ruta del Bakalao.

—Nunca titular más largo vi.

—Lolo, estoy hablando en serio.

—Y yo también. ¿De verdad piensas que una camarita va a evitar que un energúmeno se cargue a alguien?

—No es una camarita. Son muchas camaritas, alarmas y conexión directa con la policía. Un sistema de seguridad como Dios manda.

—Dios mucho manda en este local, me parece a mí.

—Además, me conformo con que evite que lo hagan en nuestro negocio. Se llama disuasión.

—Se llama sacacuartos.

—Si esos cabrones vienen y ven el cartelito de que tenemos cámaras de seguridad, lo más probable es que se larguen a hacer el cafre a otra parte.

—No me extrañaría que estuviesen conchabados con los de las pistolas y las navajas para vender más alarmas de esas.

—Sí, seguramente tengan a sicarios en nómina los de Prosegur, no te jode.

—No nos hace falta nada de esto, Adolfo. Y es muchísimo dinero.

—Lo mismo decías de Marta.

—¿Y qué?

—Pues que a ver qué hacías tú ahora sin ella. Sobre todo las noches que llenamos.

—Mira, rapaz, haz lo que te salga de los cojones. Total, no sé para qué coño estamos discutiendo si te diga lo que te diga lo vas a hacer igual.

—Eso también es verdad.

—Pero eso de poner cámaras en una discoteca de pasados me parece una mariconada. Y no creo que a los que vienen aquí y luego el lunes van a la oficina encorbatados les haga mucha gracia que les graben.

—Esa es la idea, Lolo, esa es la idea.

UN GARITO

1987

Una ciudad que siempre estuvo cerca, pero nunca tanto como la hija de don Cosme habría deseado. Una victoria minúscula y mayúscula, propia y ajena. Un protocolo en favor de la capa de ozono que tardará más de dos décadas en ratificarse como universal, aunque eso ellos, los primeros de Greenpeace en una tierra demasiado húmeda para el cultivo del girasol, todavía no lo saben, no pueden saberlo. Un jersey feo, de lana merina, cuyo estampado de renos con nariz de payaso augura una calidez que su mala calidad es incapaz de garantizar. Un frío que ni el espíritu navideño hace más soportable. Un punto grueso insuficiente para paliar la helada, pero perfecto para propiciar la sensación de ridículo en un entorno en el que incluso el más viejo es moderno. Una llama encendida al otro lado del umbral de un garito mugriento que anuncia sus limitaciones hasta en el cartel. El Manco. Una decisión colegiada. Una camaradería no escogida. La seguridad de que, si sus previsiones no se tuercen y el padre de Alberte cumple su promesa, no volverá a pisar ese bar jamás, o al menos hasta que su hija, que ni siquiera ha sido concebida pero ya tiene género asignado, le pida que la acompañe a beberse su mayoría de edad. Risas que retumban en el interior y que, aunque no van dirigidas hacia la indumentaria de la única hija de don Cosme, consiguen que se sienta fuera de lugar. Chupas de cuero. Tachuelas. Una gorra militar robada a un cadete de Algeciras. Una canción en inglés que anuncia algo acerca de lo cual no cabe duda: a Vigo no se la saluda en gallego. Una barra pringosa sobre la que sus compañeros se acodan sin remilgos, pero sobre la que ella evita apoyarse. Un camarero con una única línea de rímel bajo el ojo izquierdo. Un cubalibre, dos, tres, pues lo mismo para mí. La certeza sobrevenida de que la mejor parte de las maternidades extrauterinas es la permisividad con el alcohol. Un embarazo, sí,

aunque su tripa diga lo contrario. Una hija que aún no existe pero que, para su desgracia, ya tiene género, en su imaginación. Una madre, porque no hay hija sobre la faz de la tierra que no tenga una madre, por mucho que ni siquiera exista, y esta es una madre que ya lo es en potencia, que sueña, que piensa que en nueve meses tendrá a su niña en el colo. Un fogonazo de luz en un lateral de la pista, como del faro de un coche trucado, que a la hija del médico le recuerda a su tío Lolo. Una certidumbre difícil de explicar. Un querer que, pese a las primeras reticencias estéticas, vuelve a expandirse en el corazón helado de la única hija de don Cosme. Un par de pies que se mueven solos. Dos pares de ojos que se cruzan. Medias de rejilla. Tacones de aguja. Una peluca hiperrealista. Una velocidad espídica, la del primogénito del Arrexó —cuerpo de raya, corazón de *jazz*—, dirigida hacia su primer amor o, al menos, hacia la persona para quien él sí que fue su primer amor. Nervios por partida doble. Aida, miña rula, ¿qué haces aquí? Celebrar. Una media sonrisa bajo una nariz torcida, como de Urtain, cuya orografía la única hija de don Cosme no ha podido olvidar. ¿Y qué celebramos? Una caricia en la mejilla. Tú no sé, yo el Protocolo de Montreal. Y claro, tú metida hasta las orejas. Dos tactos que se reconocen. ¿Y qué quieres que haga? Di que sí, que hay que andar. Un temblor de tierra. ¿Y tú qué celebras, Xairo? Un gesto amargo. Que estoy vivo, ¿no me ves? Una mueca. Así que los rumores eran ciertos. En la aldea siempre lo son, Aida. Y ahora cuéntame qué más celebras. Dos ojos que se apartan. Nada. A otro se la puedes colar, rula, pero a mí no. Dos ojos alzados. Voy a tener una hija. Dos manos que viajan solas hacia su vientre. ¿Seguro que aquí hay una criatura? No es mía. Es decir, lo será, pero aún no lo es. Dos cejas que tratan de comprender. El padre de Alberte tiene un contacto en un orfanato chino y puede que todo se agilice. ¿Aquel moinante con el que ibas en el barco? Otro par de cejas a bordo de la nave del enigma. ¿Y tú cómo sabes eso? Anda con mil ojos, nena, que yo de hombres entiendo y aquel de las guedellas no valía. ¿Estás celoso, Xairo? Un penúltimo flirteo no correspondido. Nunca lo estuve menos.

BUT I'M A CREEP, I'M A WEIRDO

—¿Ves a ese de ahí?

Lo cierto es que, hasta que Adolfo señaló con la cabeza al hombre encorvado, canoso y —que me perdonen las *weloversizers*— más bien feo que bailaba con torpeza pero sin vergüenza en un rincón de la discoteca, Marta a secas jamás lo había visto. Le había puesto copas, sí, y hasta le había cobrado rondas enteras de varias decenas de miles de pesetas en las ocasiones en las que él consideró buena idea invitar, como si de una maniobra de potlatch contemporáneo se tratase, a toda la pandilla de jovenzuelos sin blanca que lo rodeasen esa noche. De hecho, es probable que alguna vez, sobrevalorando sus posibilidades por efecto de la meska, él hubiera intentado invitarla a un trago. Sin embargo, hasta ese momento ella nunca había reparado en él. Su aspecto físico, más que ser desagradable, tenía el superpoder de resultar neutro y de pasar inadvertido; y era esa capacidad involuntaria de volverse invisible que traía incorporada la que convertía su presencia en algo a un tiempo fiel y desconocido, rutinario y aleatorio. Cada interacción con él, por muchas veces que se repitiese la misma situación, era para Marta el primer intercambio de palabras con un extraño cualquiera con quien no tenía intención alguna de volver a cruzarse.

—¿En serio?

Su sorpresa no derivó de la comprobación empírica, que por otro lado ya había constatado muchas otras veces, de que su yo qué sé —¿qué diría la Real Academia?, ¿cuál sería la más adecuada para ellos?, ¿amigovio, follamigo, la más clásica amante?— observase unas preferencias sexuales un tanto peculiares. Desde que empezaran su relación, varios años atrás, habían hecho casi de todo. Por descontado, estaban los tríos, a los que ya se habían acostumbrado; pero también habían roto matrimonios, habían desvirgado con alevosía a menores de edad y el *bondage*, para el

que casi siempre sacaban partido a las múltiples posibilidades que les proporcionaba el material del almacén, ya no guardaba secretos para ellos. En incontables ocasiones Marta había ligado por su cuenta con algún adonis que habría hecho las delicias hasta del más pintado, y Adolfo, disfrazando de lujuria lo que no era más que una inversión a largo plazo y riesgo cero, la había animado a llevárselos a todos al huerto. Otras veces era él quien convencía a alguna incauta más o menos guapa para comportarse de manera indecorosa delante de ella. Cualquier narradora contemporánea diría de Marta que era una mujer deconstruida y liberal, pero no le gustaba mirar: Adolfo le parecía atractivo cuando interactuaba con ella, pero la visión que desde fuera le ofrecían sus escarceos sexuales le resultaba incluso repulsiva. En cualquier caso, y hasta el día en el que Adolfo intentó que Marta se liase con un concejal de Urbanismo, el papel de madurito sexi —viejo verde— había estado ocupado por él mismo: las poquísimas veces que el socio mayoritario de FUEL había señalado un objetivo para que ella, sumisa pero poderosa, desplegase todos sus encantos y lo conquistase en sus narices, siempre habían sido hombres muy jóvenes, muy fornidos, muy bellos y casi siempre muy comprometidos.

—¿No te pone la idea de darle una alegría a un tipo que no se ha visto en otra igual?

—Joder, Adolfo, pues la verdad es que no mucho.

A Marta a secas le gustaba sentirse deseada, pero no le gustaba que la desease todo el mundo. Desde que la había abandonado su feliz ceguera con respecto a él, el hombrecillo al que Adolfo había escogido, ratonil en su euforia y ridículo en su desesperación, le daba grima. Al futuro fiambre Manolo Celanova, que ya estaba curtido en la observación de operaciones por el estilo entre su socio y su subordinada, no se le escaparon las intenciones de Adolfo. Por eso, sin esperar a que se le presentase una oportunidad de dar su opinión que de seguro nunca llegaría, la expresó en voz alta y audible sin más contemplaciones.

—Qué puto asco.

Estas tres palabras fueron suficientes para que Marta a secas, que nunca fue partidaria de dejarse dominar por nadie a quien ella no hubiera escogido para tal encargo, cambiase de opinión.

—¿Qué quieres que le haga?

—Quiero que lo agarres por la solapa del traje ese de funcionario de segunda que me lleva y que lo arrastres contigo al baño de minusválidos.

—¿Y qué más?

—Lo que pase dentro es cosa tuya.

LA QUÍMICA

Ni el amor eterno mientras dura, ni las maternidades aparentemente elegidas, ni los amigos que se baten el cobre por ti en la puerta del Manco si un skin te quiere partir la boquita pintada. Ni siquiera un buen polvazo, *aínda* que fíjate, por ahí van los tiros. Lo que de verdad salva a los hombres es el milagro de la química. ¿*Como vai*, Maruxiña? *Vai indo, xa sabes, non hai pouco que non chegue*. La química puede encapsularlo todo. *Nin moito que non se acabe, Maruxiña, éche boa verdade*. El sueño, la calma, el desenfreno, hasta el hambre. El *Resquemor* que ahora lees algún día te lo tomarás como una pirula compartida por varias lenguas en la pista de la Espiral. La Destroy, como la euforia, se puede sintetizar químicamente. Las movidas regionales, como la felicidad, no se dejan reducir a ciertos elementos de la tabla periódica porque, por mucho que insistan las izquierdas jipis, no existen. La realidad, amigas, no está en las hierbas que usan *las avoas* para las verrugas ni en la miga de pan que te abomba las pechugas (porque una está muy enterada y también sabe rapear), sino en la química. ¿Qué hay más natural que la combinación intencionada de los elementos naturales? Fluoxetina. Omeprazol. Acenocumarol. Del vulgar ibuprofeno a la sofisticada zidovudina que espero no necesitar endexamais, todos los principios activos son caralludos, dende logo más verdaderos y útiles que los otros principios, los pasivos: volátiles principios éticos, abstractos principios morales, mentireiros principios de cregos.

LA DEPENDE (HOY, LA PIRULETA)
O RESQUEMOR N.º 6

UNAS MEDIAS Y UN SOSTÉN ATRAPADOS EN MI VIDA

La cámara de seguridad instalada —por petición expresa del socio mayoritario— en el baño de minusválidos de la discoteca FUEL le proporcionó a su valedor información y pruebas suficientes como para joderle la vida y la carrera política a cualquier concejal de Urbanismo de derechas, casado en la Seu y con tres hijos repeinados: en la grabación, las posturas eran tan variopintas e, incluso sin sonido, los gemidos de placer tan explícitos que, en el hipotético caso de que la cinta hubiera visto la luz, cualquier conato de excusa habría resultado del todo inverosímil. Por su parte, es cierto que el futuro fiambre Manolo Celanova no tuvo acceso al vídeo hasta que la sombra del chantaje ya se hubo materializado, pero la vida no se parece en nada a la ley —y esto, amigas, vale para todas—: no todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Es cierto que no sé si su socio habría tratado de detener la operación de Adolfo o si habría tratado de reclamar su parte del pastel, pero aun sin saberlo —y como narradora moderna que soy— me lo puedo imaginar. En cualquier caso, nada de esto tiene ninguna importancia, porque al final —qué sabia es la oralidad del refranero y qué burra la literalidad normativa— siempre son los vivos los que se comen el bollo y los muertos los que terminan en el hoyo.

Los sistemas de videovigilancia de los noventa, sin embargo, tenían muchas otras carencias además de su incapacidad para registrar el sonido de los polvos a hurtadillas. Pero no se confundan: no es una cuestión tecnológica. Tampoco las cámaras que se colocan en plena era digital —por suerte para quienes le tenemos más miedo al exceso de seguridad privada que a su defecto— pueden captarlo todo. En este punto, hago mías las palabras de una gran chamana de antaño: el brillo de los ojos no se opera. Ni lo reproduce el Skype. Por eso, aunque la grabación resultaba nítida en las pruebas que ofrecía de la inmoralidad de uno y de la trampa

en la que había caído la otra, también sirvió para expiar los pecados, propios y ajenos, que no recogió.

El vídeo no recogió, por ejemplo, el alivio del concejal de Urbanismo —incluso en el marco del chantaje al que estaba dispuesto a someterse— al saber que la grabación no estaba coprotagonizada por un compañero sexual masculino, ni cómo en 1992 una orientación no hetero todavía tenía el poder de dinamitar una carrera política. La cámara de seguridad —¿seguridad para quién?— del baño más grande de FUEL tampoco grabó la culpa que experimentaba por engañar a una mujer a la que hacía décadas que no quería, pero que seguiría siendo siempre la madre de sus hijos; ni dejó constancia del miedo que sentía por ellos cada vez que se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que las cosas que hacía por las noches vieran alguna vez la luz del día; y ni siquiera registró lo más obvio de todo, a saber, que ni rodeado de efebos y ninfas puestos hasta arriba de éxtasis dejaba de intentar querer escaparse de allí, ni que habría preferido un millón de veces desear de corazón la misa de doce en familia en lugar de la sesión de Paco Pil.

El sistema de videovigilancia de la discoteca de moda de los alrededores de Valencia no contaba con la definición suficiente como para hacer comprender al *voyeur* entrometido las motivaciones de Marta a secas para acceder a cumplir las fantasías sexuales no compartidas de Adolfo, pero ni siquiera una GoPro 4K de nuestros días colocada en la frente del concejal de Urbanismo habría desvelado que su rabia por los recurrentes abusos de poder del futuro fiambre Manolo Celanova ganaba por goleada a sus escrúpulos. La autora comprometida que llevo dentro me pide a gritos que le ponga el nombre de violaciones sistemáticas a lo que, sin embargo, Marta jamás interpretó como tal: el socio minoritario de FUEL, que cada vez que ella intentaba negarse la amenazaba con dejar de suministrarle la gasolina blanca que necesitaba para seguir el ritmo de vida frenético de la discoteca que daba de comer a su hijo, solo jugaba la partida con una mano más ventajosa que la suya, y cuatro polvos con el morro torcido le parecía un precio más o menos justo para que el *statu quo* del que dependían su adicción y su escasa estabilidad no se desmoronase. Aun así, y pese a que cierto sector del feminismo —el mío, en concreto— no termine de entenderlo, el sexo no deseado con el futuro fiambre era lo de

menos. Lo peor de todo, y lo que ninguna cámara de seguridad del mundo habría grabado jamás, era su certeza íntima de que las noches de eme, mákina y desenfreno, esas que para el resto de los alienados de la ciudad servían como vía de escape de sus respectivas rutinas de mierda, para ella siempre estarían revestidas de la pátina triste que pinta de negro los días hábiles.

UN REACTOR

1986

Una explosión a miles de kilómetros del televisor que brilla en un ático de Compostela. Una central nuclear en la pantalla. La semilla de un *déjà vu* futuro. Una nieta, todavía inexistente, que sin embargo ya ve peligrar su origen, su sexo, su salvación. Dos cerebros que emiten distintas palabras a la vez: muertos, niños, muertos, niños. Un bucle que se vuelve interferencia, caos, desincronización; una angustia, esta sí compartida, que no invita al optimismo. Un reactor, el primero, distinto al que pondría en peligro por unas horas otra seguridad también ficticia —atlántica, occidental— tres años más tarde; tan ajeno a ellos, tan lejano, que solo sienten su sacudida a través de las ondas electromagnéticas emitidas por un pequeño aparato que preside su sala de estar y que tampoco habría sobrevivido al desastre. Tres grados más, solo tres, que servirán como término de comparación en otro tiempo, uno en el que su hija sí existirá, sí tendrá nombre, sí estará cerca. Cuerpos calcinados, huidas, sepulturas. Un televisor cargado de palabras esdrújulas. Helicópteros. Soviéticos. Hidrógeno. Sarcófago. Una evacuación que, igual que la idea que se había instalado en el entrecejo de la única hija de don Cosme, tardó mucho en completarse. Una ensaladilla rusa, la primera de la temporada primaveral, esperando su momento sobre un mantel de tela sujeto por dos vasos, a sabiendas de que hay determinadas cosas que no pueden enfriarse. Un bufido. Un par de copas de vino. Solo tres grados. Un comentario que rescata un deseo del purgatorio de las promesas incumplidas. Alberte, esos críos van a necesitar ayuda para salir adelante. Una boca que aprieta sus labios entre sí mientras se barrunta cómo salir de aquel embrollo. Una patada hacia delante. Rula, esos rapaces ya están hechos. Esto es una putada, pero ellos también tienen padres. El último padrenuestro de un ateo convencido. Venga, amor, no seas cínico. No soy cínico,

tengo cabeza, Aida. Anda que no pasan cosas por ahí adelante. Tres grados, solo tres, capaces de precipitar una decisión de la que un hombre tardaría segundos en arrepentirse. Venga, no llores. Ya hablaré con mi padre. ¿Eso es que sí? Tres grados, solo tres, condenan a un padre, alivian a una mujer, salvan a una hija. Una madre, porque no hay criatura, por mucho que en cuanto nazca vaya a ser abandonada a las puertas de un concesionario de coches, que no tenga una madre; y esta madre es una madre que patalea, que se queja, que llora por los hijos de todos esos padres a los que el derecho internacional no le permite suplantar. Partículas. Isótopos. Volátiles. Atmósfera. Tres años, tres grados de diferencia. Una nube radiactiva alegórica, pero devastadora, que encadena dos voluntades separadas por una propuesta sin fundamento. Una nube radiactiva en expansión, desde el cielo de una ciudad etérea en la que la única hija de don Cosme jamás pondrá un pie, que aún parece controlable pero que pronto, pronto, antes de que ningún cabrón con bucles morenos pueda adelantarla por la izquierda, conquistará el primer puesto del *ranking* venenoso del mundo.

’CAUSE WHEN I TRY TO GET AWAY HE SAYS HE GOT PLANS FOR ME

—Que no firmo nada que lleve el nombre de mi hermano, hostia.

—Lolo, nen, no me jodas, eres socio de este negocio y sin tu firma no podemos ampliar.

Traducción: este local se nos queda pequeño, Lolo, juntos podemos montar la discoteca más grande de la Destroy y ahora que tu hermano la cascó hace unos años, ahora que tengo al de Urbanismo agarrado por los huevos y ya solo necesito tu firma para hacer las cosas bien, de manera limpia, eres tú el que me intenta joder. Nen, Lolo, no me obligues a hacer algo que preferiría evitar.

—¿De dónde sacaste el permiso?

—Ya sabes que tengo mis contactos.

Traducción: qué contactos ni qué niño muerto, Lolo, llevo más de una década esperando este momento, el imbécil de Cosme no era tan listo como se pensaba y lo dejó todo preparado para que tú fueras el pringao perfecto, la pieza clave para terminar de cerrarlo todo sin esfuerzo, sin problemas, sin dramas, yo ni siquiera te quiero tangar lo que es tuyo, Lolo, nen, ¿no dices que de tu hermano no quieres ni la hora?, pues yo solo necesito terminar de una puta vez con esto, apoderarme del terreno con tu renuncia y seguir con el negocio, no seas gilipollas, Lolo, hazme caso, que eres un pringao y no te has visto en otra igual, con este movimiento tendrías más dinero, más pibas, más poder, y si no firmas lo único que vas a tener tú, y lo único que voy a tener yo, eso es lo peor, es un problema.

—¿Y Aida qué? Era su padre. Este terreno es suyo, no mío, Adolfo.

—Te guste o no, es tuyo, Lolo. Cosme lo dejó muy claro en las escrituras.

Traducción: no me jodas, colega, ahora me vas a venir tú con remilgos, precisamente tú, que eres un crápula, el tipo con menos

escrúpulos que he conocido, y ahora resulta que la sobrina esa tuya a la que no he visto en mi vida, la misma que casi me jode el nombre de la discoteca, me va a reventar también el negocio más importante de mi vida, pero a ti qué coño te pasa, nen, ¿estás pirado o qué?, que es hija de tu hermano, gilipollas, ¿no lo ves?, que es sangre de su sangre, Lolo, que los odios familiares se heredan y esa niñata no te ha llamado en diez años.

—Como si dejó escrita misa de doce. Sin avisarla no firmo y se acabó.

—No sabes lo que estás diciendo.

Traducción: sí que lo sabes, vaya que si lo sabes, lo que no sabes es lo que significa esto para ti, Lolo, siempre fuiste un inconsciente, pero nunca pensé que fueras tan tonto, sí, tan tonto, porque lo que estás haciendo por dinamitarlo todo no tiene nombre y yo estoy empezando a cansarme de tanto discutir.

—¿Me estás amenazando?

—Yo no amenazo, Lolo. No me hace falta.

Traducción: claro que te estoy amenazando, subnormal, que pareces subnormal, por si no te has dado cuenta, Lolo, me la refanfinflan tus miramientos y me la suda todavía más que sigas encaprichado de esa cría como si fueras un adolescente, ¿o te crees que no me he dado cuenta?, nen, de verdad, crece un poco y espabila, nunca vas a volver a ver a tu sobrina y yo voy a hacer lo que me salga de las pelotas, como siempre, por las buenas o por las malas, quieras tú o no quieras.

—Vete a tomar por culo, Adolfo.

—No te conviene cabrearme.

Traducción: es tu última oportunidad para dejar de hacer el parguela, te juro que como a esto le siga otra mala palabra voy a dejar de ser tan condescendiente con tus mierdas.

—*Seica non*? Pues a ver qué haces sin la puta firma de los cojones.

—Te juro que te mato.

Traducción: te juro que te mato.

—Pues vete empezando.

A pesar de que a las narradoras modernas nos repatean las luchas cargadas de testosterona con que los hombres de una determinada época —y, por qué negarlo, también muchos de la

nuestra— resolvían sus asuntos (para qué discutir si puedes… en fin, ya saben); la mayoría de nosotras traemos inoculado en las venas —además del ya mencionado sentido arácnido maternofilial— otro título de traductora. Capullo-humano, humano-capullo, nivel C2. Ya saben: supervivencia. A veces esta habilidad es particularmente útil, sobre todo para conseguir que nuestros lectores comprendan lo retorcido que puede llegar a ser un cerebro alterado por un sistema patriarcal que también constriñe a nuestros personajes masculinos, que también a ellos los encapsula en un catálogo de roles tan básico que bajo ningún prisma resultaría creíble. Pero dejémonos de rodeos: el futuro fiambre Manolo Celanova, que empezó a hacer gala de su proverbial mala hostia mucho antes de que su sentencia de muerte estuviese firmada y sellada, fue un imbécil hasta el final; y a su sobrina, que no heredó demasiadas cosas del carácter de Lolo —Lolo, mal que me pese, otra vez Lolo—, le costaría, muchos años más tarde, echarle en cara al recuerdo de su tío todo lo que significó para ella el hallazgo de su cadáver.

Y ahora, tras esta aseveración tan firme —pero de algún modo, también tramposa—, demos paso a la oralidad: al fin y al cabo, es en ella donde de verdad se dirimen las vidas inventadas. Por lo menos, las que me invento yo.

L A PASTA

En ambas márgenes de la ría, en una acera y en la otra, a la izquierda y a la derecha del espectro político, todos tenemos algo en común: todos queremos pasta. Bueno, seica todos no. Todos menos Maruxiña. Para que querería *alguén* tantos *cartos?, decía miña nai*. Pues yo quiero pasta para dejar de pastar. Porque solo pasta quien no puede comer carne, *nai*. O lo que es igual: quien no tiene duros a *esgalla* como para permitirse devorar a los demás. *Cala, rapaz, que os cartos non se comen. Ahí miña naiciña se equivocaba, abofé que sí. Ovellas, vacas, burros*: parte del rebaño, cornamentas inservibles, esclavos al servicio de alguien más. El dinero no mueve el mundo. Tengo una amiga, o algo parecido a eso, que lo sabe bien, aunque ella nunca supiera que yo lo sé. El mundo solo lo mueven las mareas, el sol y las corrientes de aire, contaminadas o no. Pero el dinero agita las entrañas del tumor putrefacto que no destroza el planeta, pero sí se destroza a sí mismo. Somos insignificantes para el mundo igual que un cáncer de tamaño normal lo es para un ejemplar mediano de ballena blanca. Poco importa. Por eso importa tanto. Llevo el gordo, señora, a dos mil quinientas pelas el décimo, dos millones y medio de pesetas al alcance de su peto. *Acouga, Xairiño, garda iso*, me diría Maruxiña al verme sacar la cartera. *Quen garda sempre ten*. Con dos kilos y medio no sé qué harían, pero con cuarenta duros tienen suficiente para este *Resquemor* que hoy termina por darle la razón a mi santa madre.

LA DEPENDE (HOY, LA MILLONARIA)
O RESQUEMOR N.º 7

BALAS BLANCAS PARA LA OVEJA NEGRA

—Tú te debes pensar que yo soy medio parvo.

—¿Qué dices de parvo?

—Te vas a ir a vacilar a tu puta madre, Adolfo, ¿cómo se te ocurre hacer una cosa así, por Jesucristo?

—No sé de qué me hablas, Lolo.

—Ya, y el pinfloid ese tampoco, no te jode.

—¿Quién?

—El de Urbanismo.

—Ah, ese.

—¿Cómo que ah?

—Mira, chaval, métete en tus mierdas que bastante tienes. Además, ya me dejaste claro que no firmas, ¿no?

—Home, no tendrás los santos huevazos de pedirme otra vez que firme sabiendo lo que sé.

—Pues si no firmas tampoco opinas.

—Mira, yo diré lo que me salga de los huevos.

—¿Y bien?

—Que nos van a empapelar.

—Desde luego, Lolo, con lo espabilao que eres para lo que quieres…

—¿Qué?, ¿qué?

—Pues que a veces parece que naciste ayer. Tú tranquilo, que esta mañana la pasma no tiene reservada una lechera para que venga aquí a buscarte.

—Las lecheras son lo de menos.

—¿Entonces?

—¿Tú estás loco o qué te pasa? No sabes el cristo que nos pueden montar aquí en un momento si este tío tira de la manta.

—Por la cuenta que le trae, no va a…

—¿Y si lo hace, Adolfo?

—Si lo hace, ¿qué? Qué van a venir aquí, ¿cuatro periodistas?

En todo caso irán a pedirle explicaciones a Rita, o a Agramunt, o a quien coño sea el responsable de que semejante sinvergüenza no esté colocado solo en Urbanismo.

—Joder, que se va a enterar de esto hasta mi madre, nen, y mira que lleva años enterrada.

—Ya. Y la cría esa.

—¿Qué cría?

—Tu sobrina, la hija del médico. Eso es lo que te raya, pedazo de maricón, que se entere ella.

—Estás pirado.

—Mira, chaval, si es eso lo que te preocupa, es mejor que asumas de una vez que nunca te la vas a follar.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes.

—No, si no me hace falta. Para eso ya tengo a tu novia.

—¿Qué dices, gilipollas?

—Home… no seas ingenuo, Adolfo. Con lo puta que es, a ver si te crees que solo se la chupa a los concejales.

—Retíralo.

—Pregúntale, venga, a ver qué te cuenta. Pero ándate con ojo, no te acerques mucho, que igual todavía le huele el aliento.

UN ÁTICO

1985

Una cocina desmontada. Una olla sin tapa, la única que no les cupo en la última de las cajas que les dio la panadera, posada directamente sobre el fragmento de suelo que hace pocos días aún ocupaba el horno. El respaldo de un sillón sin patas, el mismo que durante tantas noches en las que todavía las llevaba atornilladas acunó el sueño alcohólico del hermano pequeño de don Cosme, apoyado contra un sucio tabique trufado de gotelé. Una lámina de mármol rosa de Porriño, algo más corta que la pared en la que debería haber encajado, colocada en horizontal a una altura impropia de su nobleza, la misma a la que se situaba él cada vez que se sentaba sobre la encimera para escudriñar a su sobrina tras una noche de fiesta, en busca de cualquier mínimo resto de culpa. Una superficie plana de baldosas con olor a lejía y pese a todo amarillentas, estropeadas por la combinación de uso y tiempo. Todos los tablones, al menos dos largos y siete cortos, que durante años formaron parte de la inestable estantería sobre la que compartían espacio los manuales de derecho mercantil de la única hija de don Cosme y los cassettes, grabados o de estraperlo, que su tío nunca se llevó. Un expolio, porque no existe otro nombre que describa tal botín, aunque por una vez el saqueado forme parte del bando de los vencedores. Una sobrina nieta que ante todo será hija, cuyos gametos aún no se han encontrado, que no llegará a conocer el desorden etílico de su tío abuelo, ni el alcance de sus chanchullos, ni la sonrisa socarrona que sin duda habría reservado para la primera vez que llegase con un ligue a casa. Una madre, porque no hay niña, por ridículas que resulten sus probabilidades ya no de supervivencia, sino de existencia misma, que no tenga una madre; y esta madre es una madre angustiada, una madre yerma, una madre que se aprieta un vientre que no se llenará hasta que su hija ya haya sido parida. Un ático vacío a las afueras de Compos.

Dos juegos de llaves sobre el único mueble que pretenden dejar dentro. Nunca me chistó esa mesa, rula. Un par de ojos vidriosos, un chasquido palatal, un portazo antes de que la única hija de don Cosme pueda hacerse a la idea. Venga, Aida, déjate de lerias, que nos vamos. Una mano fría sobre otra mano también fría, aunque por un motivo distinto. Un viejo sitio donde amó la vida, y a donde nunca querrá volver. Veintiséis cajas, ni una más ni una menos, en cuyo interior caben, amontonadas y a excepción de una olla sin tapa, dos vidas enteras y una a medias.

PESANDO EN LA BALANZA DEL AMOR LA CIENCIA Y LA CONCIENCIA

—Me lo juraste, Marta.

—No me quedó más remedio.

—Y todo por un par de gramos de la mierda cortada esa que pasa el gallego. Serás zorra.

—Si no me quieres creer es tu puto problema, Adolfo. Yo ya te lo he contado todo.

—Ya. Y una polla.

—¿Me puedes explicar qué coño necesitas? ¿Meterme un pañuelo por el coño a ver si sangro?

—No, que igual sale lleno de mierda.

—Vete a tomar por culo.

—Todavía no. Esto lo cambia todo, Marta.

—¿De verdad vas a dejar que el chantaje de ese hijo de puta se cargue lo nuestro?

—Creo que no me estás entendiendo. Nosotros ya no tenemos nada.

—Adolfo, el que no está entendiendo lo que ha pasado eres tú. Que me obligó, hostia, que me da asco.

—Me encantaría creerte, pero como eres tan puta…

—Mira, no te pases de la raya.

—No, si ya sé que para pasarte de rayas ya llega contigo.

—No te lo consiento.

—¿No me consientes qué, exactamente?

—Nada.

—Eso está mejor. Como te decía, eres tan puta, pero tan puta, que no me queda más remedio que solicitar una prueba de paternidad.

—No me jodas ahora, Adolfo. No juegues con nuestro hijo.

—Con tu hijo. Al menos hasta que se demuestre lo contrario.

—Cuando lo aceptaste como tuyo ya sabías lo que había.

—No mientas.
—Pensaba que la fidelidad nunca había sido nuestra movida.
—Fidelidad y exclusividad sexual no son sinónimos, Marta.
—¿A qué te refieres?
—Te podías tirar a cualquier tío del planeta, hasta a mi padre te podrías haber follado si se le hubiera levantado a estas alturas. A todos, Marta. A todos menos a uno.
—Adolfo…
—No voy a pagarle los caprichos al hijo de ese cerdo.
—El niño no es de Lolo.
—Ya.
—Es imposible.
—No sé cómo estás tan segura. Cuanto más mayor, más se le parece.
—Que no salen las cuentas.
—Si tan claro lo tienes, no te importará que me asegure.
Silencio.
—¿Qué quieres que haga?
—Solo se me ocurre una manera de conseguir pasar por alto la posibilidad de que Lolo sea el padre de ese crío.
—Dilo ya.
—Quiero dejar de verle la cara.
—Pues es tu socio, no el mío, Adolfo, qué quieres que te diga.
—Justo por eso tienes que ocuparte tú.

EL NOMBRE PROPIO

Igual si me preguntas mañana la respuesta es otra, pero ahora mismo no se me ocurre nada más ajeno que un nombre propio. ¿Lo de propio? El típico *conto da avoa*. Nunca llega a pertenecernos del todo. Es propiedad de nuestras *nais*, que lo eligen para nosotros de entre todos los posibles, pensando que con él nos regalan una botella de aguardiente baleira, capaz de almacenar en su interior todo lo que queramos meterle. *Xa. E un carallo*. Mal que nos pese, el nombre propio no es mucho más que un continente hecho a la medida de los deseos que los únicos dioses que adoramos de *rapaces, os pais*, depositan en el futuro de sus diminutas creaciones. Manuel, qué bien quedaría en la tarjeta de un despacho de abogados de la rúa Nova compostelana; Aida, *se nos enche la boca* con la belleza que pronostica un nombre que, *sen dúbida*, la ayudará a casar bien; Xairo, qué moderno, qué intelectual, saldrás cedo de esta vida de mierda, pronto estas redes dejarán de atarte, *meu filliño, meu ben, meu rei*. Pero solo los gilipollas, y deteneos aquí un intre, solo los pailanes con ínfulas y sin criterio son capaces de portar un nombre propio con orgullo. La dignidad les pertenece a los nombres comunes, a las identidades minúsculas, pero escogidas: o Arrexó, la Depende, incluso este *Resquemor* que no miente, que anuncia a las claras lo que vais encontrar dentro, porque puede llamarse por su nombre y por eso se reconoce *cacholán, desconfiado, rexoubón, ceibe*.

LA DEPENDE (HOY, XAIRO A SECAS)
O RESQUEMOR N.º 8

LO QUE ESTÁ DENTRO SE LLEVA, SE TIENE O NO

—Marta.

—No te equivoques, Lolo.

—Va, escúchame, rula.

—Lo de rula se lo vas a decir a tu puta madre.

—Mi madre está muerta.

—Pues mira a ver si os reunís pronto.

—Mira que eres rabuda, ¿oíste?

—Ni se te ocurra tocarme.

—Ya, ya sé que ahora nos lo prohibió el jefe, pero mira, mejor.

—¿Mejor?

—Desde luego tú parece que eres de piedra o algo, pero yo desde que lo sabe Adolfo ando cachondo perdido todo el día. Será por eso que dicen de la prohibición, que al final lo prende todo.

—Pues a ti te lo había prohibido yo mucho antes, lo que pasa es que nunca me hiciste ni puto caso.

—Esa película que te montaste está muy bien para contársela al parvo de tu novio, que es tan burro y te tiene tan consentida que con un poco de suerte igual hasta te lo compra y te lo pasa, pero…

—¿Pero qué?

—Pues que no te lo crees ni tú, miñaxoia.

—Que no me toques te he dicho.

—Me tienes dicho tantas cosas que ya no sé cuáles valen y cuáles no.

—¿Necesitas más aclaración?

—¿Contigo? Abofé que sí.

—Pues ándate con cuidao, que lo mismo te lo dejo claro de una hostia.

—¿A dónde vas?

—¿A ti qué te importa?

—Venga, Martiña, no me jodas, a dónde carallo te vas a ir ahora sin que echemos por lo menos uno de despedida.

—Mira, por mí puedes ir a meneártela al mismo infierno.
—¿Y si te paso el doble?
—Ni por toda la que entre por Cambados, Lolo.
—El triple.
—Que me olvides.
—Manda truco que ahora vayas de estrecha, con lo guarra que te vuelves cuando algo te interesa.
—Es que tú no me interesas.
—Cualquiera lo diría.
—De hecho me das asco.
—Venga, te perdono esa gilipollez que acabas de decir si me la chupas en el baño de inválidos como al maricón de Urbanismo.
—Antes me pego un tiro.
—¿Este orgullo mamarracho a qué coño viene, Marta? ¿Es porque estás de mala hostia conmigo por la bronca que te montó el miñoca ese, o es solo para que a tu rapaz dejen de llamarle *fillo* de puta en la guardería?
—Ni te imaginas lo fácil que me lo estás poniendo.

UNA SEDE

1984

Una ciudad demasiado grande para sus expectativas, en su caso más pequeñas que un logro que las justificaría de sobra. Una mano que aprieta. Una calle con el nombre de un pájaro de mal agüero con alas metálicas, postizas como la barrera del sonido que aquel sinvergüenza serigrafiado en el callejero terminó por traspasar. Una rotonda homónima de otra coruñesa, como si en ningún lugar se pudiese concebir la existencia de más de cuatro caminos distintos para enfrentarse a las cosas. Un edificio que ni fu ni fa. Ladrillo visto. Un toldo verde en cada ventana. Un basamento de enfoscado. Una puerta negra, con detalles dorados y rejas de fundición. Un apartado de correos que resuena, incluso en pleno mayo, como el Gordo de Navidad cantado por boca de dos huérfanos de garganta privilegiada: 14 966. Una cuota moderada para atraer nuevos socios. Dos mil pesetas anuales, ascensor incluido, aunque a ellos no les haga mucha falta. La primera sede de Greenpeace. ¿Qué son dos mil cucas a cambio de salvar la Tierra? Un despacho desangelado que la única hija de don Cosme ocupará algunos años más tarde, cuando en la sección norteña las aguas terminen, al fin, por calmarse. Una mesa de madera oscura, con una voluta en cada pata, casi idéntica a la que abandonaron hace algunos meses en el ático de Compos. Un retortijón en la tripa. Una oferta de trabajo con validez legal relativa, pero suficiente. Una licenciatura en Derecho en la que el rey, entretenido como está en hacer honor a su apellido entre las sábanas de su alcoba vacacional, todavía no ha tenido tiempo de estampar su firma. Un papelillo provisional, sellado por la Universidad de Santiago, que le permite empezar a ejercer. Un compañero ufano. Ahora hasta tenemos sede, Aida, sede, y además en Madrid, como si fuéramos el puto Banco Santander. Un bufido socarrón. Este chaval es parvo y se acabó. Un gesto incómodo. Una mata de rizos que no se conforma con una única ronda de insultos.

Mira que es paleto tu colega, para ser ecologista da vergüenza con tanto Madrid, tanto Madrid, ni que solo se pudieran hacer cosas desde debajo del sobaco de Franco. Una respuesta automática. Franco está muerto, imbécil. Un portero automático que anuncia la llegada del eslabón más importante de una estructura que se dice horizontal. Abrazos. Consignas. Felicitaciones para la bisoña e insumisa abogada en la que don Cosme nunca deseó que se convirtiese su niña. Una hija de otros relegada a la indigna categoría de plan B por un tipo cuyo afán reproductivo solo existe para clonar su cara de idiota en otro rostro. Una mujer que se resigna porque, aunque es abogada, también es una madre en potencia en quien ha germinado un deseo antiguo, y lo cierto es que no hay niña, por biológicamente ajena que resulte, que no tenga una madre; y esta madre es una madre con agallas, una madre que se planta ante los envites de un océano cubierto de fuel, pero que aún es incapaz de imaginar otros escenarios para sí misma. Una rebeldía institucionalizada a través del trabajo que no termina de brotar a menor escala. Venga, rula, vámonos ya, que al final llegaremos a Compos a las tantas. Pero cómo os vais a ir ahora, Alberte, de eso nada, echamos aquí un colchón y os quedáis esta noche. *Que no, cona. Morra o conto ese xa*. Silencio administrativo. Una penúltima transigencia con la envidia de quien duerme a su lado. Un coche que arranca contra su voluntad.

DILE A LOS CHICOS QUE NO VOLVERÉ MÁS

En la caja de herramientas medio vacía que cogía polvo en una de las estanterías de la trastienda de la discoteca FUEL había un destornillador de punta torx, un destornillador de punta plana, un martillo, un taladro barato, un juego de llaves allen y, cómo no, un destornillador de punta de estrella, pero no había ningún alicate; y por eso a Marta a secas no le quedó más remedio que comprar uno barato en un Todo a 100 del centro de Valencia que terminaría por sacar al futuro fiambre Manolo Celanova, a la vez, de una carretera comarcal y de su propia existencia. Lo de las llaves fue coser y cantar: bastó con la promesa de un último polvo que nunca se cumpliría. Los cables que aún unían a Lolo —esta vez sí, por pura compasión aunque no lo merezca, Lolo— con su destino eran más bien cortos —tres latiguillos de 380 milímetros de longitud y 10 milímetros de diámetro exterior—, y ni siquiera a la bailarina de barra Marta, que jamás había mirado un coche desde un lugar distinto de la incomodidad para determinadas prácticas del asiento de atrás, le costó identificarlos. Más difícil resultó reunir los arrestos para aplicar la fuerza necesaria, por otro lado nimia, que accionó el alicate y puso en marcha los mecanismos macabros de la suerte. Como a estas alturas ya imaginará el lector avezado en novelitas ligeras como esta, el azar pocas veces es otra cosa que pura manipulación, que un vericueto de la vida bien aprovechado por alguien más listo que uno.

El empresario de la noche —si me pinchan no sangro— Manolo Celanova no se imaginó, al menos no en vida, que la empleada drogadicta de la que abusaba de vez en cuando llegaría a tener la sangre fría de devolverle las llaves, de mirarlo a los ojos y de asegurarle que la tarde del sábado, a la hora que Adolfo había reservado en su agenda para amedrentar a un concejal de Urbanismo acojonado, podría cobrarse el favor. Les confieso que si alguien le hubiese destripado el final de esta historia —¿qué final lo

es de verdad?— a la narradora contemporánea que a mi pesar soy cuando empezó a fabularla habría sido, con toda probabilidad, borde con su interlocutor; el síndrome de la impostora habría tomado la palabra sin permiso y habría preguntado al incauto, sin tacto ni reparo, hasta qué punto la consideraba una mediocre en su oficio. Sin embargo, mi vientre yermo no había contado con un factor que vuelve las vidas dignas y transforma todas las historias en la misma repetida: que no hay niño, por bastardo que sea, por mucho que se parezca al violador, que no tenga —de nuevo el recurso, facilón, de la autointertextualidad; de nuevo la impostora asomándose al abismo de la escritura propia— una madre; y esta madre es una madre cubierta del chapapote metafórico que empantana las vidas de las mujeres desgraciadas, una madre aprisionada por las cadenas de su propia libertad, una madre —sí, una madre, porque una madre siempre lo es, quiera o no, aunque no pueda ser más que una mala madre— a quien el colocón algunas veces, pocas, le impidió ocuparse de una condena que escogió voluntariamente, pero a la que habría renunciado con gusto de haber podido pulsar el botón de la doble flecha hacia la izquierda en el *walkman* de su biografía.

—Ya está.

—¿Los tres?

—Los tres.

—Pues no te preocupes de nada más. Vete a casa y descansa, que yo ahora llamo a la Mercè para que te cubra hoy.

—No estoy cansada.

—Si te quedas lo vas a estar.

—¿Y lo mío?

—Esta noche apáñate con lo que te queda. Vete con el niño, Marta, hazme caso, y mañana hablamos de lo que sea.

—No me jodas, Adolfo. Que lo he hecho.

—Y a conciencia, o eso espero.

—Júrame que no nos vas a dejar tirados.

—Joder, Martita, que sabes de sobra que no soy creyente.

EL PETRÓLEO

Esta vez, debió ser porque doblamos el número del *Resque* polo Nadal, hace días que doblan también las campanas. A esgalla. ¿Por quién? Pues para variar, por partida doble. El primer motivo está en todos los periódicos y en la cadena pública no hablan de otra cosa, y *aínda que en esta tierra ya estamos afeitos a que mexen por nós e ter que decir que chove*, no por eso es menos atroz que el *Mar Egeo* lo impregnara todo de fuel. Todo es la costa, todo es la morada del semidiós, todo son los peces y los pájaros y las algas, todo es la roca, todo es el hambre, ahora gobernable, de un gremio malhadado. *A fame negra non entende o galego, rapaz, dice Maruxiña. O povo é quem mais ordena*, dicen los vecinos. *But hunger is polyglot* y los claveles no se dan bien en el mar. *Por riba*, hay algo más. Algo peor, si me apuras, que tiñe de oscuro mis entrañas a otra velocidad, privada, lenta, pero mucho más dolorosa. No era mi amigo. Ni siquiera un amante. *Ogallá* lo tuviera sido, vamos, no sería porque me faltaran ganas. Pero yo lo quise, abofé que sí, porque ella lo quería tanto que era imposible evitar el contagio. Y yo quiero guardarme la negrura, mojar pan poco cocido en ella y comérmela como si fuera la yema de un huevo de casa. Pero me toca contarle a ella algo que no quiero admitir. No corras, rapaz, que la prisa es mala copiloto, *lembro* que te dije en el Ruralex la derradeira vez que nos vimos. Te agarré del paquete, pero liscaste a toda hostia. Otra vez: y qué carallo hago yo ahora con el calentón.

LA DEPENDE (HOY, LA CENIZA)
O RESQUEMOR N.º 9-10

COMO TE VES YO ME VI, Y AHORA FÍJATE EN MÍ, COMO ME VES TE VERÁS

Al tiempo que el futuro fiambre Manolo Celanova se tomaba una copa horas antes de introducir la llave en el contacto de su coche la última madrugada de su vida, un barco cargado de petróleo fondeado en la ría de Ares esperaba su turno para atracar en el puerto coruñés. Las condiciones meteorológicas en Valencia eran propicias, y sin embargo fue la temperatura suave del Mediterráneo y no el temporal atlántico la que terminó por llevarse el gato —como el de Schrödinger, vivo y muerto a la vez— al agua. Sobre las dos y media de la mañana viraron a un tiempo un ancla y un volante, y el mar abierto recibió a la treintena de tripulantes a bordo del *Mar Egeo* con una violencia desconocida para el alquitrán que cubría los baches del breve trazado de la CV-500. Siete horas después, cuando hasta las autoridades torticeras dieron por imposible negar que el casco del barco que cubría de fuel y llamas el océano se había partido en dos, su cadáver ya había desaparecido.

En ningún momento imaginó el futuro fiambre Manolo Celanova que su final, que ya le estaba esperando quince kilómetros más allá, en el arcén derecho de una carretera secundaria, coincidiría en tiempo —y, de algún modo, también en forma— con el naufragio del buque a cuyos pies su sobrina volvería a reunirse con su primer novio, nariz como de Urtain, que se incorporaría de nuevo a la vida de la abogada ambientalista Aida Celanova cargado —como casi siempre ocurre con los amores sin cicatrizar— de malas noticias. No llegaría hasta una década más tarde, ya con todas las cartas sobre la mesa —y con el peor accidente de la historia, después de la desintegración del Columbia y el desastre de Chernóbil, timbrando a la puerta de su casa—, el momento en el que Aida —la niña Aida, la madre Aida— daría por buenas algunas respuestas a las preguntas que llevaba haciéndose desde que su tío Lolo —para ella

sí, siempre, Lolo— la dejara sola con aquellos bucles morenos, crónica de una ruina anunciada, en el ático de Compos al que tanta tirria le había cogido.

El empresario de la Destroy Manolo Celanova llevaba dos horas hecho papilla cuando el petrolero, todavía a dos mil metros de la costa, intentó sin éxito incorporarse al canal de Punta Herminia. Tras un chubasco particularmente puñetero, el barco perdió la visibilidad que había ganado y todos los radares dejaron de funcionar, pero al hermano pequeño de don Cosme —bien lo sabe otro narrador moderno: al final siempre ganan los monstruos—, que para entonces ya llevaba ciento cincuenta minutos sin respirar, le dieron igual las señales de alerta, los nudos del viento, las maniobras incorrectas y los errores humanos que llevaron al *Mar Egeo* a encallar frente a la torre de Hércules. Esta narradora contemporánea se pregunta una y otra vez si tiene sentido dedicar tiempo y esfuerzo a armar un relato que ya no atañe más que a los muertos, pero pronto se le pasa. Para seguir, solo me hace falta recordar que, aunque los fiambres no se quejen de casi nada, las ausencias siempre nos pertenecen a los vivos.

En la mañana del 3 de diciembre de 1992, bajo la nube negra que cubrió el cielo de una angustia densa, comenzó la evacuación de los vecinos de Adormideras, y la suspensión de las clases de los colegios e institutos de la zona corrió, a falta de grupos de whatsapp, de boca en boca, de radio en radio y de teléfono fijo en teléfono fijo. El por entonces ya único propietario de la discoteca FUEL brindó solo mientras las chicas limpiaban los restos de la última sesión y el líquido homónimo hacía arder una ciudad a mil kilómetros de allí. Adolfo se juró que no la pisaría nunca, y esta fue la enésima promesa que incumpliría en su vida. En la radio sonaba un cántico premonitorio que su socio parecía enviarle desde el más allá, y no descarto que así fuera: *eu non creo nas meigas, pero habelas hailas*.

> Todo lo que hay que saber
> puedes aprenderlo hoy.
> Buena letra y sin correr,

porque yo no tengo prisa.
Para ti será un honor
el poderme conocer,
elegante como soy,
dos tibias de pajarita.
En cien años estarás
sonriente como yo.
No te pongas a temblar,
no hay solución.
Y ahora fíjate en ti,
como te ves yo me vi,
y ahora fíjate en mí,
como me ves te verás.

El fiambre Manolo Celanova —esta vez sí, por última vez, Lolo— ya es presente. Sin lágrimas de cocodrilo, aquí abandono su historia. Espero que los lectores me perdonen la falta de tacto, pero es una cuestión generacional: a las narradoras modernas nos cuesta que nos den lástima los hijos de puta.

UN CEMENTERIO

1983

Una tumba sin flores. Una lápida recién puesta. Más de un año de retraso. Una corona entre las manos de la única hija de don Cosme, que ya nunca podrá volver a reprocharle nada. Un muerto que, pese a todo, habla. No viniste, Aida, no viniste. Un muerto que vomita bilis. Serás *filla* de mil putas, toda la vida haciéndome pasar vergüenza, que hasta en mi entierro tuvimos que andar dando explicaciones. Un muerto que sabe dónde duelen más los golpes. Esto no lo hacen ni los lobos, ¿oíste? Una distancia de años en la que la paternidad solo ha sido ejercida desde el rol castrador aparejado al cargo. Atención sesgada. Violencia simbólica. Un millón de conversaciones gangrenadas que se pudrieron incluso antes de ser verbalizadas. Hola, papá. El saludo impotente de quien no logra vencer ni ante la muerte del contrario. Una incapacidad crónica para enfrentarse a los problemas propios, esos que no le pertenecen al ente municipal, al océano Atlántico ni al puto planeta. Un peso en la espalda, plomo en los bolsillos, saliva en la garganta. Gorxa pequena. Tos inoportuna, repetitiva, difícil de controlar. Una obediencia minúscula, casi ridícula, provocada por un instinto de supervivencia bien entrenado. Perdón, papá. Una nieta no deseada que, por suerte para ella, nunca conocerá a un abuelo que ni querría ni sabría querer a su sangre ajena, a su nariz ancha, a su cromosoma X de nuevo repetido, de nuevo equivocado. Una madre, porque no hay hija, por muy lejos que esté su continente de origen, que no tenga una madre; y esta madre es una madre que llora a un hombre que no habría pagado por evitar su tristeza más de lo que vale una botella de orujo, que se machaca sin argumentos, que se arrepiente, claro que se arrepiente, aunque no sabe muy bien de qué. Por fin terminé, papá, ya soy abogada. Una tartamudez sobrevenida. Frío. Me llamó Balmaseda y me ofreció un puesto en su despacho, como imaginaste. La lengua espesa. El favor

debió de ser gordo para que aceptase meter al enemigo en casa. La lengua pegada al paladar. Le dije que no, papá. Un repentino arrojo. No pienso trabajar en la puta vida para semejante cabrón. Unas manos que se encienden al tiempo que alcanzan las afueras del ombligo. Talones pivotantes. Cuello articulado. Creo que vas a ser abuelo. Una estatua que, como el muerto al que se dirige, también sabe hacer daño. El padre es, o va a ser, de los verdes. Una hija imantada que se aleja, repelida por su par. No todavía, o por lo menos no ahora. Pero pronto.

III

EL EQUILIBRIO ES IMPOSIBLE

PRESTIGE

En la catástrofe del *Prestige* solo hay un culpable: el barco.

Ana Botella

Ella no me imagina
cazando en los bares,
viviendo deprisa…
¿para qué?, ¿para qué?
Si cada vez que vienes me convences,
me abrazas y me hablas de los dos.
Y yo siento que no voy,
que el equilibrio es imposible
cuando vienes
y me hablas de nosotros dos.
No te diré que no,
yo te sigo porque creo
que en el fondo hay algo…

Los Piratas

YO CONFIESO

Dice el Señor: yo tengo designios de paz, y no de aflicción. Afligir te voy a afligir yo la cabeza como que me llamo Lolo. Invóquenme y los escucharé, y pondré fin a su cautiverio. ¿Pero quién es ese julay? Entiendo que don José murió, *logo*. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Ya le iba tocando volcar al camándula ese. Amén. *E toda esta xente*? La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros. Y con tu puta madre, no te jode. Y con tu espíritu. *Tamén me serve*. En esta parroquia nuestra, por desgracia, hoy no asistimos a una eucaristía cualquiera. Más vale que no lo diga por mí. Aun así, y pese a todos los males, un domingo más hemos sido invitados por el Señor Jesús a celebrar su presencia entre nosotros, a escuchar su Palabra y a recibir en nuestras carnes mortales su Cuerpo y su Sangre. ¿Qué males ni qué niño muerto? Emprendamos unidos la celebración de la eucaristía arrepintiéndonos de nuestros pecados. Si *home* si. Yo confieso ante Dios todopoderoso, y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Sobre todo de obra, páter. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. *Aínda* os vais a partir en dos, carallo. Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, Nuestro Señor. Buena falta me hará, *rapaces*. Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Malditas las ganas. Amén. Somos hijos de la Luz divina, pero nuestras limitaciones humanas, y tristemente, como bien hemos comprobado en los últimos días, también algunos sucesos que condicionan nuestras vidas consiguen que la Luz del Padre quede oculta tras nuestras miserias. A ver, *meu*, ¿vas a seguir con las adivinanzas o me vas a contar de una puta vez qué carallo pasó? Por eso, hoy más que

nunca, pidamos perdón ante Dios. Sí, claro, anda que no la cagué yo bien en vida para dedicarme ahora a disculparme con desconocidos. Tú, que has sido enviado para llenar de amor los corazones angustiados: Señor, ten piedad. Aida, ten piedad. Tú, que has bajado a la tierra para llamar a los pecadores: Cristo, ten piedad. Marta, ten piedad. Tú, que intercedes por nosotros desde los Cielos y estás sentado a la derecha del Padre: Señor, ten piedad. Cosme, ten piedad. Míranos, Señor, y otórganos tu perdón, que nos permite avanzar por la vida terrenal y sortear las dificultades que esta coloca en nuestro camino. Pero de qué conas habla el nota este. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén. Amén logo.

UN DORIAN GRAY SIN PASADO, NI PATRIA, NI BANDERA

El interior del coche que Fran condujo hasta los adoquines de una aldea que nunca había pisado desde su chalé, construido a las afueras de una ciudad industrial poco agraciada, permaneció silencioso durante todo el trayecto. Este silencio, sin embargo, no se parecía en nada a los que él había conocido hasta entonces; pues ni el traqueteo de las ruedas sobre una suspensión demasiado blanda ni los cuarenta principales, sintonizados en un equipo más ruidoso que musical, tuvieron efecto alguno sobre su densidad. Pese a su conducción deliberadamente lenta, para cuando su copiloto —quien, en otro orden de cosas, nunca hizo ni un amago de sacarse el carné— hubo bajado la ventanilla que le permitiría escuchar el murmullo antiguo de la fuente del peregrino, centro y símbolo de su aldea natal, todavía no se había inventado un velocímetro capaz de ralentizarse lo suficiente como para que a Fran le diese tiempo a prepararse para la que se le venía encima.

—¿No lo hueles?

—Qué quieres que huela, Xairo.

—¿Me hablas en serio?

—A mí solo me huele a petróleo.

El olor que detectó al vuelo la pituitaria del primogénito del Arrexó —nariz torta, corazón morriñento— consistía en una mezcla demasiado sofisticada como para que un forastero sin aldea propia pudiese ya no identificar los elementos olfativos que la componían, sino siquiera detectarla: un cordero asándose a fuego lento en casa de alguna mujer con mandilón a cuadros, cientos de botellines de Estrella Galicia vacíos y apilados en cajones de plástico duro en la plaza, frente a la puerta de la taberna, los litros de lejía vertidos de buena mañana sobre los escalones de piedra que conducían a las viviendas y el aroma de su propio tubo de escape invitándolo a regresar a casa después de veinticuatro años. No se me escapa que el Seat Ibiza de Fran y Xairo es el segundo vehículo de motor que,

como narradora moderna que soy, he tenido a bien aparcar, en poco más de doscientas páginas, aproximadamente en el mismo sitio. Las comparaciones son odiosas, y quizá por eso son tan útiles para la marcha del relato: Lolo había conseguido su Simca 1200 como recompensa en una timba ilegal, mientras que Fran todavía pagaba mes a mes los plazos de su Ibiza; Lolo conducía drogado y a toda mecha, y Fran ni siquiera había comprobado si su coche podía pasar de los ciento veinte; Lolo volvió al pueblo en calidad de acompañante, cuando el hundimiento del *Andros Patria* convenció a Aida de que ella y solo ella podía salvar la aldea; Fran lo pisó por primera vez cuando el contenido de otro barco teñía de fuel sus costas, pero su cometido desde el principio se redujo a tratar de reflotar a su copiloto de un bote de remos que llevaba décadas encallado en su recuerdo. El primogénito del Arrexó regresó a la aldea para cuidar a su padre, ciego e impedido, porque ninguna de sus seis hermanas pequeñas, todas ellas casadas, fuera del pueblo y con descendencia, pudieron hacerse cargo. También, para qué negarlo, porque a la Depende todavía le quedaban algunas cuentas por resolver en la aldea. Xairo nunca viajaba solo: allá donde iba, le acompañaban el hijo mayor de un marinero condenado por sus achaques a quedarse en tierra y una travesti medio intelectual que hacía años que no se calzaba unas plataformas. Sin embargo, en esta ocasión les acompañó alguien más.

—¿Es aquí?

—Sí, claro. Tú flipas, chaval. Esta es la casa del médico.

—¿La del hermano del que se mató?

—Y la de Aida.

—A ver si me voy a tener que poner celoso a estas alturas.

—*Ai ho, perde coidado*.

—Tiene su encanto este pueblo.

—Ya dejarás de vérselo. Nuestra casa es aquella del fondo, la de los azulejos verdes.

—¿Nuestra?

—Ya me entiendes.

Fran se bajó del coche despacio, sin dejar de advertir que los ademanes sombríos de su compañero, la tensión de la mandíbula, el gesto airado, eran solo la expresión última de un miedo que no era atávico, pero lo parecía; luego, retirando al fin la mirada, se dio la

vuelta y la dirigió hacia la casa que se había protegido del salitre igual que sus habitantes, que todos ellos: colocando una superficie impermeable en la fachada. Xairo tardó un poco más en descender. Primero agarró la palanca situada bajo sus pies y echó el asiento hacia atrás con brusquedad. Después colocó los pies sobre el volante. Por último, en una postura tan antinatural como la interpretación que de su deseo hacía el Arrexó, tan antinatural, en realidad, como el impulso cancerbero que le había llevado a estar allí, frente a la casa de azulejos verdes, más de veinte años después, buscó algo en sus bolsillos. Si lo hubiera llevado encima, se habría fumado un porro.

CAFÉ DE POTA

—De verdad que no tengo hambre, mamá.

—Bueno, pero un cafetiño sí me tomas.

Sí, mamá, claro, cómo no te voy a tomar un café, qué te importa a ti que esté a una sola dosis de estimulante más de entrar en barrena perpetua, qué más te darán los años de desvelos, de entrevistas fallidas a hijos de puta con el superpoder de esfumarse, de mañanas malgastadas en una cárcel de mujeres levantina, de recortes de prensa, de números de teléfono, de cintas de vídeo y cassettes medio escarallados, de notarías, de escrituras, de testamentos, de conversaciones falsas en voz alta con un supuesto drogadicto de quien no me creo que lo fuera y a quien, sin embargo, sí recuerdo como un peligro al volante de sus coches, porque tuvo varios y ninguno en propiedad, como el cuatro latas que casi ni andaba o aquel Simca en el que volvimos a la aldea por primera vez después de lo tuyo con papá, todos fruto de apuestas, de trapicheos, de esas historias que él llamaba sus asuntos, en los que ni me metí cuando vivíamos juntos ni nunca quise meterme, porque al fin y al cabo era su trabajo y de trabajo en el ático no se hablaba, las normas eran pocas, pero claras, ni leyes, ni suspensos, ni trabajo, ni por supuesto dinero, y esto era lo más difícil para mí porque en esta casa siempre habíamos hablado de dinero, de lo mucho que ganaba papá, de cuánto había invertido en esto o en aquello, de lo exageradas que eran las paisanas cuando se quejaban de lo cara que estaba la carne, porque el pescado aquí siempre llegó por otros canales ajenos al mercado, a través de las curaciones imposibles que le gustaba atribuirse, de los favores que no hacía pero que tampoco negaba haber hecho, de la devoción hacia el título enmarcado en su despacho, pero Lolo nunca me explicó cómo llegaba el dinero al ático y yo, supongo que por miedo a que la verdad me decepcionase, tampoco hice mucho por preguntar, así que tuve que enterarme después, subrayando papelajos y buceando

en los pocos recibís que guardó, casi a modo de recordatorio de algo que no quería volver a hacer por rentable que resultase, pero papá no se parecía a él, a papá le sudaba los cojones lo que estaba bien y lo que estaba mal y por eso todas y cada una de las trescientas cuarenta y tres páginas que he conseguido reunir, redactar, reformular, reproducir o reinterpretar en función de todo lo que he ido averiguando apuntan hacia él, y por eso me da tanta rabia tomarme el último café antes de enterrar a Lolo sentada en esta silla podre de esta casa podre que ahora es mía y que no quiero tener que vender, no quiero volver a pisar, no quiero ni ver delante.

—Bueno, mamá, pero cortito, que bastante histérica estoy ya.

NOT SURE I UNDERSTAND THIS ROLE I'VE BEEN GIVEN

Si la estructura matricial que yo misma he impuesto a esta novela me permitiese, llegado este punto, escoger a Fran como el centro de la narración, es posible que terminar de resolverla me resultase más fácil. No es que no tenga capacidad para recoger los pedazos emocionales del hijo del Arrexó y volver a montar el puzle —al fin y al cabo, y todavía no sé si para bien o para mal, las narradoras contemporáneas estamos más que familiarizadas con los mecanismos propios de la ausencia de salud mental—, pero reconozco que me cuesta menos empatizar con el barrigón futbolero y más bien grisáceo que ha abrazado su naturaleza y que —pese a que esta no remaba a su favor— ha respetado su esencia al salir del armario que con el chaval de aldea enterrado bajo gramos y gramos de maquillaje y cocaína —como si los polvos de cualquier tipo le otorgasen por sí solos un carné de homosexual urbanita, de marica *premium*— que ni siquiera era capaz de mirar a su padre a la cara para presentarle a su novio.

—¿Entramos?

—Mira, Fran, que acabamos de llegar, no me seas cagaprisas.

—Bueno, pues por lo menos enséñame un poco esto.

Fran era pequeño, peludo, suave —un cliché al año no hace daño—, pero no era ningún burro. Su padre, uno de los cabecillas de la huelga de la Citroën en el 72, se partió la cara para que su hijo pudiera escapar de la esclava jornada semanal de 44 horas que trató de asegurar para él y sus compañeros a través de la negociación organizada del convenio colectivo. El único ascensor de clase que en el Vigo de los setenta descendía hasta la parada de los curritos de la Citroën era la educación. Por ser más concreta: las becas. Por eso su madre, una de las pocas mujeres de su generación que había terminado el bachillerato, le daba clases de refuerzo por las tardes a un Franciño de diez años a quien en aquel momento solo le

importaban dos cosas: que no despidiesen al cabeza de familia por broncas y todo lo que sucediese en Balaídos. El 17 de septiembre de 1972 echaron a su padre y el Celta perdió en casa.

—Está el mar que da pena.

—Igualiño que el día que me fui.

—Y nunca volviste.

—¿Y a qué carallo iba a volver yo a esta aldea de mierda, Fran?

Antes de aceptar su propuesta, Fran le hizo ver a Xairo que el hecho de que ese fin de semana el Celta jugase en Sevilla había sido crítico en su decisión de acompañarlo. Lo cierto es que no lo habría dejado solo ni el fin de semana del derbi en casa. Porque Fran, efectivamente, no era ningún burro: era una mula. Estas pinceladas sobre su infancia, por ahora, serán suficientes para ilustrar su carácter. Espero tener la pericia necesaria para poder permitirme introducir unos cuantos retazos más de su existencia anterior a Xairo a lo largo de las páginas que restan. Si no lo hago, espero también que el lector sepa disculparme. Por ahora, basta con que sepa que, de los dos, Fran era el que desde niño había sido domesticado para tirar del carro, para arrastrar con su obstinación a cualquiera dispuesto a dejarse llevar por su tozudez, para no rebuznar demasiado alto por si el patrón le cortaba las orejas, para mostrar una docilidad tan entrenada que hasta parecía voluntaria, para conformarse con una eventual caricia en el lomo. Fran era una bestia de carga, y estaba acostumbrado a cargar con tanto peso que las impertinencias del hijo del Arrexó no le pesaban más que un saco de plumas.

—No te alteres, anda, que estás más guapo relajado.

—*E ti non me amoles*.

—Venga, vamos.

Por cuestiones ajenas a su voluntad y casi también a la mía, Fran se ha quedado en digno secundario. Supongo que está bien que así sea, y tampoco me voy a quejar: prefiero mil veces tratar de sanar a Xairo que volver a pegármela con el cabrón al que, como quien dice, acabo de abandonar muerto en una cuneta. Fran cogió la mano del hijo del Arrexó y le transmitió de vuelta, así, una responsabilidad que solo podía pertenecerle a él; pero sin soltarlo, con la suavidad de siempre, empezó a tirar por él en dirección a la casa de su padre. Cuando los rasgos de Mei, plenamente

reconocibles por infrecuentes en un entorno como aquel, se aparecieron ante ellos en la calle empedrada que compartían ambas casas, fue el instinto de la Depende el que soltó a Fran como si quemase, y la mano de Xairo ya no volvió a rozarlo hasta que ciertas pústulas que nada tenían que ver con él terminaron de desaparecer. Spoiler: aquella jornada el Celta volvió a perder. Todavía no tengo claro si Fran también.

GLORIA A DIOS

Y ahora, queridos parroquianos, abandonemos por un momento nuestras penas, que hoy son las de Galicia entera, para proclamar todos juntos la gloria de Dios. *Tiña razón miña nai, éche boa verdade que isto non se acaba nunca*. Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Y al resto, como siempre, que les den por culo. Por tu inmensa gloria te alabamos —*xa*—, te bendecimos —*e veña*—, te adoramos —*bótalle outra*—, te glorificamos —*tamén*?—, te damos gracias —*pola cona arriba*—, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Mira que el poder es un peligro, diosiño, te lo tengo dicho, y te lo dice uno que de eso sabe abondo. Señor, Hijo único, Jesucristo. *Dende logo*, los hay con suerte. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre —pues como yo, ¿o quién piensas que me hizo?—; tú, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros —y, si puede ser, no me quites la lujuria—; tú, que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica —y, si puede ser, no me quites la pereza—; tú, que estás sentado a la derecha del Padre —este Jesucristo, como el doutorciño, siempre a la derecha—, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo —¿*e logo la parva* de la Marisol?—, solo tú, Señor —¿y el coitadiño de Videla qué?—, solo tú, Altísimo Jesucristo —y a mí, que también morí por vosotros, ¿no me vais a santificar?—, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Este julay *aínda no se decató* de que no solo los pájaros saben volar. Amén. Bueno, pues parece que esto ya va estando. Oremos. Virgen santísima, qué puto coñazo, esto no hay cuerpo que lo ature. Señor y Dios nuestro, concédenos vivir siempre con alegría bajo tu mirada —¿*entón* los muertos nos podemos ir yendo?—, ya que la felicidad plena y duradera consiste en servirte a ti, fuente y origen de todo bien. El mal, eso lo sabe hasta un burricán como yo, aparece por generación espontánea, no te jode. Por Nuestro Señor Jesucristo

—¿otra vez?—, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos. Debe ser, *abofé* que sí. Si en el paraíso hay esta carallada todos los días, a mí, por favor *volo pido*, dejadme bajar. Amén.

YOU'RE TRYING TO BE COOL, YOU LOOK LIKE A FOOL TO ME

¿Cómo se saludan un padre y un hijo que llevan casi un cuarto de siglo sin buscarse ni encontrarse? ¿Cómo reconocer al anciano ciego, una voz que te suena de algo, el tono quebrado de un cuarentón al que ya ni siquiera puedes ver, y mucho menos tocar, la silla de ruedas, los azulejos partidos, el resto de un ademán medio camuflado, pero ya imposible de eliminar del todo?

—Joder, huele a muerto.

—*Non me factures antes de tempo, fillo*.

—¿Cuánto hace que no abres las ventanas?

—*Xa fai dous días que non ven por aquí a túa irmá*.

O a lo mejor:

—¿Cómo estás, papá?

—*Ben fodido, fillo*.

O puede que:

—Hola.

—*Agora saúdas*?

O quizás:

—¿Comiste?

—*Lisca de ahí, non te quero ver diante, que nin á túa nai viñeches enterrar*.

O lo más probable:

—¿Cómo estás?

—*Ben, ben. Aquí imos. Xa sabes, tirando*.

¿Cómo le explica un hijo a su padre, que apenas se puede mover, que él no tiene pensado limpiarle el culo?

—Este es Fran, papá. Viene conmigo para echarnos un cable.

—*Eu non penso pagarlle a ninguén de fóra nin un can*.

—No te preocupes por eso.

O a lo mejor:

—No vengo solo.

—*E a min que carallo me importa*.

O puede que:

—Papá, este es Fran.

—*Ola, fillo, tes fame*?

O nunca, jamás:

—Papá, este es mi novio.

—*A ver, rapaz, achégate. Como te chamas logo*?

—Fran.

—*Dende logo, hai que ter mala puntería, a boa peza te fuches arrimar*.

O casi seguro:

—Papá, este es Fran.

—*Mira ti, coma o do Depor*.

—Yo, del Celta, si no le importa.

Un pisotón de Xairo. Una impostura solicitada, pero no concedida. Un hombre que puede fingir ciertas cosas por amor. En otras, sin embargo, sus límites se mantienen intactos.

—*Non home non, a esta casa un portugués non mo traias*.

ANAQUIÑO DE BICA

—Pues a tu tío le encantaba. Venga, *un anaquiño, manque* sea por él.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me *lembro* de antes.

—¿De antes de qué?

Antes de las trescientas cuarenta y tres páginas estuve a puntito, pero a piques, de llamarlo, porque el Mierda nos dejó tiradas y yo no sabía a quién recurrir, con un padre muerto, con una madre, sí, tú, separada y sin embargo haciendo el ridículo con la mamonada esa del luto obligatorio, con una amiga, la única madre que conocía aparte de la mía propia, que no quería saber nada de alguien a quien consideraba una traidora, con un tío que jamás volvió a llamar, a quién tendría que haber recurrido después de descartar a todos aquellos que suponía en deuda conmigo por un vínculo familiar, sanguíneo o elegido, eso mismo me pregunté, y es triste pero lo cierto es que solo me vinieron a la cabeza mis fugaces relaciones sentimentales previas al Mierda, un marica de napia torta a quien todavía deseaba arrastrar conmigo a su acera original, descartado, y él, un argentino exiliado de quien lo sabía todo porque no paraba de hablar, che, y de quien si algo sabía es que estaba loco por mí, que haría cualquier cosa por volver a mi lado, viste, abandonar a una hipotética familia que no sabía ni quería saber si tenía o no tenía, adoptar a una hija que no era suya pero tampoco del Mierda, mudarse a Santiago, o a Vigo, o a Madrid, o a la Conchinchina si hiciese falta, daba igual, donde la organización guardase un hueco para mí allá se vendría Videla, inocente Videla, encantador Videla, el mejor padre en potencia de cualquier orilla de cualquier océano, porque con él no iba a sentir pasión, entiéndeme bien, pero tampoco miedo, y ya lo iba a llamar cuando apareció el marica, sí, mamá, el de siempre, el del Arrexó, sabes de sobra que los amores primeros se quedan enquistados como un berberecho

malo, de los que hay que quitar antes de echar el arroz si no quieres arriesgarte a que te joda la pota entera, pero Xairo no volvió para cuidarnos a mí y a la Mei, aunque me hizo una tibia propuesta que yo rechacé rápido, claro, para dejarlo marchar con la conciencia tranquila de dejar dicho todo lo que un hombre de verdad debía decir, porque qué iba a hacer después de decirme lo que de verdad venía a decirme, después de darme esa caja de cartón en la que viajaban las últimas posesiones del único hombre de mi vida, o de la nuestra, mamá, que yo me pispo de más de lo que a veces te piensas, que ya estaba muerto en una cuneta, en una tumba sin nombre que aún tardaría años en encontrar, y ahí fue cuando llamar a Videla o a cualquier otro dejó de tener sentido porque entendí que éramos solo nosotros, él y yo, la caja y yo, y trescientas cuarenta y tres páginas sirvieron para algunas cosas, para encontrarlo, para unir las piezas, pero no me llegaron para entender, para entenderlo de verdad, y por eso a lo mejor ahora tampoco entiendo qué carallo pinta aquí Videla con el cuento de la marea negra y del nunca máis y de la sangre por petróleo, justo ahora que ya no me hace falta hombre ninguno porque Lolo vuelve a la aldea y ya no va a poder pirarse otra vez de aquí ni aunque quiera, mamá, fíjate bien, por mucho que me odie, por mucho que le apetezca comerse una pastilla o eche de menos la música de antes.

—De antes, neniña, de antes. De cuando tu padre y yo *aínda* éramos novios y tu abuela las mandaba traer de Trives para ver si así.

—¿Para ver si así qué?

—Para ver si así su hijo pequeño acougaba algo en casa.

OH, TAKE ME BACK TO THE START

Lo único cierto es que no podemos saberlo todo. Y sin embargo, ya ven: una pandemia, un volcán, lo que sea que venga, solo sirven para percatarnos de la cantidad de expertos en enfermedades víricas, coladas y fajanas que nos rodean. A toro pasado todos somos vulcanólogos, y de los buenos. El expertise *a posteriori* es una vulgaridad como otra cualquiera, y su peor forma aparece cuando, por si fuera poco, se camufla de falsa modestia. Ejemplo práctico: hablemos de esos escritores que afirman que sus personajes, lejos de plegarse a sus caprichos, a sus taras o a sus miserias, cobran vida y actúan movidos por un resorte mágico que solo se activa si son ellos quienes están al otro lado del teclado. «Es que me hablan, tía, yo no sé muy bien cómo explicarlo, pero te lo juro, llega un punto en el que yo no soy nada más que un amanuense, pero ellos vuelan solos». Ya. Menuda memez. Si alguna narradora del futuro me está leyendo, esto es una nota de advertencia oficial: no es culpa tuya que nadie te susurre cosas al oído, haz lo que te dé la gana y no dejes que la ausencia de yo qué sé qué clase de iluminación divina te paralice, porque todas las gilipolleces que has escuchado acerca de este tema son mentira. El autor decide. No hay más misterio. Y esto no tiene nada de especial, porque hemos decidido, pero pensar que las narradoras modernas, las mismas que —con ayuda de nuestras madres, abuelas y bisabuelas— hemos adquirido con sudor y palabra tantos derechos —el derecho al aborto, a la abstención, a la cultura, al tatuaje y al morbo—, no vamos a ser capaces de agarrar las riendas en algo tan banal como la literatura resulta casi naíf. Nosotras escribimos, nosotras decidimos. Con lo expuesto hasta ahora, creo que este punto está claro. Pero los problemas, si la novela es medio buena, siempre aparecen, porque el proceso de escritura es tan denso que, al remover la poza de mierda, van saliendo a flote determinados impulsos, normalmente oscuros, que no viven en tus personajes,

sino dentro de la persona que escribe. Amiga, date cuenta: somos nosotras quienes estamos teniendo una cita a ciegas con lo peor de nosotras mismas a través de los personajes y no al revés.

La honestidad es solo una de las sendas posibles entre todas las que la literatura ofrece, pero si se da el caso de que un escritor encuentre algo que considere valioso en el camino de expiación personal que supone la elaboración de una novela —ya lo saben los de siempre: busco en la basura algo mejor— y decide que quiere plasmarlo en el texto, es probable que la primera opción que se plantee sea modificar el artificio: volver atrás, sembrar la información nueva para que el lector vaya atando cabos, aunque sean inconscientes, y provocar en él esa euforia falsa que solo se logra con el hallazgo. Esta narradora que les habla, no se equivoquen, ya ha empleado esta técnica en alguna ocasión. Otra posibilidad —menos honesta con el autor, pero más con el texto— es ignorar el descubrimiento y continuar la escritura como si nada hubiera sucedido. La tercera es la peor de todas y, sin embargo, es la única que tiene sentido hoy para mí: avanzar por el derrotero que apunta esa nueva intuición a partir del momento en el que se produce, pero sin modificar nada de lo escrito hasta entonces. Es una postura difícil porque implica —en lugar de erigirme en demiurga suprema de un universo en apariencia completo— mostrarme vulnerable, dejar que se vean las costuras y que las juntas de dilatación por las que respira la ficción se compriman del susto. Y doy por hecho que nadie me va a hacer un regalo por llevar el jersey del revés.

No quiero hablar por mí y por todas mis compañeras, así que el lector sabrá tomarse esto como lo que es, una apreciación meramente personal: como narradora, parto de la base de que cualquier artificio es honesto si funciona. Sin embargo, este tipo de honestidad —que no tiene que ver ni con el texto ni con el autor, sino con ese lector primero que también somos— es poco frecuente, y no presenta pocos problemas. Para empezar, es egoísta, porque le permite al narrador salirse del texto para explorar una serie de cuestiones propias que puede que al lector le den igual. También es posible que cualquier lector ajeno a la novela haya captado lo mismo que el autor, solo que doscientas páginas atrás, y nosotros seamos los últimos memos en darnos cuenta: en ese caso, verbalizar

la vaina ahora tendría el único efecto de que mis lectores me tomen por gilipollas. Como creo que ya lo hacen, estoy dispuesta a asumir el riesgo.

El caso es que quien suscribe se acaba de caer de un guindo bastante alto: Xairo —pese a todos sus disfraces, metafóricos y reales, dentro y fuera del colectivo; pese a su osadía y a su compromiso intelectual; o quizá por todas esas cosas a la vez— no es la bellísima persona, herida pero luminosa, que esperaba encontrarme en este punto del relato. Tampoco estoy segura de esto, pero sospecho que hasta ahora lo he venido tratando con una benevolencia que quizá no terminaba de merecerse. Lo sé por algo muy simple. Si Fran fuese, por decir algo, mi amigo Paco, hace ya muchas páginas que le habría dicho: «Maricón, hazme un favor y sal de ahí de una puta vez».

PRIMERA LECTURA

A esta paisana no la tengo yo controlada. Lectura del libro de los Proverbios. No me jodas, nen, pero si es mi cuñada. Una mujer hacendosa, ¿quién la hallará? Pues la tengo delante, Marisol, *traballadora de máis y parva de todo, diría eu*. Vale mucho más que las perlas. *Home*, con lo mal que te sentaron los años, ruliña, que casi ni te conocía de lo vieja que vas, únicamente valerías *máis* que dos perlitas cultivadas de esas que te regalaba a veces el Cosmiño para disculparse por la melopea de turno, ahí cuando *aínda érais* novios. Su marido se fía de ella —*polo carallo*—, y no le faltan riquezas. Mientras aturaste al cabronazo del doutorciño nunca te faltó de nada, eso sí que te es bien cierto. Le trae ganancias y no pérdidas todos los días de su vida. Las pérdidas te las traía ese malnado, miñaxoia, o si no dime dónde dejaste la poca dignidad que tenías, o cuántas hostias hicieron falta para que se te quitara el mal vicio ese de intentar ser feliz. Adquiere lana y lino, los trabaja con la destreza de sus manos. Míralas ahora, nena, *cheas de manchas, enrugadas*, compartiendo geometría y color con las redes del Arrexó. Extiende la mano hacia el huso, y sostiene con la palma la rueca. ¿Te acuerdas de la película de la Bella Durmiente? *Siempre durme que te durmirás*. ¿*Onde* dejaste al príncipe, rapaza? ¿Apareció pronto o el *fillo* de mil putas de Cosmiño supo mantenerlo a raya? Abre sus manos al necesitado y extiende el brazo al pobre. Al final *aínda* te arrejuntarías con el Raposo, y bien que hiciste, *abofé* que sí, y más después de lo que te hizo pasar ahí atrás ese miñoca. Engañosa es la gracia —nunca tuviste—, fugaz la hermosura —tampoco te hizo falta—, la que teme al Señor merece alabanza. Como decía tu suegro, *meu pai, o medo é libre, vella*. Cantadle por el éxito de su trabajo, que sus obras la alaben en la plaza. Tu mejor obra está sentada aquí, a tu carón antes de que el cura te invitase a leer, en el primer banco de la iglesia de Santa

Eulalia —*onde casaron teus pais*, y los míos, *onde enterrástedes* al perro y se acabó la rabia, *sede derradeira* de casi todos los principios y de todos los finales—, con una mano fría sobre el muslo de tu nieta la chinesa y la otra, tépeda, sobre la tapa de mi féretro, dispuesta a salvarme incluso después de muerto. Palabra de Dios. Valió la pena toda la mierda que tragaste, parviña. Te alabamos, Señor.

CUANDO TÚ VAS, YO VENGO DE ALLÍ

—*E que vas facer logo cando volte a túa irmá*?

—Pues seguir con mi vida, papá, qué quieres que haga.

Traducción: cuando te mueras, papá, porque las arpías de tus hijas te han dejado aquí tirado una detrás de otra y no van a volver hasta el mismo día que te enterremos, abandonaré por fin este ritmo de funcionario apampanado que llevo y volveré a mariconear por las noches en el Ruralex, que eso sí que es lo mío y no cuidar de un viejo al que no veo desde no sé ni cuándo.

Traducción de la traducción: esa vida ya no existe, meu. El Ruralex ni siquiera se llama así ya. Llegaste a la aldea hace dos días, pero dime, ¿cuánto hace que no sales?

—*E onde dis que vives*?

—En Vigo, muy cerca de mi curro.

Traducción: en un chalé a las afueras de Vigo que ni siquiera es mío, del que por supuesto me iré en cuanto pueda, un chalé del que no puedo estar orgulloso y que de hecho jamás me compraría porque me parece una horterada tener piscina pero no poder ir andando a trabajar.

Traducción de la traducción: pues ya te puedes ir acostumbrando al chalé, porque con la mierda que te pagan y las pocas películas nuevas que se doblan, el único que todavía te podría pagar algunas facturas aparte de Fran es Shinnosuke Nohara.

—*E vives só*?

—¿Pero tú crees que hay mujer que me ature?

Traducción: hace años que duermo en la misma cama que Fran, papá, pero para qué te voy a dar un disgusto contándote esto cuando tienes un billete comprado para el otro barrio en un tren que sale más pronto que tarde, y cuando encima esa situación ni siquiera se va a prolongar mucho más allá de tu muerte, quiero decir, me entiendes, ¿no?, que yo al señor Paco este en el que se ha convertido el Fran en los últimos años tardo un minuto en

facturarlo desde que te mueras, ya sabes, con la excusa de que necesito un tiempo para reconstruirme después de lo de mi padre lo tengo hecho.

Traducción de la traducción: lo más probable es que siga viviendo con Fran otros diez o quince años por muy poco seguro que esté de quererlo y por muchos cuernos que le ponga por ahí adelante si se me llegase a presentar la ocasión, porque en mis cuarenta y tantos palos todavía no he desarrollado la suficiente madurez como para alejarme voluntariamente de la única persona que nunca me ha hecho daño.

—*Se non te aturo eu, que son teu pai… E logo que andas disque cada día con unha ou ti de que vas*?

—Yo paso de líos de faldas, papá.

Traducción: yo paso de las mujeres en general, papá.

Traducción de la traducción: yo paso de todo cristo porque en mi vida he sido capaz de comprometerme con nada ni con nadie.

—*Fas ben, rapaz, total, ca cantidade de netos que nos deron as túas irmás*…

—Saca de ahí, que yo de *cativos* no quiero saber nada.

Traducción: nunca me llegué a plantear en serio si me gustaría o no ser padre porque este sistema de mierda ni siquiera contempla esa posibilidad para los desviados como yo.

Traducción de la traducción: sí que me gustaría ser padre pero la idea me aterroriza porque soy un cobarde y jamás asumiría una responsabilidad de semejante tamaño, por eso me viene fenomenal no poder reproducirme en un desliz tonto por la vía sexual, es fantástico no poder adoptar con mi pareja y escudarme en esa injusticia para no querer conocer a mis ochocientos sobrinos, para no abrirle la puerta a la Petra con su Lolo casi recién nacido en brazos, para no insistirle más a Aida cuando rechazó mi ayuda en la crianza de Mei, y mira que sabía de sobra que buena falta le hacía.

—*Bueno, fillo, o importante é que ti esteas ben*.

—Pues voy estando, papá, pero tú no te preocupes por eso.

Traducción: pues voy estando, papá, pero tú no te preocupes por eso.

Traducción de la traducción: pues voy estando, papá, pero tú no te preocupes por eso.

Las narradoras contemporáneas estamos habituadas a tener que

desentrañar el verdadero significado de las palabras con las que los hombres de nuestro alrededor se dirigen a nosotras. Así, nuestros jefes, hermanos, parejas y por supuesto nuestros padres han alimentado —a lo largo de siglos y siglos de abstinencia sentimental autoimpuesta— el sentido casi sobrenatural que la mayoría de nosotras llevamos instalado de serie desde la primera actualización de nuestro sistema operativo. El primer traductor que podemos utilizar, quizá todavía lo recuerden, es un complejo instrumento de comunicación encriptada que sirve, esencialmente, para intercambiar información entre nosotras. El segundo no es mucho más que un eficaz mecanismo de defensa. Sin embargo, aunque Xairo ni siquiera podría haber llegado a imaginarse el alcance del último traductor, la Depende lo conocía bien: pocas personas necesitan hablar con su padre ausente con la urgencia de una travesti llena de culpa después de quitarse las medias en el cuarto de baño de una entreplanta cochambrosa en la rúa Príncipe. Lo que la Depende no intuyó —lo que yo no he sabido hasta ahora— es que, cuando dominas los tres códigos secretos del corazón humano, el cosmos te premia con un último idioma: así es como las narradoras modernas terminamos comprendiendo los entresijos del autoengaño.

PATACAS VELLAS

—Hay que ir arrancando, Aidiña.

—Pero si no terminé ni el café.

—Venga, lo rematas mientras pelamos estas *patacas,* que cuando nos demos cuenta *é noite* y en estas cosas de muertos la gente luego llega.

—Son las tres.

—Hay que dejar hechas cuatro tortillas y solo tengo una *tixola, rula, así que bule,* que se nos echa el tiempo encima.

El tiempo encima, dices, y te quedas tan ancha, como si tu nieta no tuviera ya catorce años, como si no hiciese más de trece que nos la trajimos, bueno, que me la traje, porque el Mierda poco hizo, ese es como el Loiracho, como todos esos tipos que te empreñan y luego se despreocupan, solo que este ni el esperma puso, si acaso un contacto turbio de su papaíño para llegar de la mano de alguien a aquel tugurio del que rescatamos a Mei, y ella era tan pequeña, mamá, no te lo imaginas, pero no pequeña como se dice de un cachorriño de dos meses, no, porque no era preciosa, ni suave, ni tierna, tendrías que haberla visto, con aquel pañal de tres días y esa mancha en la cara que aún conserva, pero que de aquellas era mucho más grande, en proporción, claro, porque por suerte la mancha no creció con ella, y menos mal que ella sí que lo hizo, porque en algún momento al principio hasta tuve miedo de que se quedara raquítica, miña pobre, después de tantos días sin haber probado la leche ni casi ninguna sustancia digerible para un bebé, pero creció, vaya si creció, y ahora tiene catorce años, *miña nai* querida, a esa edad ya estaba yo a vueltas con el Xairo, el del Arrexó, digo, el que luego resultó ser maricón, que por cierto también volvió estos días por la aldea, él dice que a cuidar al padre, que por lo visto anda ciego y está malo, no le debe quedar mucho, pero mira, a mí que no me amole, lleva sin pisar esta tierra más de

veinte años y ahora le entró la prisa por cuidar al Arrexó cuando para la madre ni miró, y mira que tuvo años para despedirse de ella, que otra cosa no, pero esa mujer enferma estuvo más que nadie en este pueblo, y ni un día, ni uno, bueno, es que ni un levantar el teléfono y preguntar cómo está, por eso te digo que para mí que esa película del padre es una excusa como otra cualquiera para enterrar a Lolo, que yo creo que siempre le puso, y encima se presenta con el amigo, novio, o lo que carallo sea el tipo ese, con lo que él es mira que se lo buscó del montón, será para seguir destacando, para ser el centro de atención eterno y que nadie, nadie le haga sombra, disque hace unos años se vestía de mujer y todo, mamá, a ti te parece semejante atrevimiento para uno de la aldea, es tan marciano que me parece hasta atractivo, no el hecho en sí, eso no, sino los huevos que hay que echarle sabiendo que el rumor va a circular, que va a llegar a oídos de tus hermanas, de tu madre, hasta de tu primera novia, mira tú qué le importa a ese lo que yo piense o deje de pensar, pero bueno, al menos Xairo es de aquí y todavía pinta algo, hay que reconocérselo aunque siempre sea él el que me trae malas noticias, que ya me da hasta miedo mirarlo, pero Videla no, y ahora anda con Lolo, con el nuestro no, claro, con el chaval, el de la Petra, y con Mei, y con sus catorce años, Mei y Videla para arriba, Videla y Mei para abajo, y he visto cómo la mira y yo esa mirada la he visto antes, no en él, porque a mí me miraba de otra manera, con admiración, con deseo, pero sin culpa, la mira como mirabas tú a Lolo, al nuestro, la mira como Lolo me miraba a mí.

—Mira. Estas patatas están pasadas, mamá.

—Tú sí que estás pasada. *Son vellas, filliña,* como yo. No son tan guapas como las nuevas, pero te digo yo que bien *esmagadas saben aínda máis*.

QUE AL LUGAR DONDE HAS SIDO FELIZ NO DEBIERAS TRATAR DE VOLVER

Un par de años más tarde, desde el salón recién reformado del chalé que compartió con Fran hasta el final de sus días, el hijo del Arrexó se preguntaría, tratando en vano de ahuyentar el fantasma de un cargo de conciencia que no le tendría que haber pertenecido, si en otras circunstancias habría sabido reaccionar de manera distinta ante la petición de volver a ver el mar que su padre le formuló unas semanas antes de morir. Más que sus palabras concretas, recordaría una suerte de bruma compuesta a partes iguales por la textura de soga náutica de sus manos que solo llegó a percibir a través de la vista, nunca del tacto, por algunos improperios sueltos ante su negativa, por su olor a sal húmeda, como si hubiera estado mal almacenada durante años, y por otro aroma, el único ingrediente de este mejunje que se reproduciría periódicamente en su chalé vigués, el único, por tanto, que portaría con él de vuelta la culpa: el del caldo de grelos de Fran borboteando en la pota de peltre.

—*O que está morrendo son eu, así que non hai máis que falar*.

—Pero papá, razona.

—*Razona ti, carallo! Xa me dirás o mal que che fai*.

La breve discusión interna en la que se dirimió la decisión final transcurrió más o menos como sigue: el primogénito del Arrexó, movido por una lealtad antigua que tenía poco que ver con el amor y mucho más con el respeto a los mayores de una tribu a la que ya ni siquiera pertenecía, planteó la posibilidad de acceder no solo a aquel, sino a cualquier otro deseo que pudiera tener aquel hombre anciano, ciego y viudo que había tenido la desgracia de ser su padre; Xairo, por su parte, expresó un punto de vista más escéptico, y argumentó que, dadas las circunstancias desagradables que impregnaban la vida en la aldea —y que, lamentablemente para todos, no se podían modificar a placer—, lo mejor para no convertir una voluntad legítima en un pozo de dolor sería mantener las

formas y las distancias y dejar que, poco a poco, las aguas volviesen a su cauce. Sin embargo, y sin deliberación previa alguna en la que imponerse por mayoría democrática, fue la voz de la Depende la que zanjó el asunto con una crueldad propia no de quien busca venganza, sino de quien la merece.

—Y por mucho que te llevemos qué, papá.

—Que de que?

—Que qué coño vas a hacer allí, si no puedes mirar.

—Estou cego, pero non son parvo.

—Por lo menos los idiotas ven, papá. Bueno, casi todos. Tú no.

—Iso non fai falta velo, Xairo, ti eso non o entendiches nunca, por iso liscaches en canto tiveches ocasión.

—No sé cómo te apañas para mezclarlo siempre todo.

—Non mezclo nada. É a verdade.

—¿Sabes por qué me marché?

—Pois aínda hoxe non o entendo, non.

—Porque no quería terminar mis días solo, ciego, con la espalda destrozada y los dedos como lijas de tanto tirar de unas redes medio vacías.

—Nunca vos faltou nada.

—Eso lo dirás tú.

—Fillo, é o único que vos pido antes de deixarvos en paz para sempre.

—Mira que tienes ganas de palmarla, ¿eh?, siempre con la muerte en la boca.

—Se tanto che supón, vaite por aí.

—No te puedes mover, papá, a ver si lo entiendes de una puta vez.

—Pero ti si que podes empurrar unha cadeira de rodas cincuenta metros, fillo, e digo eu que non será para tanto axudar a un vello a achegarse por derradeira vez ó mar.

Si Fran hubiera abierto la boca aquel día, puede que la conversación hubiera tomado otra senda que quizás habría desembocado en el Atlántico sin tantos rodeos, pero las únicas palabras que logró articular fueron las mismas que volvió a pronunciar un par de años más tarde, frente a un Xairo a quien el caldo de grelos ya nunca dejó de olerle a chapapote.

—Bueno, acércame el plato, que un cucharón más me comerás, digo yo.

SALMO RESPONSORIAL

Xúroche que si no lo veo no lo creo, el pequeño del Arrexó entrando en una iglesia. Dichoso el que teme al Señor. Este el temor no lo conoce, *meu, dígocho eu*, y porque no le dio por ahí de venir disfrazado de *muller* como en los buenos tiempos del Ruralex, que si no ya se armaba aquí la de Dios es Cristo. Dichoso el que teme al Señor. Y *por riba* se presenta en Santa Eulalia de la mano de otro invertido como si nada, eso sí que es echarle un buen par de *collós* al tema. Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. *Tamén* manda truco lo que le tocó leer al pobre Xairiño, como si no llevara más de dos décadas desviado. *Aínda que tamén* dicen que los caminos de Dios son inescrutables, ¿o luego eso non vale para todos? Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. Pese a todo, no se puede decir *outra cousa*, porque *seica* se forró con aquella carallada de las películas en galego que botan ahora en la Cuatro por las tardes, y luego también curró en la radio, y en el programa aquel del *Xabarín* —que hasta los muertos se la saben: *somos do clube da galega, por fuciños, por cacheiras—*, y me parece que *tamén* en una revista escribía el maricón, *aínda* que pienso que eso en concreto lo hacía de balde. Dichoso el que teme al Señor. Dichoso el que no le teme ni al juicio de la aldea que lo alumbró. Tu mujer —hasta desde aquí se escuchan las risitas—, como parra —o perra— fecunda, en medio de tu casa; tus hijos —mal puede venir al mundo quien no sería bien recibido, ¿oíste?—, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. Para estos mangantes *ninguén* quiere otra cosa más que *fillos y fillos, aínda* que sean de puta. Dichoso el que teme al Señor. *E dalle* con eso. Esta es la bendición del hombre que teme al Señor. Ponerse un buen par de tetas los sábados por la noche. Que el Señor te bendiga desde Sion —o desde el Manco, *alá onde esté, que seica ya pechó—*, que veas la prosperidad de Jerusalén —o de los dueños del Vademecum,

que esos sí que se lo montaron bien— todos los días de tu vida. Solo por los huevos que hay que echarle para volver a la aldea a cuidar al Arrexó con un novio marica, este ya merece por lo menos ser feliz un día *sí e outro non*. Dichoso el que teme al Señor. Ahora, *tamén che digo*: la otra mitad que se los gane, como hace todo cristo.

AND I DON'T WANNA BE SO DAMN PROTECTED

Fran empujó la silla de ruedas del Arrexó hasta el borde de su cama de matrimonio bien avenido, apartó la manta de franela que cubría ese lecho desde mucho antes de que su propietario de entonces se instalase en él y luego, con una delicadeza heredada de su madre, levantó su cuerpo de pajarillo sin esfuerzo. Lo agarró por debajo de las rodillas y por detrás de la cabeza, como si fuera una novia de las de antes en su noche de bodas, y rezó para que el movimiento no le doliese, para que aquella intimidad sobrevenida no desembocase, como los dos días anteriores, en una sarta de aullidos, muecas e insultos. Sin embargo —a la fuerza ahorcan—, aquel día no fue así. Eran las cuatro de la tarde y en el televisor de la sala, que Fran trasladaba sobre una mesa camilla hasta el dormitorio de su suegro cada día a la hora de la siesta, ya refulgía la cabecera de *Saber y ganar*.

—*Que mágoa chegar a vello*.

—¿Así está cómodo?

—*Home, xa teño estado mellor*.

—¿Le traigo otro cojín?

—*Déixate de lerias, rapaz, e vaite por ahí co teu amigo*.

—No voy a ningún lado.

—*Ti farás o que che diga, non te fode o tipo do Celta este*.

—Quiero ver el concurso, que además la paisana esa de Albacete de los últimos programas es buenísima.

—*Mira, Fran, eu sei que tes boa intención, pero por moito que andes movendo ese trasto do demo de aquí para aló, por moito que me traias coxíns e fagas a comida e me limpes o cú, eu nunca vou acougar*.

—¿Entonces?

—*Non te faga-lo parvo, que xa sabes o que quero*.

—En eso no puedo hacer nada.

—*Claro que podes. Lévame ti.*

—No está en mi mano, pero si Xairo cambia de idea, yo lo acerco encantado.

—*Pois fala con él.*

—Como si a mí me hiciera caso en algo.

—*Estou seguro de que algo podes facer para que cambie de idea, así que veña, dalle voltas á cabeciña a ver o que se te ocorre*.

Fran recogió el guante con toda la dignidad que pudo, pero no quiso contestar al Arrexó antes de tiempo, así que se limitó a respetar el silencio relativo que el tsunami de capitales, directores de cine, ríos, pintores y nombres de cohetes americanos desplegó en un salón colonizado por la pantalla. Con Caracas se empezó a formar en su imaginación un potencial golpe de Estado que desbancase de una vez los caprichos de un dictador en miniatura. Con Nick Cassavetes, sin embargo, intuyó que tomarse la justicia por su mano, por apetecible que resultase la idea, le traería más problemas de los que solucionaría. Fue con el río Loira, y no antes, cuando se le vino a la cabeza una imagen hipotética de la primera novia de Xairo, mucho más alta y más delgada de lo que lucía incluso a sus dieciocho. Escher consiguió que abordase el asunto desde otra perspectiva, y por un instante la posibilidad de mantener una conversación sosegada con quien compartía colchón desde hacía más de una década no le pareció ninguna marcianada. La última respuesta del programa fue definitiva para terminar de decidirse por la vía del lobo solitario en caso de que la charla no resultase productiva: el Challenger estalló y se llevó consigo cualquier atisbo conciliador que se hubiera quedado arremolinado en el horizonte de sus expectativas. Al fin y al cabo, ni a Xairo ni a él se les había dado nunca demasiado bien saber, y mucho menos ganar.

HUEVOS DE CASA

—Deja, *filla*, que tú no te das maña ninguna.

—Sé batir un huevo.

—Saber sabes, pero no sirves. Y en esta vida para todo hay que servir.

Te es buena verdad, mamá, en esta vida para todo hay que servir, sobre todo las que no tenemos huevos aunque no nos falten cojones, servir a tu padre desde niña, servir a la aldea y servir en tu casa, servir al sacerdote y a Jesús, que no sabemos muy bien quién es pero así y todo sabemos que es muy importante, igual que el cabrón que le pega a tu madre por las noches, igual que el cura que te toca la pantorrilla, igual que ese hermano tuyo medio borrico que sigue estudiando mientras tú aprendes a fregar y a coser y a llorar sin que se te oiga, servir, menudo mejunje de significados reunidos bajo un solo verbo, no sirvo para batir un huevo y eso a ti te hace henchirte de orgullo, se te llena la boca cuando lo dices, quita, que tú no sirves para esto, porque no, tu hija no sirve para eso y por eso no sirve a nadie, eso piensas, y ojalá tuvieras razón, mamá, pero yo sirvo, vaya que si sirvo, sirvo para más cosas de las que tú te piensas, sirvo para batir un huevo y por eso batí tantos cuando viví con el Mierda en el ático y luego en el otro lado, y por eso él no batió ninguno aparte de los suyos propios, sirvo para cambiar pañales, para cuidar enfermos que ni siquiera son los míos, para educar, para limpiar suelos de rodillas, para redactar informes de noche porque por el día, si sirves para todo, al final no te queda tiempo ni para respirar, y mira que te prometí que no serviría, pero sirvo, mamá, qué vergüenza, y por eso le serví a papá para lamentarse de los caprichos de la biología y le serví a Lolo para nutrir sus fantasías y le serví al Mierda para ser querido sin querer para fingir que amaba mientras destruía la mera posibilidad de un vínculo significativo y le serví a Videla para integrarse por la puerta grande en un sistema universitario muy alejado de sus coordenadas,

pero que sin embargo le sigue prefiriendo a él, exiliado y todo, sudaca y todo, antes que a mí, antes que a cualquiera de nosotras, hasta serví a mis compañeros de Greenpeace para hacer el trabajo sucio, engorroso, invisible, porque hay cosas para las que nosotras servimos y ellos no sirven, Marisol, saca de ahí, ni te levantes, dame ese plato, quieres que te cambie el cuchillo por uno de carne, pues mira, casi trae para todos, rula, y anda con ojo que no se te pase de punto el chuletón, mujer, que te pones a darle a la sinhueso y se te va el santo al cielo, una cosa para la que sirves y ni eso haces bien, a esta no le arriendo la ganancia, y risas, y risas, y yo te miraba y no me reía y aunque no quería servir terminé sirviendo porque de casta le viene al galgo, mamá, pero yo seguiré haciendo como que no sirvo y tú sigue haciendo como que no te enteras y así puede que Mei, si no se deja comer la oreja, sea la primera de la familia que no sirva absolutamente para nada ni a nadie.

—Siempre me sorprenden esas yemas.

—¿Y luego?

—No sé, mamá, son muy amarillas.

—Porque son de las pitas de casa, Aidiña, mira ti, que los abogados de la ciudad muchos libros y muchos juicios pero ya no sabéis ni de qué color son los huevos de verdad.

AUNQUE TÚ ME LO NIEGUES NO QUEDA MÁS QUE NIEVE (PRIMER ASALTO)

—No lo entiendo, Xairo.

—Pues no tiene mucho misterio.

—Tu padre ya tiene pelos en los huevos como para decidir si quiere ver el mar, el monte o lo que le salga de las pelotas.

—Pero qué carallo va a ver.

—Déjate de leiras, tío. Si te da palo, puedo acompañarlo yo.

—Que no me da la gana de que se lleve semejante disgusto con un pie ya en la tumba, *collós,* que como el tema lo coja mal el hombre la espicha del susto.

—Con que no le cuentes nada del *Prestige* ya está.

—Ya, menudo negocio. ¿Y si me dice que quiere meter la mano qué hacemos?

—Pero si el chapapote cheira desde aquí, Xairo. ¿Por qué te crees que está tan pesado con el tema? Algo se huele.

—Ese qué se va a oler.

—Tú piensas que tu padre nació ayer, y deja vividas bastantes más cosas de las que te piensas.

—Mucho sabes de mi padre tú.

—Es lo que tiene hablar con él.

—Pues a ver si hablas un poco menos.

—¿También te molesta que le dé palique?

—Que como sigas con esas confianzas se va a dar cuenta de lo nuestro, Fran, coño, que a veces pareces nuevo.

—Sí, es que comentando el Depor - Barça es muy probable que se me escape.

—Tú te piensas que con eso del fútbol ya no se te ve el plumero.

—Es que yo el plumero no lo llevo escondido debajo de la alfombra, a diferencia de otros.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes, Xairo. Eres tú el que vas de moderna y de

liberada por Vigo adelante, y en la revistilla esa que parece de colegio, y luego vienes aquí y te falta tiempo para disfrazarte de machote.

—Yo no me disfrazo de nada.

—Pero colega, si llevas puesta mi ropa.

—Pues nada, ahora cogemos a mi padre, lo llevamos al puerto, le contamos que el mar está cubierto de fuel, que no hay más que peces muertos y gaviotas petrificadas por el petróleo y que su barca quedó prácticamente sumergida en mierda, y ya que estamos le cuento que me piré de la aldea porque soy un pedazo de maricón.

—Pues mira, no estaría mal.

—A ti lo que te pasa es que eres un psicópata, hombre.

—¿De verdad tanto miedo le tienes a un viejo?

—Miedo ninguno. Pero no creo que haya necesidad de matarlo a disgustos.

—Tu padre ya deja visto mucho.

—Dejará, no te digo que no, pero lo que todavía no vio es a un hijo suyo travestido por la aldea.

—Ni falta que le hace.

—Por eso me piré, o qué te piensas. Para que rompan conmigo por las malas, mejor no doy problemas y me largo yo primero.

—¿Me estás queriendo decir algo?

—Que a mí no me deja ni Dios. Y que no tendré muchas luces, pero prefiero que mi padre no estire la pata hoy, que quiero que venga al entierro del hermano del médico.

—Ya, claro. Por ella.

—Fue mi primera novia, Fran, qué le hago.

—La única que te conoció.

—Es que no hubo más.

—Y esta debió de ser la hostia, porque luego ni falta que te hicieron otras.

—No te celes, meu, ella es más guapiña que tú, pero qué le vamos a hacer, no se puede ganar siempre.

—Mira, cuando te pones en ese plan no hay quien carallo te ature.

—Tú ya no me aturas ni en ese plan ni en ningún otro.

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Lo noto.

SEGUNDA LECTURA

Mira ti, por fin, una que sube a leer las caralladas estas medio convencida. Primera carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses. Ese palabro lo ensayó en casa antes de salir, si no esta no lo decía de una, *xa cho digo*. En lo referente al tiempo y a las circunstancias no necesitáis, hermanos, que os escriba. Las cosas hay que decirlas como son: el tiempo pasó por todos, y sus circunstancias tampoco fueron las mejores, sola con aquel *fillo tocayo meu* que tuvo tan de cría, pero nunca tendría apostado a que la Petra se tendría estropeado tanto a los cuarenta, con lo apañada que fue siempre. Sabéis perfectamente que el día del regreso del Señor llegará como un ladrón en la noche. A ti no te hizo falta que volviera nadie para juzgar a diestro y siniestro, ¿verdad, rula? Te llegó con una puerta que no se abrió en tu peor momento, o con el soplo a mala idea de la miñoca de pelo rizado que vivía con tu amiga del alma, para facturarlos a los dos y no volver ni a saludarlos, para odiar a todos los maricones del mundo y para andar diciendo gilipolleces sobre los chinos por la aldea *adiante*. Cuando estén diciendo «paz y seguridad» —¿se merece Mei los castigos que le quieres imponer a su madre?, ¿no son suficientes ni los meses en el orfanato, ni la recuperación lenta, ni el abandono de quien dijo ser *seu pai*?—, entonces, de improviso, les sobrevendrá la ruina —la ruina ya estaba ahí, ¿oíste?, no te la trajo nadie más que el Loiracho, como mucho el cabrón del pelo grasiento—, como los dolores de parto a la que está encinta —y si preñaste algo tendrías tú que ver *tamén*, no te jode, ¿o me vas decir que fue la paloma esa que va empreñando mulleres desde ni se sabe?—, y no podrán escapar. De un *fillo, miña rula*, no se escapa ni Dios. Pero vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas —¿o seica sí, Petra?—, para que ese día no os sorprenda como un ladrón —¿me vas contar que estás en paz, logo?—, porque todos sois hijos de la

luz e hijos del día —y algunos, hijos de la gran puta—; no lo sois de la noche ni de las tinieblas. ¿Duele el juicio final, Petra? Así, pues, no durmamos como los demás, sino estemos vigilantes y despejados. Porque el tuyo a mi sobrina no dejó de dolerle en los últimos veinte años. Palabra de Dios. Palabra de uno que no le desea mal ninguno al *fillo* ese que se llama como él, por mucho que sea teu, porque no todos los capullos damos asco. Te alabamos, Señor. Y si tanto te gusta rezarle al barallocas ese que habla por tu boca, a ver si predicas algo con el ejemplo.

SOMOS DOS HOMBRES CON UN MISMO DESTINO

Una de las características más distintivas de las narradoras modernas es que, por la cuenta que nos trae, hemos incorporado a nuestro léxico, pero también a nuestra forma de hacer, algunos anglicismos útiles para nuestro oficio y, sobre todo, para nuestra propia existencia. Es el caso del término *red flag*: somos antitaurinas, sí, pero nos reservamos el derecho a clavar esas banderillas que nos sobran en el lomo desnudo de aquellos comportamientos, actitudes o pensamientos ideológicos censurables que identificamos en nuestros compañeros sentimentales o sexuales. Sin embargo, colocar una pica en el Flandes que todavía era mantener una relación homosexual en el año 2002 no era tan sencillo, y puede que por eso Fran se echase a las espaldas con tanta naturalidad todas las responsabilidades sobre las que, aunque no le pertenecían, no supo plantar una bandera roja a tiempo. Desde nuestra mirada, es obvio que si nuestra pareja, después de una discusión en la que no se ha llegado a fumar la pipa de la paz, se dedica a reforzar su poder sobre nosotras a través de una dejación consciente de sus funciones en el hogar, a ese señor o señora le corresponde una *red flag* como un castillo. Y si no nos damos cuenta por nuestros propios medios, no pasa nada, porque ahí estarán las amigas —ay, las amigas, reinas, botes salvavidas, portadoras de sentido— para abrirnos los ojos a la debacle. La situación se enrojece aún más si el equilibrio de las tareas compartidas ya estaba, como sucedía en el caso que nos ocupa, descompensado de partida; pero —por si el nivel de la jodienda todavía fuese pequeño— que el último destinatario de la venganza sea un anciano ciego y dependiente constituiría, probablemente, la última frontera en cualquier sistema vexilológico. Como narradora contemporánea que soy, tengo la mala costumbre de ser demasiado autoconsciente de la forma que van tomando las cosas que escribo, y por eso no me sorprende en exceso que esta parte de la novela se

esté tornando más conversacional de lo que esperaba: la escala motivo, el *zoom* oral, es una de las posibles consecuencias lógicas derivadas de pasar de contar diez años a una semana en el mismo espacio. Quizá por eso mi detención en este punto sea forzada, y la marcha del relato haya perdido naturalidad, pero de verdad pienso que merece la pena hacer un aparte un poco más analítico de las cosas que, en medio de una supuesta tregua, empezaron a pasar en casa del Arrexó.

Mientras Fran se levantaba pronto para que un viejo marinero de costumbres inamovibles se encontrase, madrugara cuanto madrugara, con el desayuno preparado, Xairo dormía la borrachera, que enseguida se volvió diaria, sobre el sofá del salón. Mientras Fran atendía las demandas de la primera voz de la mañana del Arrexó, Xairo se despertaba y contestaba con improperios a las llamadas de auxilio de su padre. Mientras Fran levantaba a su suegro de la cama, lo colocaba en la silla de ruedas y lo acercaba hasta la cocina, el portazo de Xairo se escuchaba en toda la calle adoquinada y aún dormida a la que salía. Mientras Fran analizaba los resultados de la última jornada de liga entre cucharada y cucharada de galletas maría desmigadas en leche, Xairo, sentado en una de las sillas de plástico de la taberna de la plaza, ya diluía un buen chorro de aguardiente en el primer café de la mañana. Las tareas más ingratas para Fran coincidían, invariablemente, con el mejor momento de la mañana de Xairo, que consistía en encerrarse un rato en el Seat y fingir que tenía habilidad al volante mientras escuchaba el *Anda ya*. Y mientras Fran volvía a depositar el frágil esqueleto del Arrexó sobre una cama recién mudada, mientras enchufaba la televisión en un ángulo óptimo para que el anciano pudiera verla sin descoyuntarse el cuello, mientras se sentaba a su lado para que no sintiese que su compañía se limitaba a un asunto utilitario, Xairo dejaba que su mirada se perdiese en el mar negro del que su padre se moría por despedirse.

Pedirle al lector que saque sus propias conclusiones en este punto sería tramposo, porque lo cierto es que les he servido en bandeja de plata aquellas a las que a mí me interesa que lleguen. Así que, por mi parte, a partir de ahora trataré de dejar que sigan las conversaciones con una política de no intervención indigna de la OTAN, pero no sin antes obligarles a detenerse en un último detalle:

para cuando Xairo —nariz de púgil retirado, corazón aún sin cicatrizar— se cruzó en el muelle con la única hija de don Cosme, el término *red flag* todavía no se había acuñado, pero Fran, que de pardillo no tenía ni un pelo, conocía perfectamente el significado del sintagma hijo de puta.

GAMBAS PELADAS

—A ver, *atende*. Primero le pegas un tijeretazo y le quitas la cachola.

—¿Y dónde la tiro?

—No, mujer, déjalas en el plato aquel. Para un arroz el domingo.

Qué sentido tiene el domingo, mamá, qué sentido tiene un arroz para dos, el arroz es un plato social, se cocina para cinco, para seis, para nueve, pero tú y yo nos lo vamos a comer más solas que la una, como siempre, porque en este pueblo ya no queda nadie que nos tenga aprecio, ni Mei vendrá a comer, si acaso se llevará un bocata para cuando paren de frotar las rocas, eso de familia ya no sé ni lo que significa, con papá muerto, el tío a punto de acompañarlo bajo tierra, que si se llega a enterar de que lo metemos ahí en el panteón al lado de su hermano lo mismo resucitaba y nos obligaba a sustituirlo en el entierro, anda que no dejó dicho veces que él con su hermano no quería negocios, y ya me dirás qué negocio hay más a largo plazo que este de ser inhumados culo con culo, como si no hubiera tenido bastante el pobre Lolo con los chanchullos en los que le metió papá sin su permiso, si tú supieras, mamá, que fue el cabrón de tu marido el que lo mató, no cortó el cable ni manipuló el coche, ni siquiera planeó nada de eso, ni siquiera, fíjate bien, tuvo nunca la voluntad de quitárselo de en medio, ni falta que le hizo, porque le llegó con su ambición, con esa manera que tuvo siempre de pasar por encima de cualquiera, por encima de él, de ti, de mí, y para eso tenía tentáculos en todas partes, ¿verdad?, dedos pringados de poder que ensuciaban lo que tocaban, qué asco llevar sus genes, qué asco su apellido, qué asco pensar que voy a recordar su cara detrás del escritorio y de la camisa de cuadros de manga corta toda mi vida, porque no tendré tanta suerte como para olvidarlo, no caerá esa breva, como tampoco olvidaré nunca mi rostro favorito, mandíbula cuadrada, nariz como

de Urtain, el boxeador vasco aquel que se suicidara antes de las Olimpiadas de Barcelona, y esa cara que cuanto más la veo más me gusta tampoco va a venir a comer arroz con nosotras, mamá, desengáñate, porque ese bastante tiene con intentar que el Arrexó no se pispe de que el maricón pintado ese que lleva siempre detrás no es un amigo que se echó en Balaídos, y esta noche velamos los restos y pasará por aquí todo el pueblo, a ver si se enteran de algo, porque hoy nadie faltará, pero el domingo a ver cuántos lo sienten de verdad, ninguno, mamá, yo no sé ni cómo aguantas aquí si desde que murió la Bieita nadie te queda, ni aquel pretendiente que tuvieras cuando te separaras vive ya, y a mí ni te cuento, ya ni el Xairo, si me lo dices hace treinta años no te lo creo, vive Dios que no, si éramos como uña y carne de pequeños, ¿te acuerdas?, y de lo de la Petra ya no quiero ni hablar porque me cuesta pensar en ella sin echarme a llorar como una imbécil, pero bueno, no creo que se atreva a venir por aquí ni siquiera hoy, mira hasta qué punto se ha vuelto loca perdida que ya hasta le prohibió a su Lolo juntarse con Mei, le dijo que las chinas no eran trigo limpio, ¿tú te crees?, y que tuviera cuidado con el argentino ese con el que andaba que a saber qué quería de ellos, que no era normal que un tipo de casi cincuenta le anduviera detrás a dos críos, y en eso hasta te tiene algo de razón pero yo no se la pienso dar, porque Videla será muchas cosas pero está aquí por mí, ayer me lo dijo a las claras, ni *Prestige* ni Mei ni hostias, por mí, mamá, que todavía soy una mujer digna de ser deseada, y justo por eso no pienso invitarle el domingo al arroz, para que se joda, se le retuerzan los intestinos y me quiera aún más.

—Luego le cortas la cola y le pegas un tajo en vertical, así, y le sacas la tripa.

SI ME QUISIERAS, TODO TE DARÍA

—Joder, qué susto.

—Menudo recibimiento.

—Iba a lo mío y no te vi venir. ¿Cómo estás?

—¿No me vas a dar dos besos o qué?

—Déjate de lerias, anda, que bastante tengo con lo mío.

—¿Cómo estáis?

—A mil con lo del entierro, ya sabes, estas historias le comen a una las ganas de vivir.

—Yo ya le empiezo a ver las orejas al lobo.

—¿Cómo está?

—Ciego perdido. Y cualquier día vuelca. Pero bueno, vamos yendo. Ahora se le metió en la cabeza que quiere ver el mar.

—Mal momento.

—Encima, con lo cacholán que es, ya me dirás qué carallo me invento.

—¿No lo sabe?

—No.

—Qué fuerte.

—Si poco más tiene ya que la mesa camilla, el coitado.

—Pero tus hermanas lo sacaban de paseo.

—Desde que partió el *Prestige* no volvieron por aquí.

—Pues ya van días.

—Para que veas. ¿Y tú dónde dejaste al de las guedellas?

—No lo veo desde aquellas.

—¿Y Mei?

—Ni una pensión le pasa.

—Mira que te lo advertí, rula. El que avisa no es traidor.

—Bueno, algunos os las arregláis bastante bien para darle a todo.

—Qué mala hostia tuviste siempre, Aidiña.

—Antes te gustaba.

—Y me gusta.

—¿Es tu novio?

—¿Qué?

—El paisano ese que anda cuidando al Arrexó.

—Tú flipas.

—Entonces le pagas.

—Es una historia un poco larga.

—¿Ves? Por eso no dejé que te implicases con Mei.

—¿Por marica?

—No quería que ningún otro tío la abandonase, que con dos padres seguidos ya bastante tuvo.

—O sea, por marica no, por mierdas.

—No es eso tampoco.

—El que no tiene pinta de querer abandonarla es el novio tuyo ese de la facultad, que no se separa de ella ni para cagar.

—Calla, que ando negra con el tema.

—Pues te sienta muy bien el cabreo.

—Xairo, para.

—Es verdad. Como sigas tan guapa aún me vas a cambiar de acera otra vez, fíjate lo que te digo.

—Hace mucho que tus verdades me la pelan, Xairo.

—Anda ya, Aidiña, que nos conocemos. ¿O me vas a decir a estas alturas que no sigues colgada por mí?

—Pues por eso. Nos vemos a la noche en el velatorio.

—¿Me dejas leer algo en la misa?

—Eso ya es cosa tuya.

EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

Permaneced en mí, y yo en vosotros —dice el Señor—; el que permanece en mí da fruto abundante. Ahí está la gorda. Purifica mi corazón y mis labios, Dios todopoderoso, para que anuncie dignamente tu evangelio. *Fala máis alto*, hombre, que yo te oigo pero los de atrás, difícil. El Señor esté con vosotros. Así mellor. Y con tu espíritu. ¿Ves? Lectura del santo Evangelio según san Mateo. *Rula, pon a orella*, porque este que toca hoy debería ser el Evangelio según san Cosme. Gloria a ti, Señor. Ya llegó, por suerte. En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola. Sigues sin parecerte al doutorciño. Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes. Xa empezamos mal. A uno le dejó cinco talentos de plata, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad —¿de hacer *cartos* o de ser honesto?—; luego se marchó. Qué fácil se ven las cosas de vacaciones, sobre todo si mientras tu trabajo lo hacen dos paiolos más pobres que tú. El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. Este fue Adolfo, mi socio. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. *Esta probablemente fuches ti*, gorda, rematando la carrera y buscándote un buen curro lonxe de la aldea. En cambio, el que recibió uno hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Este, para mi desgracia, fui yo. Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados y se puso a ajustar las cuentas con ellos. ¿Me explicas qué carallo esperaba *teu pai*? Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: «Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco». Traidor, escoria, percebe de río, miñoca presuntuosa. Su señor le dijo: «Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor». *Primeiro erro*. Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: «Señor, dos talentos

me dejaste; mira, he ganado otros dos». *Ti bastante fixeches, rapaza*, así que no te culpes y déjalo estar. Su señor le dijo: «Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor». *Aínda* que una cosa así no se la dijo Cosmiño a su *filla* en su puta vida. Finalmente, se acercó el que había recibido un talento y dijo: «Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder mi talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo». Era mentira: yo no tuve miedo, Aida, te lo juro por mis muertos todos. El señor le respondió: «Eres un empleado negligente y holgazán. Siempre te fui leal, gorda. ¿Conque sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? A eso se dedicaba el cabronazo de *teu pai*. Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Yo nunca me quise ir, Aidiña, pero no me quedó más remedio porque tú eras el interés. Quitadle el talento y dádselo al que tiene diez. Se lo dio a él, rula, pero el muy gilipollas se rajó y puso mi nombre por si le pasaba algo. Porque al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Ahí sí que terminó de matarme, miña nena, que hai que ser ben *fillo* de mil putas. Y a ese empleado inútil echadle fuera, a las tinieblas —allí pertenezco—; allí será el llanto y el rechinar de dientes». *Aínda* hoy los aprieto por las noches. Palabra del Señor. Así y todo yo te adoro. Gloria a ti, Señor Jesús. Y todavía tendré que darle las gracias a ese malnado, no te jode. Que las palabras del Evangelio borren nuestros pecados. Lo peor de estar muerto, gorda, es no poder mirarte.

QUÉ LE VOY A HACER SI CON RAZÓN O SIN RAZÓN, Y AUNQUE TÚ ME DES LA VUELTA, TENGO EL MISMO CORAZÓN

—¿Está seguro?

—*Non me amoles, rapaz.*

—No le va a gustar.

—*Pensas que non sei o que hai? Aínda me lembro de como olía todo co Andros Patria.*

—Esto es otra historia.

—*Igual en Vigo si, pero ti non estabas aquí daquelas. Non sabes o que foi para nós quedarnos sen faena.*

—Era un chaval y a las Rías Baixas casi no llegó. Fíjese que hasta me acuerdo más de lo del *Mar Egeo*.

—*Ó final éche todo o mesmo.*

—Yo como esto aún no vi nada.

—*Non pasan tantas cousas distintas no mundo, meu. O mar primeiro limpo, logo porco, logo limpo outra vez. Xente morrendo, coma min, e mira o cativo da Petra. Xente que pensa que se atura, e que logo non se atura máis.*

—Xairo no se puede enterar de esto nunca.

—*Moito te importa o que pense ese langrán. Miña nai querida, moi mal o tiven que facer.*

—¿Por?

—*Porque ese aínda debe pensar que o seu pai é parvo, ou que non acendo a televisión se él non está diante.*

—No es eso.

—*E logo que é*?

—No quiere que sufra, nada más.

—*Xa, por iso liscou de casa e non volveu en vinte anos.*

—Tampoco quería sufrir él.

—*De verdade pensas que nos case cen anos que teño nunca*

antes vin un maricón?

—Así que ya lo sabe.

—*Dende que era pequeno, e mira que era ben animaliño*.

—¿Y le habría dado igual?

—*Ti estás tolo, non me iba importar un invertido na familia*.

—¿Entonces?

—*As cousas non son nin brancas nin negras. Son unha putada e veñen como veñen. O que quero decir é que podería terme enoxado, pero ó cabo, co tempo, todo se coloca de volta. Entendes máis ou menos*?

—Más o menos.

—*Mira, prefiro a un fillo normal a un maricón, faltaba máis, pero tamén prefiro un fillo maricón a un morto. E con Xairo tiven as dúas cousas xuntas durante máis de vinte anos. Eso non se lle fai ó pai de un, home*.

—Xairo hizo lo que pudo.

—*E eu tamén. Nin máis nin menos, fillo*.

—¿Y si le llega a salir del Celta qué hacemos?

—*Mira, iso non o digas nin en broma*.

—Venga, vamos de una vez, que aún va a volver este antes que nosotros.

CASTAÑAS ASADAS

—*Aínda te lembras de cómo se les hace el corte*.

—Con las que dejo apañado…

—Y comido, Aidiña, porque mira que te gustaban de cativa.

De cativa, mamá, me gustaba más o menos lo mismo que ahora, lo mismo que me ha gustado siempre y sospecho que lo mismo que buscan durante toda su vida las niñas buenas que jamás han recibido un aplauso de su padre, una mirada embobada, yo qué sé, una palabra de adorno al lado del vale, del mira para alante, del ponte recta, del calladita estás más guapa, me gustaba, y aún me gusta, gustar, mira que es fácil decirlo y la de años que he tardado, sobre todo gustarles a los hombres, y no estoy hablando de sexo, por Dios, por lo menos no de aquellas, ya sabes de lo que te hablo, yo todavía era una cría que no sabía ni multiplicar, me acuerdo porque tú me repetías la tabla del siete mientras removías aquella pota de cordero, siete por una siete, siete por dos catorce, siete por tres veintiuno, y ahí yo ya me perdía, el veintiocho se me atragantaba y tú volvías a empezar, venga, Aidiña, que es fácil, siete por una siete, y volvíamos a repetirlo todo al ritmo de los giros de la cuchara de madera, hasta que después del cuatro yo por fin dije veintiocho y no esperaba que alguien me reconfortase, porque no estaba acostumbrada a recibir halagos, pero sucedió, Lolo me palmeó la espalda, muy bien, gorda, xa casi a tes, y aquello me gustó, me gustó más que el guiso de cordero de la abuela, y eso que le salía mejor que a ti, más que las castañas que ya esperaban su turno sobre una bandeja de peltre medio deformada, ese chico que vivía con la otra abuela era un desconocido para mí, apenas lo veía un par de veces al año, en Navidades y por la comida que hacíamos el día grande de las fiestas de la aldea, y algunos días al volver del colegio lo veía en el muelle, siempre a lo lejos, porque tenía prohibido acercarme a su pandilla, y eso que por lo visto era hermano de mi padre, aunque yo no me lo terminaba de tragar, me

parecía imposible, porque Lolo era otra cosa, en aquel momento no le sabía poner apellido a lo que pensaba de mi tío, pero ahora sí puedo, y es raro pero siento que es justo lo que pensé entonces aunque todavía no tuviera las palabras ordenadas en mi cerebro crudo, no lo que pensó luego la Aida de trece, catorce, quince, dieciséis, no lo que pensé cuando me emborraché por primera vez con los del instituto en el magosto aquel en el que besé a Xairo, recuerdo pensar que Lolo era un tío legal mientras me abría la puerta, me escondía en su cuarto, me ayudaba a vomitar el aguardiente, me tapaba con una manta, se acurrucaba a mi lado, aquella también fue la primera vez que dormimos juntos y mi padre nunca se enteró, por eso aún hoy pienso que Lolo era un tipo digno de confianza, pero lo que pensé de pequeña fueron otras cosas, para la niña que era de aquellas Lolo era misterioso, carismático, desobediente, casi guapo, y me gustó gustarle, mamá, yo sé que tú lo entiendes, y por eso a lo mejor lloré mirándolo a los ojos un par de semanas más tarde, en la cena de Nochebuena, aunque en realidad no tenía ganas de llorar, cuando canté la tabla del siete de carrerilla y papá puso cara de decepción, *¿aínda con isto*?, esta cría debe ser medio *parva*, y a mí no me salían las lágrimas porque ya sabía lo que iba a decir, lo de siempre, pero miré a Lolo y todo fue fácil, me salió solo, como si solo él tuviese la contraseña para desbloquear el llanto, y el plan que había trazado sin siquiera saberlo se materializó y Lolo se levantó y me abrazó y me felicitó y papá le gritó, nos gritó a los dos, y Lolo me cogió por los sobacos y me dejó al otro lado de la cocina de leña y al levantarse fue hacia papá y le pegó semejante hostia que yo no pensaba que aquello fuese posible, te lo juro, fue como si yo lo estuviese manejando con los ojos, y papá cayó hacia atrás aunque no le pasó nada, pero ese día comprendí el alcance de mis poderes y ya, al menos hasta el día que se largó y me dejó sola en aquel ático de Compos, nunca dejé de mirarle.

—Y me siguen gustando, mamá.

—Vamos a poner otro puñado, nena, que al final las castañas siempre se acaban lo primero.

ESCUCHAR SoLO TU VOZ QUE ME DIGA AQUELLO QUE TODAS LAS MAÑANAS REPETÍA EN SUEÑOS

Si el velo de oscuridad que cubría los ojos del Arrexó lo hubiera permitido, el anciano podría haber tocado directamente —porque ver es tocar con los ojos— la textura grimosa que pegaba entre sí las mandíbulas superiores e inferiores de los peces muertos que ya jamás pescaría, y no por viejo, ese es otro tema, y el lienzo se habría revelado ante él como una amalgama de desgracias sin forma individual; pero fue su ceguera la que le permitió advertir la retahíla de detalles —¿no es en ellos donde dice el gran arquitecto que Dios está?— que solo garantiza la lentitud. Por boca de Fran, el Arrexó vio los grumos adheridos a la piedra del muelle, a la vez secos y flexibles, y vio el blanco nuclear que un día precedió a unos trajes de limpieza por entonces ya completamente embadurnados de fuel, y vio veinte, treinta, cuarenta palas con sus veinte, treinta, cuarenta barreños y sus veinte, treinta, cuarenta voluntarios, a cada cual más joven que el anterior, y vio gaviotas petrificadas y peces panza arriba, hasta algunas especies que jamás había visto flotar antes, y vio las máscaras filtrantes que cubrían los rostros de algunos de los limpiadores, no de todos, solo de los más afortunados, y vio pancartas y bandas azules inclinadas formando una diagonal hacia la derecha y estrellas rojas, y leyó *NUNCA MÁIS* y *GALIZA CEIBE* y NO MÁS SANGRE POR PETRÓLEO, y vio una pala clavada en el acantilado desde el que se tiraba de niño como si se hubiera vuelto de arcilla, y vio un espesor de cinco centímetros, quizá siete, acercándose a la arena seca, y sintió el hedor, y olió el calor, y se atragantó cuando vio su barca, y el resto de barcas, y hasta vio cómo los pesqueros pequeños se hundían un poco a causa de un peso distinto al propio pegado al fondo, un peso que tiraba de ellos más fuerte que la propia gravedad, y lo vio todo negro, no se crean que el *zoom* le impidió apreciar la fotografía general, y el cielo estaba negro y las rocas negras y el mar negro y el horizonte

negro y el futuro negro, negro, negro, y cartografió el litoral en toneladas métricas, en kilómetros, en millas, en años, en una moneda recién estrenada que todavía no había aprendido a manejar, y vio una cadena humana achicando petróleo a lo largo del embarcadero y de pronto la estampa le pareció un poco menos fea, aunque empeoró de nuevo en cuanto vio las ruedas de prensa de los responsables políticos, probablemente el fuel no toque la costa gallega, ya ha pasado el peligro más grave, no se puede hablar de marea negra, los hilitos de plastilina, el destino del fuel en el fondo del mar es convertirse en adoquín, si hace falta me vuelvo a bañar como en Palomares, Dios y Santiago nos van a ayudar, la popa está mejor que la proa, nuestro Chernóbil particular, en la catástrofe del *Prestige* solo hay un culpable, el barco, y puedo asegurarles que vio todo esto, que sintió la vergüenza, el terror, las ganas de matar, porque él estaba ciego y yo era una cría, pero les juro que yo también lo vi.

Lo que el Arrexó no pudo palpar ni con las manos ni con los ojos porque Fran, ciego por otras causas, tampoco lo vio, tampoco lo quiso ver, lo que esta narradora moderna tampoco adivinó hasta ahora mismo, fue el beso frustrado que su hijo intentó darle a la hija del médico, las disculpas no verbales, la satisfacción insana que produjo en su primogénito comprobar que la herida seguía abierta, que Aida, porque así quería sonarle al Arrexó que se llamaba la doutorciña, había seguido hurgando en ella durante la larga noche de piedra en la que a su hijo se lo tragó la tierra, y no vio la rabia encendida, el deseo diletante, la tristeza que producen los incendios cuando son provocados. Tampoco vio, no pudo ver —porque Fran ni siquiera tenía la información que la hubiese identificado al momento— a la joven que a punto había estado de convertirse en su nieta, no vio la fuerza que le imprimía al cepillo, lo enorme que le quedaba el traje de buzo, lo llena que estaba su cubeta, mucho más que la de los dos chavales de su edad que compartían unos auriculares sentados sobre unas rocas aún cubiertas de chapapote, lo negros que llevaba los pellejos de las uñas por debajo de los guantes de goma, su manera de dirigir el cotarro, Videla, tú vacía estas dos tongas en el contenedor, Lolo, límpiame un poco la pala, anda, que ya más que quitar mierda la vuelve a meter, la capacidad innata para focalizar toda la energía nacida de su cólera en el

trabajo, cepillo, pala, cubo, todo el carisma de sus seis hijas y su único hijo concentrado en un flequillo lacio, en un gesto amargo, en un conato de miopía, en lo mucho que aquella cría del demonio se parecía a él.

HOMILÍA

Podéis sentaros. Más quisiera. El evangelio de hoy nos invita a poner nuestros talentos, es decir, los dones que Dios Padre ha tenido a bien regalarnos a cada uno de nosotros, al servicio de la comunidad cristiana en la que nos ha tocado vivir. Mira qué bien, que a mí nada me tocó en el reparto. A la luz de los acontecimientos recientes que han sacudido a nuestra parroquia y a nuestra aldea —¿de qué carallo habla este ahora?—, es especialmente importante que ninguno entierre sus talentos por miedo a perderlos. Aquí el único entierro es el del menda, nen. Nuestra comarca, nuestros vecinos y sobre todo ese mar que nos alimenta —¿qué pasó *logo*?— requieren ahora que todos esos dones se pongan a trabajar duro y se multipliquen, y no hay duda de que el Señor nos ayudará en nuestra misión, pero la gracia divina nunca llega si los fieles no hacemos lo necesario para ponerla en marcha. *O de sempre*. Vendrán momentos difíciles, de eso no hay duda, pero justo por eso nos necesitamos unos a otros. Gorda, sin paños calientes, o me lo cuentas ya o te juro que me levanto y os cagáis. Si juntamos todos nuestros talentos con un fin común, como sin duda lo es la limpieza del petróleo vertido sobre nuestra costa, Dios Padre nos ayudará. *No me fodas, meu*, otra vez no. Si somos solidarios y aportamos todo aquello con lo que cada uno haya sido bendecido, tal y como Jesús nos enseñó, con fraternidad, con fe y con esperanza, no habrá adversidad sobre la faz de la Tierra que pueda contra la voluntad del Señor expresada a través de las manos de sus hijos. ¿Y esos *fillos* de puta del chapapote qué aportan aparte de mierda, páter? Bienvenidas serán las barcas de pesca —que se lo *conten* al Arrexó, que ya ni ve—, los trajes fabricados en casa —o a la pobre Marisol—, las manos expertas de las percebeiras —la Xurela murió—, las dotes de limpieza de las mujeres —Aida non vale—, la fuerza bruta de los hombres de mar —ni el Xairiño, abofé

que non—, la inteligencia y sentido común de los gobernantes. *Vai tomar polo cú*. Bienvenidas serán también las aportaciones de aquellos feligreses que se puedan permitir donar cantidades económicas importantes —el doutorciño nunca soltaba un duro, y mira que iba de meapilas—, pero también las de todos los hoy aquí reunidos, por pequeñas que sean. Si *home* si, como si algún cura tuviera pensado volcar el cepillo en el Cantábrico. Como nos enseña el evangelio de hoy, cada uno de los hijos de Dios tiene el deber moral de contribuir, según su capacidad, a solucionar cristianamente los problemas comunes. Nací un buen día, mi madre no era virgen, no vino el rey, tampoco me importó. Transformad vuestros dones y seréis transformados. Hago milagros, convierto el agua en vino. Compartid vuestros talentos y seréis recompensados con la gloria eterna. Me resucito si me hago un canutito. Esto dejó dicho el Señor. ¿Cuánto más necesito para ser Dios?

Y SI FUERA MI VIDA UNA ESCALERA, ME LA HE PASADO ENTERA BUSCANDO EL SIGUIENTE ESCALÓN

Con una cerveza en la mano, otras tres de camino a su hígado y dos litronas frías cerca de los pies, el primogénito del Arrexó consiguió la calma que necesitaba para sentarse a mirar el mar de frente por primera vez desde que el *Prestige* empezara a verter crudo a cincuenta kilómetros de Finisterre. Observado así, a pocos metros, vacío de voluntarios vestidos de pies a cabeza de un antiestético blanco nuclear, el avance imparable del chapapote sobre el agua le pareció un espectáculo digno de ser admirado, de ser conservado en el formol puro de la memoria profunda, digno incluso de ser catalogado como bello. Puede que el alcohol hubiese alterado ligeramente su percepción, pero pensó que un manto de petróleo era una venganza bastante proporcionada para un comienzo de siglo marcado por *Operación Triunfo*, por la segunda legislatura de Aznar, por el atentado de las Torres Gemelas y, a una escala más próxima a sí mismo, por el cierre definitivo de la persiana del Ruralex. En el fondo, y aunque no sabía explicar muy bien por qué, tenía la certeza de que todos estos acontecimientos estaban íntimamente relacionados; y al posar el casco vacío de la cerveza que se acababa de terminar y coger una de las litronas que descansaban a su lado, cada vez más calentorras, se preguntó cuántos naufragios caben en una vida.

Para cuando el primogénito del Arrexó hubo vaciado el contenido de las dos litronas de reserva en su garganta, la marea ya había acercado la segunda remesa de fuel fresco a unos pocos metros de la costa, y solo entonces consideró que quizás había llegado el momento de volver a casa. Tiró al agua los cascos de cerveza —total, tal y como está todo, qué cojones importa— y se adentró en el breve entramado de calles que, a lo largo de sus años en la aldea, solo habían sido capaces de devolverle a su hogar si caminaba cuesta arriba. Como durante la década que había

desperdiciado en el chalé de Fran había perdido el hábito de beber, no tuvo más remedio que sentarse a descansar en la fuente del peregrino, y el rumor de agua limpia que tan poco abundaba en la aldea aquellos días fue una invitación directa al desahogo de su vejiga. A diferencia de lo que solía ocurrir cada vez que de chaval había hecho lo mismo, aquel día ninguna anciana le increpó desde el umbral de la puerta de su casa, ningún tabernero le amenazó con un palo de escoba y ningún colega suyo intentó cortarle la meada de una patada en el culo. No le desagradó la sensación, pero tampoco le pareció una buena señal. El grito con el que cortó el silencio de un pueblo cansado de remar fue su particular manera de tratar de abolir el hastío.

—¡COMEDME TODOS EL RABO MARICONES HIJOS DE PUTAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!

No le hizo falta pulsar el timbre para que Fran le abriera la puerta. Quizá fuese la potencia del alarido de Xairo, o puede que sus principios, que colocaban el umbral ético de la traición muy por debajo del límite que manejaba su pareja, le impidiesen conciliar el sueño. El caso es que para cuando el primogénito del Arrexó hubo doblado la última esquina que debía conducirle —en una dudosa línea recta— hasta la casa de su padre, Fran ya estaba apoyado en el quicio, listo para desembuchar la verdad y recibir, a cambio, un noqueo sentimental digno del heredero del rostro de Urtain.

—*Ola, meu.*

—Joder, Xairo, apestas.

—Pues anda que tú, que de tanto arrimarte a mi padre ya se te está pegando hasta el cheiro a muerto.

—¿Aún vas cocido?

—Qué voy a ir, si tomé dos birras.

—Pues pasa, que tenemos que hablar.

—¿Qué pasa? ¿Ya la palmó?

—¿Quién?

—Mi viejo, quién va a ser.

—No. Pero lo sabe todo.

COMTESSA

—*Véteme al Gadis a por una tarta helada, ruliña*.

—¿Llegará con una?

—Malo será, pero trae dos, no vaya a ser el demonio.

Las comtessas se terminan siempre, mamá, parece mentira, tantos años haciendo la fiesta desde que no está la abuela y aún no te diste cuenta, es bien raro que tengas que guardar una tarta helada a medias cuando hay más de cuatro personas a la mesa, o en un velatorio, que para el caso lo mismo me da, porque las comtessas son irresistibles, da igual que tengas al muerto de turno de cuerpo presente a cincuenta centímetros del plato, quién diría que no a ese bloque de nata fría perfeccionado por la industria, al punto justo de dulzor, a la lámina de chocolate negro del espesor exacto que los dientes esperan encontrarse, ¿y se acaba pronto sabes por qué?, pues porque solo hay tres opciones, o te la comes, o la guardas en el congelador, o se derrite, y nadie quiere guardar una comtessa porque una vez cerrada la puerta de la nevera la vergüenza del gallego nos impide arrepentirnos, por mucho que queramos pedirle al anfitrión que la saque de nuevo, por mucho que nos apetezca otro corte fino con unas gotas de licor café por encima, nadie dice ni pío, y la cosa funciona como en aquella introducción cutre a la economía que me hicieron aprobar en la carrera, el ofertante que tiene tarta helada tiende a congelarla si los invitados no se la terminan, porque si no lo hace se derrite, y los demandantes de tarta helada tienden a comérsela antes de que el anfitrión la retire de la mesa, porque saben que una vez vuelva al congelador el juego de la oferta y la demanda se acaba, total, mira a Videla ahí con los chavales en el muelle, como si tuviera dieciséis, ese vino a sacar un trozo de tarta de hace más de dos décadas del congelador y se encontró con una comtessa entera, de las modernas, que todavía saben mejor, recién cortada en un plato de postre de Sargadelos con un pocillo de café caliente al lado, y sabe que o se la come de un

bocado o se derrite, porque Mei por este se derrite, te lo digo ya, mamá, que aunque no lleve mi sangre es mi hija y se parece a mí, tenemos las mismas taras, y no hay nadie en esta aldea con más necesidad de atención masculina que ella, pobriña, abandonada a su suerte dos veces, sin padre que mire por ella desde bien bebé, y ese rubor en las mejillas que empieza a derretirla esconde algo inconfundible para quien lo vivió antes, misma película, distintos rostros, y ni siquiera tan distintos, porque anda que no dio vueltas y vueltas Videla para gustarme, y mira que él no me gustaba, o no exactamente, pero me encantaba gustarle, como le pasa a Mei, que tiene catorce años, que empieza a decirse quién es a partir de trozos del reflejo de sí misma que proyecta en otros, tíos, siempre tíos, tíos que si tuvieran un cuarto de la vergüenza que nosotras sentimos a diario no podrían soportar ni mirarse al espejo, pero Mei ya es consciente de cuánto puede gustar, se siente deseada y sabe que ha nacido para gustar a los hombres, para gustarles lo máximo posible, y Videla la mira a ella, la mira como Lolo me miraba a mí, como tú lo mirabas a él, pero también me mira a mí de reojo cuando paso cerca, y a mí me sigue mirando como siempre, con los ojitos ilusionados, limpios, de un panoli enamorado a los veinte, y yo seré una comtessa congelada pero la que tuvo retuvo, y aunque no sé si Videla preferiría sacarme a mí del congelador o comerse la tarta recién abierta, todavía sé de lo que hablo cuando digo que en esta aldea las historias están condenadas a repetirse y solo nos queda escoger a los nuevos protagonistas.

—La meto en el congelador, mamá.

—¿Solo trajiste una luego?

—Comtessas no había más, quedaba alguna de marca blanca, pero esas no saben igual.

TE PARECES BASTANTE A SATÁN. (SEGUNDO ASALTO)

—Lárgate de mi casa.

—Para lo que te interesa bien que es tu casa, ¿no?

—No te quiero volver a ver en mi puta vida, ¿oíste?

—Xairo, no seas gilipollas, tu padre ya lo sabía todo.

—Me das asco.

—A ver cuánto tardas en darte cuenta de que es un hombre adulto, hostia. Ni tú ni yo podemos fiscalizar lo que hace o deja de hacer.

—No me jodas ahora con eso, que con no empujarle la silla hasta el puto muelle del puerto era suficiente.

—Eso para ti es fácil, claro, con no pasar por casa ya no hay silla que empujar.

—Ya te quedaste a gusto, ¿no?

—¿Qué?

—Ya te vengaste.

—No es mi estilo, pero si tengo que vengarme por algo que hicieras estos días estaría bien saberlo.

—Lo que te dije el otro día te sentó como un tiro y me la quieres devolver dando el espectáculo por la aldea adelante con mi padre.

—Xairo, ni me acuerdo de lo que me dijiste. Es más, si tuviera que vengarme por todas las barbaridades que me dices en un solo día ya no te quedaría monte para correr.

—Haces lo que te sale de los huevos pero yo soy un puto monstruo.

—Si no lo eres, lo pareces.

—No hay más que decir. ¿Puedes pirarte ya?

—Ni de coña.

—¿De qué vas?

—Yo me quedo aquí hasta el entierro ese de los cojones, que a eso vine. Y si no te gusta te jodes y bailas, que la casa es de tu padre y él quiere que me quede.

—Yo no pienso pisarla hasta que desaparezcas.

—Pues a ver dónde carallo te quedas. Si tuvieras algún colega podrías pedirle el sofá, pero como no es el caso…

—Mis amigos no están en esta aldea de mierda.

—Tú no tienes amigos, Xairo.

—Menuda parida.

—Llevamos juntos más de diez años y no te conozco ni uno.

—Eso no quiere decir que no existan. Igual no te los presento porque me da palo que piensen que salgo contigo.

—No me los presentas porque de día no están. Y las noches que te hicieron falta tampoco estuvieron.

—Pierde cuidado, que no nos vas a ver más ni a ellos ni a mí.

—¿Y qué carallo vas a hacer?

—Pasármelo de puta madre con estos, que contigo lamiéndome el cogote era imposible.

—¿Con quién?

—Pues con los de siempre.

—Ese mundo ya no existe, Xairo, joder, parece mentira. Los inadaptados ya son catedráticos en la universidad, a los raros esos con los que ibas ni los reconocerías por la calle, porque se han rapado la cresta, en el Angara ya no hay conciertos porque los del paro y la reconversión se recolocaron, Coppini se quedó calvo y los del boikot al sistema castrador ahora tienen tres hijos y curran de ocho a ocho en la Citroën.

—Ni que tú fueras mucho por allí.

—Tu vida es esta, Xairo. La única felicidad que conoces está en ese chalé al que le tienes tanta manía. Cuanto antes te resignes, mejor.

—Que te den. Me largo.

—Cuando se te pase, ven y hablamos.

PROFESIÓN DE FE

Hacéis bien en creer, porque aquí *estou*. Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Menos lobos, Caperucita. Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios —qué diferente tendría sido el cuento si no tuviera hermanos—, nacido del Padre —home, después de salir por la *cona de miña nai* sacaría aunque fuera un lunar suyo, la forma de la nariz, una sombra en el fondo del ollo— antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero —mira que vos gustan los posesivos en las iglesias, en eso sois igualiños al doutorciño—, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre —ni Jesucristo pudo despegarse de *seu pai*, pero yo me salté ese pecado, y la gorda también, abofé que sí—, por quien todo fue hecho —todo fue hecho por mí, y todo lo hice por ella—; que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación —la suya—, bajó del cielo —directo a Valencia, meus—, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre —aunque hombre ya nací—; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato —o de Chimo Bayo, según se mire—, padeció y fue sepultado —de aquella manera— y resucitó al tercer día según las Escrituras —si no fuera por las putas escrituras del terruño aquel que dejó mal *feitas* el gilipollas de mi hermano, no estaríamos en estas—, y subió al cielo —¿tendrán derecho de admisión?— y está sentado a la derecha del Padre —a la izquierda, si no vos importa—; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos —para eso ya estás tú, gorda—, y su reino no tendrá fin. Por no tener no tiene ni principio, aunque según dijo el cura en el sermón, te es verdad que el fin de nuestro mundo debe *andarle preto*. Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. De esos dejo

conocidos unos cuantos. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Y del Ferrol, como Franco, no te jode. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados, espero la resurrección de los muertos —*pola conta que me ten*— y la vida del mundo futuro. Que no os pispáis, nen, que el futuro no existe. Amén. Amén logo. Ahora los niños de la aldea harán las peticiones del día. Joder, meu, a la Petra el chaval le salió calcadiño al Loiracho. Por los párrocos y obispos de Galicia, para que sepan guiar y reconfortar a sus feligreses en los tiempos duros que se avecinan. Brindo por usted, páter. Roguemos al Señor. ¿Y esta? ¿Será de Lauriña? Por nuestros políticos y gobernantes, para que se pongan de acuerdo en la difícil misión de limpiar nuestros mares. Y esta por Fraga, a ver si se le da bien la caza hoy. Roguemos al Señor. Este para mí que es forastero. Por todos los pescadores y todas las familias que dependen de la pesca en nuestras costas, para que Dios les dé fuerza y tesón para seguir adelante pese a las adversidades. Va por el Arrexó, logo, a ver si casca pronto. Roguemos al Señor. Pero bajadle el micro, hostia, que ni de puntillas se le oye al cativo. Por todos nosotros, para que la tristeza no embargue nuestros corazones al observar el mar cubierto de fuel. FUEL: alzo el cubata por mi discoteca de mal agüero. Roguemos al Señor. Ahí sube la chinita, que ser no será de la gorda, pero la cara de mala hostia ya se le ha pegado. Por el alma de Manuel Celanova, para que ascienda a los cielos y viva por siempre en la gracia de Dios, y por toda su familia, para que descansen al fin tras proporcionarle a su ser querido una sepultura cristiana. ¿Y a mí quién carallo me preguntó nada? Roguemos al Señor.

MIRA LO QUE SE AVECINA A LA VUELTA DE LA ESQUINA. (TERCER ASALTO)

—*Onde vas*?

—A tomar por culo me voy.

—*Párate, fillo, como lle falas así ó Fran*?

—Ni párate ni *fillo* ni hostias en vinagre. ¿Tú no vas a donde te sale de los huevos? Pues yo también.

—*Oínvos todo, que non estou xordo*.

—Ni manco, ni cojo. Estás ciego e inválido, y mira, toda la puta vida igual. La verdad es que tiene mérito, papá, ni medio muerto dejas de tocarme os *collós*.

—*É certo, eu pronto vou morrer*.

—Pues a ver si es verdad y nos dejas en paz a todos de una puta vez.

—*Pero non creo que ti teñas tanta sorte. E ó cabo os anos pesan, Xairo, seica aínda non os notes, pero van estando, e son moi duros*.

—Venga, Arrexó, déjate de sermones que yo me vuelvo a Vigo.

—*Pero que dis? Se non sabes conducir e o coche non é teu*.

—Pues me largo en el monbús, como la primera vez.

—*Así te fuches*?

—¿Cómo creías que me fuera, en barco de vela?

—*Non sei. Nunca soubemos*.

—Tampoco es que os volvierais locos buscándome.

—*Nin falta que fixo, fillo. Mira ti que cousas, que ó final volviches cando tiñas que voltar, nin antes nin despois*.

—¿Eso piensas?

—*Que vou pensar, santo remedio. E polo menos non viñeches só*.

—Pues ahora sí que me vuelvo solo, papá, mira por dónde.

—*Faime caso, cacholán, que os anos ó final pesarán máis en ti que nel.*

—Si tanto te gusta, por mí puedes quedar con él.

—*Ti tamén vas necesitar quen te coide*.

—Como él tengo cincuenta.

—*Terás, pero este polo menos non é coma ti, non lisca á primeira de cambio cada vez que se lle inflan as pelotas*.

—Pues con tu pan te lo comas.

—X*airo! Espera, meu, que prisa terás, se non tes coche de línea ata as sete da tarde*.

—¿Qué quieres?

—Que te quedes.

—Yo no voy a parar donde se quede ese.

—*Ese chámase Fran, igual co xogador do Deportivo, oíches? E calquera dos dous teñen cen veces máis collós ca ti*.

—Me voy.

—*Eso, vaite*.

—Ya nos veremos.

—*Como tardes outros vintecinco anos en voltar, únicamente no inferno*.

LICOR CAFÉ

—*Apañaremos, que lle imos facer*.

—No hay otra.

—Anda, Aidiña, *faime o favor*, de la que guardas la tarta mete también al congelador el licor y el aguardiente.

El primer día que la fui a buscar al módulo de mujeres de la cárcel de Picassent le llevé una botella de licor café, mamá, y mira que sabía de sobra que los presos no tienen permitido beber alcohol, al menos no por la vía legalmente establecida, anda que no me habrán suplicado clientes y compañeros por un trago, sabía que me la iban a requisar en la entrada y que se la beberían a mi salud los funcionarios de prisiones para aliviar alguna guardia tonta, pero así y todo la llevé, porque me es imposible presentarme en los sitios con las manos vacías, en algo nos teníamos que parecer las dos, digo yo, que a veces me da por pensar que soy hija de monja o que me recogisteis de la basura, luego me acuerdo de quién es mi padre y de lo improbable que habría sido para él hacerse cargo de alguien que no perpetuase su información genética y se me pasa, el caso es que la botella de licorca me la birlaron, pero fue un tributo minúsculo a cambio de permitirme ponerles rostro, o eso pensaba, a las trescientas cuarenta y tres páginas por culpa de las cuales Lolo habría dejado de llamarme gorda, pero lo cierto es que no pude reconocer a ninguna asesina, mamá, y mira que me lo contó todo, pero todito, empezó por la maniobra con la que manipuló los frenos y poco a poco, cuando cogió confianza, se metió en veredas más embarradas, menos transitadas por la justicia, tú ya me entiendes, y no me costó nada identificar como propios sus motivos para hacer lo que hizo, la amenaza implícita contra el hijo de un futuro fiambre, el reconocimiento filial con intereses, un precio a pagar altísimo, pero nunca lo suficiente como para no asumir la deuda, una condena injusta, el silencio voluntario, y te juro que yo todavía me siento culpable por no haberla culpado, por no haber querido

mirar la foto de ese crío en cuyos ojos me reconoció al momento, qué fuerte, dijo, es como si los hubieran clonado, y yo en ese momento preferí echar toda la mierda contenida en trescientas cuarenta y tres páginas de hipótesis razonables sobre su jefe, sobre papá, sobre el propio Lolo, que también sabía ser un cerdo y yo lo había olvidado, hasta sobre mí misma, cualquier cosa antes que responsabilizar a aquella madre, ausente a la fuerza, de un destino que comenzó a forjarse hace más de treinta años porque yo quise impresionar a un tipo que se convertiría en su pesadilla aprendiéndome de memoria la tabla del siete, siete por tres veintiuno, siete por cuatro veintiocho, por favor, dígale a su padre que se olvide de nosotros, mi padre murió hace años, pues mire, casi mejor, no quiero que lo busque nadie, tampoco usted, ahora mi hijo tiene un padre y la sangre no importa, hágame caso, señora Celanova, lo único que importa es el dinero.

—Ya lo tenías dentro, mamá.

—Ay, filliña, es verdad, si lo metí nada más saliste por la puerta, si es que al final toda esta historia de tu tío me va a hacer tolear.

YOU'LL NEVER CHANGE WHAT'S BEEN AND GONE

Si el primogénito del Arrexó —laberinto de pasiones, corazón helado— se hubiera dado cuenta de esto a principios de los noventa, cuando accedió a mudarse a un chalé a las afueras de la ciudad industrial más fea que conocía porque el canibalismo se apagaba y vivir en la rúa Príncipe ya no era tan divertido, quizás habría sintonizado más con aquella canción en forma de misiva desesperada a una ex que tanto le horrorizaba. Sin embargo, para cuando Xairo hubo pasado revista a las filas del paro y de la reconversión naval y hubo comprobado de primera mano que ya nadie respondía, para cuando se hubo percatado de que los hijos de la ira ya se habían independizado de su madre y de que los inadaptados, los raros, los del Angara, los de los malos tiempos para la lírica y los del boikot al sistema castrador, que un día habían estado perfectamente clasificados por categorías en su cabeza, se habían convertido en una amalgama de exyonquis adictos por entonces a otra cosa —al trabajo, al dolor de cabeza que dan los hijos, a las hipotecas de tipo variable o al puto valium—, tararear el soniquete aquel era una cosa de una nueva clase de puretas a la que, por edad, ya ni siquiera podía pertenecer: aquellos a los que jamás pillarías sin un par de gramos de maría en el bolsillo. En definitiva, y gracias a la permeabilidad en la cultura popular de un grupo pucelano que probó las mieles de la apropiación cultural tres décadas antes de que hubiéramos sido capaces siquiera de ponerle nombre, esta narradora contemporánea puede explicarles en dos patadas lo que el primogénito del Arrexó —nariz partida, orgullo intacto— comprendió la madrugada en que su padre se negó a echar de casa al único hombre que aún lo quería: ya no queda casi nadie de los de antes, y los que hay han cambiado.

—Un carajillo.

—*Vai.*

Xairo se sentó en una de las mesas de plástico rojo que desde

hacía más de cuarenta años rodeaban sin pudor estético la entrada de la taberna y esperó a que el hombre acodado tras la barra preparase para él su ración de brebaje chamánico, ese líquido alrededor del que se reunían, cuando todavía quedaban peces que pescar, todos los hombres de mar de la aldea, ese del que tanto había renegado cuando a los quince su padre lo sacó a faenar por primera y última vez, qué asco, dijo una, dos, hasta tres veces, qué asco, qué puto asco. El café hirviendo descendió hasta su estómago un poco más rápido que el aguardiente con el que había sido mezclado y que estaba, si es que eso era posible, todavía más caliente. El trago, siempre único, tuvo dos efectos casi inmediatos sobre las tripas y la moral —¿no son acaso la misma cosa?— del primogénito del Arrexó, que pasó de vomitar arrodillado frente al váter de la trastienda del bar, impecable pero amarillento, a correr de vuelta hacia la casa de su padre envalentonado por el calor y por todas sus malas decisiones.

—Apúntamelo, Pepe.

—Pois a ver se me pagas tamén o do teu pai, que con iso de que quedou cego parece que tamén se lle borraron as débedas.

Los escasos quinientos metros que separaban la taberna de la plaza mayor de la fachada impermeable de la casa donde se había criado fueron un reto para un hombre que nunca se había calzado unas zapatillas deportivas —los tenis, Fran, son de maricas sin clase—, pero hasta la Depende comprendía que había coyunturas en las que merecía la pena sudar en noviembre. En aquella ocasión, la vivienda estaba cerrada; y cuando, medio mareado, apoyó las manos húmedas sobre los azulejos verdes, no había nadie con medio cuerpo fuera aguardando su regreso. Sin embargo, al presionar el timbre la puerta se abrió de inmediato, como accionada por un muelle maravilloso. Ninguno de los hombres que compartían aquel techo lo sabía entonces —algunos de ellos llegaron a aprenderlo más tarde—, pero para las narradoras de mi quinta no es ningún secreto que ese resorte mágico se llama certidumbre.

—Home, Fran, mira quen veu.

—Venga, dile a ese que te vista.

—De que me teño que vestir eu a estas horas, de comunión?

—¿No querías que te llevara al mar?

—Quería, si.

—Pues date prisita, no vaya a ser que cambie de idea.

EN VERDAD ES JUSTO Y NECESARIO

Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad —¿en qué quedamos *logo*, trabajo duro o regalo?— y ahora te presentamos. Y con intereses, de fijo. Él será para nosotros pan de vida: bendito seas, por siempre, Señor. *Seica ya vale de lamberle las botas al patrón*. Por el misterio de esta agua y este vino, haz que compartamos la divinidad de quien se ha dignado participar de nuestra humanidad. *Graciñas, logo, no sea que al final me bote antes de contratarme*. Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad —*o viño tamén*?— y ahora te presentamos. Así esté picado. Él será para nosotros bebida de salvación. La primera verdad que dices en toda la tarde, meu. Bendito seas, por siempre, Señor. Y vete haciendo sitio. Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios, Padre todopoderoso. A estas alturas de la película, más me vale. El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia. *Dende logo*, estos poco más y parecen de la secta de Amancio. Concédenos, Señor, que esta ofrenda sea agradable a tus ojos, nos otorgue la gracia de servirte con amor, y nos obtenga los gozos eternos. *Lo que eu che diga*, mejor que una oposición. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén. Amén. Esa me la sé. El Señor esté con vosotros. Y con tu puta madre. Y con tu espíritu. Levantemos… Levantemos el corazón. La tenemos levantada hacia el Señor. Demos gracias al Señor, nuestro Dios. ¿Otra vez? Es justo y necesario. Eso decían *de meu pai, y mira ti*. En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Por ahí *non vaias*, páter, que yo deber no le debo nada a *ninguén*. Por Cristo, Señor Nuestro, porque Él, con su

nacimiento, restauró nuestra naturaleza caída —los hay que nacen *de pe*—; con su muerte, destruyó nuestro pecado —¿y el mío quién me lo quita?—; al resucitar, nos dio nueva vida —devuélveme la vida, mira, que eso lo canta un pelanas que le gusta a la gorda por la radio—; y en su ascensión, nos abrió el camino de tu reino. No sé cómo se las compone, pero su reino siempre es España. Por eso, con los ángeles y los santos —a esos los conoce todos el pequeno del Arrexó—, te cantamos el himno de alabanza diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo, llenos están el cielo y la tierra de tu gloria, hosanna en el cielo, bendito el que viene en nombre del Señor. Este debe ser como el Cosmiño, que no se cansa de escuchar lo importante que es. Hosanna en el cielo. *Viches*? Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad —¿y la fuente del puterío dónde está?—; por eso te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu —de eso yo *aínda te sé* algo, y si tienes las pirulas buenas no hace falta rezarle a *ninguén*—, de manera que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, Nuestro Señor. Idea de funeral, por si a alguien se le ocurre hacer algo por mí más allá de este paripé cutre: montar una misa en FUEL y que los feligreses comulguen con meska, o con éxtasis, o lo que se tome ahora. Él mismo, cuando iba a ser entregado a su pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan —una pirula de las buenas—, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Padentro. Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y, dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos, diciendo: tomad y bebed todos de él —lingotazo—, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados. Y nen, todos absueltos y sudados, y a mover el cuerpo. Haced esto en conmemoración mía. ¿Cree usted, padre, que se lo podría explicar a mi sobrina? La verdad es que sería caralludo.

NUNCA SABRÁN QUE SIGO EL RASTRO DE TU AMOR. (CUARTO ASALTO)

—¿Desde cuándo?

—*Antes ca ti.*

—Ya. ¿Y?

—*Bueno logo*.

—No dices nada.

—*Agora xa foi.*

—Si llego a saber que te iba a caer tan bien lo tendría traído antes.

—*Se non chego a estar como estou, seica tivérao matado*.

—A tiempo estás.

—*Ó final, a todo se afai o corpo*.

—Pues no te acostumbres mucho, que no creo que lo vuelvas a ver.

—*Home, moito non me queda, pero non me factures tan cedo*.

—No es eso.

—*E logo*?

—No lo tengo claro.

—Mira, Xairo…

—No empieces, papá.

—*Eu son un burro. Na vida non fixen outra cousa máis que saír a faenar. Comparado contigo, non sei de case nada*.

—No te creas ese cuento chino.

—*Pero Fran é un bo home*.

—No sé si es suficiente.

—*Abofé que si. Sabías que a túa nai e mais eu casamos ós vinte anos? Bueno, ela tiña vinte, eu algún máis*.

—Eran otros tiempos.

—*Os tempos son os mesmos, Xairo. O mar non distingue o teu tempo do meu.*

—Nunca os vi… no erais como nosotros.

—Iso é porque ti nos lembras con case cincuenta. Ós vinte eramos iguais, pero trinta anos de casados dan para moito. Ata para esquecer o que che fixo xuntarte con ela.

—Pero aguantasteis. Eso es lo que me quieres decir, que aguante.

—Home, aguantar, aguantar… tampouco é iso. O dis dun xeito que parece que non a aturase, pero a túa nai foi unha boa compañeira.

—Entonces la quisiste.

—Non houbo mañá que me faltara o xantar. E chegado o día, ela non morreu soa.

—Ese no es motivo.

—Claro que é motivo, Xairo. Faille caso ó teu pai. Ese é o derradeiro motivo. Hai cousas que rematan, pero hai outras que non.

—¿Y qué hago?

—Se tes que mentir, minte, que iso é o de menos, xa se tornará verdade.

—Ya.

—Escoita, rapaz, cóntame como está o mar.

—Cristalino, papá. No hay ni algas. Da gusto verlo.

—E as barcas?

—Salieron pronto. Ya van tan lejos que ni se ven.

—Así me gusta, que as cousas que importan queden en orde.

DOS CUENTAS DE ROSARIO

—Dios te salve María llena eres de gracia el Señor es contigo bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús santa María madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos amén.

Nunca te había mirado durante tantas horas seguidas, mamá, te miro desde una distancia prudente mientras le das vueltas al rosario y repites una y otra vez la misma cantinela y te despides a tu manera de un hombre al que quisiste más de lo que reconoces y me miras de reojo como pidiéndome que te guarde el secreto, pero no hay secreto que guardar porque ni siquiera tengo la certeza de que mis elucubraciones tengan fundamento y solo te oigo murmurar, santa María madre de Dios, y recuerdo que cuando de niña me despertaba los sábados a la hora de siempre porque los ritmos circadianos no perdonan y habías salido a hacer cualquier cosa, normalmente al mercado callejero de algún pueblo contiguo, me cagaba de miedo, y ahora que miro en tu dirección y sí que estás, estás más presente que nunca justo cuando peor estoy, me entra sueño, y esto no es un desprecio, mamá, sino todo lo contrario, te escucho susurrar tus oraciones y siento que los párpados me pesan por primera vez en años, que tus plegarias funcionan y el embrujo se extiende hasta mí, y podría sucumbir pero me resisto, no por velar el cadáver del tío, eso me da igual, entiéndeme, creo que el respeto se lo he mostrado de otra manera, sino porque me es tan ajena la sensación de poder dormirme al mínimo despiste que la quiero paladear por si me voy de tu casa después del entierro y decido no volver más, así que lucho contra los ojos con las orejas y escucho, escucho los crujidos de la estructura de madera, la lluvia fuera, la cafetera italiana de la única vecina que ha tenido el detalle de quedarse a cuidar de ti esta noche, la respiración de Mei, el mar,

más lento que de costumbre por culpa de una densidad inesperada, las rocas siendo rascadas por una marea blanca de voluntarios que, como nosotras, tampoco duermen, lucho contra los ojos con la nariz y huelo, y al no haber un cuerpo fresco en la habitación la teoría dice que debería poder detectar también por esta vía la madera mojada, el café, la nube de vainilla que acompaña a Mei a todas partes por culpa de un champú lleno de parabenos, seguro que probado en conejos, el salitre, pero soy incapaz porque por la puerta, por las ventanas cerradas, a través de las paredes, entra un hedor a petróleo que lo impregna todo, los restos de comida, tus rezos, la muerte, incluso mis pensamientos, mamá, todavía no sé muy bien qué hago aquí a tu lado, escuchándote hablar con un dios en el que no creo, en vez de enfundarme en uno de esos trajes de astronauta y salir a la playa con el Lolo que tiene prohibido hasta mirarme, con Videla, con Mei, porque quién soy yo si no lo hago, dime, quién he sido yo todos estos años aparte de la hija de, la madre de, la novia de, aquella que andaba con, no me reconcilio con la idea de que la cría a la que Lolo dejó a su suerte en el ático de Compos que no conseguimos vender porque no le cabe un ascensor por el patio de luces se echaría a temblar si me viera hoy, si me viera aquí, quieta, priorizando de manera tan obvia mis mierdas mientras fuera el futuro es negro, y aun así, mamá, no me duermo, prefiero la vigilia escogida, observar cómo frotas las cuentas mientras rezas, el movimiento rítmico de tus manos, el dolor en las rodillas, y me doy cuenta de lo macabro que resulta pararse a escuchar la gramola del coco, te prometo que en cuanto me largue de aquí dejaré de hacerlo, y también intentaré no volver a la aldea si no es para salvar a alguien más, o mejor todavía, algo más, algo que no sea yo misma, ni tú, ni otros, esperabas grandes cosas de mí y no conseguí nada, puede que por mi culpa, o quizá porque limpiarle el culo al planeta es más difícil cuando tu madre es Marisol.

—Dios te salve María llena eres de gracia el Señor es contigo bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús santa María madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos amén.

YO TE SIGO PORQUE CREO QUE EN EL FONDO HAY ALGO

Colgar una lavadora mientras tu padre, o tu suegro, duerme. Fregar los cacharros de la comida, del desayuno, de la cena del día anterior. Ver juntos, cada uno desde una punta de la cocina, cada uno inmerso en una tarea distinta, el final de un concurso de preguntas y respuestas. No saberse ninguna, y que importe poco. Regodearse un rato en la pereza de una cama sin hacer. Pensar en quedarse, pero tras muchas vueltas, tras un par de amagos de abortar misión, terminar por ponerse en marcha. Planchar dos trajes idénticos de dos tallas distintas. Admirar la torpeza de unas manos demasiado grandes como para manejar una camisa de botones con solvencia. Buscar en la elaboración del nudo de una corbata ajena la perfección que nunca tratarías de encontrar en el propio. Saborear la satisfacción del trabajo bien hecho. Disfrutar también del sonido de ciertas prisas. Agobiarse un poco si el portatrajes escondía una mancha en el pantalón, o si el cuello de la camisa blanca se ha vuelto amarillo, o si los zapatos están más viejos que como los recordabas. Solucionarlo todo con bicarbonato. Peinarse con las manos. Encontrar una elegancia nueva, derivada de una longitud capilar hasta ahora desconocida, en la manera de utilizar la gomina de quien se peina al lado. Lavarse los dientes por turnos, porque en casa de tu padre, o de tu suegro, solo hay un baño, solo hay una pila. Pellizcar una mejilla. Acariciar una barba. Sonreír y, con unos labios que se mueven sin sonar, pronunciar la palabra guapo. Tomar prestado un abrigo negro de la maleta del otro. Tomar prestado otro abrigo negro del armario de tu suegro. Preparar con esmero la ropa de quien no puede hacerlo por sí mismo: bucear en busca de un traje oscuro, seleccionar la camisa menos vieja, desdoblar la camiseta interior, aplanar con cuidado los puños. Ser incapaz de mirar sin lástima. Percatarse. Dar una palmada en la espalda que se detenga un segundo más de lo que resultaría aceptable en público. Apretar un hombro con los cinco dedos. Levantar, estirar, duchar,

vestir, peinar, colocar, depositar. Revisar que no quede ninguna luz encendida, ninguna pota al fuego, ninguna rencilla por reparar.

Mirar de reojo el reloj de la cocina. No estar del todo convencido. Accionar un picaporte tranquilo, sin presión en la garganta, porque las manos del otro están ocupadas empujando una silla de ruedas. Echar una vuelta de llave a tantas cosas. Caminar primero solo, luego con dos personas a tu izquierda y, por último, arrastrado por una corriente de caras familiares, porque todos los rostros lo son cuando no quieres que nadie te reconozca. Estremecerse mientras doblan las campanas al recordar por quién lo hacen. Pensar que hace más de veinte años que no pisas una iglesia, y otra vez la mano sobre tu hombro. Mantener una conversación trivial, *e cantos anos fai, meu Deus, xa case vas máis vello ca teu pai, a ver se voltais máis a miudo, veña, vai tranquilo, que o Arrexó e mais eu imos xuntos a misa sempre*. Dar el relevo a una desconocida con una gratitud también desconocida. Girarse despacio. Reconocer a quien te espera, sin expectativas de ser presentado, al otro lado de la charla con una vecina a la que ni recordabas. Ejercitar la paciencia. Comprender. Acicalar una arruga en un traje idéntico, pero distinto, porque quien lo viste es capaz de mirarte desde fuera y desde dentro. Preguntar. Responder, temblando, que sí. No elegirse, sino haberse elegido, saberse elegidos. Cogerse de la mano después de una bronca. Saberse observados, en plural. Traspasar el umbral con la mirada quieta. Conformarse. Conformarse, sí: formarse mutuamente, juntos, y qué lujo poder escoger a quien te ayuda a darte forma. Caminar de nuevo, esta vez en sincronía, para despedir a un hombre que no conoció los lunes.

Si los entierros son cápsulas del tiempo, el de Lolo Celanova fue —para Xairo, para el primogénito del Arrexó y también para la Depende— una balsámica píldora azul. La abogada ambientalista Aida Celanova había escogido la píldora roja muchos años atrás, y su tratamiento todavía se extendió durante algunos más después de la despedida. Quizás ustedes viajen con Aida y necesiten toda la información posible; o puede que, como Xairo, asuman que está bien no llegar a averiguarlo todo. En cualquiera de los dos casos, les bastará con saber que, si han llegado hasta aquí, es porque les he engañado. Pero ya basta: en el último viaje de Lolo Celanova al

extrarradio de la ley —en concreto, de la ley de vida—, Xairo y Fran se eligieron, se quisieron, se conformaron. Nada que esta narradora, que nunca fue tan moderna como pretendía hacerles creer, no busque también para sí misma.

UNA PALABRA TUYA BASTARÁ PARA SANARME

Este es el sacramento de nuestra fe. ¿Subiré? Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Pues yo no siento nada. ¡Ven, Señor Jesús! Lolo, si no te importa. Así, Padre, al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, te ofrecemos el Pan de Vida y el Cáliz de Salvación, y te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia. Yo digno siempre fui, ou case. Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y sangre de Cristo. Cuerpo y sangre, los mismos ingredientes que los de mi pirola levantada. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra, y reunida aquí en el domingo, día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal. Todos los ahorcados resucitan empalmados. Recuerda a tu hijo Manuel, a quien hoy damos cristiana sepultura, concédele que, así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo, comparta también con él la gloria de la resurrección. Y los que iban sin frenos, *tamén*. Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. *Déixate de lerias*. Amén. Amén logo. Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó. Esta *aínda* la controlo. Padre nuestro que estás en el cielo —sensibles—, santificado sea tu nombre —a volar—; venga a nosotros tu reino —¡adelante!—; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo —entra en trance—. Danos hoy nuestro pan de cada día —paranoias—; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden —surcaremos el sonido hasta que tu cuerpo aguante—; no nos dejes caer en la tentación —a volar, tres, dos, uno, adelante— y líbranos del mal. Bienvenidos, pasajeros de este viaje alucinante. Amén. Vi, vi, viva la fiesta. Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que ayudados por tu misericordia, vivamos

siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación —qué coñazo—, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro salvador Jesucristo. Esperar es de parguelas. Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor. Si la sacas es pa usarla. Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: «La paz os dejo, mi paz os doy» —como mantra, esto Paco Pil no te lo compra, nen—, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia —malo será que no compense una cosa con la otra— y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Ese siempre es el espíritu. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Cara al sol. Amén. Pois eso. La paz del Señor esté siempre con vosotros. Y con tus muertos todos. Daos fraternalmente la paz. En FUEL retozábamos de otro *xeito*. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros. Nos frotábamos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros. Sudábamos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz. Las pirulas circulaban de lengua en lengua. Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Pues tiene bien de *traballo*. Dichosos los invitados a la cena del Señor. No fui digno de entrar en tu ático, gorda, pero una palabra tuya todavía bastará para sanarme. Mi dicha es estar cerca de Dios y poner mi refugio en el Señor. Entre tus dedos, tocándome el pelo que aún tenía. El cuerpo de Cristo. Si ya no soy cuerpo, de qué sirve esta *merda*. Amén. Creo que Dios me puso algo en la copa. Oremos. Noto que me sube. Después de haber recibido los dones pascuales te pedimos humildemente, Señor, que la eucaristía que tu Hijo nos mandó celebrar en su memoria aumente la caridad en todos nosotros. Noto que me eleva. Él que vive y reina por los siglos de los siglos. No sé si estoy listo. Amén. Gorda, agárrame. El Señor esté con vosotros. Y con mi espíritu. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros. Ya no hay quien baje. Amén. Me vas a botar de menos, Aida. Podéis ir en paz. Mal se baila con quien no existe. Demos gracias a Dios.

Índice de contenido

Cubierta

Bailaréis sobre mi tumba

I NO MIRES A LOS OJOS DE LA GENTE
FOTOGRAFÍA N.º 13
DON'T LEAVE ME HANGING ON THE TELEPHONE
GORDA
EN MI PUEBLO, SIN PRETENSIÓN, TENGO MALA REPUTACIÓN
FOTOGRAFÍA N.º 7
LO SIENTO, MI AMOR, PERO YA ME CANSÉ DE FINGIR
MARICÓN
WHAT SEEMS TO BE IS ALWAYS BETTER THAN NOTHING
FOTOGRAFÍA N.º 15
¿QUÉ HACE UNA CHICA COMO TÚ EN UN SITIO COMO ÉSTE?
CABRONAZO
NOMBRAS TÚ MI NOMBRE COMO JAMÁS LO DIJO UN HOMBRE
FOTOGRAFÍA N.º 32
GOODBYE STRANGER, IT'S BEEN NICE, HOPE YOU FIND YOUR PARADISE
CUÑADA
QUIERO IR CONTIGO A JUGAR UN RATITO
FOTOGRAFÍA N.º 21
BABY, I LOVE YOU
JIPI
EVERYBODY'S GOT A HUNGRY HEART
FOTOGRAFÍA N.º 26
DEMASIADO TARDE PARA COMPRENDER
VIDELA
NO QUIERO LEER MÁS REVISTAS NI QUIERO FUMAR
FOTOGRAFÍA N.º 40
ES MEJOR QUE SIGAS TU CAMINO
PIRADA
WHO'LL BE THE LONELY ONE?
FOTOGRAFÍA N.º 1
CREO QUE A NADIE LE GUSTA EL NACER PARA PERDER
FILLO
HOY PUEDE SER UN GRAN DÍA, PLANTÉATELO ASÍ
FOTOGRAFÍA N.º 30

HOLA, MI AMOR, SOY YO TU LOBO, QUIERO TENERTE CERCA PARA VERTE MEJOR
GORDA
¿Y SI NO VUELVES?, ¿Y SI TE PIERDES?
FOTOGRAFÍA N.º 53

II COMO ME VES TE VERÁS
UNA TORRE
NO SÉ QUÉ AVENTURAS CORRERÉ SIN TI
LA RECONVERSIÓN
EN SU CINTURA HAY MÁS BALAS QUE EN TODO UN ARSENAL
UN FARO
LIVE IS LIFE (NANÁ NANANÁ)
LA MODA
BAILA PARA MÍ COMO TÚ SABES
UN AEROPUERTO
FOR ME AND YOU, MY PART-TIME LOVER
LA FELICIDAD
MARTA TIENE UN MARCAPASOS
OTRO REACTOR
NEVER GONNA GIVE YOU UP
LA MOVIDA
EN EL LÍMITE DEL BIEN, EN EL LÍMITE DEL MAL
UN ORFANATO
CONTROLA
LA BELLEZA
FUNDA UN HOGAR EN EL QUE NUNCA REINE MÁS REY QUE LA SEGURIDAD
UN GARITO
BUT I'M A CREEP, I'M A WEIRDO
LA QUÍMICA
UNAS MEDIAS Y UN SOSTÉN ATRAPADOS EN MI VIDA
UN REACTOR
'CAUSE WHEN I TRY TO GET AWAY HE SAYS HE GOT PLANS FOR ME
L A PASTA
BALAS BLANCAS PARA LA OVEJA NEGRA
UN ÁTICO
PESANDO EN LA BALANZA DEL AMOR LA CIENCIA Y LA CONCIENCIA
EL NOMBRE PROPIO
LO QUE ESTÁ DENTRO SE LLEVA, SE TIENE O NO
UNA SEDE
DILE A LOS CHICOS QUE NO VOLVERÉ MÁS

EL PETRÓLEO
COMO TE VES YO ME VI, Y AHORA FÍJATE EN MÍ, COMO ME VES TE VERÁS
UN CEMENTERIO

III EL EQUILIBRIO IMPOSIBLE

YO CONFIESO
UN DORIAN GRAY SIN PASADO, NI PATRIA, NI BANDERA
CAFÉ DE POTA
NOT SURE I UNDERSTAND THIS ROLE I'VE BEEN GIVEN
GLORIA A DIOS
YOU'RE TRYING TO BE COOL, YOU LOOK LIKE A FOOL TO ME
ANAQUIÑO DE BICA
OH, TAKE ME BACK TO THE START
PRIMERA LECTURA
CUANDO TÚ VAS, YO VENGO DE ALLÍ
PATACAS VELLAS
QUE AL LUGAR DONDE HAS SIDO FELIZ NO DEBIERAS TRATAR DE VOLVER
SALMO RESPONSORIAL
AND I DON'T WANNA BE SO DAMN PROTECTED
HUEVOS DE CASA
AUNQUE TÚ ME LO NIEGUES NO QUEDA MÁS QUE NIEVE (PRIMER ASALTO)
SEGUNDA LECTURA
SOMOS DOS HOMBRES CON UN MISMO DESTINO
GAMBAS PELADAS
SI ME QUISIERAS, TODO TE DARÍA
EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO
QUÉ LE VOY A HACER SI CON RAZÓN O SIN RAZÓN, Y AUNQUE TÚ ME DES LA VUELTA, TENGO EL MISMO CORAZÓN
CASTAÑAS ASADAS
ESCUCHAR SoLO TU VOZ QUE ME DIGA AQUELLO QUE TODAS LAS MAÑANAS REPETÍA EN SUEÑOS
HOMILÍA
Y SI FUERA MI VIDA UNA ESCALERA, ME LA HE PASADO ENTERA BUSCANDO EL SIGUIENTE ESCALÓN
COMTESSA
TE PARECES BASTANTE A SATÁN. (SEGUNDO ASALTO)
PROFESIÓN DE FE
MIRA LO QUE SE AVECINA A LA VUELTA DE LA ESQUINA. (TERCER ASALTO)
LICOR CAFÉ
YOU'LL NEVER CHANGE WHAT'S BEEN AND GONE

EN VERDAD ES JUSTO Y NECESARIO
NUNCA SABRÁN QUE SIGO EL RASTRO DE TU AMOR. (CUARTO ASALTO)
DOS CUENTAS DE ROSARIO
YO TE SIGO PORQUE CREO QUE EN EL FONDO HAY ALGO
UNA PALABRA TUYA BASTARÁ PARA SANARME